

Franck Thilliez



SHARKO, 1

# EL ÁNGEL ROJO

*Para Esteban*

## ÍNDICE

Nota del autor.....	4
Prólogo	5
Capítulo 1	7
Capítulo 2	23
Capítulo 3	37
Capítulo 4	50
Capítulo 5	70
Capítulo 6	80
Capítulo 7	94
Capítulo 8	110
Capítulo 9	122
Capítulo 10	136
Capítulo 11	142
Capítulo 12	154
Capítulo 13	169
Capítulo 14	177
Capítulo 15	197
Capítulo 16	204
Capítulo 17	210
Epílogo	217
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA.....	219



## Nota del autor

Apreciado lector:

A menudo, la escritura parte de un deseo. El deseo de contar una historia, plasmar imágenes fuertes, dar vida a personajes nacidos de nuestro imaginario y conducirlos hacia destinos prometedores. Se dice que el novelista escribe las historias que le hubiese gustado leer, y creo que eso es lo que me llevó a coger por primera vez la pluma, en el año 2002. Tras redactar un primer esbozo, una primera novela publicada en internet, *Conscience animale*, me encariñé con un relato que, creo, permanecerá como el que más me marcó, por su negrura y el poco lugar que deja a la esperanza. *El Ángel Rojo*, publicado en 2003 en una humilde colección, Rail Noir, fue el resultado de un año de investigación, documentación y escritura agotadora. Esta novela trata temas cuya existencia ni siquiera sospechaba y que, sin embargo, existen, aunque parezca imposible, en el segundo plano de nuestra sociedad. Ambientes en los que más vale no aventurarse... Las dificultades con que me topé para conseguir que esta historia se convirtiese en un libro no me desalentaron, sino todo lo contrario. La fiebre de la escritura era por entonces tan intensa que, catorce meses después, acababa *La chambre des morts*. Una historia concisa, dura, de temática social, también un homenaje a mi región, al norte. La obra que me hizo tomar conciencia de manera definitiva de que nunca más me desembarazaría de la escritura. El virus se había apoderado de mí.

Más de un año y medio después de su nacimiento, Sharko, el personaje atormentado de *El Ángel Rojo*, no me había abandonado del todo. Lo sentía ahí, en el fondo de mi ser, me reclamaba, un poco como esos fantasmas que regresan para atormentar a sus vivos. Entonces me dije: «¡Adelante!». Sharko es un tipo duro, muy humano pero muy duro, y necesitaba una historia a su altura, una trama diabólica que pusiera a prueba sus cualidades más sólidas. Y las más vulnerables. Así escribí *Deuils de miel*, que se publicó en Rail Noir en 2006 y en Editions Pocket en 2008.

Esto sitúa un poco el contexto de la obra que el lector tiene entre las manos. Antes de que se sumerja en sus páginas, que el crujir de las hojas le provoque escalofríos, querría ponerle en guardia contra esto: muy a menudo, la realidad supera la ficción.

FRANCK THILLIEZ



## Prólogo

La lluvia caliente de una tormenta de verano acomete con fuerza contra los adoquines resbaladizos del casco antiguo de Lille. En vez de buscar un lugar donde resguardarme, prefiero contemplar las gotas de agua que se introducen en los surcos de las tejas ocre, se agarran a los canalones como perlas de plata para luego venir a bailar en el hueco de mis orejas. Me gusta aspirar el olor de los ladrillos antiguos, los desvanes y los cuartos trasteros. Aquí, en este silencio de burbuja de agua, todo me recuerda a Suzanne; esa callejuela por la que subo forma el túnel del tiempo que me conduce hasta ella. Giro por la calle de los Solitaires y, justo tras la esquina, me precipito en el Nemo, donde pido una cerveza rubia de Brujas. Brasas de un fuego mal apagado destellan en el fondo de los ojos del propietario, un fulgor de los que avivan los recuerdos, poniéndolos en movimiento hasta que emergen instantes de vida que se creían muertos. Frunce la boca, como si esa gimnasia intelectual lo quemara interiormente. Creo que me ha reconocido.

«Son las once, esa noche. No dejo de dar vueltas en la cama, los ojos clavados en las cifras hirientes del radiodespertador. Como el sitio de Suzanne está demasiado vacío, me levanto y llamo a su teléfono móvil. Me contesta una voz suave, la de una mujer, un robot que dispensa los mensajes estándares de ausencia. Marco el número del laboratorio experimental donde trabaja, con el puño apretado contra los labios. El vigilante nocturno me contesta que se ha marchado hace casi una hora. Sin embargo, bastan diez minutos para llegar desde L'Hay-les-Roses a nuestro apartamento de Villejuif...»

—¿Le conozco? —me pregunta el dueño fijándose en mi perilla.

—No —le contesto llanamente mientras me llevo la cerveza a una mesa apartada, en un rincón del café donde la oscuridad ahuyenta la luz.

Fuera, dos enamorados se abrazan bajo el cenador de la terraza. La larga cabellera caoba de la chica vibra al viento como las cintas que a veces cuelgan de los manillares de las bicis y ambos escuchan la lluvia caer, silenciosos, pero comunicándose a través de sus gestos atentos. Adivino en la joven a la Suzanne de hace veinte años, pero, bien pensado, creo que veo a Suzanne en todas partes, en cualquier chica, a cualquier edad...

«El miedo me oprime la garganta como un lazo de alambre de espino. Sé que por todas partes vagabundean los sádicos de cuchillo largo, los violadores de señoras mayores y de niños. En las oficinas de la sede central de la policía judicial, en el número 36 de la avenida de los Orfebres, he visto desfilar a centenares, peinados impecables, uno más encorbatado que el otro. Se tiran a las calles como la chusma, se confunden tan bien con la noche que es casi imposible sentir su olor. Los odio, los odiaré toda la vida.

»En el sótano, en el garaje, el estómago casi se me sale por la boca cuando reparo en los minúsculos fragmentos de cristal esparcidos por el suelo. La cámara de vigilancia está rota. Cuelga del extremo del cable, inmóvil, testimonio mudo de lo peor. Me precipito hacia el box 39, acompañado sólo por el resonar de mis pasos en este féretro de hormigón... Un trocito de metal me arranca el corazón como una bala explosiva: una pinza de pelo, como las que Suzanne acostumbra colocarse a la

altura de las sienes, yace contra la pared. Corro a lo largo del parking subterráneo, pierdo el aliento al subir y bajar corriendo los diferentes huecos de escaleras, llamo a las puertas de los inquilinos como si fueran la última defensa ante lo que temo. Cuando cojo el teléfono para llamar al jefe de la OCDIP —la Oficina Central para la Desaparición Inquietante de Personas— una voz horrible me dice que ya es demasiado tarde...»

Conocí a Suzanne aquí, en este café, en medio de las arabescas de humo y del guirigay incesante de los militares destinados al cuadragésimo tercer regimiento de infantería. Ambos proveníamos de pueblos de la cuenca minera, con nuestra ropa impregnada del olor de los caseríos de mineros y nuestros calcetines sucios de hollín. Nuestros padres nos educaron en el dolor del demasiado poco, bajo la grisalla, ricos sus corazones de los más preciados tesoros. Me encantan estas tierras pardas, su gente sencilla y generosa, y creo que aún les quiero más ahora que Suzanne ya no duerme a mi lado.

En algún lugar, en el fondo de mi ser, una brizna de conciencia, inalterable, no deja de murmurarme que está muerta, que no puede ser de otra manera tras tantos meses y tan dolorosos días...

«Seis meses después, sigo buscando a mi mujer. A menudo viene a visitarme en sueños. Baja de lo más alto, la anuncia su perfume, que me acaricia el pelo como lo haría un niño. Pero cada vez que su mirada abraza la mía, cuchillas de afeitar gotean de sus ojos, serpientes tan finas como la paja le salen de la boca y la nariz y, del orificio abierto que le agujerea el pecho, surge el olor pestilente de la muerte.»

Cojo de nuevo mi mochila, saco el teléfono móvil de un bolsillo y me decido a abrirlo, con la esperanza de no tener ningún mensaje que me prive de mi penúltimo día de vacaciones.



## Capítulo 1

Martin Leclerc, mi comisario de división, me solicitaba que volviese urgentemente a la central de la judicial. Habían descubierto un cadáver mutilado de manera espantosa...

El alto Martin Leclerc debía de pesar apenas poco más que un paquete de patatas fritas vacío, y esa falta de carne contribuía a resaltar la red de sus venas de tal forma que habría atraído sobre sí a todos los vampiros del planeta. Pero este aspecto de personaje de túnel del terror reforzaba el impacto de sus frases mordaces y nadie, que yo sepa, se había atrevido a contradecirlo nunca. De todos los sospechosos que habían pasado por sus manos, jamás vi salir a uno solo con la sombra de un esbozo de sonrisa.

—Comisario Sharko, este caso no huele bien —me anunció golpeando con el lápiz un informe—. No hay nada clásico en la manera en que se ha perpetrado el crimen. ¡Hostia, estos asesinos son peores que los virus! Luchas contra uno y otro toma el relevo, dos veces peor que el primero. Mira la peste negra, justo después de la viruela, el cólera y la gripe española. Parece que el mal se alimenta a sí mismo con sus propias derrotas.

—¿Y si me hablase de la víctima?

El comisario de división me tendió un chicle de clorofila, que rechacé. Se puso a mascar de forma ruidosa, y estaba tan nervioso que el hueso cigomático le latía a toda prisa bajo la vena saltona —una autopista— de la sien derecha.

—Martine Prieur, treinta y cinco años, liquidada en su casa. Su marido, notario, murió a consecuencia de un tumor cerebral el año pasado. A ella le correspondió un buen pellizco del seguro de vida que le dejó. Vivía de rentas, muy tranquilamente en la calma campestre de su pueblo. A primera vista, una chica sin problemas.

—¿Una venganza, un robo con efracción que salió mal?

—Resulta evidente que el criminal siguió un ritual poco común, proceso que podría excluir la venganza. Ya me lo dirás tú. Vive... vivía en un lugar aislado, lo que puede complicar la investigación. —Escupió el chicle apenas masticado en un cenicero vacío, antes de doblarse otro entre los dientes—. En la Dirección Central de la Policía Judicial<sup>1</sup> van a poner toda la carne en el asador. ¡Con los atentados en Estados Unidos y Toulouse, con bandas como los Expedidores y otros energúmenos, nuestras estimadas cabezas pensantes no quieren que nuestro país se convierta en un puto terreno de juego para todo tipo de desequilibrados! Tenemos luz verde del procurador de la República. El juez que se encarga de la instrucción es Richard Kelly. Le conoces, no es todo amabilidad, pero no dudes en acudir a él para obtener los medios necesarios... —Lanzó un mapa sobre la mesa—. La cita es en Fourcheret, al noreste de París. Sibersky, Crombez y el comisario de la ciudad vecina te esperan allí. Encuéntramelos rápido.

—¿No será un poco demasiado brutal para Sibersky? Usted sabe que es cien veces más eficaz tras un ordenador que sobre el terreno.

—Hazme caso, Shark, este asesinato lo espabilará un poco...

---

<sup>1</sup> DCPJ: *Direction Centrale de la Police Judiciaire* (Dirección Central de la Policía Judicial). Depende de la Dirección General de la Policía Nacional, que está vinculada al Ministerio del Interior francés. (*N. de la T.*)

Los tentáculos hormigonados de la capital desaparecieron cuando me introduje en el bosque de Ermenonville. Después de Senlis, tomé la carretera nacional 330 y luego la departamental 113 para finalmente aterrizar, tras una buena tunda de kilómetros, en la tranquilidad lunar de Fourcheret. Ante mí, el sol proyectaba oleadas de luz dorada sobre los fardos de paja en un paisaje sepia, magnífico, arrancado al instante. El último día de un verano espléndido, el otoño que se anunciaba suave...

Un ambiente de velatorio barría las calles estrechas y desiertas del pueblo. Guiado por las indicaciones del mapa, llegué, tras tres kilómetros por campo raso donde incluso las vacas eran una excepción, a la villa de Martine Prieur. Técnicos de la policía científica se agachaban ante eventuales rastros de neumáticos, cristales rotos o huellas de pasos, acompañados por los inspectores de la DCPJ que se consagraban a la delicada y fastidiosa investigación de proximidad. Tras mostrar mi placa a los plantones, me uní cerca de la entrada a los dos oficiales de la policía judicial que flanqueaban a lo que parecía un bolo hecho carne: el comisario Bavière. Las estalactitas frías del miedo le empañaban el destello de los ojos. De inmediato me acordé del encargado panzudo de una gasolinera, perdido en medio de un campo de molinos de viento en pleno corazón de Estados Unidos. Tras un corto protocolo para las presentaciones, abordé el meollo del asunto.

—Bueno, comisario, ¿qué tenemos entre manos?

Bavière carraspeó antes de hablar. Una terraza de hielo, un terror negro, le mermaba la voz.

—El cuerpo sin vida de Martine Prieur ha sido descubierto esta mañana a las cinco y media por un repartidor de periódicos, Adam Pirson. La puerta de entrada estaba abierta de par en par, pero las luces se hallaban apagadas. Gritó y luego, al no oír respuesta, entró preocupado, ha dicho, por el silencio y la oscuridad. Mientras subía seguía gritando. Y fue entonces cuando la vio... —La violenta borrasca de un pensamiento lo condujo a otra parte.

—Continúe, comisario, por favor —le animé, para que retomara la conversación.

—Mis hombres llegaron los primeros al lugar de los hechos, luego se les unieron los técnicos de la policía científica, el forense y sus inspectores. El levantamiento del cadáver se produjo alrededor de las doce.

—¿Tan tarde?

—Enseguida entenderá por qué; sígame.

Se limpió con un pañuelo la capa grasienta de sudor que tenía pegada a las sienes: una capa de mantequilla que rezumaba hamburguesa y patatas fritas. «El hombre perdido de la gasolinera», pensé. Añadió:

—Dios mío... Incluso sin el cadáver, esa habitación podría figurar en la próxima película de Wes Craven.

El teniente Crombez salió para dirigir las operaciones en el exterior, entre ellas la investigación de proximidad. Mientras subíamos la escalera, pregunté a Sibersky:

—¿Te encuentras bien?

—El comisario Bavière tiene razón. Jamás he visto nada igual, ni siquiera en la tele...

Lo he probado todo. El salto en paracaídas, el salto elástico, las peores atracciones de feria, los acelerones fulminantes en moto y, sin embargo, nada me conmociona tanto como la explosión de la escena de un crimen sobre la película cristalina de la retina. Aún hoy me siento incapaz de expresar lo que me trastorna tanto. Quizás es el miedo o, simplemente, el instinto humano de no poder soportar el



rostro del horror en su expresión más dura.

Nunca contaba a Suzanne esas erupciones sanguinolentas, las guardaba para mí como las páginas negras del libro de mi existencia. Cuando volvía a casa, tarde por la noche la mayoría de veces, intentaba abstraerme de la jornada una vez que cruzaba el umbral de mi hogar. Pero uno nunca se libra de las malas hierbas que se arrancan por los tallos.

Y cada noche, una vez que mi espíritu se abandonaba a los amplios territorios del sueño, las pesadillas acudían como caballeros bien armados para maltratarme hasta la mañana siguiente.

Y mi vida en pareja se resentía de ello, como en todas las parejas en que el trabajo aventaja a los sentimientos...

En el centro de la habitación, bajo las luces matizadas del crepúsculo, ocho ganchos de acero, suspendidos al extremo de unas cuerdas agrupadas en la base en un haz único, vibraban en el aire como las ramas de un móvil de bebé. Mediante una compleja red de nudos y de poleas de freno, el levantamiento del sistema y, consecuentemente, el de la masa ensartada en el metal se controlaba tirando de una cuerda más gruesa que colgaba y se enrollaba sobre el suelo. La carne firme del cuerpo que imaginaba colgado debía de haberse deshecho como una fruta demasiado madura y, bajo cada punta aún colmada de fragmentos de piel rasgada, destellaban lagrimillas relucientes. Un lustre rojizo, un arrebatado de ardor artístico salpicaba la pared oeste hasta el techo, como si la sangre hubiese huido de su propio cuerpo a causa del terror.

El técnico encargado de las fotografías interrumpió su trabajo laborioso para suministrarme las primeras atestiguaciones.

—El cuerpo desnudo de la víctima estaba sostenido a dos metros del suelo por los ganchos hundidos en la piel y en una parte de los músculos dorsales y de las piernas. Dos ganchos al nivel de los omoplatos, dos al de las lumbares, dos detrás de los muslos y dos en las pantorrillas. Además, se encontraba atada con más de quince metros de cuerda de nailon, en un juego de enmarañamientos tan alambicados que no podría explicárselo fácilmente. Ya lo verá usted en las muestras fotográficas y el vídeo.

—¿En qué estado se encontraba el cuerpo?

—El forense ha observado cuarenta y ocho cortes en todo el cuerpo, desde el pecho hasta las plantas de los pies, sin omitir ni brazos ni manos. Probablemente fueron realizados con un cúter industrial o con una hoja extremadamente afilada. La cabeza se colocó encima de la cama, con el rostro girado hacia su propio cuerpo. Por ahora suponemos que se seccionó con una sierra eléctrica. De ahí esa especie de regueros, proyectados por la rotación de la hoja. Había vuelto a colocar una parte de las sábanas alrededor del cráneo, como si quisiese formar una cofia o una capucha.

Me agaché al nivel de la cama, y mi mirada rozó la superficie del colchón. A mi derecha, la sangre seca se agarraba a la pared como lágrimas rojas.

—¿La cabeza se orientaba en esta dirección?

—Así es. El forense se lo confirmará, pero al parecer los ojos fueron arrancados de las órbitas y vueltos a colocar, para orientar los iris hacia el techo. La boca se mantenía abierta con dos trozos de madera insertados entre las mandíbulas, como palancas. Varias incisiones largas unían los labios a las sienes. El forense también ha observado una contusión en la parte trasera del cráneo, al nivel

del occipucio, lo que hace suponer que acogotaron o mataron a la víctima asestándole un golpe violento.

Los rayos luminosos del sol poniente se proyectaban sobre las paredes como heridas oblongas. Al inspirar se me llenaron los pulmones de amargura. En las muselinas opacas de la noche, un demonio oculto en la sombra, una bestia furiosa hambrienta de crueldad había oficiado, dejando en su estela tan sólo la desolación de una tierra quemada por su furia.

—¿Se ha producido violación? —pregunté para verificar mi sospecha.

—A primera vista no, no hay rastro de penetración.

Bofetada de sorpresa en pleno rostro. A kilómetros de distancia, la habitación apestaba a sufrimiento sexual, Víctima desnuda, atadura, tortura y... ¿no había violación?

—¿Está seguro?

—Hay que confirmarlo, pero no hay ninguna marca evidente de penetración.

Me volví hacia el teniente Sibersky.

—¿Se han observado indicios de que se hayan forzado ventanas o puertas?

—No. Ni la cerradura ni las ventanas presentaban ningún tipo de daño.

—¿Qué han descubierto fuera?

—Los hombres han dado con una pista. Una concha de caracol aplastada, así como varios insectos, hormigas, arañas minúsculas, pisadas detrás de un laurel. Eso hace suponer que el asesino se había emboscado.

—Bien. Lo comprobaremos con la investigación de proximidad. ¿Qué más?

—Han vaciado el ordenador de la Prieur. Es imposible acceder a la más mínima información. Hemos mandado el disco duro al laboratorio.

—Interesante. ¿Qué ha aportado la policía científica?

Me pareció que el comisario aguzaba el oído. Costras de sudor se incrustaban sobre el pan de azúcar de su cráneo. Era tan repugnante como una basura a pleno sol.

—Esto es la feria de lo invisible —dijo el técnico—. Hay tantas huellas en la escena como sobre la Virgen de Lourdes. En los bordes de la cama, la cómoda, el parqué, los marcos. En cambio, no hemos encontrado pelos, fibras ni fragmentos de piel debajo de las uñas de la víctima, ni en otro sitio. —Señaló la bolsita plastificada enrollada en la mano, con el móvil metálico—. El conjunto que se utilizó para torturarla: cuerdas, poleas, tornillos, ganchos, saldrá hacia el laboratorio en cuanto haya terminado de cartografiar la escena.

—Estupendo; ¿qué piensas de esto, Sibersky?

El teniente aprovechó la pregunta para acercarse a mí, alejando así la nariz de los efluvios penetrantes que despedía el comisario Barrigudo.

—El asesino preparó el terreno con especial cuidado. Víctima aislada, soltera, sola en el momento de su intervención. No escatimó el material que debía traer consigo. Taladro, tornillos, clavijas, cuerdas... en definitiva, el kit completo para disponer su «terreno de juego». Un material que abulta mucho, que no es fácil de transportar, lo que refuerza el carácter excepcional del crimen. La organización, el control y la precisión han marcado el ritmo de sus actos.

—¿Por qué?

—Porque se tomó su tiempo, y pocos son los asesinos que pueden permitírselo. La instalación de un sistema de este tipo, la manera como ató a la víctima, demuestran que domina totalmente sus sentimientos, que ningún impulso particular lo empuja a precipitar los hechos o a cometer errores.

—Como las pulsiones sexuales, por ejemplo... —Me mesé los pelos de la perilla—. ¿Por qué crees que ha dejado la puerta abierta?

—En un caso clásico, diría que las prisas o un fallo podrían ser la causa. Pero en éste no: en mi opinión, el asesino quería que se descubriese el cuerpo lo antes posible.

—Así es. ¿Por qué?

—Pues... no tengo ni idea. ¿Para demostrarnos que no nos tiene miedo?

—¿Conoces a Van Loo, un pintor del siglo dieciocho?

—Pues no...

—Charles Amédée Van Loo immortalizaba sobre el lienzo los elementos efímeros de nuestra vida cotidiana, como las pompas de jabón, los castillos de naipes, la llama moribunda de un farol. Volvía preciosos esos objetos comunes atrapándolos en su bella instantaneidad. ¿Qué tiene de maravilloso un castillo de naipes derrumbado, una pompa de jabón que ha estallado o un farol apagado?

Me aparté de la ventana, donde los últimos haces de luz se empeñaban en brillar.

—Si hubiésemos descubierto el cuerpo unos días más tarde, el olor insoportable nos habría revuelto el estómago. La putrefacción habría devorado el cuerpo hasta que diese asco mirarlo, y puede que incluso los restos mortales se hubiesen descolgado y aplastado contra el suelo. Creo que se habría malogrado el efecto deseado por nuestro «artista».

—Quiere decir que... ¿ha firmado su crimen como una especie de obra de arte?

—Digamos que ha puesto especial cuidado en el arreglo de la escena del crimen.

Barrigudo me recordaba a un extranjero que desembarca en una región sin agua ni montañas, privada de verde y cielo azul.

Un niño anonadado que, de repente, descubre los orígenes profundos de la vida.

—Comisario, ¿cuántos hombres tiene a su disposición?

—Cinco.

—¡Menudo ejército! —suspiré—. Bueno... Se encargará en gran parte de la investigación que se realizará entre el vecindario. Quiero saberlo todo de esa mujer: dónde iba, con quién se encontraba, si salía con hombres y cuáles. ¿Frecuentaba la biblioteca, la iglesia, la piscina? Compruebe sus lecturas, sus facturas de teléfono, sus suscripciones, en definitiva, cuanto haga referencia a ella. También debe informar de dónde puede uno conseguir este tipo de material, especialmente las poleas de freno y los mosquetones, así como esa cuerda y los ganchos en grandes cantidades. Investigue todos los clubes de escalada de la región. Interrogue a las cajeras de supermercados, los vendedores de ferreterías y droguerías de los alrededores. Quién sabe, quizá nuestro asesino posee una característica física peculiar que hace que la gente se fije en él. No hay que desechar nada. Dada la poca experiencia que tiene en materia criminal, uno de los nuestros supervisará las operaciones. ¿Está preparado, comisario?

Los extremos inclinados de su bigote temblaron como las extremidades de una vara de zahorí.

—¡Por supuesto!

—En cuanto a nosotros, Sibersky, vayamos a comer algo antes de hacerle una visita al forense. El comisario de división me ha dicho que Van de Veld nos espera en su antro a las diez de la noche.

—Y... ¿tengo la obligación de acompañarle?

—Ya va siendo hora de que saques las narices de tu PC y los datos informáticos. La primera autopsia a la que asistes se parece a la primera vez que te arrancan un diente. La recuerdas toda la vida...

«La autopsia empieza con un examen minucioso del cadáver desnudo, que llevará a anotar el estado de la ropa, las principales características físicas así como los signos visibles de la muerte. El procedimiento riguroso exige el examen de la parte posterior del cadáver, incluido el cuero cabelludo...»

Cada vez que entraba en una sala de autopsias, sentía que mi ser se disociaba, como si una onda invisible vibrase en mi interior y separase al hombre del policía, al creyente del científico.

El hombre, silencioso, asqueado, observa al médico de manos enguantadas, acorazado por una mala cara y movido por gestos demasiado mecánicos, demasiado formales. El hombre sabe que no tiene nada que hacer aquí, que esta última afrenta hacia el cuerpo, hacia la humanidad, lo mancilla y lo acompañará en sus pensamientos, en su descanso, hasta los pormenores de su propia muerte.

«... Tras el examen externo se lleva a cabo la autopsia propiamente dicha.

»Cuero cabelludo: se le ha practicado una incisión siguiendo una línea que va de una región retroauricular a la otra pasando por el vértex, estirado en ambos lados hacia delante y hacia atrás. Bóveda craneal serrada según una línea circular que une frente, sienes y occipucio, con desprendimiento de las dos partes del encéfalo. Examen completado por el desprendimiento de la duramáter: vista directa del hueso, búsqueda de fracturas, disyunciones o, más difíciles de detectar, rastros de fisuras...»

El hombre tiene ganas de estrechar entre sus brazos el ser de carne tumbado sobre el metal inoxidable, cerrarle lentamente los párpados, pasar una mano apaciguadora sobre los labios para hacerle sonreír una última vez. El creyente sueña con cubrirlo con una tela adamascada, y luego murmurarle al oído palabras dulces antes de llevárselo lejos, a algún lugar a la sombra de un bosque de arces y robles.

«... Larga incisión mediana que parte de la punta de la barbilla hasta el pubis. Piel y músculos abiertos a cada lado del tórax y el abdomen, clavículas y costillas cortadas con un costótomo. Músculos de la piel: disecados plano por plano... Lengua estirada con cautela hacia abajo. Esófago, tráquea y elementos vasculares seccionados...»

El policía se coloca anteojeras, intenta pasar por alto las balanzas para pesar órganos de formas aceradas, los mármoles esmeralda apisonados sobre el abdomen del cadáver, la carnicería llevada a cabo por el forense sobre lo que fue vida. Mediante la magia de los antisépticos, tras la capa del látex o el papel de la mascarilla, suaviza la verdad, volviéndola más tolerable. Luego oye a la muerte hablándole, toma notas, plantea las preguntas técnicas que harán avanzar la investigación. El cuerpo se convierte en un objeto de estudio, un volcán apagado, una superficie ondulada que disimula en cada uno de sus pliegues la historia espeluznante de sus últimos minutos. Las heridas susurran, las magulladuras, las equimosis forman reflejos extraños, como si, al observar con atención, se adivinase en ellas los ojos negros del asesino o el destello de su cuchillo cortante.

«... Se pesan todos los órganos antes de diseccionarlos. Se toman muestras de sangre destinadas a las investigaciones toxicológicas: según el reglamento, en

los grandes vasos de la base del corazón...»

Pero entonces, el hombre y el poli piensan en Suzanne y, como una imagen subliminal colocada ante sus ojos, la descubren de repente ahí, desnuda y blanca como el hueso, tumbada en el lugar de esa chica desahuciada. Quizá, no muy lejos o en la otra punta del país, en un precipicio o bajo el agua cristalina de un río, su cuerpo espera que lo liberen de los sufrimientos, que una mano bondadosa le devuelva la dignidad acostándolo con delicadeza en un lugar de reposo y serenidad.

El poli y el hombre intentan recordar el calor intenso de su cuerpo, su perfume y sus besos infinitamente frescos, pero unos barrotes a modo de filtro inhiben lo mejor para dejar pasar lo peor. Aquí, el aire apesta a carroña consumida, la densa atmósfera impediría que una mariposa echase a volar. Aquí, el mal llama al mal, la crueldad engendra la bestialidad, la ciencia se mofa de la fe y de aquello que hace que el hombre sea ante todo un hombre. Aquí, a través de esas agujas de luz artificial, todo es negro como el fondo de un féretro.

«... Tercer tiempo. Apertura del estómago a lo largo de la gran curva para examen y conservación de su contenido. Se extrae el hígado, el bazo, el páncreas, los intestinos y los riñones.

«Inspección de los órganos genitales internos de la mujer. Tras la evisceración, examen del conjunto del esqueleto en busca de cualquier lesión ósea.»

Bien pensado, cuando me sorprendía esperando que el cadáver pusiera punto final a mis propios tormentos mediante sus revelaciones, no valía mucho más que el peor de los criminales.

Los hombres se formulaban muchas preguntas acerca de la vida privada de Stanislas Van de Veld, uno de los forenses —el mejor— del Instituto Médico-Legal de París. Algunos suponían que fantaseaba con los cadáveres que desfilaban por su mesa de disección, que sentía la atracción del necrófilo por lo mórbido y las carnes putrefactas, mientras que otros, al verlo encerrado en su panteón de cerámica noche y día, lo consideraban un animal de las tinieblas, una bestia replegada en las profundidades lúgubres de la ciencia llevada al extremo.

A pesar de las malas lenguas, yo lo veía, con aquellos ojos como canicas color negro de jade plantadas en el rostro marcado profundamente y una barba de chivo de ángulos perfectos, como a un profesional en busca de la verdad, un inquisidor de los tiempos modernos que despojaba las apariencias para extraer de ellas la médula escondida. Un científico con las mismas motivaciones que yo.

El teniente Sibersky se situó a mi lado, la base de la nariz blanca de antiséptico, la preocupación ramificada en su rostro hasta en sus más insignificantes arrugas. La desnudez que brotaba del cadáver, las aguas residuales que caían a lo largo de la mesa hasta la bandeja inferior de evacuación, lo cubrían con una pelizza de espanto.

Otro médico, encorvado al fondo de la sala, murmuraba en un dictáfono con la mejilla aplastada contra una mano. Nos saludó con un gesto que traslucía un cansancio profundo.

Cerca de una balanza para pesar órganos deposité un paquete de semillas de sésamo.

—Son para usted. Ya se las comerá más tarde...

Van de Veld me dedicó una sonrisa de forense, casi glacial.

—Gracias. Señores, tengo muchísimas cosas buenas que anunciarles. Este cadáver es una mina de oro.

La comparación me pareció fuera de lugar. Un poco como un tío que llega a un entierro con un traje de colores vivos y suelta algo del tipo: «Mira que le había dicho que no cogiese el coche esa noche».

—Somos todo oídos, doctor —dije en tono monocorde—. Explíquenos lo esencial, intente no extenderse.

—Estupendo. Vamos allá —replicó Van de Veld moviendo la cabeza—. El proceso de rigidez cadavérica no se ha podido desarrollar con normalidad, ya que las cuerdas que trababan a la víctima mantenían el cuerpo en una posición forzada. Por eso me resulta difícil precisar la hora de la muerte, pero vistas las livideces cadavéricas y la temperatura rectal profunda recogida en la escena del crimen, diría que fue entre la una y las tres de la madrugada.

Rodeó la mesa aspiradora como un campeón de billar que reflexiona sobre la posición de sus bolas.

Yo entorné los ojos y vi esquirlas hasta en el reflector dicróico de la lámpara del techo. Sobre unas tablas, enfrente, tijeras, pinzas cortantes, martillo, hacha, escoplos de Mac Even y escalpelos reflejaban rayos de luz metálica de un azul extraño. Apretaba los puños a escondidas, mientras el forense proseguía, estricto en sus aseveraciones, riguroso como los cantos de una pirámide.

—El golpe en la cabeza, asestado con un objeto de superficie amplia, no provocó la muerte. En la escena del crimen, la sangre de la carótida y la arteria vertebral salpicó incluso las paredes. Por lo tanto, se decapitó a la víctima cuando el corazón seguía latiendo.

Oí a Sibersky tragar saliva:

—¿Y cómo lo hicieron?

—A eso voy. Los ínfimos fragmentos de metal detectados al nivel del hioides, así como su corte regular, no dejan duda alguna en cuanto al instrumento utilizado: una sierra de huesos o una sierra de Saterlee, exactamente del mismo tipo que las que se usan para las autopsias.

Se alejó de la mesa el tiempo justo para triturar las láminas de corazón en el recipiente de acero. Al pasar, se tragó un puñado de semillas de sésamo. Sibersky ya no levantaba la nariz de sus apuntes, tratando de huir de sus fantasmas. Pero yo estaba convencido de que el cuerpo mutilado se le aparecía ante los ojos y se pegaba de manera indeleble en su retina, hiciese lo que hiciese.

—¿Y cómo consigue uno este tipo de material? —pregunté al forense señalando la sierra.

Algunas semillas se le metieron entre los dientes y en la base de las encías. Hizo salir una buena parte chascando la lengua.

—A través de empresas especializadas, como Hygéco. Se puede comprar el material directamente en ellas, o hacer un pedido por teléfono e incluso por internet.

El médico esperó a que el teniente acabase de escribir esa frase. Aproveché para deslizar una pregunta:

—¿Hace falta tener práctica para utilizar esas sierras?

—No necesariamente. Sólo hace falta hallarse bien protegido, porque la sangre salpica si se mete tajada a alguien vivo, sobre todo en las arterias anchas como ríos...

El bolígrafo de Sibersky ya no seguía el ritmo.

—¡No le espere! ¡Continúe, doctor! —exclamé en tono tajante.

Cuando Van de Veld se inclinó encima del cuerpo, su sombra se desplegó como la mano de un espectro sobre las baldosas del suelo.

—Las glándulas salivales presentaban una importante atrofia, lo que significa que la víctima salvó de forma anormal durante varias horas. He recogido rastros de

polímeros de coloración roja sobre los incisivos y había saliva en el suelo y en la barbilla, hasta el cuello. Seguramente le metió algo en la boca, un objeto de plástico, para obligarla a conservar la boca abierta e impedirle al mismo tiempo mover la lengua y, por lo tanto, deglutir con normalidad.

—¿Una mordaza?

—Sí, pero una mordaza peculiar. Los trapos, el esparadrapo no hacen salivar. Es una pista que deberán seguir... —Cuando pronunció la palabra «pista», una semilla de sésamo salió despedida por los aires y alcanzó la mano de Sibersky, que ni se inmutó. Van de Veld continuó—: He observado diferentes signos de reacción vital alrededor de las cuarenta y ocho heridas. Por las decoloraciones, infecciones y cicatrizaciones en grados más o menos avanzados, podemos deducir que se efectuaron en momentos bien diferenciados.

Apoyé una mano encima de la mesa de disección y la retiré inmediatamente, como si la escarcha del metal me hubiese quemado.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Varias horas entre las primeras y las últimas. Empezó por la parte inferior del cuerpo y luego subió hasta el rostro. Una aventura larga y dolorosa... Al margen de eso, ningún signo de penetración, ninguna mutilación de los órganos genitales.

—¿Así que no ha habido ningún intercambio sexual? ¿Ni siquiera con preservativo?

—De ningún tipo. El lubricante deja rastros. No he observado nada, ni en la boca, ni en la vagina ni en el ano.

Sibersky alzó la vista por encima de su libreta: tenía la boca abierta, echaba espumarajos de desamparo y pestañeaba. Cuando apretó los dientes, me di cuenta de que reprimía un vómito.

—Pasemos a los ojos —prosiguió el médico.

La cabeza descansaba con la cara vuelta hacia el techo, a unos treinta centímetros del cuerpo. Por el orificio abierto del cuello se desparramaban los tendones y ligamentos, tironeados hasta romperse o agrupados en finas serpentinas en espiral, como minúsculos resortes. En el hueco de esa red violácea apuntaba, entre dos paredes de carne, el obelisco blanco de la médula espinal.

—Introdujo una cuchilla detrás de los párpados para cortar el nervio óptico. Extrajo los globos oculares de las órbitas y luego volvió a colocarlos para dirigir las pupilas, y por lo tanto la mirada, hacia arriba.

—¿Por qué no se limitó a presionar sobre el ojo para orientar las pupilas en la dirección que deseaba? ¿Por qué extrajo el globo ocular, para volver a colocarlo después? —susurró Sibersky con voz rota.

El forense se quitó un guante de nitrilo amarillo, se introdujo una uña entre los dientes y con un soplado seco propulsó una corteza de sésamo sobre el suelo antes de anunciar:

—Al separar el ojo de esos músculos, se liberan los movimientos.

—Muy interesante —repliqué deslizando una mano bajo la barbilla—. Supongo que lo mismo ocurre con los trozos de madera en la boca. ¿Es el único modo de mantenerla abierta?

—Así es.

—Quería seguir dominando el rostro —dije, volviéndome hacia Sibersky—, incluso tras la muerte. Dedicó una atención muy peculiar a la puesta en escena. Y es evidente que esos ojos orientados, esa boca al clamar revisten para él un sentido especial... —El lápiz del teniente rechinaba de forma enfermiza en la calma polar de la sala. Noté que mi Vesubio íntimo entraba en erupción—: ¡Deja de una vez de tomar notas! ¡El doctor te dará mañana mismo un informe tan grueso como un

anuario! Así que tranqui, ¿vale?

Aquella dura jornada me había afectado hasta el punto de volverme extremadamente irritable. Por la mañana había estado en Lille con la familia de Suzanne y, ahora, pasada la medianoche, se ofrecía a mi mirada una forma hueca, espantosa, acurrucada, abierta y despedazada por todas partes, ya presa de los ejércitos de la sombra.

—¡Ah, claro! —exclamó el forense—. Usted quería lo esencial de inmediato, quizá debería haber empezado por ahí. He recuperado una moneda bajo la lengua: una moneda antigua de cinco céntimos. ¿Conoce el significado de este símbolo, comisario?

—La moneda permite acceder al paraíso o al infierno —intervino Sibersky—. Desde el punto de vista mitológico, el difunto ofrece la moneda a Caronte, el porteador del río de los Infiernos, para poder cruzar la Estigia. Sin moneda, el muerto está condenado a errar eternamente en el Tártaro, bajo tierra.

Dead Alive —el muerto viviente, como apodaban los chicos al forense— pareció impresionado por la respuesta deflagrante del teniente.

—Sí, y no deja de ser extraño —añadió—. El asesino tortura a su víctima de la manera más cruel posible, ¿y se acuerda de expurgarla del dolor en el más allá?

El médico que había permanecido apartado en el fondo de la sala se unió a nosotros, con las manos metidas en los bolsillos de la bata. Parecía un espantapájaros asustado de su propio reflejo.

—La moneda en la boca podría muy bien representar un tipo de firma... Una distinción particular que le permitiría destacar —contesté con un amplio ademán.

—También podría representar un símbolo oculto, o uno de los elementos esenciales de su macabra puesta en escena, un elemento sin el que le pareciera todo inacabado. Podemos dar a ello multitud de explicaciones. Sólo falta encontrar la buena.

Los indicios recogidos por el forense penetraban en mí como la cocaína que aspira el toxicómano. Sentía una exaltación peculiar al escucharle revelar detalles que ansiaba como golosinas o recompensas.

En ese momento, la vergüenza me levantó del suelo, se apoderó de mí, me arrastró encima del cuerpo y me apretó la mandíbula hasta hundir en ella sus dedos terrosos, para inmovilizarme la cara a dos centímetros de la del cadáver...

«¡Mira a esa pobre chica, maldito desgraciado! —chillaba una voz interior—. ¿Acaso no ha sufrido bastante? ¡Déjala en paz! ¡Déjala en paz!»

El hombre había conseguido espantar al policía...

—Una última cosa, y creo que habremos examinado todo lo esencial —concluyó el imperturbable médico—. El estómago contenía más de un litro de agua, que ha sido enviada a analizar al laboratorio. Creo que el precioso líquido nos desvelará cosas interesantes. Os llamo en cuanto reciba los resultados, mañana con toda probabilidad.

Señalé una mesa cromada adosada a la pared oeste.

—¿Puedo llevarme las pruebas fotográficas?

—Buenas noches.

Me tendió el informe y se marchó a charlar con el médico adjunto sin volverse, mientras seguía escupiendo las semillas en el suelo como haría un viejecito con sus últimos dientes.

Bajo el faro gastado de la luna, Sibersky había adquirido un tono blanco rosáceo, como de abdomen de cierva, pues no estaba en absoluto acostumbrado a codearse con la muerte en su verdadero rostro, lejos de las palabras y los escritos.

Había dado con este joven policía en diciembre de 1998, tras un sombrío caso



de esclavismo sexual relacionado con un asesinato. En aquella época él trabajaba en la comisaría de Argenteuil, un poblacho asqueroso, como inspector adjunto a secretaría, donde se pasaba la mayor parte del tiempo preparando café. Durante la investigación, la calidad de sus informes, el brío impertinente de sus análisis y sobre todo su competencia en informática me dejaron muy impresionado. Lo saqué de su celda respaldando su expediente a la prefectura de policía de París y se unió a mi equipo, como oficial de policía adjunto auxiliar. Seguía haciéndose cargo de los papeles, pero ya no de la preparación del café. Dos años después —es decir, cuatro meses antes, tan sólo— había aprobado el examen de la policía judicial. Era un chaval de treinta años, un apeador de bibliotecas, un escudriñador de expedientes polvorientos, historias olvidadas y ficheros informáticos. Un alma pensante, vivaz, reactiva, casi alérgica al metal frío de su Colt 11/48. Una pieza esencial de mi equipo, un caballo en el tablero de ajedrez de la calle...

Bordeamos la avenida de la Rapée con el olor de la muerte impregnado en nuestras suelas, en los pliegues de nuestras chaquetas y en los recovecos de nuestros pensamientos. Un perro al que le sobresalían las costillas erraba sin destino preciso delante de nosotros; de pronto se detuvo, hocico contra zapato, pareciendo adivinar hasta qué punto nuestras mentes atormentadas divagaban en el vacío. Se trataba de un vulgar chucho de orejas cortadas, una basura ambulante con el hocico herido por los cristales rotos y las botellas vacías que le lanzaban los vagabundos. Al mirarlo fundirse en la noche, le dije de repente a Sibersky:

—Háblame de una de tus fantasías. De la primera que te pase por la cabeza.

Una burbuja de sorpresa le explotó en pleno rostro.

—¿Qué dice, comisario? Pero...

—Venga, suéltate. Te escucho.

Me coloqué de cara al Sena, las manos en los bolsillos del pantalón, la mirada dirigida hacia el hormigueo lejano de las luces centelleantes de la ciudad.

—Bueno —contestó el policía en tono dubitativo—. Mmm... ¿Sabe quién es Dolly Parton?

—¿La cantante de country? ¿Nashville y los cowboys? *¿Some things never change?* Me encanta.

—Sí. Yo... ¡No, no puedo explicárselo! —Hasta la voz se le ruborizó.

—Muy bien —proseguí—. No digas nada más. Imagínate pues frente a la magnífica Dolly Parton, listo para realizar tu fantasía. Se reúnen todas las condiciones y son favorables. Tus deseos pueden convertirse en realidad, te basta con actuar. Pero hay una condición y no es precisamente insignificante: debes evitar mantener relaciones sexuales con ella. Puedes probar, tocar, sentir, pero nada de relaciones sexuales. En ese caso, ¿quedaría saciada tu fantasía?

Colocó su hombro junto al mío, inclinado en el pretil del muelle. Sobre la superficie de la onda, los reflejos luminosos se recortaban como vidrieras movedizas.

—No, es imposible. No aguantaría.

—Piensa durante un instante y dime una sola fantasía en la que pudieses abstenerte de mantener relaciones sexuales. Se llevó la mano a la frente y hundió los dedos en los rizos ordenados de su cabellera morena.

—No hay ninguna. Todas mis fantasías tienen un claro componente sexual, igual que las tuyas y las de cualquier otro hombre, por lo demás. ¿No es lo que decía Freud?

—No exactamente, y vistos tus conocimientos literarios, deberías saberlo. Existen dos tipos de fantasías. Las sexuales, como las tuyas, las mías y, tienes razón en señalarlo, las de la mayoría de la gente. A éstas se añaden las fantasías

denominadas de omnipotencia: el mito de la hazaña, del poder absoluto, de la dominación extrema. Los sueños de coches bonitos, diosas en la playa, riquezas inmensas... —Me coloqué frente a mi colega—: Ahora pongámonos en el caso del asesino. Me gustaría que siguieses el juego. Eres ese asesino. Estudias los actos y los gestos de una mujer guapa, sólo Dios sabe de qué manera por ahora, durante un determinado tiempo. Días, semanas, puede que meses. Sientes que un deseo ardiente se apodera de ti, ¿verdad? Sigue el juego y responde con franqueza.

—De acuerdo. Pensemos... La veo... La acoso, la observo desde hace tiempo. Cada vez me cuesta más contenerme. Está sola y es deseable. Sé que puedo apoderarme de ella, sin riesgo alguno. Soy yo el que decide la hora y el lugar.

—Bien. Ahora, todo está listo. Así que, una noche, te apoderas de esa chica. Y haces con ella lo que quieres, como con tu Dolly Parton.

—Sí. Está inconsciente, ante mí. He... he dado el paso. Demasiado tarde para retroceder. Está... está a mi merced...

—Es tuya... La desnudas lentamente, y la atas para doblegarla a todos tus deseos, incluso los más alocados. ¿Qué sientes en ese instante?

Con los ojos cerrados, su imaginación forjaba casi de forma instantánea un guión.

Las palabras salieron con fluidez de sus labios.

—Me... me tomo el tiempo para atarla, porque es un momento excitante. Yo... la deseo, pero... no ahora. Tengo que llegar hasta el final...

—¿El final de qué?

—De... de mis deseos...

—¿Cuáles?

—Pues... no tengo ni idea. Actúo, eso es todo.

—¿Qué haces?

—La cuelgo, la levanto tirando de la cuerda...

—¿Está despierta?

—Sí... Se despierta, muy despacio.

—¿Cómo reacciona?

—El dolor que trasluce su rostro me enloquece. Sabe que va a morir.

—Y entonces, empiezas a cortar: uno, dos, tres... cuarenta y ocho cortes. Durante varias horas. ¿Qué vas sintiendo tú?

—Yo... —Sacudió la cabeza. Las pupilas se le habían dilatado como dos soles negros—. Ya basta, comisario; ya no puedo más. No... no puedo entender a ese hijo de puta. ¿Por qué me pregunta todo esto?

—¡Para demostrarte que ese tío no piensa como nosotros! Ninguno de nosotros podría llevar a cabo un horror así con tanta precisión, tomándose todo ese tiempo, esas largas horas durante las que el deseo de violarla ni siquiera se le ha pasado por la cabeza.

Sibersky dio tres pasos hacia atrás.

—¡Pero eso es impensable! ¡Seguro que se contuvo respecto al acto sexual! ¡Tenía miedo de dejar huellas!

—En una situación similar, suponiendo que tuvieses un gusto marcado por lo mórbido, ¿podrías haberte reprimido y no haberla violado?

—No, creo que no.

—He leído unos cuantos boletines publicados por la Sociedad Psicoanalítica de París. Se ha establecido claramente que las pulsiones sexuales no pueden controlarse, al igual que el dolor o el miedo. Cuando alguien se quema con un fogón, ¿qué hace? Retira la mano, porque no puede CONTROLARSE. En el peor de los casos, nuestro asesino se habría enfundado un preservativo, pero la habría violado

en cualquier caso, antes o después de la muerte. No; ese tío actúa siguiendo otras directrices, distintas a las del simple acto de matar.

—¿Por venganza, entonces?

Sacudí la cabeza.

—La furia siempre se manifiesta durante el acto de venganza. Un asesino dominado por la furia no puede ser organizado. No olvidemos los aspectos pre y post mortem, la puesta en escena, esa voluntad de crear un fuerte impacto... Más bien me inclinaría por una fantasía de omnipotencia.

—¿Por cuál?

—No tengo ni idea. Quizá la de hacer sufrir, de considerarse un verdugo. O una voluntad de dominación tal que sólo consigue regocijarse cuando acaba con la vida.

Sibersky poseía esa increíble capacidad de descifrar las líneas de una explicación incluso antes de que estuviesen trazadas.

—Todos los psicoanalistas afirman que una fantasía nunca se sacia del todo, ¿no es cierto? —añadió.

—Así es. Continúa.

—En la realización del acto, que supuestamente representa la materialización de una fantasía, uno siempre se percata de algo imperfecto, un detalle que empuja a volver a empezar, otra vez y siempre, para superar un ideal imposible de alcanzar. ¿No es verdad también?

—Sí.

—Así, si tiene usted razón, si se trata de una fantasía de omnipotencia, nuestro asesino podría llegar... ¿a repetirlo?

—¡No digas nunca eso, desgraciado! ¿Te das cuenta del alcance de tus palabras?

Volví a ponerme en marcha a paso de legionario y Sibersky me siguió, pisándome los talones. Empleó un tono moralizador.

—Creo que, en lo más profundo de su ser, usted piensa como yo, pero que el miedo a tener razón le hace un nudo en la garganta. Ignoro qué fuerza oscura engendra a esos seres demoníacos, ni sé si son las leyes de la probabilidad o del azar las que hacen que, en un momento u otro, uno caiga del lado oscuro. Pero lo que sí sé, en cambio, es que existen, escondidos tras nuestras puertas, en las esquinas de nuestras calles, listos para actuar. Y que una vez introducidos en la espiral asesina, ya nada puede detenerles. ¡Volverá a hacerlo!

—No te precipites, chaval; no te precipites...

En mi Renault 21 expuesto a la débil luz de una farola, echamos un vistazo a las fotos bajo una cúpula de silencio pegajoso. El virus espinoso del asco se me agarraba al fondo de la garganta.

Sibersky movía la cabeza, la boca fruncida, el rostro como tajado por los tonos cortantes de las fotos.

Aunque aguijoneado por el cansancio, lo puse al día de los pasos que habría que seguir durante los días siguientes.

—Haz que dos de tus hombres investiguen la historia del proveedor de material médico. No todos los días compran ese tipo de sierra... Intenta también averiguar qué se lleva actualmente en materia de sadomasoquismo y *bondage*. Creo que vamos a tener que meter las narices en ese sucio ambiente. Un pirado de la informática como tú seguramente ya habrá utilizado el STIC, ¿no?

El Sistema de Tratamiento de la Información Criminal ofrecía una gigantesca base de datos compuesta por millones de entradas, que permitían, con la ayuda de búsquedas multicriterios, establecer relaciones entre diferentes casos criminales grabados.

—Sí, por supuesto. Para el caso del asesino de Nanterre, principalmente. Pero también en muchas otras ocasiones, por cultura personal.

—Vale. Entonces, interroga el fichero. Haz búsquedas cruzadas. Cabezas cortadas, torturas, ganchos, suspensiones, ojos exorbitados. En fin, da de comer al ordenador, aliméntalo con los datos que conocemos. No te dejes ningún detalle. Si no encuentras nada, prueba con Schengen, presenta una petición a Leclerc para la Interpol y el BCN-Francia<sup>2</sup>. Envía hombres a la biblioteca. Quiero saber más cosas sobre la historia de la moneda en la boca. Y de paso hazles investigar sobre los mitos y los rituales sangrientos. Venga, ahora a dormir. ¿Cómo se encuentra tu mujer?

—El parto se acerca a marchas forzadas. Quizás antes del final de la próxima semana... Ya va siendo hora, hace más de un mes y medio que está ingresada en el hospital y que paso las noches solo. El embarazo ha tenido que ser un verdadero calvario. Esperemos que el bebé esté sano.

La sangre esmeralda de la Amazonia corría por las venas de Doudou Camelia, mi vecina de rellano. El apartamento de esa vieja guayanesa de setenta y seis años exhalaba los aromas de las especias criollas, el jengibre, los akras de bacalao y la batata. A su marido, descendiente de una larga casta de buscadores de pepitas de oro, le había tocado el gordo al encontrar un filón en los meandros tortuosos del Maroni, en la Guayana Francesa. Había arrancado a mujer y niños de la miseria verde al venir a instalarse a París, rico en pepitas, pobre por su desconocimiento absoluto del mundo occidental. Se tragó su partida de nacimiento en 1983 entre Saint-Germain-des-Prés y Montparnasse tras haber recibido tres cuchillazos en la espalda, por haber tenido la desgracia de sonreír a unos miembros del grupo de extrema derecha Unidad Radical. Esa noche, los colegas habían encontrado a Doudou Camelia vestida de negro riguroso, gimiendo, con un crucifijo apretado contra el pecho, aunque teóricamente ignoraba el fallecimiento de su marido.

Cada vez que entraba en trance, me aseguraba que mi mujer estaba viva, encerrada en un lugar húmedo y lleno de podredumbre desde donde irradiaban ondas maléficas. Sentía olores de hongos, de moho, efluvios de aguas estancas o manglares, y entonces veía a Doudou Camelia sentada con las piernas cruzadas a pesar de sus huesos viejos, olfateando el aire como lo haría el hocico de un sabueso. Creo en las ecuaciones, en el filo matemático que rige leyes y pensamientos, en las líneas paralelas de la lógica. No puedo concebir basar mi vida, la suerte de mi media naranja, en apriorismos o los pareceres sospechosos de una mujer mayor medio chalada.

En el momento en que introduje la llave en la cerradura de la puerta de mi casa, extenuado por la jornada, ella deslizó las raíces nudosas de sus dedos en mi pelo y noté que una especie de áurea tibia me atravesaba el cuerpo.

—Hueles a mue'te, Dadou. ¡Sigúeme! —me anunció con su voz de fibras de roble centenario.

Llevaba su conjunto de madras de colores de fuego ceñido alrededor de la cintura elefantésca con una larga cuerdecita blanca. Su frente de ébano supuraba sudor; seguro que acababa de salir de un trance.

Una nube baja de incienso de azahar flotaba en su salón. Las lenguas amarillas de las llamas de las velas danzaban en el aire alrededor de una jaula de canarios apoyada sobre la moqueta. Los dos pájaros, posados sobre una vara de

<sup>2</sup> BCN, *Bureau Central National*: Oficina Central Nacional. (*N. de la T.*)

madera, parecían congelados en el yeso.

Me invitó a instalarme en una butaca de médula de mimbre trenzado.

—Siento el mal en tu habitación, Dadou, el g'an mal. ¡No ent'es ahí!

Una sal picante le quemaba los labios retorcidos. Aparecieron unos muñones de dientes, solitarios en medio del agujero inmenso de su boca.

—¿De qué tipo? —le pregunté en tono de curiosidad.

—¡El Demonio, Dadou, el Hombre sin Rostro! ¡Ha bajado a la Tie'a a p'opaga' el Mal!

Abrazó su crucifijo hasta gastar el Cristo de estaño. Luego levantó la jaula y los pájaros salieron volando en una confusión de alas antes de aterrizar el uno al lado del otro sobre una yuca. Los ojos les brillaban a la luz tamizada como canicas de carbono.

Sin razón aparente, un hormigueo de escalofríos me recorrió los huesos.

—¿Y a qué se parece ese demonio, Doudou? ¿Por qué se esconde en mi habitación?

Se pegó dos lingotazos de burbon directamente de la botella, Four Roses de cuarenta y cinco grados. Cuando se estremeció, el cuello se le hinchó como el de una tortuga que mete la cabeza en el caparazón.

En su mirada vi las patas de tigres, las bocas abiertas de las serpientes, las mandíbulas de las migalas, descifré un miedo salvaje, brutal, una mezcla ocre de terror e incomprensión.

—No puedo deci'lo, Dadou. Sólo lo sé, eso es todo. No ent'es ahí.

—Iré con mucho cuidado, Doudou, te lo prometo.

Me levanté y atravesé los mantos de bruma de incienso camino de la puerta, cuando rompió a llorar.

—Dadou... Los oigo aulla'...

—¿Quiénes? ¿Los perros? ¿Siguen aullando?

—Día y noche, aúllan, Dadou... No me dejan nunca en paz... Se meten en mis sueños... —Un trago de alcohol le abrasó la voz—. Ve, Dadou —cloqueó—. Ve, ¡pe'o ten mucho cuidado!

Cerré lentamente la puerta detrás de mí. Por mucho que no creyese en lo que acababa de decirme, desenfundé mi Glock antes de penetrar en el salón. Para que todo siguiera igual, tristeza y calma luchaban en un duelo grotesco a golpes de destellos de silencio.

De tanto dar vueltas en la cama, no pude evitar hacer la comparación entre el terrible asesinato y las frases aterradoras de Doudou Camelia. Había descubierto azufre en su mirada, algo imposible de simular, un terrible presentimiento en potencia de lo real. Pensaba en los canarios, esas plumas amarillas que giraban en el aire, la negrura incómoda de su salón. En el calor de las sábanas, el vello se me erizó ante los embates del miedo.

La conversación con el teniente Sibersky me rondaba por la cabeza, dando lugar a un buen número de interrogantes. No recordaba haber descubierto un cuerpo mutilado en condiciones tan atroces. Además de los horribles suplicios infligidos a la víctima, también había que considerar la complejidad de la puesta en escena y su increíble elaboración. La inconcebible energía que debía de haber empleado el asesino para construir ese sistema de poleas y colgar el cuerpo me dejaba estupefacto. ¿Y qué decir de aquellos detalles, estudiados, abandonados como para dejar un mensaje? ¿La moneda en la boca, los ojos mutilados y vueltos a colocar en



las órbitas, esos trozos de madera insertados entre las mandíbulas?

Cuando ese mórbido cortejo de pensamientos se decidió a dejarme, el tren del sueño acabó por llevarse en el instante en que ya atravesaban el cielo los fulgores engendrados por el alba.



## Capítulo 2

Tras un despertar difícil, me puse a leer los correos electrónicos acumulados en el buzón durante mi estancia en Lille. Gracias a la tecnología y al poder de internet, había hecho un montón de amigos sin rostro, lejanos anónimos sin embargo tan cercanos a mí. Nombres de internautas que se preguntaban el porqué del silencio de Suzanne. No había reunido valor para contestarles y confesarles que mi mujer había desaparecido y que desde hacía un semestre, yo, comisario en la DCPJ en París, aún ignoraba si estaba viva.

El asunto del último mensaje, «¿Qué, te ha gustado?», banalmente firmado XXX, fue como un maremoto de adrenalina. Cuando descubrí, en la cabecera del mensaje, la foto digital de un granjero inclinado sobre la tierra, recogiendo remolachas con una mano deteriorada, creí que me hallaba ante un bromista.

Pero el texto, debajo de la imagen, sobrepasó los límites de mi imaginación.

Querido amigo:

Tan sólo quería compartir contigo la carta que acabo de mandarle a la madre de la encantadora señorita que has conocido recientemente. Me daría mucha lástima que no fuera de tu gusto, porque he invertido muchísimo tiempo en redactarla. A la espera de volver a verte pronto...

Mi estimada señora Prieur:

Hoy en día, entre los aborígenes pitta-patta de Australia, cuando una chiquilla alcanza la pubertad la tribu entera, hombres, mujeres y niños, se reúne. El celebrante, un hombre mayor, ensancha el orificio vaginal de la chiquilla rasgándolo hacia la parte inferior con la ayuda de tres dedos atados por un hilo de zarigüeya. En otras regiones, el perineo se rasga con la ayuda de una hoja de piedra. Le ahorraré la visión de las fotos que tengo actualmente ante los ojos. Por lo general, a esta operación siguen actos sexuales bajo coacción, con numerosos jóvenes, por lo menos una decena. Podría haber seguido este ejemplo en el caso de su hija, pero preferí proceder de otra manera, con mi propio método, que apreciará, espero, en su justo valor. En primer lugar, si eso puede reconfortarla, sepa que no me he follado a su hija, aunque podría haberlo hecho si hubiese querido.

Empecé por desvestirla. Necesité más de dos horas para atarla, trabarla hasta controlar el más ínfimo de sus movimientos. Fue un honor para mí trabajar sobre la tela de un cuerpo tan sublime, aterciopelado, casi como el fieltro. Por supuesto, ya se lo imaginará, esperé a que estuviese despierta para hundir los ganchos en su carne. ¡Oh! ¡Si tan sólo hubiese podido ver cómo se debatía! Dolor y placer son como dos cuerpos unidos a una sola cabeza: se repelen pero no pueden vivir el uno sin el otro, y creo que tomó conciencia de ello antes de morir.

Su piel se abría de manera casi artística cuando yo hundía la hoja en sus pequeños y firmes pechos, en sus hombros, su ombligo. En la meticulosa lectura de su cuerpo hallaba las respuestas a mis preguntas, sabía por qué actuaba y lo que buscaba. ¿Se da cuenta de que pude distinguir las profundidades de las capas de su carne, notar los tembleques de dolor que le arqueaban los riñones? Vibraba todo lo necesario, ondas incomprensibles iban y venían sin cesar, como pequeñas olas, y luego se rompían en un grito ahogado de felicidad. ¿O de sufrimiento?

Como un buen soldado, soportó sus heridas, no sólo padeciéndolas, sino

aceptándolas, consciente de que las dificultades son una ley inamovible de la naturaleza. Nos dejó amando la entidad por la cual cayó. Puede estar orgullosa de ella.

La acogerán bien allí arriba, no tema. Las armaduras estropeadas valen mucho más a los ojos de Dios que el cuero nuevo, y estoy convencido de que Él le enjugará las lágrimas. Ya no habrá muerte, ni habrá luto ni grito ni dolor. Estará bien...

Así fueron los últimos minutos rojos de su hija, de esa mujer de quien podemos decir, ahora, que seguramente, en su última expiración, maldijo tanto a sus padres como el día de su nacimiento.

La felicidad debe ser la excepción, el sufrimiento es la regla.

Alguien que, de ahora en adelante, es más importante para usted que nadie...

Esas palabras me petrificaron en los repliegues del asco, al borde de las profundidades rancias de la furia, de la rabia, de las ganas de estrujar el mundo hasta extraer la sustancia inmunda que da vida a los criminales. Sentí que me oprimía la impotencia, la facilidad ultrajante de propagar el mal hasta herir sin tan siquiera tocar. En ese instante, las palabras de Doudou Camelia resonaron en mi interior como el tañido fúnebre y lejano de la desgracia anunciada: «Siento el mal en tu habitación, Dadou, el g'an mal».

Sin tocar nada más, en los penosos segundos subsiguientes llamé a Sibersky, exhortándolo a que interceptase la carta costase lo que costase, y luego a Thomas Serpetti, uno de los hombres más competentes en informática que haya conocido.

Thomas Serpetti había hecho surf en la ola internet con un desliz digno de un dios hawaiano. A principios del año 2000, en la estela de la burbuja tecnológica, había dejado su puesto de responsable de seguridad de la red en IBM, en La Defense, para levantar un millón de euros en la primera ronda de negociaciones con inversores seducidos por sus ideas innovadoras y un plan de negocio blindado. Durante esa época cambiaba dos veces al día de corbata, estrechaba decenas de manos y se dejaba ver en todas las conferencias donde había que mostrarse. Había alquilado unos cuartuchos como oficina en el barrio de la Ópera de París, contratado con obstinación a informáticos alimentados a base de hamburguesas y dejado que el *business*, así como la euforia general, le llenase los bolsillos. Sobre la marcha, se había comprado una vieja granja al sur de París, en Boissy-le-Sec, un potro de un año, *Reine de Romance*, en las Ventas de Deauville, y luego se había retirado de los negocios, forrado de pasta, cuando las castañas habían empezado a fundirse bajo las ascuas de la Bolsa. Desde esa época, pasaba días tranquilos en las carreras, o quemaba las horas, incluso los días, perfeccionando su red de trenes en miniaturas, joya de paciencia, alegrías de niños, placeres del raíl. Su pasión por el modelismo ferroviario llegó a contagiarme y enardecerme... hasta la brutal desaparición de Suzanne.

Aquel eterno adolescente llevaba el juego en la sangre y creo que habría sido capaz de matar a todos sus hermanos para salirse con la suya frente a una ruleta. Un día lo vi ensañarse con el número 18, en el casino de Enghien-les-Bains, hasta el cierre de puertas y perder una fortuna. Pero poco importaba. Había dejado en ese lugar una huella imborrable y, desde ese día, le llamaban «señor» cada vez que cruzaba el umbral del casino. Eso era lo que le gustaba a Thomas Serpetti.

Nuestro primer encuentro se había producido virtualmente en un foro de internet dedicado a la esquizofrenia. El hermano de mi esposa, al igual que el de



Thomas Serpetti, era lo que se denomina un esquizoide paranoico.

Toda la vida recordaré las explicaciones que mi cuñado, Karl, me había dado sobre esa fractura mental una noche de otoño en la que ya estaba muy, muy mal: «La Hidra anida en las sinuosidades de mi intestino delgado. Su cabeza a veces se hunde en mi estómago, donde le gusta alimentarse largos ratos. Se alimenta de cuanto me alimento y evacúa las deposiciones por mi boca. Es una serpiente grotesca y venenosa de la que tengo que deshacerme cueste lo que cueste».

A los veintidós años, Karl se escarificó el abdomen con dieciséis cortes de cúter, pues le pareció que la automutilación era el único medio de cazar la Hidra que lo habitaba. Actualmente sobrevivía en una dimensión paralela, extraño a su propio cuerpo, cargado como una bomba biológica de Largactil, Haldol y Droleptan en el hospital psiquiátrico de Bailleul, en el norte...

Di la bienvenida a Thomas Serpetti con el semblante de un sepulturero que hubiese asistido a su propio entierro.

—He aquí lo ocurrido, Thomas. Quiero que me des tu opinión antes de poner al SEFTI a ello. Como te he dicho por teléfono, no he tocado nada. Hay la foto de ese granjero y esa carta espantosa debajo. Dime si podemos encontrar al remitente.

El ex experto en seguridad informática no soportaba la delincuencia o la criminalidad, y llevaba una campaña sin piedad contra los piratas de los tiempos modernos en colaboración con los ingenieros del SEFTI, el Servicio de Investigación de Fraudes en las Tecnologías de la Información. Con regularidad, Serpetti transmitía a mis colegas científicos direcciones de hackers, piratas informáticos que robaban ficheros de tarjetas de crédito o que insertaban, por el gusto de la provocación, mensajes de carácter pornográfico en *Les Échos* o el *Times*.

Su mano se abalanzó sobre el ratón del ordenador. Empujó las pequeñas gafas redondas de acero sobre el puente de su nariz y se pasó una mano por el corte a cepillo como si estuviese a punto de llevar a cabo una gesta deportiva antes de pegarse a la pantalla.

—¿Me... me dejas leer?

—Adelante. Cuento contigo respecto a la confidencialidad de este asunto.

—Sabes que puedes confiar en mí.

A medida que iba leyendo, el estupor le abría la boca.

—¡Madre de Dios! —Se quitó las gafas y se frotó los ojos—. ¡He visto cosas alucinantes en internet, pero esto es el summum! Es... ¿es lo que realmente ha pasado?

—Por desgracia, sí —suspiré.

—¡Pero si se dirige directamente a ti! ¡Te tutea! ¡Es alguien que te conoce! ¿Cómo podría saber que te han encargado la investigación?

—No tengo ni idea. Las noticias vuelan en esos pueblos, por no hablar de los medios de comunicación. Tal vez la información, de un modo u otro, ha llegado hasta él. Es algo confuso todavía. Pero vamos a investigarlo, no te preocupes por eso. Bueno, ¿y el mensaje?

Clicar de ratón, profusión de ventanas en la pantalla. Serpetti abrió ficheros con nombres bárbaros, paseándose por mi ordenador con la comodidad de una partícula cargada en una corriente eléctrica, animado por la pasión del conocimiento universal, esa voluntad de arrancar la solución a lo insoluble, como un desafío a sí mismo y a las máquinas.

—Esta dirección, por supuesto, es un camelo. Te vas a un sitio especializado,

das un nombre cualquiera y el sitio te autoriza a enviar mensajes con una dirección que tú mismo escoges, del tipo jacqueschirac@elysees.fr. Ni siquiera hace falta un software especial para gestionar los mensajes, el sitio se encarga de todo. Totalmente anónimo. O casi...

Ése «o casi» era el rasgo que distinguía a Serpetti entre la masa hormigueante de informáticos.

—¿O casi? ¿Es que hay manera de echarle el guante al remitente?

—¡Depende! Si el tío sabe, no lo conseguirás. Si no, las probabilidades son bastante bajas y, créeme, el trabajo para conseguirlo, enorme.

—¡Explícamelo! Y ve despacito, por favor...

Sus marcados hoyuelos reflejaban pálidamente la luz metálica de la pantalla cuando se giró hacia mí. Con casi treinta años, aún le quedaban en el rostro los estigmas del acné de adolescente.

—Bien. Simplificaré al máximo —contestó en tono sereno—. Imagínate una gigantesca tela de araña, muy compleja, del tamaño de una ciudad. Esparces, a un extremo de la tela, miles, millones de arañitas, todas parecidas. La mayoría de las arañas son miopes, no oyen ni ven nada, pero saben, gracias a las vibraciones, dirigirse hacia cualquier punto de la tela. En cambio, son incapaces de juzgar cuál es el camino más corto y, consecuentemente, todas cogerán una vía diferente para ir al mismo sitio. ¿Me sigues?

—Sí. No es tan difícil...

—¡Pues presta atención! Debes seguir con la mirada una de esas arañas hasta su destino, y luego volver a trazar su trayecto entre las diferentes intersecciones e hilos de la tela, de memoria. ¿Serías capaz de hacerlo?

Imaginé un inmenso territorio de seda orbicular, colgado en los edificios más altos de París bajo un cielo de desolación, como en una película fantástica.

—Me parece complicado —repliqué—. Las arañas interfieren las unas con las otras, se cruzan y se parecen; podría perfectamente, en un momento dado, seguir a otro individuo sin darme cuenta. Además, haría falta una memoria visual impresionante para recordar el camino en un laberinto así.

Thomas agitó las gafas por una de las patillas, como el político que se dispone a exponer un argumento de peso.

—¡Has resumido perfectamente el problema! Pues mira, con internet ocurre lo mismo. Sustituye los cruces por ordenadores, y el propio hilo por cable eléctrico. Extiende la tela a la dimensión planetaria. ¿Te imaginas la escena?

—Sí.

—Cuando recibes un mensaje, incluso proveniente de tu vecino, ese correo ha transitado por decenas e incluso centenares de relés diferentes repartidos a través del mundo. Para volver a encontrar el punto de emisión, hay que remontar la cadena eslabón a eslabón. Eso implica llamadas a los propietarios de las máquinas, búsquedas en los ficheros de rastros de los servidores en espera de poder pasar al eslabón anterior. Si mientras dura ese proceso se apaga un solo ordenata, o se borran los rastros del paso, la jodimos, sería como si cortases un hilo de la tela de araña. Ponte en contacto inmediatamente con los ingenieros del SEFTI. Cuanto antes actúen, mayor será la probabilidad de seguir las ramificaciones.

Identificar al remitente iba a ser cuestión de magia.

—¿Y si el tío sabe? —pregunté de todas formas.

—Habrà utilizado un *anonymiser*. Es un sitio especial que se encarga por ti de hacer que el origen de tu mensaje sea totalmente anónimo. Además, si es realmente prudente, habrá transitado por miles de otros ordenadores de particulares, conectados a internet al mismo tiempo que él. En ese caso, la probabilidad de

localizarlo es estrictamente nula.

Nos serví un auténtico guatemala cargado, casi sólido.

—¿Cómo ha conseguido mi dirección de correo?

—¡No imaginas con qué facilidad puede conseguirse información sobre ti cuando navegas por internet! Aparecen tus sitios favoritos, las horas a las que te conectas; dejas rastros allá donde vas. Basta que hayas colgado una vez un mensaje en un foro o un grupo de discusión para que un anónimo, empresas de publicidad u otros buhoneros que venden esas direcciones a terceros puedan recuperar tu mensaje. Seguramente estás en la libreta de direcciones de miles de personas sin saberlo. Además, puedes medir la amplitud del fenómeno tan sólo fijándote en los spams que llenan tu buzón.

—En efecto. ¿Algo más?

Vi en su mirada un destello de esperanza.

—La foto del granjero me tiene intrigado —me confió aplastando el dedo en la pantalla—. Por un lado, no veo bien la relación con esa carta, y por otro, el espacio que ocupa en tu disco duro me parece un poco grande: más de trescientos kilobytes. Me parece que... ¿tienes un programa de tratamiento de imágenes, como Photoshop o Paint Shop Pro?

—No, creo que no.

—¿Y una lupa?

—Tampoco. Pero puedo desmontar una de las lentes externas de los prismáticos.

—Perfecto.

Yo intuía los números, los operadores lógicos que se encaminaban hacia el cerebro de Thomas para arremolinarse en una gigantesca sopa matemática. Recordé uno de sus comentarios, una noche en que estábamos reunidos alrededor de una buena mesa, con Suzanne. «Toda materia, toda información se compone de ceros y unos. La chapa de tu coche está hecha de ceros y unos, este cuchillo está hecho de ceros y unos e incluso el trasero de una vaca está hecho de ceros y unos. A menudo, para pasar de un problema a una solución, basta invertir algunos ceros y algunos unos.» Suzanne había soltado una carcajada y, desde entonces, veía con otros ojos a los rumiantes.

Le tendí a Thomas uno de los oculares de mi Zeiss 8. La lente cóncava diseccionó los píxeles de la pantalla a medida que la desplazaba, frunciendo los ojos.

—No pondría la mano en el fuego, pero parece que algunos puntos son más claros que los otros. Es casi invisible, pero conozco este tipo de técnica. Mira un poco este rincón del cielo, en la foto. —Pegué la retina a la lente. Nada especial, sólo azul en medio de azul—. ¡No tienes mirada de experto! Esteganografía; ¿te suena de algo? —me reprochó.

—¿Una técnica de codificación antigua? ¿Un medio de pasar mensajes, como hacía el César?

—Casi. Lo confundes con la criptografía. Lo perverso, en la esteganografía, es que la información escondida se vehicula de manera transparente en información no encriptada, clara y significativa, contrariamente a la criptografía, donde el mensaje recibido es ilegible. Los piratas informáticos, los terroristas, aplican esta técnica para intercambiarse datos sensibles escapando a los diversos sistemas de vigilancia y escucha, como el Semáforo o el Echelon de los americanos. Esconden sus mensajes, imágenes o ficheros sonoros en otros medios de comunicación utilizando programas que descargan de internet. El destinatario que posee la clave de descifrado reconstruye entonces la información original. Es un sistema muy

apreciado por los pedófilos. Llegas a un sitio aparentemente discreto, visualizas fotos de vacaciones, de playas y cielos azules. Pero si aplicas la clave a esas imágenes, ¿qué descubres?

—Fotos de niños. ¡Has dado en el clavo, Thomas! ¿Vas a poder desencriptarlo?

Preso de la excitación, bebí ávidamente el café y me quemé la punta de la lengua.

—¡Sobre todo no te embales! —añadió en un tono que incitaba a la calma—. Antes tengo que comprobar si efectivamente la foto contiene datos ocultos. Y, sin clave de descifrado, puede que se necesiten varias semanas antes de llegar al resultado. Las técnicas de criptoanálisis, para romper los códigos criptográficos, no son muy eficaces, porque la potencia de los algoritmos hace que el descifrado sea extremadamente delicado, e incluso imposible si la clave es demasiado larga... Lo que, en resumidas cuentas, es lógico. Si no, ¿para qué encriptar?

Aparté la mirada de la pantalla y la dirigí hacia el móvil.

—Bueno, voy a poner de inmediato a los del SEFTI sobre este asunto, de forma paralela a tu trabajo.

—Déjame tu ordenata para que hurgue un poco más. Voy a grabarte lo necesario en un CD y se lo remitirás al SEFTI. Otra cosa: deberías ponerte una línea de banda ancha a la que podrían conectarse los ingenieros del SEFTI. A eso se le llama *sniffing*: vigilan a distancia todo lo que circula por tu línea y así pueden reaccionar rapidísimo. Si quieres, lo solicito y mañana tienes tu modem ADSL instalado. ¡Tengo contactos para acelerar el proceso!

—Buena idea; pensaba hacerme instalar uno. Si puedes encargarte, me harás un favor...

—¡No hay problema!

Su sonrisa me hizo darme cuenta de hasta qué punto la influencia de los asuntos criminales me separaba del resto del mundo, un poco como *Dead Alive* con sus fiambres. Había molestado a Serpetti pronto por la mañana, lo había arrancado de las sábanas sin ni siquiera preguntarle cómo estaba.

—Llevas impreso el tono azafranado de las vacaciones —dije alegrándome, mientras olía el aroma desoxidante de otra taza de café.

—Justo ayer volví de Italia. Has tenido suerte de poder dar conmigo.

—¿Y *Reine de Romance*? ¿Sigue igual de competitiva?

Thomas se bebió el café hirviendo de un trago, sin pestañear.

—Está en pensión en el círculo hípico de Chantilly, en manos de John Mohx, el mejor de los entrenadores. La preparamos para las grandes carreras y los derbis del año que viene. —Un gesto evocador le estiró los labios en una sonrisa—. Ya no soy soltero, ¿sabes? Yennia y yo ya no nos separamos. Unidos como la Tierra y la Luna. ¿Adivina dónde la conocí? ¡En un tren con destino a Londres! Es de origen rumano, azafata en el Eurostar París-Londres. Tendrás que visitarnos en la granja.

—Por supuesto.

—Y así, ¡verás mi red ferroviaria! Me he pasado a la escala HO 1/87, ¡la de los profesionales! ¡Me lo paso bomba! ¡No te muevas!

Se levantó, se abalanzó sobre su mochila y sacó una locomotora de latón Homby, con la cabina magenta y el carro negro.

—Es para ti, Franck. ¡Un vapor Basset Lowke 1959! ¡En perfecto estado! Era mía, pero ya no rueda en mi nueva red, así que te la regalo. La he llamado *Poupette*.

Se extrañó ante mi falta de reacción. La pasión por el ferrocarril que me había transmitido, al igual que el resto, me había abandonado desde que el vacío, el

silencio, el dolor se habían enseñoreado de mi apartamento.

—Lo siento, Thomas, ya no estoy mucho en la onda. Lo de los trenes y yo es agua pasada, por ahora. Ya no me apetece mucho.

—¡Con *Poupette* todo es distinto! Esta locomotora tiene algo mágico, ¡tienes que probarla! Ya he llenado el depósito de butano, para el quemador. Añade un poco de agua y de aceite en el ténder y funcionará durante una hora. Ya verás cómo su canto es apaciguador y su compañía, encantadora. Te levantará el ánimo en los momentos difíciles... —Dejó el modelo reducido sobre el escritorio—. ¿Sigue sin saberse nada de Suzanne? —me preguntó, cogiéndome la mano como a un viejo hermano.

—Nada, ni una triste pista. No hay el menor rastro del agresor. ¡Si tan sólo pudiese encontrar una señal, una pista que me dijese si está viva o muerta! Es una tortura quedarse en la incertidumbre, con el temor permanente de caer sobre el cadáver de mi mujer, así, al volver un camino... El futuro me da un miedo espantoso, pues dependo enormemente de datos que no domino. Mi suerte se encuentra casi entre las manos de ese bastardo que la secuestró.

—Acabarás averiguando la verdad, un día u otro.

—Lo espero con todo el corazón. —Fingí pensar en otra cosa esbozando el armazón de una sonrisa—. Oye, quédate aquí y haz lo que puedas con mi ordenador. Yo he de marcharme. Comemos juntos al mediodía, si quieres. Reúnete conmigo delante de la central, iremos al Vert-Galant. ¿No habrás quedado con tu Yennia?

—¿Con Yennia? ¡Si paso los días esperándola! Desaparece por la mañana para volver por la noche, como una aurora boreal. Vale, quedamos al mediodía. Nos encontramos ahí. —Carraspeó—. Franck... ¿qué crees que podría ser ese mensaje oculto? Si intenta decirnos algo, ¿por qué no lo hace abiertamente?

—Thomas, tú, a quien te sobran los millones, ¿por qué sigues yendo al casino sabiendo que corres el riesgo de perder una fortuna?

—Por... ¿la excitación que me da el juego?

—Pues ya tienes la respuesta a tu pregunta.

Mi abuelo había acabado su carrera de minero como capataz-jefe en el foso 13 de Loos-en-Gohelle. De minero joven se había convertido en minero, y luego en entibador, obrero, reparador, capataz y al final en capataz-jefe. Por lo general, los pasillos de carbón le aprisionaban a uno durante buena parte de su vida y, si el beso mortal del grisú había sido clemente contigo, la silicosis se encargaba de rematarte. Nacías al fondo, morías al fondo, tus hijos morían al fondo, en la boca del monstruo. Menos mi abuelo.

Quince años le habían bastado para subir los peldaños de la jerarquía y nunca, en toda su vida, invocó la suerte o el azar. Este agrimensor conocía las fechas de cumpleaños de todos los responsables jerárquicos, los nombres de sus esposas e hijos y también el color del pelaje de sus perros. Se las apañaba para encontrarse con las esposas en las panaderías, los cafetines, las lavanderías, a fin de halagar las cualidades eméritas de sus maridos y sus increíbles aptitudes para dirigir las cuadrillas. En los días señalados, incluso en los tiempos más duros en que faltaban la sopa y el pan, nunca se olvidaba de enviar a las personas más ricas que él una botella de ginebra. De ese modo, incluso a través de los reflejos translúcidos y embriagadores del alcohol blanco, sus jefes daban las gracias de forma inconsciente a ese rostro que les procuraba el placer del olvido.

A eso lo llamaba «la técnica del sacrificio rentable», y me repetía a menudo: «Si despiertas en aquel a quien hablas la llama que le hace brillar los ojos, ese algo que le toca el corazón, entonces lo convertirás en uno de tus aliados más estimados. Ya no tendrás dos brazos y dos piernas, sino cuatro, porque siempre estará a tu lado cuando lo necesites».

Más de quinientas personas asistieron a su entierro, cuando el cáncer se lo llevó en 1978.

A diferencia de mi abuelo, yo no había utilizado «la técnica del sacrificio rentable» para subir en escalafón. En cambio, la usaba con obstinación para rodearme de las personas necesarias, en el momento en que las necesitaba.

Richard Kelly, el juez encargado de la instrucción, sentía especial debilidad por el buen chocolate. Poseía un refinado hocico, como sólo existe una decena en el mundo. Aunque su despacho se veía tan impecable y esterilizado como el interior de un depósito de cadáveres, siempre rondaba por allí, en un rincón, una tableta a medio comer de jivara, manjari o caribe, joyas del cacao encargadas directamente a los maestros chocolateros como si se tratase de diamantes auténticos. Así que me había hecho con guanaja de granos de cacao de América del Sur, uno de sus favoritos. Comprobé divertido cómo su nuez subía y bajaba cuando dejé el tesoro en forma de barras sobre su escritorio.

Debía obrar con cautela. Se trataba de convencerle para prescindir del gilipollas de Thornton, simulacro de psicólogo, incapaz de hacer el perfil psicológico de un pulpo.

Al principio, Thornton ejercía en un consultorio independiente. Un tío muy guaperas para sus cuarenta años, una belleza apolínea con ojos rasgados. Se había tirado a tantas pacientes sobre el diván de su consulta que podría haber recibido el premio al mejor semental en los Hot d'Or. Su clientela salía adelante sin parar, cada vez más desvestida, cada vez menos enferma, y sus sucesores seguramente encontrarían braguitas hasta debajo de los cojines de su sofá de cuero. Luego, Thornton, aparentemente cansado de la rutina del sexo fácil, o porque la edad lo había vuelto menos vigoroso, se había valido de la influencia de papá para hacernos disfrutar de sus talentos de analista. Interrogaba a los testigos, los criminales y extraía conclusiones que habrían provocado la sonrisa de las estatuas de la isla de Pascua. «Ese cretino con pajarita confundiría a un terrorista afgano con una hermanita de la caridad», me había soltado Bambi, el jefe de la Brigada de Costumbres, la primera vez que había coincidido con él, hacía mucho tiempo, cuando estaba muy, muy enfurecido. Apartarlo del circuito era un asunto delicado, puesto que el susodicho gilipollas con pajarita era nada menos que el hijo del procurador de la República.

Con Richard Kelly estuve hablando un rato de chocolate y luego, como era de esperar, de los primeros pasos de la investigación. Le expuse con concisión las reflexiones de Sibersky y mías sobre el carácter poco común del asesino, sobre la importancia dada a los detalles de la puesta en escena; por último, sobre todo, hice hincapié en la absoluta inexperiencia de Thornton en el ámbito del crimen de carácter sádico y, de hecho, en el ámbito del crimen en general. Quería adelantarme a los hechos, anticipar los actos del asesino, actuar hacia arriba y no hacia abajo, y para conseguirlo necesitaba aliados en vez de —sopesé mis palabras— una cruz a cuestas.

Así que le pedí que metiera en el caso a Elisabeth Williams, perita judicial ante el Tribunal de Apelación de París y psicocriminóloga. Hizo una mueca como nunca le había visto antes, una obra maestra de la lengua, pero, tras dos horas de lucha encarnizada, se fue del pico al tragarse una onza de guanaja.

—Pero dejo a Thornton en el ajo —insistió—. No podemos echarlo así, sólo con chascar los dedos. Sobre todo para sustituirlo por un *profiler*...

—*Profiler* no. Psicocriminóloga.

—Es lo mismo. Espero que me dé motivos para haber confiado en usted y que no me hará perder el tiempo.

Nunca había tenido la ocasión de trabajar con un especialista en comportamiento humano. Uno de verdad, quiero decir, un Thornton a la centésima potencia. Las conferencias que Elisabeth Williams impartía en la Universidad París II estaban impregnadas de magia. A través de la fuerza de las palabras, la pertinencia del análisis y el rigor de sus demostraciones, aquella especialista nos llevaba ante el asesino, a los meandros tortuosos de su mente. Había desmenuzado todos sus libros, su tesis sobre las enfermedades mentales del criminal, la avalancha de artículos publicados en la *Revista Internacional de Policía Científica y Judicial*. Profesaba una pasión ilimitada por sus palabras, su prestancia, en el anonimato ingrato del alumno que se sienta al fondo del aula, tímido y atento. Y soñaba con aplicar sus grandes ideas en un caso criminal de envergadura. Y ahora, en esta investigación, intuía que me enfrentaba a un nuevo tipo de asesino, un animal inteligente, refinado y demoníaco, dueño de sus emociones, responsable universal del destino de sus víctimas. Una araña replegada en un rincón de su tela, cargada de veneno, que surgiría en cuanto vibrase uno de los hilos de seda.

Me avergonzó pensar que, al otro lado de la frontera del Bien, en la sombra roja de una bestia con cascos y cuernos, quizá se escondía el tipo de asesino que uno espera durante toda la carrera de Criminológica.

Afirmar que mi profesión no me gustaba sería la peor de las mentiras. Me gustaba tanto, e incluso más, que mi mujer. Esa cotidianidad tapizada de niebla de sangre, de rayos de metal que recortan tendones y nervios, que rascan la carne hasta el hueso, esas almas sombrías y misteriosas que se arremolinan en habitaciones ensangrentadas constituían la esencia profunda de mi vida. Incluso cuando estaba en compañía de Suzanne, entre mis aficiones se contaban las lecturas sobre asesinos en serie, las visitas a museos de criminología y las películas de suspense, esas en que el asesino destaca por su maquiavelismo. Cuando uno cruza las puertas de la Criminológica se olvida de ser humano, se convierte en un *Dead Alive*, un esclavo condenado a luchar contra lo que no muere o renace de sus cenizas. Uno deambula entre dos mundos, entre lo común y lo irreal, entre el calor de una sonrisa y la peor oscuridad oculta en cada una de las mentes que pueblan esas tierras...

Pensaba en todo eso y empezaba a arrepentirme de aquello en lo que me había convertido. La ausencia del ser amado me quemaba por dentro, como ese alcohol que se tira en el vientre de las llamas para avivarlas con más fuerza todavía. Palpaba el aire ante mí y dibujaba en él curvas desnudas, me embriagaba con un perfume que ya no existía, percibía murmullos débiles que se evaporaban en cuanto aguzaba el oído. Aquella mañana volví a convertirme, durante el tiempo que dura un pensamiento, en un hombre como los demás. El poli no estaba lejos, me acechaba, empuñando el arma, hambriento de batida y persecución. Lo quería tanto como lo odiaba.

¿Volvería a contemplar algún día la dulce sonrisa de mi mujer?

Mi móvil poseía esa increíble facultad de sonar en el peor momento con su timbre estridente. Normalmente lo apagaba cuando dejaba, y sólo Dios hasta qué punto esos instantes eran algo excepcional, mi trabajo de lado. Pero cada vez que un asesino entraba en mi vida por la puerta grande, mantenía siempre el móvil al acecho de una llamada, lo guardaba pegado a mí como un compañero fiel. Suzanne había acabado odiándolo.

Si os entrasen las extravagantes y muy valerosas ganas de atracar la caja de un restaurante, más valdría evitar el Vert-Galant. Este local de buena comida, a dos pasos de la central, es un hormiguero de inspectores de paisano, comisarios, policías y polis de todo tipo, acompañados la mayoría de las veces por sus esposas. Una concentración de Colt, Smith & Wesson y Beretta por metro cuadrado que sería la envidia de un Pablo Escobar. Me levanté de la mesa y pedí disculpas a Thomas, mi rey de la informática, antes de contestar. La voz acalorada de Dead Alive abrasó el móvil.

—Tenemos algo consistente, comisario Sharko. Escúcheme bien. El agua que había en el estómago de la mujer nos ha revelado cosas interesantes. Primero, los chicos de laboratorio han descubierto moléculas con cuarenta carbonos y ácido ocaidaico. Esas moléculas las produce la *Dinophysis acuta*, una especie de alga microscópica que se desarrolla en aguas estancas. Ya no hay rastro de la propia alga, pues seguramente se descompuso por falta de aportes en materias orgánicas y sol...

Me tapé el oído izquierdo con una mano para aislarme del ruido ambiental y pregunté:

—¿De qué tipo de agua se trata? ¿Agua de mar, agua dulce, ciénaga?

—Agua de lluvia, como atestigua la presencia de óxido de nitrógeno.

—Así que agua de lluvia en charcos o pequeñas superficies. ¿Cuánto tiempo necesita esa alga para crecer?

—De tres a cuatro días. En vista de la proliferación alucinante de bacterias cuyos nombres voy a ahorrarle, el químico supone que el agua permaneció varias semanas en un recipiente hermético, como un tarro, antes de pasar al estómago.

—Si lo he entendido bien, ¿el asesino habría recogido el agua de un charco hace un montón de días, y luego la habría conservado cuidadosamente para administrársela a la víctima?

Hice señas al camarero con la mano para que nos trajese el aperitivo, mientras tanto mantenía una oreja-satélite pegada al móvil.

—¡Exacto! Pero hay más. Segundo punto: hemos detectado en el agua una cantidad importante de silicatos de alúmina filitosa, dicho de otra manera, granito rosa disuelto. Ya he hecho una parte de su trabajo al interrogar a Frederic Foulon, experto en minerales. Afirma que una concentración granítica tal no se puede obtener de forma natural, por un proceso normal de erosión. El granito no proviene del flujo de un río o del simple chorreo de las aguas de lluvia sobre paredes graníticas. La causa hay que buscarla en otra parte.

—¿Y ese experto le ha dado pistas?

—Dos soluciones. O bien el asesino disolvió él mismo el granito, o bien el granito ya se encontraba en el agua cuando la recogió. En tal caso, es muy probable que la roca se depositara en el charco en forma de polvo.

—¿Un lugar donde se trabajaría el granito rosa? ¿Como una empresa?

—Sí, pero en el exterior, en un lugar propicio para la retención de agua de lluvia y el crecimiento de algas. Como una cantera, por ejemplo. El problema es que



canteras de granito rosa existen muchas: en Bretaña, por supuesto, en Alsacia al nivel de la falla de hundimiento, en los Alpes, los Pirineos y otros macizos montañosos. Sin olvidar que podría tratarse también del artesano que construye lápidas en un rincón de su jardín con bloques de granito importados. ¡Y eso sí que complicaría mucho el caso! Ánimo, comisario. Ya me mantendrá al corriente.

Su voz desapareció tras el clic del teléfono. Dejé el móvil sobre la mesa y saqué una libreta de la chaqueta para anotar los puntos clave de nuestra conversación.

—Parece que hay novedades —se interesó Serpetti bebiendo un sorbo de Martini Rosso.

Me senté y me hidraté con una cerveza a presión, una Leffe negra.

—Así es. Lo que me ha dicho el forense es una exageración, una exageración brutal... —Me pasé una mano desde la nuca hasta la frente—. La obligó a tragarse esa agua estanca... ¿A santo de qué?

—¿De qué hablas? ¿Qué es eso del agua?

—Prefiero no contarte nada más, Thomas. No me lo tengas en cuenta.

Serpetti echó la cabeza hacia atrás y bebió dos tragos de alcohol italiano antes de soltar:

—La ciencia siempre me impresionará. No me gustaría ser un asesino hoy en día. ¡Con vuestras técnicas, el tío ni siquiera puede tirarse un pedo con tranquilidad en el lugar del crimen, porque seríais capaces de recuperar las moléculas del pedo, deducir la edad y el color del asesino y saber lo que había comido antes de cometer el crimen! —tras apurar su copa prosiguió—: ¡Bueno, basta de tonterías! La llamada de tu forense me ha interrumpido. Lo confirmo, hay una encriptación oculta en la foto. Pero con tu ordenata no se puede sacar nada. Es una tortuga, necesitaría meses para reconstituir el mensaje original. ¿Los ingenieros del SEFTI están en el ajo?

—Sí, están trabajando sobre el correo electrónico y la fotografía desde esta mañana. Disponen de máquinas grandes como un mueble, encerradas en una sala refrigerada. Deberían ir mucho más deprisa... con la esperanza de que eso nos lleve a algún sitio.

—Te lo he dicho, el proceso de descifrado puede ser muy largo. La potencia de los procesadores hará ganar tiempo, por supuesto, pero me temo que no obtendremos la respuesta antes de una o dos semanas.

—Ya veremos... De todas formas, no tenemos otras pistas por ahora salvo esa imagen. ¿Hay que ser muy ducho en informática para eso?

—¿Para cifrar o descifrar? ¡Qué va! ¡Un chavalín de ocho años podría hacerlo! Igual que enviar correos. —La sonrisa de Thomas se vio ensombrecida por la ansiedad—. ¿La madre de la mujer asesinada ha recibido la carta?

—Por desgracia, sí. El asesino la había deslizado directamente por debajo de la puerta durante la noche. Se han llevado a la madre a la unidad de psicología del hospital de la Pieté. Intentó suicidarse a golpe de Temesta...

Tras haber dejado a Thomas, gasté algunas neuronas en comprender el porqué de la firma química en el estómago de Martine Prieur. El teniente Sibersky seguramente tenía razón; quizás el asesino quería desafiarnos, a nosotros, policías, criminólogos, biólogos y psicólogos. Quizá deseaba que entrásemos en su juego para observarnos mejor, juzgarnos, calibrarnos como ratas de laboratorio. Quizás íbamos a convertirnos en los conejillos de Indias de sus sórdidos experimentos.

Sólo se me ocurría una forma de llegar hasta él: encontrar el lugar de donde procedía esa agua.

Un vivero aséptico. A eso me recordaban los locales de la policía científica y técnica que se extendían en la avenida de l'Horloge. Por ellos se movían los tipos más raros y omniscientes de *Homo sapiens*, con máscaras, gafas y guantes, y decapados con desinfectante.

En aquel lugar invernal se agrupaba buena parte de los términos acabados en *gía* del diccionario: biología, toxicología, morfología, antropología y otros. En las pantallas de los ordenadores, siempre encendidos, circulaban firmas vocales digitalizadas, enmarañamientos violáceos de filigranas, tortuosidades digitales, rostros virtuales remendados de realidad, con narices, ojos, bocas que se superponían por turno para formar combinaciones de rostros. Una batería tecnológica en busca de lo invisible, a la conquista de la nada que contiene el todo.

Thierry Dussolier, responsable del servicio de dactiloscopia, fue a buscarme a la recepción. De forma idéntica a sus clones, llevaba una bata de algodón demasiado larga que flotaba detrás de él como una capa.

—Sígueme, comisario.

—¿Qué se ha obtenido del análisis de la carta enviada por el asesino?

—Nada de nada—contestó el ingeniero—. El ESDA, o dicho de otra manera, el Electro-Static Document Analyser, no ha revelado ninguna impresión involuntaria. Un fracaso por ese lado.

Tras avanzar por un dédalo de pasillos, el ingeniero y yo penetramos en una sala sin ventanas, acondicionada como una habitación de decoración cuidada: cama de pino, cuadros en las paredes, lamparita, novelas esparcidas sobre una pequeña cómoda, televisor y minicadena. Me hallaba frente al mobiliario de Martine Prieur, trasladado, consignado y colocado de la misma manera para reconstruir, en el laboratorio, el escenario del crimen. El ingeniero cerró la puerta y nos sumió en una oscuridad de espera, de las que hacen salivar.

—Vamos allá, comisario.

Una luz negra de Wood con dominantes violáceas irrumpió del techo. Lo invisible apareció, se me grabó en las retinas. Centenares de huellas digitales, enjambradas de forma aleatoria sobre los muebles como si fuesen patas de gato y emblanquecidas con cianoacrilato, danzaban en un ballet luminiscente. Aquella habitación desvelaba historias secretas, arrebatos nocturnos revelados como una violencia más perpetrada sobre la mujer. Pero, bajo la nube de estrellas digitales, quizá se escondía un astro particular más sombrío que los otros, un magma de crestas, bifurcaciones, islotes y lagos que constituían la huella del asesino.

El científico me explicó los elementos más importantes, acompañados de una rica gestualidad.

—El asesino llevaba guantes de látex empolvados, ya que hemos recogido rastros de lactosa sobre los bordes de la cama, la cómoda y... lo verá dentro un momento.

—¿Para qué sirve ese polvo?

—El almidón, el carbonato de calcio o la lactosa, dentro de los guantes, facilita su colocación y aumenta la adherencia de los dedos al látex. Cuando uno se los quita y vuelve a ponérselos varias veces, el polvo se deposita sobre la superficie exterior de los guantes, de ahí los rastros.

—¿Se utilizan mucho ese tipo de guantes?

—En los ámbitos especializados, como la cirugía. Se compran en las farmacias, pero hay que realizar un pedido especial porque, por defecto, el farmacéutico vende guantes sin empolver.

El planetario de las huellas ofrecía un espectáculo de noche de verano.

—¿Habéis encontrado otras distintas a las de Prieur? —pregunté, señalándolas

—No. Pero tenemos algo muy, muy interesante.

Me acerqué a él, pupilas dilatadas, respiración agitada.

—Observe ese cuadro —dijo, indicándome el poster de un faro azotado por un mar desencadenado, enmarcado tras un cristal virgen de cualquier marca digital.

—Parece... polvo. ¿Es lactosa?

—Así es. Cuando uno cuelga un cuadro, por fuerza lo sostiene, en un momento dado, por los cantos. Si se fija con atención, hay rastros de lactosa en las esquinas superiores izquierda y derecha. ¿Y qué se ve en los otros, a su alrededor?

Me volví en dirección a los otros dos cuadros moteados de islotes digitales en las esquinas.

—Bajo el cristal del faro, no hay ninguna huella. Sólo los residuos de lactosa. En cambio, en los demás hay un montón de huellas, las de Prieur, pero no lactosa. Eso significaría que...

—Hemos rastreado la presencia de alcohol, isopropilo, sobre el cristal, así que lo limpiaron antes de colgarlo. Además, los técnicos han vuelto a la escena del crimen. El clavo que aguantaba ese marco estaba clavado al bies, contrariamente a los otros. La dimensión y materia también son diferentes.

—Así que lo colgó otra persona...

—Sí. Podemos concluir que ese cuadro lo colgó el asesino.

La luz negra confería a los ojos azules de Dussolier una extraña luminosidad, casi transparencia, como los de un conejo deslumbrado por faros. De su cuerpo vestido de blanco irradiaba un áurea viva, luminiscente.

Saqué la primera conclusión que, dados los descubrimientos, era obvia.

—El asesino habría traído él mismo ese cuadro. Eso nos da otra pista.

—¿Perdón?

—Creo que ha escogido voluntariamente los guantes empolvados con la intención de orientarnos a través de los rastros hasta ese cristal.

—¿Y por qué no ha dejado una nota «He traído esto», si quería que nos diésemos cuenta?

—¡Porque está poniéndonos a prueba! ¡Al igual que con el agua hallada en el estómago! Quiere llevarnos a alguna parte, evaluar a qué velocidad progresamos. Nos calibra, disecciona nuestra capacidad de análisis y de organización. Es bastante listo y posee gran conocimiento de nuestras técnicas de investigación.

—Está usted generalizando un poco, ¿cree que todos sus gestos son voluntarios cuando quizá no lo sean!

—¡Pues claro que sí! ¿Por qué no hemos encontrado lactosa en la víctima? Se puso esos guantes especialmente para el cuadro, antes o después de trabajarse a Prieur, pero no durante.

—Tiene razón.

Mientras observaba el poster, algo se me hizo brutalmente evidente.

—Dígame si voy descaminado, pero ese faro está constituido por granito rosa, ¿no es así?

El ingeniero hizo desaparecer las manos en los bolsillos de su bata. Con los juegos de luces, parecía como si las hubiesen cortado de cuajo y que sólo los puños colgaran del final de los brazos.

—Al cien por cien —dijo, asintiendo con la cabeza—. No es un faro, sino más exactamente una luz de posición, construida por completo con granito rosa. Se encuentra en Ploumanac'h, en los confines de Bretaña, en la costa de granito rosa, justamente. Un lugar magnífico, un verdadero remanso de paz. Pero ¿qué tiene eso

que ver?

La sangre fluía como lava a mis mejillas.

—Oiga, usted que conoce la zona, ¿podría decirme si hay allí canteras de granito?

—Sí, unas cuantas, sobre todo alrededor de Ploumanac'h. De hecho la costa de Armor es la cuna del granito; la mayoría de nuestras lápidas vienen de ahí... ¡o de China!

Cuando salí del laboratorio, apenas empezaba a percatarme de hasta qué punto la escena del crimen había sido pensada, trazada sobre papel milimetrado. La perfecta correlación del agua en el estómago y del poster tenía como único objetivo llevarme a Bretaña, en busca de algo o alguien en una cantera de granito. Si ése era el caso, si realmente descubría pistas en las costas de Armor, entonces me estaba enfrentando a un ser demoníaco de inteligencia apabullante.

Consigné en un informe breve las primeras conclusiones de la investigación y lo deposité, mientras la noche derramaba sus estrellas, sobre el escritorio de Leclerc.

Tras haber embutido dos trajes y algunas mudas en una maleta que dejé en la entrada del salón, saqué, de debajo de la cama, el balasto de corcho sobre el que se amarraba mi red ferroviaria —un bucle simple de raíles ROCO, con un túnel y una estación— y coloqué con delicadeza a *Poupette* sobre su nuevo espacio de libertad. Serpetti había dejado una notita garabateada en la que indicaba el modo de poner en marcha la pequeña y graciosa locomotora.

Con una pipeta llené el depósito de agua y el de aceite, encendí el quemador de origen y dejé que la caldera aumentara la presión antes de empujar la palanca situada en la cabina.

La magia entró en escena. Cilindros, pistones, bielas y manivelas se activaron en un silbido de vapor. *Poupette*, la tímida, se lanzó al asalto del raíl, dubitativa en un primer momento, con más fuerza al cabo de unos segundos. Escupía agua, silbaba, humeaba con alegría. Los efluvios de las épocas pasadas, de las jornadas húmedas, se esparcían por la habitación, como un perfume que oliera a fuego y humedad. Un olor que me transportó por una vez lejos de mi vida, que se había vuelto negra como el esquisto.

En el momento en que cerraba los ojos, se me apareció la imagen de Suzanne. Llevaba el vestido de novia y me sonreía...



## Capítulo 3

La costa de Granito Rosa era un testigo doloroso de la furia de la tierra y de la fuerza viva de la erosión. Rocas inmensas, enmarañadas en un desafío al equilibrio, rasgaban las aguas turquesas como figuritas armoniosas, a las que habían dado nombres evocadores: la Cabeza de Muerto, la Tortuga, el Tío Trébeurden o también la Mujer Durmiente. De ese caos sin orden aparente emergía la belleza palpable del fanal de Ploumanac'h, poderosamente anclado en su zócalo de granito, la mirada de piedra orientada hacia los ojos ultramarinos del alta mar.

Bordeé la costa hacia el este y atravesé un viejo puente que salvaba un curso de agua seco antes de llegar a Perros-Guirec, donde, según las indicaciones del mapa topográfico desplegado sobre el asiento del acompañante, se encontraba la mayor cantera de granito de la región. Una lógica decidida por el asesino me había empujado hasta aquí, y esperaba que los seiscientos kilómetros de trayecto no se me quedaran atravesados en la garganta como un hueso de pollo.

A la entrada de la obra, pasé por alto los paneles de aviso destinados a ahuyentar a los turistas y aparqué en la proximidad inmediata de la sima, sobre una extensión terrosa y desecada donde excavadoras, camiones volquetes y perforadoras neumáticas arrancaban la corteza rosada de los lienzos de pared abruptos.

En cuanto puse un pie en el suelo, un tío encasquetado me cortó el paso con su corpulencia gorda y olor de tonel de roble:

—¿Es que no sabe leer los carteles? —vociferó.

—Comisario Sharko, policía criminal de París. ¿Es usted el encargado?

Me miró de arriba abajo con expresión de animal salvaje.

—No. El encargado 'tá al fondo. ¿Pueo ver su placa?

—Lléveme hasta él —pedí, metiéndole la placa bajo las narices.

Me tendió un casco amarillo y espetó, sin mirarme:

—¿Ha ocurrido algo grave?

—Eso estoy intentando descubrir —repuse, comiéndomelo con los ojos.

Echó un escupitajo en el polvo.

—Háblelo con el jefe, yo, no m'ocupo d'eso.

La sima se abrió ante mis ojos como una gigantesca herida sangrienta. Todos los matices del rosa se agarraban a las paredes en movimientos de torsiones y grietas. Una cabina de metal, movida por un sistema de poleas, nos depositó al fondo tras un descenso vertiginoso. Las minúsculas hormigas encasquetadas, tal como se veían desde arriba, recuperaron sus formas redondeadas de humanos. Mi mirada se asió a los charcos que cubrían el suelo polvoriento. Aguas estancadas de lluvia moteadas de polvo de granito y pequeñas algas. Una copia compulsada de lo que habían hallado en el estómago de la víctima. Una voz aguda en mi fuero interno me dijo que andaba por buen camino.

Para mi gran decepción, la densa batería de preguntas que planteé al personal no reveló nada en concreto. Cuando uno no sabe lo que quiere, es difícil obtener resultados. Un poco como un investigador en una gran habitación vacía que se pregunta: «¿Qué voy a hacer hoy?». Quizás esperaba la evidencia, pero la señora

Evidencia había decidido quedarse acurrucada lejos de mí, de modo que debía arreglármelas.

Estaba anocheciendo, de manera que mi escapada solitaria llegaba momentáneamente a su término. No me lamentaba por ello. Las ocho horas de trayecto me habían destrozado la espalda, hinchado los ojos como bombonas de butano y sentía la necesidad imperiosa de dormir. Me instalé en el hotel más cercano y me dejé llevar por las llanuras verdes del sueño, sin que nada, esta vez, consiguiese interferir en él.

Estaba muy harto: dos canteras más visitadas, dos fracasos.

Al mediodía del día siguiente me zampé un bocadillo de cangrejo en una cervecería en primera línea de mar y me precipité a la última cantera que quedaba por explorar en los alrededores de Ploumanac'h, la de Trégastel. Psicológicamente, me había preparado para regresar a París con el peso de la decepción en los bolsillos.

Cuando me depositaron al fondo de la cantera, el ingeniero de la obra, un tío alto y delgado de facciones angulosas, como si hubiese arrebatado sus rasgos a la roca a golpe de buril, no consideró necesario venir a mi encuentro. Me disponía a caerle encima, pero tras un intercambio de susurros y miradas desconfiadas con uno de sus jefes de equipo, me hizo un señal para que me acercase.

—Comisario Sharko, policía criminal de París.

—¿La criminal aquí, en este antro en medio de un antro? ¿A qué se debe este honor?

—¿Podríamos hablar en otro sitio? ¡No oigo mi propia voz!

A pocos metros, una excavadora oruga tiró un morrillo de granito al suelo provocando un estruendo ensordecedor. Nadie reaccionó. Nos hallábamos muy lejos del ambiente silencioso de las oficinas parisinas.

Entramos en una caseta de obras, una caja de metal arrugado más polvoriento que una bolsa de aspiradora llena. Preferí quedarme de pie, por miedo a ensuciarme el traje.

—Dígame qué quiere, comisario, y procuremos ser rápidos, por favor. Me quedan unos veinte metros cúbicos por sacar hoy y los chicos son menos responsables que las almejas, de modo que no puede dejárseles demasiado tiempo solos.

Repetí la explicación que ya había dado el día anterior y esa misma mañana.

—Me gustaría saber si ha observado algún acontecimiento extraño, algún hecho llamativo, algo que se salga de lo ordinario, aproximadamente entre más o menos mayo de 2002 y hoy.

Sopló sobre la parte superior de su casco para quitar el polvo de roca. Mi chaqueta quedó moteada de islotes polvorientos.

—¡Ostras! ¡Discúlpeme! —soltó en un tono casi divertido—. Un traje no es lo más adecuado para visitar el fondo de una explotación.

—¡Haga el favor de contestar a la pregunta que le he hecho! —exclamé, fulminándolo con la mirada.

—No, nada especial. Mire, aquí uno está, y disculpe por la expresión, en el agujero del culo del mundo. Lo único que vemos del exterior son los aviones por encima de nuestras cabezas o las gaviotas, que se cagan en nuestros cascos.

—¿Nada de robos ni deterioros? ¿Ningún comportamiento sospechoso entre los obreros?

- Nada de nada.
- ¿Ha sorprendido a alguien recogiendo agua en los charcos del suelo?
- Pero... ¡No tengo ni idea! Dígame, ¿por qué ha venido usted aquí?
- Por un caso de asesinato.
- Un velo de terror le recubrió el rostro.
- ¿Un asesinato? ¿En esta región?
- En París, pero indicios muy claros me han conducido hasta aquí.
- Le formulé aún otras preguntas que no me llevaron a nada; me había preparado para eso.
- Bueno, siento haberle entretenido.
- No pasa nada.
- Me tendió la mano, que estreché al tiempo que le decía:
- De todas formas, voy a interrogar a sus obreros para seguir el procedimiento. Nunca se sabe. Podrían acordarse de repente de algún detalle.
- ¡No, no tienen tiempo! Los plazos que tenemos son muy ajustados. Si empieza a interrogarlos a todos, ¡nos retrasaremos espantosamente! He de extraer mis veinte metros cúbicos antes de las seis de la tarde, ¿lo entiende?
- Por supuesto, pero sólo serán unos minutos...
- En el momento en que apoyaba el pie fuera, la palabra mágica me paralizó.
- Espere...
- ¿Acaba de recordar algo? —pregunté volviéndome hacia él.
- Cierre la puerta, por favor.
- Obedecí. Sus cejas pobladas traslucían una inquietud franca.
- El pasado dieciséis de julio, Rosance Gad tuvo un accidente y quedó aplastada contra el fondo de la cantera. Se cayó de la vertiente norte, por la que usted ha llegado. Gad fue contratada el año pasado, en febrero de 2001, como técnica informática, encargada de pilotar las máquinas por ordenador, sierras circulares, por ejemplo, para cortar bloques en adoquines.
- Conexión intersináptica. Secreción de adrenalina en masa. Fuego ardiente por todo el cuerpo. Tenía algo.
- ¡Pues menudo detalle se había olvidado usted de mencionarme! ¿Qué tipo de accidente?
- Gad era una deportista experimentada, amante de las sensaciones fuertes. Si observa con atención las paredes de la cara norte, descubrirá mosquetones y pitones. Subía por ellas dos tardes a la semana. Unos sesenta metros de ascenso.
- ¿Este tipo de práctica no está prohibido en una cantera en explotación? ¿Qué opinaba la inspección del trabajo?
- Algunos de nuestros hombres están habilitados para trabajar sobre pared, ahí donde los brazos mecánicos no llegan. La escalada, el trabajo sobre lienzos de pared verticales, forma parte del oficio.
- ¿Disponía Gad de esa autorización? ¿Cumplía las normas de seguridad? ¿Qué material utilizaba?
- Me miró fijamente con mirada de felino. Un felino que lanzaba la pata frente a un oso grizzli mucho más fuerte que él.
- Escuche, comisario, tuvimos que aguantar un desfile de inspectores, del trabajo y de la policía. Estábamos absolutamente en regla. Ya se lo expliqué todo a ellos, así que, por favor, vaya al grano.
- Muy bien. ¿Cómo se cayó y desde qué altura?
- El médico estimó, según los destrozos provocados por la caída, que había caído de unos diez metros. Uno de los mosquetones se rompió...
- ¿Un mosquetón, dice? Pero si son durísimos. —Hay mosquetones que se

parten, cuerdas que se rompen, paracaídas que no se abren y petroleros que se hunden. ¿Qué quiere que le diga?

—¿Trabajaba en el fondo, junto a los hombres?

—Sí, pero se quedaba en la caravana donde está instalado el material informático. Nunca tuvimos problemas con ella. Un muy buen elemento. Lástima que ocurriera aquello.

—¿Era guapa?

Un resplandor destelló en sus ojos, como un reflejo cortante.

—Pues... no especialmente.

—Miente usted mal. ¿Qué le parecía, a título personal?

—No estaba mal. ¿A qué juega, comisario?

Se separó de la mesa donde había apoyado los codos.

—¿Qué tipo de relación mantenía con sus hombres? —repliqué con tono agrídulce.

Mirada perdida, labios temblorosos, llamarada bajo la piel.

—Co... ¿cómo? Bue... bueno, me marchó, inspector...

—Inspector no, comisario. Quédese un poco más, por favor. No he terminado.

—No tengo tiempo.

Se precipitó a la puerta de la lata de conservas, pero conseguí agarrarlo de la camisa.

—¡Le he dicho que no he acabado! —grité propulsándolo hacia el interior.

Se golpeó en un muslo con un canto de la mesa, lo que le arrancó un grito de bestia salvaje.

—¡Hostias! ¿Está loco o qué? Voy a... —me espetó.

—¿A qué?

—Yo...

—¡Va usted a contestar mis preguntas, o de lo contrario iremos a un sitio mucho menos agradable llamado sala de interrogatorio!

—¡Necesita una orden, o algo así!

—¡Me está tocando las narices! ¡En una hora vuelvo con la orden!

Volvió a su sitio muy sumiso y balbuceó:

—Está bien... Le escucho.

—Supongo que a una chica atractiva la cortejarían bastante a menudo, en este agujero del culo del mundo donde a las gaviotas les gusta cagar, ¿no?

—Pues... efectivamente, salió con varios tipos. Pero las relaciones extraprofesionales no me incumben.

Di un puñetazo en la mesa plegable de metal. Las cucharillas se sobresaltaron en las tazas de café.

—¡Escúcheme! ¡Una mujer ha sido asesinada de una forma poco convencional! ¡El asesino me ha traído hasta aquí, así que va a decirme de una vez qué pasaba con esa chica!

Encendió un cigarrillo. La yema de los dedos, impregnada de nicotina, no dejaba dudas sobre su porvenir: cáncer de pulmón o de garganta antes de los cincuenta.

—No... no se sentía muy bien en su pellejo, me refiero a su vida privada.

—¡Explíquemelo!

—Nunca ocultó sus ideas lúgubres, su gusto por... las cosas raras.

—¿Qué tipo de cosas?

Un hilillo de humo se le metió entre los dientes, también amarillentos. El cigarrillo parecía haberlo tranquilizado y se explayó.

—¿Conoce la composición física del diamante, comisario?



—No. ¿Qué tiene eso que ver?

—El diamante se compone en un noventa y nueve coma noventa y cinco por ciento de carbono puro, a muy alta presión. Pero queda un ínfimo porcentaje de impurezas, nitrógeno o boro entre otras. Son prácticamente invisibles, pero se adivina mi presencia cuando determinados fotones, al entrar en colisión entre ellos, se desvían de sus trayectorias iniciales, lo que provoca un cambio muy sensible del espectro luminoso. Sea cual sea el diamante, sea cual sea su dimensión o precio, esas impurezas son imposibles de extraer. Todos los diamantes están sucios, comisario.

—¿Adónde quiere llegar?

—Para serle sincero, esa mujer era un diamante, una belleza fatal. Uno la contemplaba como una piedra preciosa y parecía que no había roto un plato en su vida. Pero en ella se escondían cosas insospechadas, torbellinos de maquiavelismo. Era una bestia feroz, un demonio como no puede ni imaginarse.

Un capataz de obra llegó en tromba a la cabina.

—¡Jefe, le necesitamos! El geómetra está haciendo de las suyas. Se niega a que atacemos el lienzo de pared R23. ¡Quiere que vengan los ingenieros de seguridad! ¡Ese imbécil va a provocar un retraso!

—¡Ya voy! —El ingeniero se puso el casco—. Oiga, comisario, reúname conmigo dentro de tres horas, hacia las siete de la tarde, en la crepería de Trestraou, en la playa de Perros-Guirec. Volveremos a hablar del tema y le contaré cuanto haya que contar.

Antes de que pudiera darme cuenta había desaparecido, la frente bañada en sudor.

Sentado solo a una mesa para cuatro en la crepería de Trestraou, pedí un tazón de sidra, impaciente por escuchar el relato de José Barbades, el ingeniero de la cantera de Trégastel. Tenía la impresión de haber removido en su interior un pasado atormentado, recuerdos enterrados en lo más profundo, sellados y destinados a no volver a emerger jamás. ¿Qué oscuras relaciones mantenía esa chica, Rosance Gad, con los operarios de la obra?

Una mujer había muerto en el fondo de aquella cantera en circunstancias quizá diferentes de las que parecían a simple vista. Más de seiscientos kilómetros y casi dos meses y medio separaban el cadáver de Rosance Gad y el de Martine Prieur; sin embargo, iba apoderándose de mí la creencia de que una sólida beta unía a esas dos mujeres. ¿Por qué el asesino me agujoneaba en este sentido?

José Barbades no se hizo esperar. Llegó cinco minutos antes de la hora, la tez cerosa, los ojos enrojecidos por la preocupación. Un abrigo de pana color guisante ajado le llegaba hasta los tobillos y, a través del último botón abierto de la camisa, sobresalía un entramado de vello que le subía hasta el cuello. Echó una ojeada a su alrededor antes de sentarse frente a mí.

—¿Quiere beber algo? —pregunté.

—Lo mismo que usted. Mire, estoy casado, tengo un hijo. Cuento con su discreción para no volver a armar revuelo. Lo que voy a revelar debe quedar entre nosotros.

—No puedo hacerle tal promesa, pero créame que no es el tipo de cosas que suelo divulgar. Vengo de la sombra y me marcharé a la sombra, sin que nunca más vuelva a ver mi cara. Hábleme de Rosance Gad, esa bestia demoníaca, como decía antes.

Se inclinó hacia mí sobre la mesa, rompiendo la distancia fría que circulaba entre nuestras pieles como un arco eléctrico.

—Todo empezó cuatro meses después de su llegada a la obra. Uno de mis chicos salió con ella, una noche, no más. La agasajó con toda la parafernalia: champán, restaurante, paseo por la playa... Mire, los chicos se cuentan los secretos entre ellos y yo tengo oídos en todas partes. En el hotel Bel Air, un tres estrellas al oeste de Lannion, ocurrió todo... —Dio un gran trago a la sidra antes de seguir con tono indeciso—. Ella cerró la puerta con llave y luego empezó a extraer un arsenal de locura de su bolsa. Cuerdas, látigos de cuero, pinzas cocodrilo, velas, mordazas de plástico...

—¿Qué tipo de mordazas?

—Una pelota atravesada por una correa de cuero. Tenía de todos los colores y dimensiones. Se coloca la pelota en la boca y, con la correa, se aprieta alrededor de la cabeza. Casi no sale ningún sonido de la boca. De locos...

Recordé los rastros de plástico rojo recogidos en los incisivos de Martine Prieur. Un trasto así podría perfectamente haberle atrofiado las glándulas salivares.

—Continúe, por favor.

—¿Es realmente necesario que entre en detalles?

—Es fundamental.

—Cuando la vio sacar aquel material, al chico le faltó poco para poner pies en polvorosa, y sin embargo, se quedó, petrificado por las pulsiones, por las ganas de explorar los territorios desconocidos del masoquismo. —Se inclinó aún más, con el cuello y la espalda casi paralelos a la mesa—. Ella lo ató en cruz a la cama, con los brazos y los pies abiertos, tan fuerte que sintió cómo se le entumecían los miembros, y luego las marcas alrededor de las muñecas permanecieron durante más de un día. Luego lo amordazó, se desnudó y se puso a jugar con su sexo, a masturbarlo. Se había puesto zapatos de tacón y, con el tacón, le martilleó los testículos. También le echó cera ardiente en la base del pene. Sus juegos crueles duraron horas y horas... —Sacudía la cabeza, rememorando imágenes y recuerdos hirientes. Estaba seguro de que ese tío me estaba contando su propia experiencia—. ¿Sabe qué nos contó el obrero? —prosiguió mirando con insistencia mi alianza.

Perlas de sudor quedaron atrapadas en el vivero de sus cejas. Me limité a soltar en tono inquisidor:

—Dígame...

—Confesó que, a través del dolor, nunca había sentido tanto placer, un sentimiento de exultación abominable, algo que lo empujaba a desear siempre más. Gozó como nunca con... el demonio... ¡sin que hubiese la menor relación sexual! Llegó al orgasmo, excitado por la falta, la insatisfacción, los asaltos repetidos de los picos de dolor...

La falta... la ausencia de relación sexual había provocado el orgasmo.

—Y ella, Gad, ¿gozaba igual que él?

—Tenía un orgasmo cada vez que lo torturaba.

Una búsqueda del placer a través del culto del sufrimiento: eso era lo que relacionaba al asesino y a Gad. Unas ganas repugnantes de ir más allá de los tabúes, de romper las reglas de la tolerancia al dolor. Una manera de notar la exaltación suprema haciendo abstracción del sexo. Eso explicaba que a Prieur no la hubiesen violado. Pregunté:

—¿Cuántos hombres pasaron por sus manos?

Se atragantó con un sorbo de sidra. Una ráfaga de perdigones se estampó contra la mesa.

—La curiosidad es un veneno, al igual que la búsqueda de la carne y el placer.

¿Qué hay más excitante que desafiar las prohibiciones, ir ahí donde no va nadie? — Señaló mi alianza—. Hábleme con franqueza, comisario. Está casado. ¿Por qué la Criminalística? ¿Qué le empuja a remover cuanto hay de más oscuro en el mundo, acosar el mal, vivir entre la sangre y el terror?

Me sentí tan incómodo como él. En un intercambio de buenos procedimientos, tenía que contestarle con franqueza.

—Para vencer la rutina, apartarme del terreno llano que guía nuestra vida hasta la muerte sin un solo bache, sin el menor hueco. Sí, me gusta el acoso, la sangre y el olor de un asesino. Además, a una parte de mí le gusta, y seguramente es la peor, pero también es la más fuerte, la que se impone, como el gemelo dominante en el vientre materno.

Una sonrisa extraña afloró en sus labios.

—Veo que nos entendemos, comisario. Todos somos iguales, porque somos sencillamente humanos. Sí, más de la mitad de los hombres experimentaron sus hallazgos.

—¿Usted incluido?

La mano que se pasó por la frente le cerró los ojos.

—Sí.

—¿De qué fuente cree que extraía su saber sobre las técnicas sadomasoquistas? ¿Hablabas cuando estaba con usted? ¿Leía revistas especializadas? ¿Se codeaba con gente del medio?

—Lo único que podía soltar durante los juegos sadomasoquistas era una sarta de insultos y desprecio. Nadie sabía nada de su vida, salvo lo que ella nos quería decir. ¡Era una puta asquerosa! ¡Una puta guarra!

Apoyé los codos sobre la mesa.

—Escuche. Debo averiguar más cosas de ella. Quizá sus hombres conozcan hechos que usted ignora y que pueden ser importantes para mi investigación. Voy a ir a interrogarlos, aunque corra el riesgo de desenterrar viejos fantasmas.

—No remueva la mierda, comisario, se lo suplico. Cada uno de nosotros desea olvidar a esa chica. Deje a los chicos fuera de este asunto.

—¿Por qué los encubre?

Se recostó contra el banquillo, la nuca apoyada en el borde y los ojos casi vidriosos dirigidos hacia el techo.

—Porque nunca tuvieron una aventura con ella. Yo fui el único. Yo y sólo yo — calló y luego añadió—: Debería ir a ver a sus padres. Le dirán más cosas sobre ella. Yo le he contado cuanto sabía.

El padre de Rosance Gad no era el tipo de tío con quien uno desearía cruzarse una noche al doblar por una calle poco iluminada.

Cuando me abrió, el globo de la barriga al aire y los pelos del torso brillantes, asía en una mano un machete ensangrentado y oí, proveniente del patio trasero, los cloqueos desesperados de los volátiles aterrados. El tío medía como mínimo un metro noventa y el instrumento cortante resultaba ridículo en su mano, que tenía las dimensiones de un tronco.

—¿Éstas son horas de molestar a la gente? —me soltó a la cara, mientras su saliva salpicaba mi traje.

Aquel hombre apestaba a calvados artesanal, esa especie de alcohol de quemar salido de las entrañas de un viejo alambique oxidado.

—Soy el comisario Sharko. Tengo que hacerle algunas preguntas sobre su hija.

—¿Mi hija? Está muerta. ¿Qué quiere saber de ella?

—¿Puedo entrar? Me quedaría más tranquilo si soltase el machete.

Se echó a reír como un ogro, con una mano apoyada en la barriga.

—¡Ah, sí, el machete! Es para las gallinas. ¡Esta noche van a pasar por la cazuela!

Se apartó y me dejó entrar en lo que habría sido incorrecto, incluso ultrajante, llamar una casa. Aun con el gran refuerzo de una Kärcher industrial, lanzarse a la limpieza del suelo hubiese supuesto un acto de locura. En cuanto a la tapicería, recordaba a los jirones de cintas que envuelven las momias, pero más vieja.

—Me gustaría saber, señor Gad, a qué dedicaba su tiempo libre y sus noches su hija.

Dio un trago de matarratas.

—¿Le apetece?

—No, gracias, puede que pronto deba conducir de nuevo.

—Ah, sí, es poli, lo había olvidao. Nada de alcohol, ¿verdad? No sabe lo que se pierde. Mi padre decía que era mejo' la compañía de una buena botella que la de una mujer. Porque la botella no se queja nunca. No como las gordas... —Otro trago —. Rosance no paraba mucho en casa. Nunca la veía por las noches, porque yo trabajo en el turno de noche. Y los fines de semana se iba a París. Se pulía la mitad de su paga ahí y en el TGV.

—¿Y qué hacía en París?

—Ni puñetera idea. Nunca quería hablar d'eso. Mire, yo soy bastante liberal. Cuando murió mi mujer, me hice cargo de la pequeña. He hecho lo que he podido, pero no lo llevo en las entrañas, eso de las cosas maternas, los buenos modales y toa esa patraña. La dejaba hacer lo que quería, mientras se ganase el pan. Pero supongo que está aquí porque hizo gilipolleces en París, ¿no?

—Eso mismo estoy tratando de averiguar. ¿Con quién se relacionaba?

—Ni idea... —Nuevo trago de alcohol, y silencio.

—¿Nunca observó nada anormal en ella? ¿Ninguna... cosa extraña?

Los ojos se le humedecieron.

—Era mi niña y está muerta. No quiero tener que recordar, ¡es demasiado insoportable! ¡Déjeme tranquilo!

Solo, como un naufrago en medio del océano. Librado a la soledad más hiriente, al canto mordaz del vacío y el abandono.

Únicamente me quedaba una opción: «La técnica del sacrificio rentable».

—¿Qué le parece si nos tomamos una copa antes de ir a retorcer el pescuezo a esos malditos pollos? Que quede entre nosotros, pero es algo que llevo por la mano. Mi padre tenía una granja.

Perdí más de una hora en observar y participar en un espectáculo en el que predominaba el rojo vivo y las cabezas volaban como tapones de champán bajo los hachazos, pero al final obtuve permiso para echar un vistazo a la habitación de la chica.

El padre nunca había tenido valor de poner allí los pies. Lo hicimos juntos. La habitación parecía limpia en relación con el caos general que reinaba en la casa. Si la chica había escondido secretos, seguro que sería aquí. No descubrí nada. Ni una sola revista, ni una agenda, ningún número de teléfono garabateado en el ángulo de una hoja de papel. Ni rastro de ese material sadomasoquista del que me había hablado el ingeniero de la cantera. Sólo ropa sobria apilada, una cama bien hecha, armarios ordenados con cuidado, apenas cubiertos por una capa de polvo.

—¿Nunca entraba usted aquí, ni siquiera cuando aún estaba viva?

—No. Respetaba su intimidad, crean lo que crean. La dejaba hacer lo que

quería. Sólo una vez me enfadé con ella: fue cuando volvió de París con un pirsin en la lengua. Los tatuajes me la sudaban, pero los pírsines..., eso no podía admitirlo. Me daban asco.

—¿Tatuajes que se hacía en París?

—Sí.

—¿Sabe en qué barrio?

—No. Nunca he ido a París. ¿Cómo quiere que lo sepa? De todas formas, no se parecía a casi nada eso que se hacía grabar sobre el cuerpo.

—¿Es decir?

—Pue'... ya no m'acuerdo mucho. Unas figuras raras, como diablos.

—¿Qué tipo de diablos?

—Ya no m'acuerdo. Y también había números y letras. Nunca me quiso explicar qué significaban.

A veces, cuando se va por la costa y el tiempo parece clemente, de pronto llega una borrasca como salida de la nada y te golpea en plena cara. Eso fue exactamente lo que sentí en ese momento.

Le solté a Barrica-de-Calvados:

—¿Se acuerda de esas inscripciones?

—¿'Tá loco? Ni siquiera me acuerdo del nombre de mi chucho, que se murió hace cinco años. No sé. Debe de ser una especie de enfermedad. Lapsus de memoria, algo así. Un día me olvidaré de respirar o de no tirarme pedos en público.

—¿Me permite que haga una llamada rápida?

—Adelante. Mientras no sea con mi teléfono...

Descolgó Sibersky.

—Sharko al habla. Oye, ¿tienes la carta del asesino delante de ti?

—Yo... iba a marcharme. Espere, que vuelvo a mi despacho. Ya está, ya la tengo.

—¿Puedes volver a leerme el fragmento en que habla del escalpelo? ¿De las heridas que le inflige?

—Mmm... Allá voy: «Su piel se abría de manera casi artística cuando yo hundía la cuchilla en sus pequeños y firmes pechos, en sus hombros, su ombligo. En la meticulosa lectura de su cuerpo hallaba las respuestas a mis preguntas...».

—¡Párate! ¡Tengo la respuesta!

—¿Qué? Pero ¿qué respuesta?

Gad llevaba sobre ella el código que iba a permitir descifrar la fotografía del granjero. Todo cobraba sentido. Puse rápidamente al día a Sibersky antes de colgar, y me dirigí al fondo de la habitación.

—¿Puedo echar un vistazo al ordenador?

El padre estaba aferrado a su botella, su compañera de garbeo, el peluche de cristal que lo acompañaba en sus largos bandazos solitarios.

—Adelante —espetó—. Yo nunca he sabido utilizar esas porquerías. Para mí, es mierda enlatada.

Al apretar el botón, oí el crujido de la punta de diamante sobre la superficie del disco duro, y luego nada más. Pantalla negra. Datos borrados. Disco formateado. Alguien había pasado por allí antes que yo.

—¿Me ha dicho que trabaja por la noche?

—Sí. Tres de cada cuatro veces suelo volver de madrugada, a las seis.

—¿Cree que alguien podría haber entrado en su casa durante su ausencia?

—¿Está usted loco? ¿Por qué habrían hecho eso?

—Usted mismo puede verlo. ¡No hay nada, salvo la ropa! Nada que recuerde la presencia de su hija. Los datos del ordenador han sido borrados. Ni una foto, ni una

sola revista, ¡nada de nada! Señor, voy a solicitar que la policía abra una investigación sobre las circunstancias de la muerte de su hija. Quizá no fuera un accidente.

Me miró con cara de cordero degollado, el rostro enrojecido por la cólera.

—¿Qué quiere decir?

—Que tal vez fuera asesinada por la misma persona que mató a otra mujer en París. Señor Gad, si quiere que le sea sincero le diré que voy a tener que exhumar el cuerpo de su hija.

—¿Qué?

—Voy a solicitar que desentierren a su hija. Llevaba una inscripción sobre el cuerpo, una pista muy importante que tiene todas las trazas de acercarnos al asesino.

El hombre estrelló la botella contra la tapicería con la violencia de un bateador de béisbol. Un gesto precioso.

—¡Vas a dejar a mi hija donde descansa! ¡Déjala en paz, me cago en Dios! — gritó.

Mientras hablaba iba acercándose a mí, los contrafuertes del torso bombeados como barriles de pólvora, mirándome de tal modo que podría haber cuajado la leche. Me aparté hacia un lado sin la intención de provocarlo y, protegiéndome en la escalera, me atreví a decir:

—Sólo encontrará la paz cuando haya conseguido atrapar al asqueroso que la asesinó...

Antes de regresar al hotel para teclear el informe en mi portátil y mandarlo por correo electrónico a mis superiores y a la psicóloga, caminé por la playa de Trestraou, con los zapatos en la mano. Lenguas de espuma y sal venían a lamerme la punta de los dedos, relucientes bajo las antorchas enrojecidas de uno de los últimos soles de setiembre.

Poco antes de reclamar oficialmente la exhumación del cuerpo de Rosance Gad había llamado al ingeniero de cantera José Barbades, para preguntarle si recordaba las inscripciones tatuadas sobre el cuerpo de Gad. Me había dicho que, en efecto, llevaba tatuajes, de los cuales uno parecía una especie de sigla, justo debajo del ombligo. Por supuesto, nunca había intentado memorizarlos, demasiado ocupado en dejarse lacerar las nalgas por la correas mordaces de la disciplina.

El alcalde de Perros recibiría, al día siguiente por la tarde, la documentación que autorizaba la exhumación. Richard Kelly, el juez de instrucción, conocía su trabajo y el peso de sus responsabilidades. No me habría dejado extraer un cuerpo de su tumba, invadir su tranquilidad subterránea, si no hubiese sentido que esa mujer era el árbol que ocultaba el bosque. La historia de la foto codificada lo tenía intrigado, pero seguro que no tanto como a mí. ¿Qué iba a revelarnos? ¿Qué verdad espantosa se ocultaba tras el cliché de ese pobre granjero recogiendo remolachas? Un presentimiento espantoso estaba haciendo presa en mí... Y si el mensaje codificado desvelaba... ¿la continuación de su itinerario sangriento? ¿Como una especie de mapa del tesoro en que cada punto crucial representase a una víctima?

Una nube afilada cortó el sol en dos, a ras del horizonte, en un fuego artificial con tonos rosas, naranjas y violetas. Me senté sobre una roca de donde salió un cangrejito que se escurrió entre mis pies antes de meterse en un charco traslúcido. Eché una mirada alrededor y, cuando menos lo esperaba, me dejé invadir por las lágrimas hasta que se me agitó el pecho en estremecimientos de amargura.

Pensaba en Suzanne, en mi impotencia, en su sufrimiento, en mi furia. La ignorancia me carcomía como un ácido con la dulzura del aguamiel, lento e indoloro, eficaz en su traición. La inmensidad azul que se desplegaba ante mí acogía mis llantos en su silencio marino, se los llevaba con ella a lo lejos y los guardaba con celo en el fondo de sus aguas, como cofres destinados a abrirse jamás.

En aquel rincón bretón, lejos de mi casa, me sentía solo... y bamboleado por la tristeza.

Pasé gran parte del día siguiente —el día antes de la exhumación— en la comisaría de Trégastel, releyendo los informes y las partidas de defunción, interrogando a los testigos de la muerte de Rosance Gad.

Lo habían hecho todo de modo precipitado. Nada de autopsia, el mínimo papeleo; según ellos, el accidente era evidente. Enterrada rápidamente, olvidada igual de rápidamente. Tenía la impresión, justificada, de que mi presencia no les hacía ninguna gracia y que, junto con la lectura cotidiana de las necrológicas en *Le Trégor*, preferían dedicarse a una partida de cartas reñida que tratar de acabar con humildad con la delincuencia que se extendía a su alrededor.

Al regresar al hotel, aproveché para conectar el ordenador portátil a la clavija de teléfono y abrir mi buzón. Una tonelada de anuncios entraron en el buzón, del tipo *Buy Viagra Online o Increase your sales rate 0/300 %*. Dediqué algo de tiempo a darme de baja de esas listas de correo a las que, a priori, nunca me había inscrito, y acabé la velada navegando por la red con el objetivo de buscar información sobre técnicas de criptografía. Clic, motor de búsqueda. Clic, sitio de criptografía... Clic, clic, descripción de la máquina Enigma que los alemanes utilizaron durante la guerra. Clic, clic, clic, las juventudes hitlerianas. Clic, el neonazismo. Clic, página personal de un *skinhead*. Clic, motor de búsqueda. Clic, clic, propaganda nazi. Clic, clic, clic, mensajes que incitan a la violencia. Clic, clic, fotos de judíos, un arma en la sien. Clic, clic, película de un negro recibiendo una paliza. Duración de la película: un minuto catorce segundos. Fechado cinco días antes...

Al acostarme, me entraron sudores al pensar en los miles, los millones de tipos que, ante las pantallas de sus ordenadores, se alimentaban con total tranquilidad y una copa en la mano de cuanto la ley prohibía.

Las sepulturas estaban perladas de gotitas de rocío, frescas y espontáneas, perdidas en la frontera entre la noche y el día.

En el corazón del cementerio de Trégastel, la silueta del tanatopractor se recortaba contra la bruma ligera del amanecer como una tumba más entre las otras. No chistó cuando llegué, el rostro veteado de rigidez fría. Era sorprendentemente joven, veinticinco años, a lo sumo treinta, pero vi, en algún lugar en el fondo de sus ojos, astillas de aburrimiento y cansancio. Detrás de él, apoyados contra una valla, dos enterradores municipales fumaban un cigarrillo.

—¡Hace fresquito esta mañana! —solté para entablar un simulacro de conversación.

El practor me taladró con una mirada cortante, se apretó el nudo de la corbata color muerte y volvió a sumirse en su burbuja de silencio.

—El alcalde debería llegar con un asesor médico de Brest —proseguí dirigiéndome a la sepultura humana.

—¿Cree que me gusta hacer esto? —me soltó con una voz casi tan grave como la de un barítono.

—¿Cómo?

—Vaciar cadáveres, coserles los ojos y los labios, y luego desenterrarlos como si los fuese a violentar una segunda vez, ¿cree que me hace gracia?

El hombre y el tanatopractor, al igual que el hombre y el poli, enemigos encerrados en un mismo cuerpo, unidos como dos huesos de un esqueleto.

—A mí también me horrorizan este tipo de cosas —repliqué con total franqueza—. Incluso tengo que confesarle que en este preciso instante no me siento más reconfortado que una gallina en un túnel del terror. Nunca se arranca a los muertos de su reposo con alegría en el corazón.

Mi ataque de sinceridad le caló.

—Tiene razón; hace fresco esta mañana...

Me acerqué a él. Mis pasos crujían sobre la gravilla, perdidos en el bosque petrificado de cruces y hormigón.

—Dígame, ¿tenemos alguna posibilidad de encontrar el cuerpo en buen estado después de más de dos meses?

—Esa pobre chica tenía tres cuartas partes de los huesos rotos por la caída, los miembros totalmente del revés y la cara destrozada. Tengo un oficio difícil, pero lo hago bien y algunos hasta me dicen que me doy mucha maña.

—¿Entonces?

—¿Quiere saber los detalles? Allá van. Le vacié la sangre del cuerpo para sustituirla por formaldehído. Volví a colocar los huesos en su sitio. Aspiré la orina, el contenido del estómago, los gases intestinales y volví a limpiar por segunda vez el cadáver con jabón antiséptico antes de vestirlo. Las técnicas de inhumación permiten que el cuerpo se conserve de forma perfecta durante más de cuatro meses. Así que en principio debería encontrarlo bello como el sol.

Los dos rezagados llegaron por fin, tan poco alegres como mi compañero de brumas. Lienzos de paredes de inquietud se descolgaban de sus rostros.

—¡Vamos allá! —ordenó el alcalde en un tono que resultaba francamente glacial—. ¡Resolvamos este asunto, y lo más rápido posible!

Los dos enterradores se encargaron de desempotrar el panteón y de subir el ataúd.

A mi alrededor, semblantes serios y miradas huidizas. La caoba chirriaba al contacto con las cinchas, como un grito de dolor arrancado a la madera barnizada. Al hacer bascular la tapa, cuando apareció el interior sobrio y demasiado ordenado del féretro, sentí bien pegado a la mejilla el roce de una mano huesuda. La de la Muerte.

A través del pincel de luz proyectado por mi linterna Maglite, una mano, salida del sudario blanquísimo, apareció vuelta hacia mí, los dedos doblados en contradicción con el movimiento implorante de las manos. Un sudario de batista cubría el rostro como una caricia tierna, y a lo largo del cuello fluían cabellos aún castaños, ligeramente ondulados. Como nadie movía ni la sombra de una falange, tomé la iniciativa de auscultar la superficie del cuerpo. Al tocarla, la tela que envolvían los restos mortales recompuestos crujió como la ropa fresca. La bonita ropa que llevaba, seguramente la más bonita que tenía, me hizo creer por un instante que dormía. Le desabroché el traje sastre y luego la camisa con mucha delicadeza y el corazón me dio un vuelco, y casi se desbordó, cuando se me apareció la blancura mortal de su pecho. La piel ondulaba en pliegues apenas visibles, como la superficie de un mar tranquilo, pero se notaba que las escuadras del más allá se atareaban activamente sobre cuanto aún recordaba la vida.



Sobre el pecho izquierdo se desplegaba la boca de una especie de macho cabrío, una representación maléfica que podía encontrarse en los viejos libros de brujería. Más cerca de su hombro derecho se erigía una cruz celta en la que se enrollaba una serpiente, una especie de víbora blanca con los colmillos llenos de sangre. El tatuaje que me interesaba apareció, arqueado alrededor del ombligo. Las letras rojas empezaban a doblarse sobre ellas mismas como flores marchitas. Tiré ligeramente de la piel y leí: BDSM4Y.

Solicité que esperasen antes de inhumar el cuerpo, el tiempo de hacer una llamada. La noche anterior había avisado a Thomas Serpetti de la eventualidad de que le telefonara.

Descolgó al segundo tono y me soltó:

—Estoy listo. Dame el código.

Le dicté las cinco letras y el número, que constituían un término del que, por ahora, no había captado el significado.

—¡Venga, dime qué ocurre! —me impacienté.

—¡Joder, funciona! El software está buscando ahora el algoritmo correcto para descifrar. AES-Rijndael, Blowfish, Two-fish... Creo que tenemos para una horita, más o menos. La lista de los distintos algoritmos es bastante importante. ¡En cuanto haya terminado te vuelvo a llamar! ¿Qué crees que vamos a descubrir?

—Algo que me asusta, Thomas...



## Capítulo 4

El despacho del jefe de la criminal, con conjunto de linóleo ajado, muebles anticuados y cortinas pasadas, llevaba en su médula de madera la prestancia de un lugar culto, antiguo y precioso, donde la austeridad agudiza los sentidos hasta el punto de desvelar lo inesperado. Desde las marcas del roble y las aureolas de café que manchaban la inmensa mesa de reunión, en el centro de la sala, crepitaban las voces diáfanas, melancólicas, de los grandes investigadores que se habían sucedido en el anonimato con el paso del tiempo.

Instalé el retroproyector, con manos sudorosas y labios apretados, mientras un público ansioso tomaba asiento alrededor de la mesa: los tenientes Sibersky y Crombez, mi comisario de división, Martin Leclerc, otros tres policías judiciales de la criminal, el forense Van de Veld, dos técnicos del SEFTI y una decena de inspectores. Una concentración de inteligencias y reflexión, un conjunto de personalidades dedicadas a una única causa, excepto por la inoportuna presencia del psicólogo Thornton.

Elisabeth Williams, la psicocriminóloga, llegó y se colocó enfrente de mí. Pelo con laca y secado a mano, traje a rayas, rostro inescrutable. Una fachada de iglesia.

Nos disponíamos a adentrarnos en el universo del asesino, en ese mundo arrasado por el vicio, un terreno pantanoso del que desbordaba podredumbre y furia.

Cuando Sibersky corrió las cortinas, apreté el botón del retroproyector.

Un cono deslumbrante de luz blanca proyectó sobre una pantalla perlada la foto de una mujer. La explosión viva de dolor que sobresalía de cada grano de la fotografía hundió las mejillas, agujereó las bocas, frunció las facciones en raíces nudosas de estupor.

Intenté impostar la voz.

—En el correo electrónico que recibí durante la noche del primer asesinato, hace seis días, había dos fotos ocultas mediante un proceso llamado esteganografía. Una se hizo de frente y la otra, ésta, de espaldas. El asesino nos presenta a su próxima víctima.

La foto mostraba a una mujer de espaldas, arrodillada desnuda sobre un suelo de hormigón. Una capa de carne no más gruesa que el tul apenas escondía la serpiente anillada de su columna vertebral. Los omoplatos, convertidos en cuchillas, tensaban la piel como si fuesen a resquebrajarla, y la red compleja de nudos y cuerdas que trababa el cuerpo parecía erigirse como una última defensa a su dislocación.

—Se hendieron puntas de madera de diferentes dimensiones en varios sitios de la espalda, con inclinaciones y grados de profundidad variados. La extrema delgadez de esta chica se debe a una desnutrición evidente, incluso a una ausencia total de alimentación, seguramente desde hace varios días. No hay rastros aparentes de orina o excrementos en el suelo, lo que indica que el raptor se ocupa de que esté limpia.

Orejas levantadas, miradas crispadas, frentes relucientes. La asamblea, turbada, se asía a cada una de mis palabras como un brebaje salvador.

—El color de la piel hace presumir que aún está viva, ¿verdad? —dijo el

forense rompiendo el silencio.

Cargué la segunda foto en la pantalla del ordenador portátil. Un grito moribundo, como un estertor, se escapó de los labios de Thornton. Uno de los inspectores salió a la carrera con el estómago descompuesto.

El rostro de la chica expresaba un grado de sufrimiento palpable, una instantánea de dolor arrancada al presente, fijada para la eternidad sobre el papel y en los pensamientos de cada una de las personas allí presentes. Dos clavos le perforaban la punta de los senos, uniendo la carne y la madera de una mesa sólida en un abrazo sangriento. Un arco de metal, con forma de herradura, le penetraba en la boca para mantenerla abierta, y dos mandíbulas de acero le aplastaban las sienes para impedirle cualquier movimiento lateral de la cabeza. Frente a cada uno de los ojos había un pico afilado de movimiento longitudinal que se podía regular con tornillos de mariposa.

—Sí, al ver la expresión de este rostro, no hay ninguna duda de que estaba viva en el momento en que se tomó la foto. Pero ¿sigue viva todavía? Si la respuesta es afirmativa, eso significa que quien mató a Martine Prieur se ocupaba de esa mujer al mismo tiempo.

Dirigí un haz láser al centro de la foto, aplicado en las duras explicaciones que me forzaba a dar. Mis propias palabras me helaron la sangre.

—El artefacto que le inmoviliza la cabeza es un aparato estereotáxico, utilizado por los laboratorios de vivisección con el objetivo de realizar experimentos en animales. —Volví a la primera foto apretando la tecla «Avpág» del teclado—. La sala parece bastante amplia, muy oscura. Debe de ser un sótano o un local desprovisto de ventanas. Un lugar aislado en el que puede actuar con total seguridad, sin el temor de llamar la atención.

Elisabeth Williams tomaba notas en una libretita con cubierta de cuero. El profesor que escucha al alumno.

—¿Tiene la más remota idea del lugar donde podría estar, gracias a lo que ha podido averiguar en Bretaña? —me preguntó el comisario de división golpeando la mesa con el boli.

—En absoluto. Lo único que sé es que el asesino nos da esas fotos como recompensa a nuestras investigaciones. Hemos descubierto el código y nos permite penetrar en su intimidad. A ese nivel, hay dos soluciones: o bien la escena del crimen esconde otra pista que lleva a esa mujer, o bien el asesino se está mofando de nosotros, pura y llanamente. ¿Qué opina, señorita Williams?

Dejó la libretita sobre la mesa, así como las gafas.

—Prefiero que acabe usted, señor Sharko. Pero sus conclusiones me parecen interesantes.

—Mmm... Estupendo. He solicitado la ayuda del Servicio Regional de Policía Judicial de Nantes para que se abra una investigación sobre Rosance Gad. Esa chica mantenía, de alguna manera, una relación física o moral con el asesino. Es el eslabón que puede conducirnos a él.

—¿El asesino se habría arriesgado a llevarnos a un terreno que nos permitiese atraparlo? —soltó el comisario de división en tono incrédulo.

—No, no creo que se haya dejado llevar por una fantasía de ese calibre. Esa chica quizá mantuvo relaciones sdomasochistas con él sin llegar a conocer nunca su identidad. Alguien visitó la habitación de Rosance Gad, estoy convencido. Todos los indicios parecen haber desaparecido. En concreto los datos del ordenador han sido borrados, al igual que en casa de Prieur. Así que no hay ningún rastro evidente.

—¿Por qué borra los discos duros?

—No tengo ni idea. ¿Quizá conoció a esas chicas a través de internet? Tal vez

sea una pista... —Apagué el retroproyector—. He terminado. Le toca a usted, señorita Williams.

—Mmm... Sí, ahora voy. —Se colocó las gafas y carraspeó antes de iniciar su monólogo—. En primer lugar, señores, quiero que sepan que no soy ni maga ni vidente. Tampoco salgo de una serie de televisión, armada de dones sobrenaturales. Así que no esperen que dé un retrato robot del asesino que bastaría luego con colocar en los parabrisas de sus coches o en la carnicería de la esquina.

Estiramientos de labios, migajas de sonrisas distendieron los nervios. El comisario de división le propinó un codazo en el costado a Sibersky, como si dijese «¡Y además es graciosa!». Williams dejó que volviera la calma antes de proseguir.

—He realizado un resumen exhaustivo de los informes, los testimonios y las fotos que han pasado por mis manos. Sólo me centraré de forma superficial en la carta que enviaron al comisario Sharko, ya que el análisis meticuloso de su contenido me llevará un poco más de tiempo. Normalmente necesito más de una semana para llegar a las primeras conclusiones, así que, por favor, señores, sean indulgentes. El señor Sharko ha sacado conclusiones muy pertinentes de la escena del crimen. Es evidente que el asesino quería que encontrásemos a Martine Prieur lo más rápido posible, por eso, entre otras cosas, dejó la puerta abierta. Eso puede llevarnos a pensar que la mujer de las fotografías expuestas por el señor Sharko sigue viva. En caso contrario, el asesino habría intentado manifestarse y enseñarnos... su trofeo.

»El rasgo más característico de ese asesinato, al igual que en los elementos fotografiados en la segunda mujer, es el aspecto sádico, manifestado por una crueldad extrema tanto física como mental. El sádico halla la exaltación a través de la duración del acto. Conservará a su víctima viva el mayor tiempo posible, la utilizará como un objeto destinado a satisfacer sus fantasías. Para él, no representa nada y se deshará de ella con los mismos remordimientos que sentimos al tirar un pañuelo de papel usado. —Apoyó las palmas sobre la madera lisa de la mesa—. Generalmente, este tipo de tortura viene acompañado de actos sexuales que, si no se expresan mediante una penetración, sí lo hacen mediante la mutilación de los órganos genitales: pechos cortados, vagina sacada o rasgada. En su carta precisa claramente, y cito, "que no me he follado a su hija, aunque podría haberlo hecho". Con esta precisión quiere demostrar que no es impotente, pero que el acto sexual sólo representa un aspecto secundario del que puede prescindir sin dificultad. De ello resulta un comportamiento atípico respecto a la mayoría de asesinos en serie, quienes, mayoritariamente, mantienen relaciones sexuales post mortem. Además, por lo general, se dan coincidencias en el físico de las víctimas: color o largura del cabello, altura o constitución parecidas. Aquí no he observado ninguna. La primera víctima era rubia, la de las fotos castaña. Una es bastante alta, la otra más bien baja. Sin olvidar a Rosance Gad, quien, si efectivamente la mató, presenta un físico totalmente diferente. —Se sirvió agua en un vaso de plástico y se humedeció los labios—. No duden en interrumpirme si voy demasiado rápido. El asesino es un jugador, le gusta correr riesgos e intenta por medios indirectos hacerse notar. Provocaciones a la policía, carta detallada, fotografías de sus víctimas... A través de esos rodeos, encuentra el medio de prolongar su acto, lo que puede permitirle satisfacerse hasta que mate. Quiere por encima de todo hacernos compartir sus sensaciones, sin darnos más informaciones sobre su identidad. A este tipo de personaje le gusta seguir el desarrollo de la investigación criminal, lo que se traduce en una necesidad de control en aumento. A priori, conoce al señor Sharko, puesto que le ha mandado ese correo en primer lugar. Así que deben fijarse ustedes en sus conocidos: periodistas, soplones, agentes de mantenimiento e incluso pizzeros, así

como en los antiguos sospechosos o culpables que hayan pasado por sus manos.

Hablaba con naturalidad, como si los pensamientos del asesino y de sus víctimas se desplegasen delante de sus ojos y sólo se limitase a interpretarlos.

—La escena del crimen, organizada, indica que el asesinato fue preparado escrupulosamente, sin duda semanas e incluso meses antes. Este tipo de asesino no deja nada al azar: víctima aislada, depósito siempre lleno, coche en buenas condiciones para asegurar su fuga. No tiene por qué conocer a sus víctimas personalmente, pero se dedica a estudiar de forma atenta su entorno, sus costumbres, los lugares que frecuentan y a las personas con quienes se relacionan. El asesinato, perpetrado durante la noche, y las torturas infligidas a la segunda mujer en un lapso de tiempo que puede extenderse varios días, llevan a pensar que el asesino es soltero, que su oficio le permite dedicar tiempo al estudio así como, perdonen la expresión, al mantenimiento de sus víctimas. —Mirada escudriñadora a la asamblea—: La manera como la ató es una técnica llamada *bondage*. ¿Les suena de algo?

Nueve personas, yo incluido, de los quince presentes, levantaron la mano.

—Entonces, vale la pena que lo explique —prosiguió—. Esa ciencia de la atadura viene de Japón. En su origen, supone un arte sobre el cuerpo a base de trabas. Sepan que algunos expertos en *bondage* japoneses son tan famosos como los grandes deportistas; asistir a sus sesiones de ataduras se paga a precio de oro y entre su público se cuentan jefes de empresa, abogados o ejecutivos frustrados. Por supuesto, ese arte original se degradó rápidamente cuando se difundió en los ambientes sadomasoquistas. El *bondage* propone un panel impresionante de técnicas, un poco como el *Kama Sutra*, que evoluciona de la sencilla posición del misionero hasta combinaciones mucho más evolucionadas, del tipo *La carretilla japonesa* o *La introducción del clavo*. —Risas más francas rompieron el hielo—. En este caso, la técnica empleada se llama *El shibari*: brazos atados en escuadra a la espalda, trabas que oprimen los pechos, tobillos atados y replegados debajo de los muslos, cuerpo que parece envuelto en una tela de araña. Es una de las técnicas más complejas, no se improvisa. Quizás el asesino esté suscrito a revistas pornográficas, disponga de numerosas cintas de vídeo, frecuente los ambientes sado o sea miembro de un club japonés. Centrémonos ahora en las estadísticas del FBI, elaboradas a partir de asesinos en serie interrogados para el programa VICAP, del que, por supuesto, no existe equivalente en Francia dado el reducido número de asesinos en serie que existen. Este tipo de personaje tiene un cociente intelectual superior a la media, por encima de ciento diez, y su edad entre los veinticinco y los cuarenta años. Su rostro inspira confianza, es limpio y va bien vestido. Sus preferencias sexuales giran en torno a la pornografía, el fetichismo, el voyeurismo o el sadomasoquismo en más del setenta por ciento de los casos. Según el VICAP, el ochenta y cinco por ciento son de raza blanca, el setenta y cinco por ciento poseen un empleo estable y, en dos tercios de los casos, matan en un lugar cercano a su lugar de residencia. Por último, todos aseguran que son incapaces de dejar de matar y, por otra parte, no ven qué interés tendría la renuncia. Sabemos pues a qué atendernos.

—Se ha referido usted a asesinos en serie desde el principio. ¿Cree realmente que el asesino de Martine Prieur lo es? —preguntó alguien.

—Es evidente que sí. Por todas las razones que les he expuesto antes. El asesino clásico o común no alardearía de sus hazañas, no buscaría la provocación. Y el escenario de los crímenes sería muchísimo menos elaborado. Además, no olvidemos que tenemos dos víctimas potenciales y un asesinato efectivo, y ése es el factor más convincente.

—Dejando de lado las estadísticas, ¿disponemos de elementos concretos, de certidumbres que puedan aplicarse a nuestro asesino? —preguntó Leclerc.

—Es diestro —respondió Williams, disciplinada.

—¿Cómo?

—Todos los nudos de la cuerda están hechos de la misma manera, la extremidad derecha pasa por el bucle que forma el nudo. Un zurdo procedería al revés. Ese punto no se señala en el informe, pero supongo que se habían dado cuenta, ¿no?

Ni un sonido en la asamblea.

—No puede decirse que el hecho de que sea diestro elimine a mucha gente —intervino con una risa de conejo Thornton—. Dígame, señorita Williams, me parece que los asesinos en serie tienen un modus operandi que no evoluciona nunca de un asesinato a otro. En tal caso, ¿por qué habría intentado hacer pasar por un accidente el asesinato de Rosance Gad, si efectivamente es un asesino en serie? ¿Y por qué sólo lo reivindica ahora?

El eunuco del cerebro, por una vez, se arriesgaba a rozar la barra alta de la inteligencia.

Sin dejarse desconcertar, la señorita Williams declaró:

—Consideremos el aspecto temporal de los acontecimientos. Las dos últimas acciones del asesino resultan muy cercanas, incluso simultáneas; ambas, escenas de sufrimientos extremos. Los asesinos en serie raramente cometen sus primeros delitos cuando empieza la serie. Algunos ya han matado de adolescentes, otros se sirven de animales para satisfacer y practicar sus fantasías, un poco como un campo de entrenamiento. Es muy posible que hubiera mantenido relaciones particulares con Rosance Gad que despertaran pulsiones dormidas en lo más profundo de su ser. Y, de repente, el miedo a ser descubierto le ha hecho maquillar el crimen como accidente. Pero ahora, la crisálida se ha convertido en mariposa y, como les gusta hacer a esos individuos, reivindica ese asesinato, como un trofeo olvidado que hay que sacar del desván.

Thornton se replegó en el fondo de la silla, el boli entre las mandíbulas, aparentemente tranquilo.

—¿Puede darnos su opinión sobre la cabeza cortada y los ojos extraídos y vueltos a colocar en la órbita? —pregunté levantando la mano.

—Es difícil hablarles de todas las conclusiones a que he llegado, pues la reunión duraría todo el día. Ya leerán mi informe. Pero voy a contestar a su pregunta, ya que la ha planteado. El asesino quiere alcanzar un objetivo: la exaltación suprema del acto de matar que, aquí, se traduce en un ritual sangriento. El ritual le permite extraer una profunda satisfacción del propio acto de tortura. Al quitarle la cabeza, se apropia de la víctima. Lo más sorprendente es esa expresión del rostro de Prieur, una mueca de dolor, ojos suplicantes dirigidos no hacia el techo, sino al cielo. Trabajó ese rostro como un escultor modela la piedra. Quiere transmitirnos un mensaje, créanme, y por eso estoy estudiando el caso orientándome sobre todo hacia el aspecto religioso. Pero prefiero no añadir más, porque el estudio dista mucho de estar acabado. ¿Algo más? —Recorrió con la mirada la sala—. Muy bien. Gracias por su atención, señores.

La sala se vació en una bandada de susurros y miradas bajas. El discurso había estado a la altura de mis expectativas y una buena parte de mis preguntas habían hallado respuesta.

—¡Buena exposición! —felicité a la psicocriminóloga cuando se disponía a marcharse—. Ha ahuyentado el escepticismo de algunos a grandes golpes de frases martillo.

—Señor Sharko, me parece haberle visto mucho antes de hoy, pero no recuerdo dónde.

—He asistido a casi todas sus conferencias.

—Enfoca usted muy bien sus informes. Sus análisis son precisos y acerados. Me han facilitado mucho el trabajo.

—¿La invito a un café?

—Tengo una cita importante, comisario, y ya estoy llegando tarde. Otro día, tal vez. Hasta pronto.

Thornton me interceptó antes de que entrase en mi despacho.

—Un análisis bastante infantil, ¿no?

—¿Cómo?

—El monólogo de Williams. Parece un repetición de libros que tratan sobre asesinos en serie. Cualquiera hubiese podido hacer lo mismo.

—Usted seguro que no, en cualquier caso.

Se apoyó contra la pared con los pies cruzados y se observó la punta de las uñas de manicura.

—Me he enterado de que había insistido para... como lo diría... apartarme de su terreno.

—Así es. ¿Y?

—Pues parece que ha fracasado. —Se encaminó al rellano de la escalera—. ¡Creo que estaremos obligados a vernos a menudo, comisario! ¡Más a menudo de lo que deseaba!

Estaba devorando el informe de Elisabeth Williams cuando Sibersky apareció en mi despacho, blandiendo unas hojas por encima de la cabeza.

—¡Creo que ya sé de dónde viene el aparato estereotáxico de la foto!

Levanté la vista.

—¡Suéltalo! ¡Y rápido!

—Interrogué a los laboratorios de vivisección que poseen este tipo de aparatos. Uno de ellos, en los arrabales de la ciudad, fue atacado por el FLA, el Frente de Liberación de los Animales, hace unos meses. Esos graciosos le mangaron el material.

—¡Vamos allá!

Unos sesenta kilómetros al oeste de París, el laboratorio de Huntington Life Science, HLS, levantaba sus flancos de hormigón al final del polígono industrial A de Vernon, en el corazón de una extensión de hierba cortada al estilo inglés. Un edificio de construcción cara, en la vanguardia del modernismo, con los techos en forma de ala delta y las ventanas ahumadas de plexiglás. En el puesto de guardia, antes del acceso al parking privado, un moloso pelirrojo que más bien parecía un podenco sacado de su casilla consideró oportuno atravesarse en nuestro camino, como si la barrera bajada no fuese suficiente.

—¿Puedo ver su placa? —ladró.

—No tengo placa —repliqué. Saqué por la ventanilla la tarjeta coloreada—. Hemos llamado al director esta tarde. Está de acuerdo en recibirnos.

—Esperen, por favor.

—Tiene un pelaje bonito, ¿no cree? —masculló Sibersky con una sonrisa

evocadora.

El perro de guardia intercambió unas palabras en un emisor-receptor antes de levantar la barrera.

—¡Adelante!

—Eres un buen chucho —murmuró mi colega cuando rodamos al paso delante del guardia, antes de añadir—: Me pregunto cómo puede uno trabajar ahí dentro. Parece una gigantesca sala de tortura...

Yo estaba pensando más bien en un campo de exterminio con la apariencia de un yate de lujo, en el que cada camarote encierra una trampa de metal, fría e inundada de ladridos desesperados, dolor gratuito o total falta de respeto por la raza animal. Y todo con el único objetivo de embellecer atunes con maquillaje.

Un asistente nos guió por un laberinto de pasillos taladrados por destellos crudos de lámparas de neón. Cada puerta cerrada recordaba la puerta anterior, cada paso adelante parecía dejarnos en el mismo lugar, como si el propio edificio fuese tan sólo una sucesión de bloques idénticos reproducidos hasta el infinito y empotrados los unos detrás de los otros. Ni una sola ventana. Sólo el aullido del silencio, palpable y denso como una niebla de hielo. Más escaleras, delante. Y luego más pasillos... Finalmente, el asistente nos abandonó en el despacho del director.

Rechoncho bajo la blusa de científico, el hombre de la sombra estaba leyendo un informe masivo del que capté el título antes de que lo dejara, boca abajo, sobre la mesa: «Técnicas de *debarking* con láser de clase A».

—*Debarking* quiere decir «desladrido» —me susurró Sibersky al oído—. Un método moderno para evitar que los perros griten demasiado...

—Pasen, se lo ruego —nos espetó con una voz colada en mármol el individuo del mechón de pelo rebelde.

Enseguida lo identifiqué como la reencarnación humana de un animal de sangre fría, un reptil de ojos de jade, piel rocosa, desprovisto de la noción del bien o del mal. Ese tío no podía ocupar otro puesto que el que ocupaba, director de un laboratorio de vivisección.

—Tenemos que hacerle algunas preguntas —dije acercándome a él.

—Lo sé. Adelante, ¡pero sean rápidos! Tengo mucho trabajo —gruñó con expresión de hombre irritado.

Me instalé frente a él en una silla con ruedecillas. Sibersky, tenso como el nervio de un buey, prefirió la posición vertical.

—Hace cinco meses, el siete de mayo para ser más exactos, encargó a la empresa Radionics dos aparatos estereotáxicos, mesas y cajas de contención y... espere, voy a sacar mis notas... cánulas de colisión, una silla Ziegler y materiales diversos con nombres igual de encantadores, tras una acción llevada a cabo por el FLA. ¿Podría darnos más información al respecto?

—El Frente de Liberación de los Animales; los muy desgraciados... —Con un gesto propio de un jugador de baloncesto propulsó una bolita de papel a diez centímetros de una papelera, y luego intercambió con mi teniente una mirada que habría fulminado un pararrayos—. Nos asaltaron en la noche del uno de mayo. Denunciamos el robo en la comisaría de Vernon. Quizá puedan acercarse hasta allí.

—Díganos más cosas sobre el FLA.

—En sus inicios, el movimiento era inglés; apareció en Francia hace más o menos un año. Un comando antivivisección compuesto por hombres poco violentos pero organizados. No encontrará entre ellos a locos ex combatientes o adeptos a la ultraviolencia. La mayoría no come carne, nada con los delfines o cría animales. ¡Pero esos pervertidores nos amargan la existencia!

Los rayos de sol entraban mancillados por la amplia ventana ahumada que se



abría en la pared oeste, como un gigantesco muro de observación. La vida luminosa del exterior parecía, ella también, expulsada más allá de las puertas de ese blocao, dejando lugar solamente a desvaídas sombras sobre rostros taciturnos.

—Así que les han robado todo ese material —dije retomando el tema.

—No. Sólo destruido, hasta tal punto que prácticamente ya no podíamos utilizarlo. Sabe, nuestros frascos soportan bastante mal los golpes de bate de béisbol. Tan sólo algunos instrumentos habían desaparecido.

Sibersky se despegó de la pared del fondo.

—¿Qué instrumentos?

El director lanzó una mirada viperina en dirección al teniente. Ambos hombres se despedazaban con la mirada.

El nazi contestó:

—Un aparato estereotáxico y material pequeño: sierras eléctricas, bandas, apósitos, antisépticos, anestésicos, especialmente quetamina...

El teniente me apretó el hombro. Noté el peso de la crispación en la punta de sus dedos. El director se dirigió hacia el ventanal y escudriñó el cielo, que se había vuelto sepia por el tinte del cristal. Su mano se abría y se cerraba a su espalda como un corazón que late. Observé en voz alta:

—Parece que le preocupa algo, señor director...

—¿Sabe que las aseguradoras nos obligan a filmar tanto de día como de noche los laboratorios? Estamos obligados a conservar las cintas un año y seis meses, y luego nos autorizan a borrarlas o destruirlas.

—¿Eso significa que poseen la grabación en vídeo de esa famosa noche?

—Sólo en parte, hasta el robo. Normalmente, los miembros del FLA nunca tocan las cámaras. Prefieren que disfrutemos totalmente de sus... ¿cómo decirlo?... arrebatos de audacia. Pero, por lo visto, una o varias personas regresaron al lugar poco tiempo después de la salida de las tropas, rompieron las cámaras y luego se llevaron material. Siempre me he preguntado qué podrían hacer con un aparato estereotáxico.

Eché una ojeada discreta a mi colega.

—¿Podemos ver esa película?

El Adolfo del faldón de pelos pegados a la frente se volvió hacia nosotros.

—Son conscientes de que están abusando de mi generosidad, ¿verdad?

—Supongo que a usted también le debe interesar. Si metemos mano en esa organización, usted se deshace de una plaga. ¿Me equivoco?

—Mmm... Vamos. —Apretó un botón—. Me voy a la sala de visionado 2. ¡Que nadie me moleste!

Nos invitó a seguirle. Otra vez esos pasillos vacíos, como si los hubiesen cavado bajo tierra. Geometrías estrictas, perspectivas infinitas. Al pasar delante de una puerta abierta, oí gemir a un perro; eran gemidos débiles y muy espaciados, una queja lánguida con una intensidad emocional tal que se apoderó de mí y me trastornó. Había en esa endecha algo universal que, a pesar de la barrera del idioma o de la especie, le hacía a uno sentir con agudeza el sufrimiento del otro. El beagle yacía ahí, sobre una mesa de aluminio, tendido de espaldas. Las patas atadas en cruz intentaban, en movimientos increíbles de torsión que arrancaban la piel y la carne, liberarse de las correas. Antes de que pudiese indagar más, el director se deslizó delante de nosotros y cerró la puerta con un ademán brusco.

—¡Sigán recto hacia delante, sin detenerse! ¡Continúen andando, por favor!

Rememoré la imagen de la mujer torturada. Llegamos a nuestro destino. Debíamos de avanzar bajo la superficie del suelo, ya que no dejamos de bajar tramos y tramos de escalones, como en un refugio antiatómico.

¡Oh, visión divina! Una pequeña planta carnosa, falsa por supuesto, intentaba arrancar a la tristeza de la sala un sobresalto de alegría. El director abrió el armario etiquetado PRIMER SEMESTRE 2002, escogió meticulosamente la cinta adecuada y la introdujo en el vídeo.

La intervención del FLA se reveló breve y ruidosa. Como si hubiesen soltado un equipo de jugadores de fútbol americano sobreexcitados en una cristalería. Los individuos enmascarados, totalmente coordinados, habían empezado por liberar a los perros, los gatos y luego a conejos y ratones, y la horda de animales se había precipitado en un bloque peludo por los pasillos, como un arca de Noé en peligro de naufragio. En el desorden general habían reducido la sala, bajo los asaltos repetidos de bates de béisbol, a una papilla de cristal hecho añicos, un montón de restos laminados por la rabia. Aquel huracán había durado cuatro minutos y treinta segundos. Luego, tres minutos después, unos golpes sobre los objetivos de las diferentes cámaras ponían fin a la película.

—Ahí tienen el trabajo —soltó el director apretando el botón STOP del mando—. ¿Interesante, verdad?

—¿Entregó alguna copia de esa película a la comisaría de Vernon?

—Así es. Esa película y la recogida por las otras cámaras, que presentan la escena desde ángulos diferentes. Pero sus colegas no parecen muy activos respecto a la investigación. Digamos que da la impresión de que sus preocupaciones van en otra dirección.

Subíamos despacio las escaleras cuando sentí una especie de onda en mi cabeza. Aullidos de perros: ¡oía aullidos de perros! Susurré al oído de Sibersky, mientras el director nos precedía:

—¿Oyes a los perros aullar?

—Sí; es muy tenue, pero los oigo... Es asqueroso.

Sonidos agudos, desgarradores, lamentos desesperados subían ahora de forma más intensa. Se torturaba a los perros, se realizaban todo tipo de experimentos con ellos. Realizar experimentos... Hice una brusca comparación que me llevó a preguntarle al director:

—Oiga, ¿hay una protectora de animales por aquí cerca?

El director se echó el mechón hacia el lado de un cabezazo, y luego contestó:

—Sabe perfectamente que los opuestos se atraen. Encontrará el edificio que busca a tres kilómetros de aquí, siguiendo la carretera por la que han llegado. —Sonrisa socarrona—: ¿Por qué? ¿Van a denunciarnos por ultraje a los animales?

Una vez fuera, Sibersky se mofó del guardia, el Podenco, haciendo como si le tirase un hueso, y luego me preguntó:

—No he entendido bien lo de la protectora. ¿Por qué quiere que nos acerquemos hasta allí?

—Quiero acercarme yo hasta allí. Te dejo en la comisaría de Vernon. Recoge toda la información que puedas. Quizá nuestros compañeros se hayan esforzado, con gran pasión —le sonreí—, para encontrar a los tíos del FLA. Que uno de los cabos te acompañe luego a la central. Después ve a dar una vuelta a la avenida de l'Horloge y entrega a los técnicos una copia de las cintas. Podrían descubrir detalles que se nos han escapado. No hay que escatimar nada...

—De acuerdo. Pero respecto a la protectora, no me lo ha aclarado.

—Es para acallar una intuición. ¿Te acuerdas de la vieja negra, mi vecina?

—¿La mujer de los buñuelos de bacalao?

—Sí. Cree que tiene cierto don de adivinación. Cada vez que la veo me habla de perros que aúllan, que gimen en sus pensamientos. —Me detuve por los pelos en un semáforo en rojo al que no había prestado atención—. Cuando hemos oído esos gritos, antes, he tenido como una revelación. El origen de aquellos aullidos provienen del sufrimiento que padecen los animales bajo el efecto de la tortura, por muy sofisticada que sea. La tortura, como la que han infligido a la mujer de las fotografías. ¿Sabes qué? Tengo el presentimiento de que el asesino se entrenó con perros antes de pasar al acto de tamaño natural...

La protectora de animales de Vernon acogía bajo su arca a más de cuarenta y siete perros y unos setenta y dos gatos. El veterinario que me atendió era un senegalés con unos labios impresionantes, como gajos de pomelo. La piel árida de su rostro se deshilachaba a la altura de los pómulos y de la frente, y los ojos, de un blanco más bien ceroso, hacían pensar que había contraído una enfermedad febril, como la malaria.

La consulta olía a mezcla de razas, un olor de pelajes y orejas infectadas impregnado en una especie de moqueta que hacía las veces de tapicería. Bloques gruesos de cristal traslúcido que formaban una ventana permitían a la cabellera verde de los cipreses expresarse en una especie de imagen borrosa artística.

—¿Qué ocurre, señor policía? —me espetó el veterinario con un acento no tan lejano al de Doudou Camelia. Tenía la molesta manía de pronunciar *w* en el lugar de *r*.

—Me gustaría saber si dispone de un fichero que recoja las desapariciones de animales de compañía.

—Por supuesto. El fichero nacional, que censa los animales perdidos, abandonados o desaparecidos. Como puede suponer, sólo se incluyen los perros con chip.

—¿Y puede realizar una búsqueda?

Se deslizó detrás del ordenador, un Macintosh último modelo con la manzana mordida en la parte posterior de la pantalla.

Dados sus labios y la frente, de la dimensión de un campo de fútbol, habría supuesto que sus dedos eran enormes, pero estaban cincelados como los instrumentos táctiles de una joven costurera y volaban con soltura sobre el teclado.

—¡Dígame qué quiere buscar!

La brisa bamboleaba las hojas de los cipreses y la masa verde ondulaba a través de los adoquines acristalados. Me coloqué del lado de la pantalla.

—Indíqueme los perros y los gatos desaparecidos en la zona, entre el uno de mayo y hoy.

—¿Perros o gatos? ¡Tengo que escoger!

—Perros.

—Perros. Localizados en Vernon, en un radio de... unos treinta kilómetros. ¿Treinta kilómetros le parece bien?

—Perfecto.

El ordenador pensó unos segundos, la memoria viva se cargó antes de emitir sentencia.

—Ciento dieciséis perros desaparecidos.

—¿Puede agruparlos por ciudad y clasificarlos por orden decreciente?

—Espere... F8... Ya está.

Ninguno definitivo. Como máximo, cuatro perros desaparecidos por ciudad o

pueblo, en períodos de tiempo escalonados y no puntuales. Ningún punto en común. Nada.

—¿Puede probarlo con los gatos?

—Allá vamos.

Un resultado aún peor. Imposible de aprovechar... Algo me empujó a insistir:

—¿Puede hacer una búsqueda de los perros pero extendiéndola a un radio de sesenta kilómetros?

—Se puede —replicó el veterinario—. Pero así nos acercamos a París y tal vez haya un buen montón. ¿Puedo permitirme hacer un comentario, señor policía?

¿Acaso aquel tío había recibido palizas de policías en una vida anterior que explicaban el culto al temor hasta tal punto? ¿O es que los veía como seres supremos, especies de dioses bigotudos que habían desembarcado en la Tierra en una ensaladera azul? Exclamé:

—¡Por supuesto, adelante!

Volvió a la pantalla anterior apretando la tecla F3.

—No sé qué es exactamente lo que busca, pero si es un lugar con una fuerte concentración de desapariciones de perros, ¡se ve como la nariz en medio de la cara! ¡Y le puedo asegurar que mi nariz se ve!

—¡Enséñemelo! —le pedí mientras el corazón me daba un vuelco.

Señaló con el dedo cuatro lugares distintos en la pantalla.

—Cuatro pueblos o ciudades pequeñas, separadas por no más de cinco kilómetros los unos de los otros a unos veinte kilómetros de aquí, al sur.

Nombres de poblachos que ni siquiera conocía. Continuó, con fuego en su mirada abrasadora.

—Y... ¡catorce perros desaparecidos! —prosiguió, con su mirada abrasadora iluminada—. En un período que empieza el once de junio y termina el dos de julio, ¡lo que equivale a menos de un mes! Catorce perros, menos de un mes, diez kilómetros de radio: es mucho, ¿no le parece?

A nariz grande, olfato excepcional.

—¡Habría sido usted un poli estupendo! —comenté.

—No se mueva, quizá pueda proponerle algo mejor... ¡un rasgo en común entre las razas desaparecidas! —dijo, henchido de orgullo.

La lista desfiló: labrador... labrador... cocker... labrador... Perros de una buena talla, mansos y complacientes, con buen carácter y fáciles de dominar. Mirando la pantalla pregunté:

—¿Sabe qué les ha ocurrido a esos perros? ¿Han encontrado a alguno?

—Mire, apreciado señor policía, las personas sólo acuden a nosotros cuando pierden a su perro. Cuando los recuperan, en cambio, omiten indicárnoslo. No hacemos ningún seguimiento sobre lo que les pasa. Este fichero nacional se convierte en una basura porque nunca se purga.

—Una última pregunta, dado que usted parece conocer la zona como la palma de su mano. ¿Hay laboratorios de animales en los alrededores? ¿Ojeadores que podrían secuestrar esos perros para hacer experimentos?

—No, que yo sepa. Salvo HLS, el laboratorio de cosméticos más cercano está en Saint-Denis. Y HLS sólo trabaja con crías de beagles. Además, los ojeadores de animales no acosan a este tipo de perros, salvo si, por supuesto, tienen la oportunidad de hacerlo. Les interesan sobre todo los chuchos callejeros, esos perros pulgosos cuya desaparición más bien gusta que molesta.

—Muchas gracias, señor N'Guyen. Me ha sido usted de gran ayuda. ¿Puedo apuntar las direcciones de las personas que han presentado una denuncia?

Se puso a imprimir el informe.

—Para agradecérmelo, ¿no se quedaría con un gatito? Tengo que hacer ocho eutanasias antes de que se acabe la semana. Es un poco como si matase mi propia alma.

—Lo siento, doctor, pero casi no paro en casa...

—¿Tal vez para su mujer? —preguntó señalando mi alianza.

Conducía despacio en dirección a Aigleville por carreteras secundarias para disfrutar de la belleza verde de los campos. Me detuve en el lindero de un pequeño bosquecillo donde se agrupaban algunos olmos, para aliviar la vejiga. Detrás de mí, y hasta las formas rectilíneas del horizonte, se alzaban hacinas de heno color oro, como un cementerio de sepulturas de paja.

Los aullidos de los perros que acosaban a Doudou Camelia cobraban fuerza allí, en aquellos pueblos abandonados con terrenos planos de la llanura. Tenía la impresión de progresar en la investigación, pero en una dirección totalmente desconocida, un poco como una sonda espacial que explora el universo sin saber adónde se dirige ni qué busca exactamente.

Pensaba en ese individuo, el Hombre sin Rostro de Doudou Camelia, que había vuelto a la escena de la intervención del FLA para recoger aquellos instrumentos de muerte, aquellos anestésicos y aquellos vendajes. Adivinaba sus pretensiones, su voluntad de difundir el mal y el sufrimiento a golpes de escalpelo precisos y calculados. Lo veía olisquear a sus víctimas, acosarlas en la distancia, espiarlas y, una noche, caerles encima como lo haría una mantis religiosa sobre un mosquito aprisionado.

Pensaba en la mujer atada en esa cloaca, torturada, azotada moralmente por los cueros del horror. Hay momentos en que resulta imposible sentir el dolor de otro; uno tan sólo puede imaginarlo, notar el soplo a lo largo del espinazo, estremecerse hasta el punto de acurrucarse bajo las mantas. Pero nunca puede ponerse en su lugar. Jamás.

Con la pista de los perros, sin realmente saber adónde me conduciría, esperaba anticiparme a él. Había salido del sendero que había marcado para mí, había tomado caminos paralelos, atajos que me impulsaban hacia delante. Recordaba las frases que Elisabeth Williams pronunciaba en todos sus seminarios: «Un criminal nunca se mueve solo. Lo acompañan, allí donde vaya, elementos que dejan un rastro indeleble de su paso. En una escena del crimen se opera un intercambio entre el asesino y los elementos invisibles que constituyen el espacio; el asesino abandona un poco de él mismo y se lleva consigo una ínfima parte del lugar donde se encontraba, sin que pueda evitarlo. Es sobre ese intercambio sobre lo que debemos investigar».

Quizás existía una relación entre el asesino, el Hombre sin Rostro, y esos perros desaparecidos. Quizás en un momento dado se había operado un intercambio, imposible de descubrir por ahora, pero que cobraría sentido cuando la pista acabase.

Pero ¿qué iba a descubrir al final de esas vías heladas? ¿El fracaso? ¿La incapacidad de preservar la vida de una mujer cuyo nombre ni siquiera sabía y que se pudría en los fosos de la oscuridad?

Continué la ruta hacia el sur. El sol bajaba con pereza ante mí, asaltado por los rojos enfermizos de un cielo deshilachado.

«El fracaso es el acicate de la motivación» era una de las sentencias que solía soltarme mi abuelo. Mientras me tragaba un *steak tartare* en un bistró donde el ambiente recordaba el de la eclosión de las primeras células de vida en el Precámbrico, me decía que seguramente no estaba teniendo en cuenta todos los parámetros, especialmente los de la LAM, la Ley del Aburrimiento Máximo. Cinco direcciones tachadas en la lista que me suministró el veterinario, otros tantos fiascos. La única conclusión, todo un fracaso, que podía extraer era que todos los perros habían desaparecido durante la noche, mientras dormían en una caseta en el exterior de la casa. Ni un ladrido, ni un testigo; en todos los casos, las casas estaban aisladas y los perros habrían lamido los pies de los ladrones.

Llevaba unos buenos diez minutos conduciendo cuando sonó el móvil. Me detuve en el arcén para responder a la llamada.

—¿Comisario Sharko? Soy Armand Jasper, ingeniero especializado en el procesamiento de imágenes del laboratorio de Écully. —Écully, Ródano-Alpes, el florón de los laboratorios de la policía científica—. Hemos analizado las fotos de la mujer torturada que nos han llegado por vía digital desde París. Hemos observado la presencia de tubos de ventilación de diámetros bastante grandes que se extienden a lo largo de la parte superior de las paredes; en la fotografía original se confundían con la oscuridad. En la foto en que la mujer está de espaldas, creemos que a la altura del techo hemos detectado algo parecido a un ventilador. Y digo «creemos», porque el segundo plano aparece aún bastante borroso a pesar del trabajo de alisadura efectuada en la imagen, y está muy oscuro. Visto el diámetro del cacharro, así como de los tubos, según la opinión de un especialista en edificios, ese tipo de sistema está estudiado para tratar importantes volúmenes de aire. Varios centenares de metros cúbicos por hora. Por tanto, seguramente la víctima no se halla retenida en una propiedad privada, tipo bodega o garaje, sino más bien en un edificio de la dimensión de un almacén.

—¡Perfecto! ¿Más datos?

—Detalles que aún tengo que plasmar en un informe, pero nada determinante. Se lo envío por correo electrónico mañana por la mañana. He preferido avisarle enseguida en lo referente a ese punto. Me parecía importante.

—No hubiese podido ser más providencial.

Realicé una media vuelta cerrada y poco tiempo después entraba en el bistró. En esta ocasión, el clima festivo me recordó mi trabajo de vigilante nocturno en la morgue de Lille al amanecer de mis diecinueve años.

Los dos perdidos con tez color heces de vino que jugaban a los dardos, así como los tres asiduos del bar, me lanzaron una mirada un poco más insistente, preguntándose qué tenía de maravilloso el lugar, Le Gai Lieu, para que un tío encorbatado fuera allí dos veces seguidas en menos de una hora. Espuma de cerveza impregnaba la barba hirsuta de un tiarrón con la barriga abombada como un barril de whisky y que, era evidente, se habría chamuscado allí mismo si alguien hubiese tenido la ocurrencia de encender un cigarrillo. Cuando me vio llegar, asestó un codazo en el flanco del parroquiano que tenía a la derecha y esbozó una sonrisa un pelín socarrona. Me acerqué a la barra y pregunté a aquel grupo de intelectuales:

—¿Existen en la zona almacenes abandonados, lugares donde nadie pone los pies desde hace varios meses?

Antes de que la propietaria de aquel nido de juerguistas pudiese mover los labios, Barba de Espuma espetó:

—¿Por qué? ¿Eres del fisco?

Asiduo derecho y Asiduo izquierdo se guasearon; los dos curiosos que jugaban a los dardos vinieron a acodarse en la barra, con una jarra de cerveza pegada a la mano. Contesté con calma, dirigiéndome a la molécula de etanol barbuda:

—Sólo he hecho una pregunta. Entre personas civilizadas, la cortesía impone que cuando uno hace una pregunta, por otra parte bastante sencilla, uno de los miembros de la comunidad capacitado para contestar lo haga. Así que voy a repetirlo, por si acaso la alegría desenfadada que abrasa el lugar hubiese ahogado el sonido de mi voz: ¿existen en la zona almacenes abandonados?

—¿Sabes que eres muy gracioso? ¿No puedes quedarte en tu rincón como antes y dejarnos en paz? —Barba de Espuma levantó el puño, un martillo pilón—. Mira, un día golpeé la cabeza de un cochinito. El bicho gritó una vez, y ya no lo volvimos a oír nunca más. ¿Quieres que lo pruebe contigo?

La propietaria le asestó un golpe en la mejilla con un trapo.

—¡Deja de decir gilipolleces, boca de gasolina! ¡Y cierra el pico o te echo de una patada en el culo!

—Está bien, señora —replicó él haciendo una mueca—. ¡Uno ya no puede divertirse!

La patrona se apoyó sobre la barra, bombas mamarias bien a la vista.

—Pues no se me ocurre nada, guapo —dijo fingiendo reflexionar—. No hay ningún polígono industrial por los alrededores. Aquí todo es puro campo.

—¿Y en los alrededores de Lommoye o de Bréval?

—No, no.

Barba de Espuma intervino, con ojos como antorchas.

—¡Yo sé de uno! Los Aulladores... ¡Uuuuuu! ¡Uuuuuu! ¿Por qué no le hablas de los Aulladores?

—¡Ha dicho almacenes! —gruñó la mujer con tono autoritario—. No mataderos.

—No —soltó Asiduo derecho—. Ha dicho «lugares donde nadie pone los pies desde hace varios meses».

—¿Un matadero, dice? —intervine.

Barba de Espuma apuró su vaso, se impregnó la barba de cerveza y contestó:

—Sí. Los Aulladores. Dicen que el edificio está embrujado y que todas las noches se oye aullar a los animales, aunque yo no lo he comprobado nunca... Pero Gus, ¡él ya ha entrado ahí! ¡Anda, Gus, cuéntalo!

El jugador de dardos se limitó a levantar una mano.

—No. No tengo ganas, no tengo nada que decir...

—¡Es porque está cagado! —se estremeció la propietaria—. ¿De verdad va a ir a ese antro?

—Así es. En cuanto me hayan dado la dirección.

Los resplandores sofocados de la ciudad ya sólo dejaban vislumbrar una aurora difusa, esparcida al ras de las largas extensiones rectangulares de los campos. Cada vez más, la oscuridad se inmiscuía en los intersticios hojosos de los árboles, caía lentamente sobre la chapa del coche, a veces cubría la luz oblicua de los faros con sus finas serpientes de bruma. Delante, más al norte, el halo anaranjado de Pacy-sur-Eure desconchaba el horizonte con una puesta de sol resplandeciente. Como me había indicado Barba de Espuma, encontré, tras el cruce de dos carreteras departamentales, la municipal C15, que seguí durante tres kilómetros antes de entrar en una carretera más estrecha, señalizada como callejón sin salida. Una vieja verja oxidada, cerrada con varios candados, se recortó frente al

haz luminoso de los faros. Aparqué en el arcén, hundí las ruedas de la berlina en el corazón de una vegetación de jardín sucio y, una vez apagado el contacto, cogí la pesada linterna y mi Glock 21. El riel de las potentes farolas que enmarcaban la autopista A13, a poca distancia del edificio, dibujaba un retrato en sepia, con un juego de sombras, del lugar desolador: grandes avenidas vacías invadidas por un abundante erial de ortigas y hierbas silvestres. Bajo mis pies, el agua estanca abandonada por las lluvias de la semana pasada se pudría en charcos poco profundos, matizados por el gris mercurio de los reflejos de la luna. Me deslicé por uno de los numerosos agujeros que se abrían en la reja, como debían de haberlo hecho, a pesar del peligro de multa claramente señalizado, decenas de curiosos ávidos de tocar con el dedo la materialización sangrienta de sus terrores.

El bloque macizo del edificio de ladrillo, acero y azulejos, sombra en la sombra, se alargaba sobre la extensión resquebrajada del asfalto negro, como un buque transatlántico en peligro de naufragio en un océano de soledad. Una mezcla sutil de angustia y miedos infantiles, de recuerdos surgidos de la nada, me hizo un nudo en la garganta, ralentizó de forma sutil mi progresión, me restó seguridad. No sabía si llamar al policía de guardia en la brigada o molestar a Sibersky para que se reuniese conmigo, pero seguían asaltándome demasiadas dudas. Así que decidí dar una primera ojeada de reconocimiento en solitario.

Bordeé las salas de espera para antes de la matanza y las zonas de aturdimiento, con la mano apretada sobre la culata del arma, el cuerpo sumergido en la penumbra de los tubos de metal inoxidable y de las paredes herméticas.

Un frío intenso silbaba por los ladrillos, una corriente casi imperceptible que recordaba el murmullo de un moribundo. Oí el soplido entrecortado de los coches que corrían por la autopista y, de algún modo, esa manera de romper la calma polar, ese río de silencio, me reconfortó. Un cirro afilado en forma de cuchillo cubrió la luna e hizo bailar las sombras sobre las chapas arrugadas de los tejados en un ballet desgarrador.

Aquel lugar reunía todos los componentes de una pesadilla viva, repugnante, de pestilencia sugerida...

La fachada del edificio no desveló ninguna entrada practicable; un grosor de soldadura de arco unía cada puerta a su chasis, haciendo imposible la intrusión. En la parte lateral, por suerte, una miríada de brechas provocadas por golpes de mazo o de llave inglesa agujereaba las persianas rodantes de las zonas de descarga y me permitió, aunque pagué el precio de una contorsión dolorosa, colarme en el interior del ojo negro. Se me abrieron las puertas selladas de lo desconocido...

A partir de ese momento, me guí tan sólo con el haz pálido y crudo que despedía la Maglite. Sentí cómo las arterias del cuello se hinchaban bajo la afluencia de la presión sanguínea, adivinando las manifestaciones cónicas del miedo en el sudor que me perlaba la frente. La sala por la que avanzaba me pareció inmensa, tan hueca y vacía que mis pasos iban crujiendo hacia confines de negrura indiscernibles. La fauna de las tinieblas, esos obreros de la desesperación, obraba con ensañamiento en el anonimato de la noche y el aislamiento. Las arañas tendían sus telas, las polillas agitaban sus membranas en inquietantes temblores e incluso entreví una rata rasgando el haz amarillo de la linterna y corriendo sobre una viga oscilante, hasta deslizarse al fin por las palas inmóviles de un ventilador cuyas dimensiones sobrepasaban mi imaginación.

Caminé sobre cristales rotos, salté sobre palés de madera podrida, bordeé los comederos y abrevaderos helados de podredumbre antes de palpar un riel de sangre que, con toda lógica, iba a conducirme al pulmón rojo de la sala de matanza. El infierno del reino animal apestaba a tripa y abandono.



Me agaché para deslizarme bajo una puerta baja cortada por cintas de caucho negro, allí donde, algunos años antes, se amontonaban en una calma eléctrica los animales muertos de miedo, a punto de ser ofrecidos a los deseos insaciables de la Muerte. El hormigón amarillo sucio de las paredes cedió el sitio a los azulejos color diente picado, del suelo al techo, del fondo hacia delante. El atroz confinamiento de ese pasillo con aspecto de corta-cuello me hizo apretar el arma con el vigor de un soldado.

A ras de la cabeza, neones rotos cuyas finas partículas de cristal tapizaban el suelo como una capa de nieve costrosa. Avanzaba con prudencia, el oído atento a los sobresaltos de los tubos que crujían, a la carrera invisible de animalillos que me erizaban completamente el vello. El riel me llevó a una sala gigantesca, con las paredes tan lejanas que el haz de la linterna casi se agotó antes de alcanzarlas.

Decenas de boxes de aturdimiento, alineados a ambos lados del riel de sangría, se pudrían en la oscuridad, como empleados de la sombra preparados para retomar el curso de su misión macabra. Hice un barrido con la linterna en todas direcciones, la mirada al acecho. Hacía mucho tiempo que no llegaba luz ahí. Los tubos de ventilación y de evacuación me asestaron reflejos azulados bajo los asaltos fotónicos, como guiños mortales. Cuanto más avanzaba al azar de mis intuiciones, más se extendía la sala, como descuartizada. Adivinaba, ahí, justo delante de mí, las carcasas del pasado, colgadas, evisceradas y luego cortadas por la mitad del hocico a la cola. Me imaginaba a esos sangradores con batas mancilladas de flemas, sangre, ácido estomacal, hundir a los animales en las cubas de escaldado, hervirlos hasta que saliesen desnudos como el día de su nacimiento; olfateaba esos olores de cabezas de cerdos amontonadas por kilos en las salas de preparación y deshuesado, y luego molidas hasta reducirlas al estado de zumo de cadáveres. La plaza del miedo me desplegabla la alfombra roja; avanzaba por la maquinaria perfectamente engrasada de una bestia demoníaca, una empresa asesina cuyo corazón seguía latiendo.

Ni rastro de los perros ni de la mujer. Rampas y pasillos vacíos, compartimentos para aturdir y plataformas sin usar... Empezaba a desesperarme; por un momento dudé, pero me obligué a continuar la inspección, a pesar del miedo creciente y de la certeza de que experimentaría todas las dificultades del mundo al tratar de encontrar la salida. A mi izquierda descubrí un limbo roto de báscula, calentadores fuera de servicio, tomas de agua reventadas, un montón de etiquetas para orejas, fichas ante mórtem abandonadas en el suelo. Encima, soportes con ganchos y raíles al vuelo rasgaban el techo en una línea larga, hasta un hervidor agujereado por el hielo de los tubos interiores. Estaba oscuro, tan oscuro que sentía el peso de la oscuridad en la espalda...

Insoportables efluvios de putrefacción me asaltaron, quemándome las aletas de la nariz. Eran reales, sobrecogedores hasta el punto de revolverme el estómago. Di tres pasos atrás, metí la parte inferior del rostro en el cuello de la chaqueta y volví a avanzar, con la cabeza gacha. Pero la infección se impregnaba en el tejido, penetraba en mí con fuerza, como un gas mortal. Intentaba respirar lo menos posible mas, a cada nueva bocanada de aire, sentía que todos los órganos iban a salirse por la boca. Vomité un hilillo de bilis amarillenta, me serené y me arrastré hasta la pesada puerta de metal entreabierta de una sala refrigerada. El olor, que se había vuelto atroz, me hizo alzarme, comprimiéndome el pecho y las costillas en un abrazo doloroso.

Ante mí, enfocados crudamente por el haz luminoso, yacían seis perros amontonados, cabezas mezcladas, pechos desgarrados, espaldas llenas de heridas abiertas. El potente alumbrado de la Maglite desveló los tendones agarrados al

hueso, estirados a su punto máximo a través de la carne ennegrecida que iba pudriéndose. Las cavidades de los ojos mostraban globos desecados apenas retenidos por las trenzas de los nervios ópticos, y las fauces suplicantes, congeladas en un último aullido de dolor, quedaron impresas en la blanca pizarra de mi memoria. Un espasmo más salvaje del estómago me dobló en dos.

La puerta de goznes oxidados, detrás de mí, empezó a chirriar al cerrarse con extrema lentitud. Al borde del ataque cardíaco, el corazón se detuvo y finalmente aceleró los latidos, desacompañado y tan perdido como yo. Me precipité fuera de la sala, giré a la derecha en vez de volver sobre mis pasos y me adentré en un pasillo inclinado, enloquecido, asqueado. A cada lado corrían regueras, embadurnadas de sangre seca, casi evaporada, para perderse en las profundidades inexploradas del matadero. Ese santuario de baldosas blancas, manchadas de pieles muertas, astillas de hueso, huellas polvorientas, me mareó. Los cristales de plexiglás de los puestos de inspección de las vísceras me devolvieron el destello de mi propia linterna en pleno rostro, como un golpe de bisturí sobre las retinas. Seguía avanzando, costase lo costase, aferrado a los últimos sobresaltos que todavía me alteraban.

Los canales transversales de evacuación doblaron a la derecha en una inclinación muy acusada, que iba a parar a una fosa profunda. Me incliné, paseé con mano temblorosa la mirada curiosa de la linterna por el fondo del pozo. Una escalera metálica permitía bajar y, aparentemente, tomar un túnel de hormigón que, con toda probabilidad, conducía al corazón del sistema de ventilación y evacuación. Un grupo de tubos de diversos diámetros también se hundía ahí, por lo que decidí aventurarme bajo tierra, en el pulmón del infierno. Bordeé los tubos metálicos rozándolos con la punta de los dedos, y me desollé las falanges en canalizaciones que antaño la fuerza bruta del hielo había reventado. La sangre prorrumpió, se mezcló con el polvo en gotas gruesas que se rompían al percutir contra el suelo. Entonces me percaté de la presencia de unas huellas de pisadas frescas, sin manchas, con los contornos limpios y definidos. Idas y venidas en la sombra, bajo tierra, protegidas de las miradas, en el almacén del diablo. Las marcas del asesino...

Los tubos y los pasos me llevaron hasta una apertura lateral de la que provenía un ruido sordo, casi imperceptible, como el de un motor lejano. Allí, en el fondo, un rayo de luz blanca reptaba por debajo de una puerta. Retrocedí para alejarme, regresé al pie de la escalera para sacar el móvil de la chaqueta y marcar el número del servicio de guardia en la Criminal. No había cobertura, comunicación rechazada. Tanto metal y hormigón actuaban como un tejido opaco, una red de ondas infranqueable. No me precipité hacia la salida, sino que decidí actuar solo. Contaba a mi favor con el efecto sorpresa.

De vuelta en la boca aulladora del túnel de techo bajo y aplastante, pensé en el asesino, imaginándomelo tras esa puerta, las facciones del rostro recortadas por una lámpara de aceite, martirizando a la chica, privándola de comida y hundiendo esas puntas cuidadosamente talladas en el terciopelo de su cuerpo.

Avancé, con la linterna apagada y tanta ligereza de pies como me permitía mi corpulencia de hombre maduro. Un candado estrechaba la puerta por el exterior, lo que probaba la ausencia del asesino, dato que me reconfortó y decepcionó al mismo tiempo. Ese rumor ronco provenía seguramente de un pequeño grupo electrógeno portátil. Apunté el cañón de mi Glock ante mí, incliné la cabeza y disparé sobre el asa encementada del candado. El fuego de la pólvora iluminó por un instante el pasillo como el aliento de un dragón y un grito desgarrador, que se transformó en estertor abyecto, inundó la entrada del túnel. Aparté la puerta de una patada y me pegué contra la pared mugrienta mientras chorros de luz volaban en la penumbra

como hojas deslumbrantes. Lo que se me clavó en las retinas me destruyó la vista.

El rostro estaba vuelto hacia mí. Los pómulos estiraban la piel hasta el punto de traspasar la superficie y de los labios encostrados de fiebre sobresalían hinchazones de piel muerta. Los ojos vidriosos cuyas pupilas se habían vuelto translúcidas tenían muy poca movilidad, como arrancados de los nervios. La cerámica del cuerpo, astillada por costillas salientes, fragilizada por los golpes y las heridas abiertas, parecía a punto de romperse en mil pedazos de hueso y carne; los pechos clavados a la mesa, hinchados por la infección, estaban salpicados de jaspeaduras aceitunadas, venillas rosadas, lesiones que se ennegrecían alrededor de la cabeza de los clavos.

A pesar del aparato estereotáxico que le inmovilizaba las mandíbulas, la chica movió los labios, quitándose con la punta de la lengua la espuma blanquecina que se le acumulaba antes de emitir un quejido ahogado. No supe si se percataba de quién era yo, intentaba llorar pero no tenía fuerzas para que fluyesen las lágrimas.

Enfrente de ella, el objetivo inclinado hacia abajo, una cámara digital que estaba filmando.

—¡Madre de Dios! ¡Soy de la policía! ¡Voy a sacarla de aquí!

Me acerqué a la chica y le pasé la mano suavemente contra la cara plana de la mejilla casi aspirada por el interior. Gritó otra vez, como un acto reflejo. Desenrosqué el torno de las sienes, quité las varillas de metal que le mantenían la boca abierta. La cabeza, demasiado pesada para los músculos agotados del cuello, cayó en el hueco de mi palma. ¿Cómo podía soltarla sin hierirla aún más? La cuerda gastada penetraba en la gran vela blanca de su piel, las astillas de madera amenazaban con hundirse en lo más profundo de su carne a cada movimiento indelicado. ¡Estaba atrapado! No podía liberarla, soltarle la cabeza sin que la masa del cráneo la hiciese bascular hacia el lado, arrancándole los pechos. La chica tenía la fuerza de un pajarito caído del nido.

—Está a salvo, vamos a hacernos cargo de usted. ¿Puede hablar?

Su respiración ruidosa, como la de un toro desparramado sobre la arena caliente de una plaza de toros, se aceleró. Los labios se apartaron, las cuerdas vocales lastimadas vomitaron un sonido monocorde, incomprensible. Temí que me dejase, que un movimiento en falso, aunque fuese ínfimo, la rompiera en pedazos. No se me ocurrió cómo liberarle las carnes del dominio mortal de los clavos industriales. Los grosores de sangre seca y la infección propagada hasta la punta de los pezones habrían hecho que el más leve roce la matara de dolor. Necesitaba ayuda, claramente.

—Voy a apartar la mano. Intente mantener la cabeza recta.

Retiré la punta de los dedos, pero la cabeza se tambaleó, apenas retenida al cuerpo por el armazón hecho trizas del cuello. La decisión que debía tomar me asqueaba.

—Escúcheme, voy a regresar. Necesitamos una ambulancia. Voy a bloquearle la cabeza con el aparato, sin apretar demasiado fuerte.

Sus ojos pegajosos se alzaron hacia mí. Leí en ellos el horror, unas ganas de morir más fuertes que las de vivir. Me suplicaba sin hablar que permaneciese a su lado, que le reconfortase el corazón de alguna manera. Con el corazón roto, apreté el torno con una sola mano, mientras seguía sosteniendo la cabeza casi desmantelada de su tótem de carne. ¿Por qué esa incursión en solitario? ¿Qué descabelladas pretensiones me habían impedido llamar a los refuerzos mucho antes, al primer atisbo de duda?

—¡Ahora vuelvo, se lo prometo! Voy a salir para llamar, con esto —le enseñé el móvil—, los refuerzos llegarán, vamos a liberarla, ¿me oye? ¡Liberarla! Aguante. ¡Se

lo suplico, aguante!

Deslicé unos dedos temblorosos en su cabellera rancia, incapaz de sostener su mirada, y me escapé precipitándome por el pasillo, casi sin aliento, ahogándome, con el teléfono y el revólver apretados contra mí como los últimos bienes de un naufrago. Tenía que salvarla para salvarme a mí mismo. Nada más importaba ahora. ¡Salvarla! ¡Que viviera!

Me aventuré en el túnel con prudencia, pues mi coche aparcado frente a la entrada y el estruendo del balazo en la garganta del matadero eran pruebas tangibles de mi presencia. En el momento en que me asía a la escalera que llevaba al piso de las salas de matanza, un haz luminoso se agarró a mi espalda y un gran escozor me acometió en el deltoides izquierdo. Caí contra la pared mientras dirigía la linterna en dirección al cuello, donde descubrí un pequeño tubo de estaño que acababa en un manojo de plumas rojas: una flecha anestésica. Me la arranqué de la chaqueta, levanté el cañón de la Glock hacia arriba del pozo y disparé hasta que mi dedo ya no encontró la fuerza para pegar el gatillo contra el guardamonte. Una presión me aplastó los pulmones y una mano invisible me apretó la garganta, dificultando el paso del aire. El brazo y el hombro izquierdo parecieron descolgarse del cuerpo, y el líquido frío se deslizó en dirección a los miembros inferiores a una velocidad sobrecogedora. Con un esfuerzo sobrehumano me volví hacia el pasillo, mientras, de repente, los pies quedaban como enraizados a un mar de roca. Los músculos de las piernas se debilitaron y fallaron. Agachado primero y luego tumbado, incapaz de mover el tronco, hundía los dedos en el cristal hecho añicos de los neones reventados para contrarrestar los efectos del anestésico. Tan sólo percibí una ínfima parte del dolor, prueba de que la afluencia masiva de producto provocaba la fulgurante disolución de mis sensaciones. La mano se abrió por ella misma, la palma ensangrentada, los dedos replegados, y luego distendidos, fuera de control. Párpados inmovilizados. Boca abierta. Incapaz de tragar. Pero totalmente consciente. Como pez en cenacho... Los miembros se estiraron y luego se encogieron; los tubos, a ras del suelo, se ablandaron, se torcieron a una lentitud exagerada. El polvo levantado por mi caída se me pegó a las retinas, provocando una secreción lacrimal incontrolable.

Tuve la impresión de no oír ya nada. Ni el ruido de sus pasos ni su respiración, y sin embargo, note que se me acercaba, igual que se adivina el aliento de un fuego sin ver las llamas. Venía a acabar conmigo, como un mesías del mal, un mensajero del más allá al que habían encomendado una misión de destrucción. ¡No estoy preparado para morir, quiero vivir! Pero esa decisión ya no me correspondía. Mis ojos quedaron inmóviles. Quise hablar, gritar; las palabras se bloquearon en la puerta de la conciencia o se quedaron colgadas de las cuerdas vocales. ¿Dónde estaba? Oí la sangre afluir, hervir, hincharse las arterias. Los sonidos interiores del organismo se amplificaron, los del exterior disminuyeron. Me pusieron una venda en los ojos, pero no vi ni brazos, ni manos. La oscuridad total. Sentí que una fuerza me arrastraba varios metros, una fuerza de imán invisible y sin embargo prodigioso. Algo, alguien, volvía a llevarme seguramente al lugar de donde yo había salido. Una larga queja de desesperación, interminable. La chica gimió como si fuese a rasgarse el pecho. Adivinaba los sobresaltos de esperanza que se rompían en su interior como las últimas olas de un mar tomado por el hielo. El movimiento cesó. Me habían abandonado sobre el suelo. Los gritos se transformaron en cloqueos, los cloqueos en estertores de agonía, y luego, nada más. Me hundía, me hundía, me hundía...

Me desperté lentamente, con la impresión de tragar papel de lija en cada deglución. Me quité la venda de los ojos con dedos entumecidos. Me levanté, con los miembros aún pesados por el efecto del anestésico, me volví y descubrí, de



repente, que nada se podía hacer ya por la chica.



## Capítulo 5

En la tumba silenciosa de la sala, los técnicos de la policía científica instalaron potentes halógenos mientras un enfermero enviado al lugar me extraía unas cuantas gotas de sangre para efectuar unos análisis toxicológicos.

El forense, Dead Alive, esperaba en el túnel de mantenimiento la autorización del policía judicial de la científica para el examen del cuerpo. En cuanto a mí, iba alejándome del infierno mientras dejaba que los rayos del sol naciente me coloreasen el rostro, y luego me senté en la parte trasera de la ambulancia, en el patio del matadero. Aureolas de luz, insectos envueltos en capullos por las arañas colgaban a lo largo de canalones como pendientes de seda. Alrededor, al ras del asfalto y hasta perderse de vista en los campos, la bruma reptante se extendía como una corriente de avalancha gris hasta inmovilizar el paisaje en un torno de tristeza y desolación. En la ligereza del aire, los breves ronquidos de los motores de la autopista A13 se seguían a ritmo de pulso cardíaco.

Un coche de la policía, cuyos faros horadaron la niebla, se aproximó y aparcó en paralelo a la ambulancia. Sibersky y Elisabeth Williams bajaron del vehículo, los rostros sumidos en la inquietud. El abismo de sus miradas hubiese podido pulverizar cristales. Una tercera silueta se les unió: el simulacro de psicólogo, Thornton.

—¡Maldita sea, comisario! —rugió el teniente—. ¡Debería haber llamado para pedir refuerzos! ¡Leclerc está hecho una furia! —Me observó y suavizó la expresión—. Me alegra ver que está vivo...

—No pensaba que la pista de los perros me llevaría tan lejos. Todo se precipitó tan deprisa... —Mis pupilas se dilataron frente a los espasmos de desesperación de la chica que me tamborileaban en la mente. Sacudí la cabeza antes de soltarle a Sibersky, señalando a Thornton, que se dirigía hacia un policía judicial de la científica—: ¿Qué hace aquí ese imbécil?

—El hijo de papá ha insistido en venir. Y no se le niega nada al hijo de papá...

Me encogí de hombros y pregunté a Williams:

—Creía que no acudía nunca a los escenarios del crimen. ¿Acaso no dicen que los loqueros, los de verdad, se aíslan todo el santo día en madrigueras de hormigón, bajo tierra, lejos de cuanto les rodea?

Sus hombros se estremecían. Había cambiado el traje sastre por un jersey con cuello de pico y un pantalón negro de canutillo. Cruzó los brazos para protegerse ilusoriamente del frío. El sol ya no nos alcanzaba y tuve la impresión de que la noche volvía a caer por segunda vez.

—Así es. Pero no hay nada de malo en saltarse el método americano. Y además, ¿cree usted que un Picasso se vería igual en foto que en una galería? Ha sorprendido al asesino en la mecánica engrasada de su puesta en escena, aparentemente larga y sórdida. Ha aparecido como el grano de arena que gripa una máquina a toda prueba. Quiero observar con mis propios ojos de qué manera ha repercutido todo ello en la escena del crimen. Debería volver a casa para descansar y cambiarse de camisa. Asustaría a un fantasma.

—Me quedo. He sentido el aliento caliente de ese tarado en la nuca y sigo oyendo los gritos mudos de una pobre chica a quien no he sabido salvar. ¿Usted

cree que tengo ganas de descansar? Quizás en este preciso momento esté buscando a su próxima víctima. Sígame. Vamos a la antigua sala de descanso del personal, al interior. Es la única sala bañada por la luz del día. Mis chicos han traído termos de café con que despertar a todo un cementerio. Espero que tenga novedades que anunciarme, señorita Williams.

Señorita Williams... ¿era el modo adecuado de dirigirse a una señora de casi cincuenta años?

—Cosas interesantes, en efecto.

—¿Tú también tienes algo nuevo desde ayer? —pregunté alzando la vista hacia Sibersky.

—Os lo cuento ahí.

Nos serví un Java bien caliente, negro carbón, y nos instalamos alrededor de una mesa de metal limpia ya de la capa de polvo. El frío cortante del exterior se deslizaba por los cristales enrejados de los que, por cierto, sólo quedaba la rejilla. Thornton se unió a nosotros y se sentó a un extremo de la mesa. Pelo negro estirado hacia atrás, jersey Jacquard, pantalón de tela. Un jugador de golf.

Williams colocó las palmas alrededor de la taza humeante que se llevó bajo la nariz.

—Antes de que le refiera mis conclusiones, explíqueme lo ocurrido.

Les narré mi investigación sobre la desaparición de los perros y las pistas que me habían llevado finalmente al matadero.

—Hábleme del asesino —pidió mirándome fijamente.

—Estaba atontado. No le vi ni la menor parte del cuerpo. No soltó una sola sílaba. Parecía... un aliento invisible, una onda de potencia, por todas partes y en ningún lugar. Ni siquiera noté el tacto de sus manos en mis miembros cuando me arrastró.

—Seguramente a causa de los efectos del anestésico. ¿Parecía presa del pánico?

Aún podía oír el rasgueo del escalpelo en el aire cuando oficiaba.

—Todo ocurrió muy deprisa. Me arrastró hasta ahí, la mató y... ya no me acuerdo.

—Y la chica, ¿cómo la ejecutó? —intervino Thornton.

—A golpe de bisturí —dije, esforzándome en responder—. Cuando recobré el sentido, miré rápidamente, salí y llamé a los refuerzos. ¿Por qué me dejó vivir? Dios mío...

—Creo que lo arrastró hasta allí para que presenciase la ejecución a través del oído —explicó Williams—. Le ha perdonado la vida para mostrar su poder, su dominio y su control, incluso en un tipo de situación que, de entrada, le era desfavorable. Eso también denota que experimenta un fuerte sentimiento de frustración.

—¿Cómo?

—Creo que su anonimato le molesta. Se sabe inteligente y quiere que otros se den cuenta de ello. Le gustaría desvelar su identidad pero no puede hacerlo. Así que le deja con vida. Gran parte de los asesinos en serie sienten un deseo de celebridad, que llega al punto de llegar a reconocer actos que no han cometido para engrosar su lista de premios. Al perdonarle la vida, da un gran golpe; siembra el desconcierto, la incomprensión; demuestra claramente que no está loco y que actúa siguiendo un guión bien preciso.

Me levanté y me dirigí a la ventana enrejada, el rostro contraído por la rabia.

—Estaba filmándola.

—¿Cómo dice?

—Cuando llegué a la sala, la primera vez, descubrí un grupo electrógeno portátil que alimentaba dos lámparas y una cámara de vídeo situada enfrente de ella. ¡Ese hijo de puta la filmaba!

Anotó una frase en su informe y la subrayó con una triple línea roja. Thornton la imitó, murmurando:

—Recuerdos post mortem. Prolongación de la fantasía. Interesante, muy interesante...

Sibersky se sirvió de prisa una segunda taza de café.

—Hábleme de sus conclusiones —pedí a Elisabeth.

—Me he dedicado a analizar la carta. Dado que las palabras son el espejo del alma, albergaba la esperanza de descubrir el rostro del asesino en los reflejos de la tinta. —Sorbió el café Java ruidosamente.

—¿Y lo ha conseguido?

—Estoy en ello. El estilo de su misiva es correcto, preciso, impecable, denota una buena educación, una gran instrucción. Ni una sola falta de ortografía ni el menor error de construcción gramatical. Pero he observado dos rasgos de pensamiento realmente diferentes, lo que por el momento, lo confieso, me deja perpleja. Primero, el aspecto religioso. Determinadas palabras o frases me llevan a creer que utiliza los fundamentos de la religión para justificar parte de sus actos. Su víctima se ha dado cuenta, cito, «que las dificultades son una ley inamovible de la naturaleza». Luego encadena con Dios, señalando que «las armaduras estropeadas valen mucho más a los ojos de Dios que el cuero nuevo». Las «armaduras estropeadas» se acercan por supuesto al símbolo del guerrero valeroso, para quien el sufrimiento es algo cotidiano. Al parecer considera el sufrimiento de sus víctimas como la última prueba necesaria antes de su encuentro con Dios, «una ley inamovible». Como él mismo dice, «la felicidad debe ser la excepción, el sufrimiento es la regla». Esa sentencia se aplica como un guante a Martine Prieur. ¿Acaso no vivía en la felicidad y el lujo desde que había cobrado el seguro de vida de su marido? ¿No debería más bien haberse sumergido en una estela de sufrimiento y arrepentimiento tras ese fallecimiento?

Me senté de nuevo, con las manos sobre las rodillas. Sibersky había cruzado los brazos y tenía la taza vacía delante de él, encima de la mesa.

Thornton, mientras tomaba apuntes, inquirió:

—¿Quiere decir que actuaría como un censor, que habría mutilado así a dos mujeres en nombre de Dios?

—No, nunca he dicho eso —respondió cortante Williams—. Por lo menos no todavía. Simplemente, debemos ser conscientes de que la trama religiosa puede condicionar sus acciones. Recordemos la moneda en la boca. Un gesto puramente religioso, un mito griego que sigue aplicándose en nuestros días en los países muy católicos. Por otra parte, ¿han encontrado una en la boca de la segunda víctima?

—No tardaremos en averiguarlo.

—Para adelantar, husmearé en los libros religiosos, la Biblia o libros antiguos. He remitido la carta y la foto del granjero a un teólogo, Paul Fournier, un gran experto en cultura. ¿Puede servirme otro café?

Sibersky se levantó y cogió otro termo de una bolsa de tela en bandolera.

—Mencionaba dos aspectos, respecto a la carta... —retomé con interés.

—Así es. La segunda línea directriz, más importante, es un sadismo pronunciado. La mayoría de los asesinos en serie se complace en sus actos de



tortura, no siente ningún remordimiento hacia sus víctimas e incluso llega al extremo de mofarse de la policía y las familias, como en este caso. Pero, según las fotos y como tal vez nos confirmará el forense, raros son los asesinos que conservan... perdonen, pero es la única palabra que se me ocurre... que conservan a sus víctimas tanto tiempo. ¿Se dan cuenta de los esfuerzos realizados para mantenerla viva? ¿Para, cada noche, venir aquí con el riesgo de que lo atraparan, para limpiarla, alimentarla lo mínimo e incluso... filmarla? ¿Y qué decir de la instalación sofisticada en casa de Prieur? Manifiesta una moral a prueba de todo. Es aplicado y paciente, muy paciente. Ninguna pulsión dominante le fuerza a precipitar sus actos.

Un oficial de la policía científica, Georges Limon, entró en la sala.

—Hemos terminado —anunció mientras cogía un vaso de plástico—. El forense ha empezado su estudio. Pueden reunirse con él.

—¿Y?

—Tenemos unas buenas pisadas. Un cuarenta y dos. Ahora podemos afirmar que se trata de un hombre. Hemos aspirado el polvo del pasillo subterráneo y de la sala confinada para analizarlo en el laboratorio. Hemos recuperado cabellos, fragmentos de uñas y fibras sintéticas, así como algunas huellas digitales. Añadan a eso la flecha anestésica que no se tomó la molestia de recoger. Seguramente lanzada con una pistola veterinaria, compacta y potente. Les mantendremos informados.

—¿Y los perros mutilados?

Una onda de repugnancia le marcó las arrugas de la frente.

—¡Vaya mierda de trabajo ingrato nos está pidiendo! Hay tres técnicos con la nariz metida en los perros. ¡Es como remover la mierda de una fosa de purín!

—¿Ya no queda ningún rastro del sistema de vídeo?

—No —respondió tirando al suelo el vaso vacío y aplastándolo con el talón.

—¿Eso es todo?

—¡Pues claro que es todo! ¿Qué esperaba? ¿Que nos dejase su foto enmarcada con una notita de bienvenida? Estamos analizando el resto del matadero y el exterior. Este sitio me da asco. Apesta a carroña.

Limon desapareció con la viveza de una espada en la niebla.

—No están muy animados, los chicos de la científica —soltó Sibersky sin el menor deje de humor.

Me levanté y me encaminé a la puerta.

—Vamos a reunimos con el forense...

En un silencio sepulcral bordeamos la sala de matanza y bajamos con cuidado la escalera por la que me había introducido la víspera, antes de reunirnos con Van de Veld al final del túnel.

—No le he explicado a usted lo que he descubierto —soltó el teniente antes de que entrásemos en la sala—, pero puede esperar. De todas formas, no es nada determinante.

Asentí con los ojos fijos en el cadáver de la mujer. Apenas la había mirado, una vez recuperada la conciencia. Ahora la descubría, troceada por la crueldad blanca de los potentes halógenos de batería.

Williams entró en la sala como en una iglesia. Percibí en sus ojos la llama vacilante de los cirios, los reflejos caleidoscópicos de las vidrieras ojivales, las lágrimas de la Virgen. Había algo como magia, una fusión fantasmal, y creí ver, en el tiempo que dura un soplido, ondular algunos de sus cabellos, como si la mano de Dios los acariciase.

—Esta vez no se ha andado con chiquitas —se quejó Van de Veld—. Lo ha puesto usted de muy mal humor, comisario. ¿Qué opina de esto, señora Williams?

Ella respondió a destiempo, haciendo grandes esfuerzos para desprenderse de la especie de velo espiritual que la envolvía.

—Quizá la rabia no sea el único motivo de tal ensañamiento sobre el rostro — murmuró acercándose a aquella cosa muerta.

Las pupilas se le fundieron como una cabeza de alfiler bajo los colores planos de la luz.

—¿Y cuál sería la razón? —preguntó el forense mirando de arriba abajo a Thornton, ocupado en hacer un esbozo rápido de la disposición de los objetos y de la posición de la víctima.

—Ha preferido destruir lo que había construido porque no ha podido llegar hasta el final de su fantasía. Una obra inacabada no le interesa, busca la perfección, así que ha desechado ese «objeto fantasioso» mutilándolo. —Se colocó frente a la boca apresada por el aparato estereotáxico—. Esta vez no hay moneda, por supuesto... Eso me lleva a pensar que es muy probable que vuelva a empezar pronto, animado, como dice usted, por la rabia, pero también por el deseo vehemente de llegar hasta el final esta vez, en un lugar tan insólito como un matadero. Dígame dónde estaba la cámara, comisario.

—Aquí, justo enfrente del cuerpo, apoyada en un trípode.

—¿Cómo era la iluminación? ¿Qué parte del cuerpo iluminaba? ¿El cuerpo entero o solamente la cabeza?

Señalé con el dedo el fondo de la sala.

—Había una lámpara, como las de mesita de noche, a cada lado del cuerpo. Y otra más detrás de la cámara.

—Gracias, comisario.

Al inmiscuirme en su mundo sin que él lo esperase, quizás había despertado en ese ser demoníaco una rabia inaudita, una voluntad de infundir el mal con determinación más feroz aún. Como la bola de nieve que uno empuja en una bajada, que de repente se te escapa de las manos y va creciendo hasta aplastarlo todo a su paso. Williams continuó su monólogo.

—El asesino ha pasado de organizado a desorganizado. Precipitación, pánico, huida. Eso puede abrirnos una puerta. Si a partir de ahora actúa a golpe de venganza o rabia, cometerá errores de bulto.

Sibersky se colocó en el haz de la lámpara, eclipsando la parte clara de nuestros rostros, y preguntó con tono cauteloso:

—¿Quiere decir que debemos esperar a que se produzcan nuevos asesinatos para tener la esperanza de caerle encima?

Thornton se disponía a hablar, pero Elisabeth se le adelantó.

—¡Espero que no! De hecho, ésa es mi tarea, al igual que la de ustedes: hacer lo posible para evitarlo. Pero deben saber que los asesinos en serie actúan sin móvil aparente. No mantienen ninguna relación con las víctimas, a diferencia de los asesinos comunes. Pueden ocultarse en la sombra meses, incluso años, y luego volver a empezar. Nos hemos topado con alguien que recorre el asfalto, un viajante que no duda en desplazarse, lo que no nos proporciona ninguna indicación geográfica. Trabaja en varias víctimas a la vez, ésta, Prieur, y nada nos permite afirmar, por ahora, que no haya otra chica en una situación similar, en algún lugar al fondo de un bosque o en unos almacenes abandonados, lejos, muy lejos de aquí. En este estadio, la banalidad de la vida ya no le interesa. Las fantasías cobran tal importancia que ya nada más cuenta. Está totalmente consagrado a su obsesión. — Me miró fijamente—. Es usted inteligente, comisario Sharko, pero si se encuentra aquí es porque el asesino ha querido comunicarle elementos directrices, aunque creo que usted le ha impresionado.

—¿Acaso su tarea consiste en hacernos perder la esperanza, señorita Williams? —repliqué con frialdad.

—No, sólo en hacerles tomar conciencia de que un asesino en serie no se comporta igual que un asesino clásico. Quiero lograr que piensen de manera diferente. Debemos esforzarnos en pensar como él, no en términos de móvil, sino más bien en términos de relación oculta, de lógica, SU lógica, que convierte esos asesinatos en una cadena única que responde a algo concreto. Si descubrimos ese algo, obtendremos el perfil psicológico preciso del asesino.

Tras haber quitado el aparato estereotáxico, Van de Veld separó con una pinza las mandíbulas de la víctima. Un pequeño diente picado se desmenuzó antes de caer hecho añicos al suelo.

—Bueno, vamos allá. Erosión bucal, dientes muy estropeados, que se pudren. Piel del rostro seca, mejillas hundidas, ojos hundidos en las órbitas, caída de cabello. —Se movió hacia la parte inferior del cuerpo y le rompió una uña—. Uñas estriadas, violáceas, que se rompen de un golpe. Miembros completamente rígidos... Numerosos edemas por carencia en todo el cuerpo. Caderas salientes, nalgas totalmente planas, vértebras visibles... ¡Joder, esta chica debe de pesar apenas cuarenta kilos! Dada la dimensión de los edemas, las estrías, los pliegues colgantes de piel y su increíble elasticidad, originalmente debía de estar más bien rellenita.

Un golpe de estupor hizo retroceder a Sibersky.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo la habrá mantenido en esa posición, desnuda? ¿Cuánto tiempo habrá necesitado para adelgazar a su presa hasta ese punto? —preguntó, con labios temblorosos.

—Los exámenes toxicológicos nos revelarán si le administró sustancias para frenar la infección de las heridas, lo que es muy probable vistas las marcas en los antebrazos. Si es efectivamente el caso, si le daba de beber con regularidad, si la hidrataba, ha podido permanecer en esa posición... más de un mes.

—¡Madre mía! —Sibersky recogió una bombilla de recambio que estaba tirada cerca de un halógeno y la estrelló contra una pared con la rabia de un jugador de hockey—. ¿Aún nos va a decir, señora Williams, que Dios tiene algo que ver en esto?

Acto seguido se volatilizó a la carrera en el largo túnel, los ojos humedecidos e irradiando relámpagos.

Me encogí de hombros, medio sorprendido por aquella súbita erupción de emociones.

—Perdónele —justifiqué volviéndome hacia la loquera—. Tiene los nervios a flor de piel, al igual que yo, por otra parte. En toda mi carrera nunca he visto algo así. —La tomé del brazo y la llevé a un aparte—. ¡Por favor! —le solté a Thornton, que se había acercado. Pero éste se encogió de hombros y regresó al lado de Van de Veld. Susurré—: ¿Cree en los espíritus? ¿En algún tipo de dones de videncia?

Eché una ojeada a la víctima antes de contestar.

—¿Por qué diablos me habla de eso? ¿Cree que es el momento y el lugar adecuados?

—Una vieja negra, mi vecina, me hizo ciertas predicciones que me trajeron hasta aquí —expliqué bajando aún más el tono—. Habla de un ser demoníaco, un Hombre sin Rostro venido a la Tierra para propagar el Mal... Por lo general, no creo en esas sandeces, pero las circunstancias del descubrimiento de esta mujer me turban muchísimo. No es el azar lo que me ha conducido hasta aquí: Doudou Camelia me ayudó. —La mirada se me perdió en el blanco de sus ojos—. Si ha tenido razón respecto a los perros, quizá también la tenga en relación a mi mujer...

Sí, puede que mi mujer esté viva, me lo repite muy a menudo.

—¿Qué... qué quiere que le diga? —Reflexionó durante un momento—. Presénteme a esa mujer; le daré mi opinión, si eso le sirve de ayuda.

El forense estaba recogiendo con una pinza afilada astillas de madera, que luego guardaba en bolsitas de plástico preparadas.

—Nos vamos, doctor Van de Veld —me despedí—. Pasaré a verle más tarde hoy mismo al instituto. Dígame tan sólo si ha habido relaciones sexuales.

—Aparentemente no. —Sopló escupiendo semillas de sésamo negro—. La vagina está áspera como un saco de tela. Joder, tengo la sensación de estar trabajando con una momia que ha atravesado dos milenios.

Elisabeth y yo tomamos otro café en un área de servicio de la nacional 13. Mis ojeras denotaban el peso de la agitada noche y, sin embargo, no sentía la menor sensación de cansancio, como si la voluntad me animase a sacar provecho de cada minuto transcurrido. Fustigué mi rostro con el agua fría del lavabo y reemprendimos el camino en la media hora siguiente. Un bloque de cielo azul había echado a la niebla, pero la temperatura seguía siendo baja.

—¿Sabe? —me explicó Elisabeth—, el organismo posee su propio sistema de defensa contra el dolor, se adapta, y eso puede atenuarlo. En cambio, no existe barrera alguna para el sufrimiento moral. Me... me siento incapaz de imaginar lo que ha tenido que soportar esa chica. Va mucho más allá de cuanto conocemos en términos de psicología, análisis e introspección.

Adelanté a un tráiler y volví a meterme en mi carril a toda velocidad. Un coche que venía en sentido contrario pitó.

Delante se desplegaba todo París, la olla borboteante con su aire viciado, sus interminables serpentinas de goma y metal...

—Deme sus primeras impresiones sobre ese asesinato, en caliente —pedí.

—Tres parámetros importantes. Primero, el lugar. A los asesinos les gusta actuar en universos que conocen. Interrogue al personal que trabajaba cuando el matadero estaba en funcionamiento, a todos los que vivan cerca. Pregunte a los agentes de la comisaría local si han interpelado a visitantes no autorizados. También necesitaré una foto aérea del lugar.

La sorprendí agarrándose al tirador de la puerta cuando iniciaba un nuevo adelantamiento.

—Luego está la noción de duración. Generalmente, cuanto más se extiende en el tiempo el acto sádico (y creo que en nuestro caso nos acercamos a un récord), mayor seguridad tiene el asesino de que no lo cogerán. Se siente invulnerable y se esfuerza en pasar inadvertido, lo que le convierte en temible. Finalmente, hay que analizar todo lo que gira en torno al propio acto; ahí es donde estriba la mayor parte del trabajo. Mire, matar brutalmente no es algo fácil, pero matar con arte lo es aún menos. En este sentido, el asesino establece una relación peculiar con su víctima, lo que puede llevarle a dejar pistas de forma involuntaria. ¿Por qué cree usted que se ha tomado la molestia de lavarla o limpiarle las orejas?

—Era eso lo que usted observaba antes, sus orejas. Creo que limpiaba las deyecciones para así trabajar en un sitio limpio, que le resultara agradable. En cambio, lo de las orejas no lo entiendo.

—Quizás en el pasado se ocupara de un enfermo, de una persona, un familiar, que no estaba capacitado para cuidar de sí mismo. Tal vez, cuando era adolescente, tenía bajo su protección a un hermano más joven y desempeñaba el papel de una

madre ausente.

Aparté un momento los ojos de la carretera y me volví hacia ella.

—Es usted extremadamente creyente, ¿verdad?

—Rezo mucho por las víctimas, pero también por los asesinos. Pido al Señor que les perdone. Creo en las cosas bonitas de la vida, los bosques y los grandes lagos azules. Creo en la paz, el amor y la bondad. Si a eso lo llama usted ser creyente, entonces sí, lo soy.

—En ese caso, dígame, ¿qué ha ocurrido cuando ha entrado en la sala, antes? Una oleada de estupor le enrojeció las mejillas.

—¿Qué... qué quiere decir? —preguntó con voz turbada, temblorosa.

—La he visto. Algo pasó en el momento en que entró en la sala. Se hallaba usted en otra parte, a miles de kilómetros de nosotros. Sus ojos, su cabello... ¡Explíquemelo!

—Me... Va a pensar que estoy loca...

—Y yo qué, con mi historia de los perros, ¿qué piensa que parezco? La escucho.

—Es la primera vez que me ocurre —dijo, tras carraspear—, tras más de veinticinco años de carrera. Cuando llegué a la escena del crimen, me vi en una cima alta nevada, tan alta que me era imposible observar otra cosa que no fuese el azul del cielo. Estaba encaramada en la punta de esa cima, las nubes navegaban bajo mis pies, como copos ridículos. Y entonces fue como si mi espíritu se abriese. Sentí sobre el cuerpo de la chica una energía, una especie de vibración de átomos, cálida, fría, hirviente y luego glacial. Sentí a la vez la paz de la víctima y la rabia loca del asesino. Ondas positivas y negativas me transportaban, flujos de cargas me irritaron las mejillas y me agitaron el pelo. No tengo ni idea de lo que ocurrió pero estoy convencida de que existe una explicación científica para ello. Seguramente mi cerebro generó, al ver la escena, sustancias alucinógenas de defensa, un poco como los que viven las ECM, experiencias cercanas a la muerte...

Asentí en silencio. ¿Podía ocurrir lo mismo con el asesino? ¿Captaba las presencias, la energía vibrante de los cuerpos a su merced? ¿Actuaba en nombre de poderes oscuros que guiaban sus pasos y le acompañaban en sus lúgubres oficios? ¿Que traicionaban esa invisibilidad, esa fuerza sorprendente que había arrastrado mi cuerpo a la boca del túnel? ¿Por qué ningún ruido de pasos, ni siquiera el crujido de las suelas sobre los fragmentos de neones? ¿Quién diablos era? ¿Qué don poseía?

Al llegar a destino, aparqué en el sótano y subimos a pie, inmersos en el silencio de la reflexión.

—Dígame, comisario, parece que huele a...

—Bacalao, lo sé. El olor está impregnado hasta en la moqueta. Doudou Camelia es adicta a los akras. —Estiré los labios, como si fuesen a formar una sonrisa.

—¡Es raro ver su rostro iluminarse con una sonrisa! —exclamó ella.

—¡Es que la situación actual no se presta realmente al festejo! ¿Y cómo podría sonreír mientras no encuentre a mi mujer?

Los golpes en la puerta de entrada de mi vecina guayanesa no obtuvieron respuesta.

—Debe de haber ido a la pescadería —soltó Elisabeth con un deje de ironía.

—¡Chis! ¡Escuche!

Avancé con mucho sigilo hasta mi rellano. Un chirrido sonoro interrumpido por sollozos se filtraba a través de las paredes.

—¡Hay alguien en su casa! —murmuró la criminóloga apoyada en mi hombro.

No reconocía la voz, áspera, desgarrada sobre la partitura arrugada de la pena.

—No se acerque... —susurré.

Saqué mi Glock y examiné la cerradura: no la habían forzado. Ni el menor rastro de fractura, cuando estaba seguro de haber cerrado con llave. Un sobresalto de esperanza surgió de mi salón.

—¿Dadou? ¿Eres tú, Dadou? ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Estás vivo! ¡No tengas miedo! ¡Ven a ve'me!

Sin pensarlo más, metí la llave en la cerradura y empujé la puerta de madera con cuidado. Descubrí a la negra gorda acurrucada en el suelo, rodeando sus gruesas pantorrillas como sacos de boxeo con los brazos. Las lágrimas le habían abotargado y desorbitado los ojos. Le indiqué a Elisabeth que se acercase. Doudou Camelia hinchó las mejillas, como dos globos en miniatura.

—Fue a ve'le, ¿ve'dad, Dadou? El demonio, el Hombre sin Rostro, ¿fue a ve'le? ¡Cuéntame!

—Sí, Doudou, vino a verme esta noche.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

Elisabeth se volvió hacia la puerta y examinó la cerradura como acababa de hacerlo yo pocos segundos antes.

—¿Cómo has entrado, Doudou? ¡Había cerrado con llave! —Eso no impo'ta. Tienes que detene' a ese demonio. ¡Pa'alo, antes de que vuelva a empeza'!

—¡Dime cómo hacerlo! ¡Cuéntame qué sientes! ¿Ves a Suzanne ahora? ¿Dónde está? ¡Maldita sea, Doudou, dime dónde está mi mujer!

Me di cuenta de que estaba zarandeándola sin miramientos. Elisabeth me puso una mano sobre el hombro y me echó hacia atrás. Luego se acuclilló delante de la mujer mayor y dejó que ella le cogiese la mano.

—Tienes la piel de una flo', pe'o la sang'e fría de un caimán, señora. Conoces los g'andes miste'ios de la mue'te, el Seño' te ha dado un don, como a mí, pe'o aún no lo sabes. Utiliza la mente, te guía'á ahí donde tienes que ir. ¡Pe'o ten cuidado con el demonio! ¡Tened cuidado los dos! —Una inspiración que parecía dolorosa le dilató el pecho.

La ayudé a levantarse y el xilófono de sus viejos huesos tocó una melodía siniestra, un crujido de madera muerta.

—¿Qué has visto esta noche? —insistí—. ¿Tenía un rostro? ¡Dime a qué se parece!

—No, Dadou, ninguna ca'a. E'a un aliento maléfico, sin cue'po, sin ca'a. Está en todas pa'tes y ninguna a la vez. ¡Te vigila, Dadou! ¡Ten mucho cuidado! Po'que no te da'á una segunda opo'tunidad...

Sacudió los pliegues de su vestido damascado y, cabeceando, doblegada por sus kilos, se marchó sin mirar atrás.

Un silencio sepulcral se instaló entre Elisabeth y yo. Por una vez, la máscara impenetrable que llevaba había desaparecido, desvelando a una mujer distinta, profundamente conmovida por lo que acababa de oír.

—Esa señora emite ondas —me confió—. De calor, de pureza. Irradia bondad. ¡Sus palabras son tan conmovedoras, tan penetrantes! Pero ¿en qué debemos creer entonces?

—Ya no lo sé, Elisabeth, ya no lo sé. ¿Por qué no nos dice claramente de quién se trata? ¿Por qué siempre esas alusiones? Si Dios está tan presente, ¿por qué no detiene la masacre? ¿Por qué daría sólo pistas que, de todas maneras, llegan cuando ya es demasiado tarde? ¿Eh? ¿Dígame por qué?

Me estrechó las manos.

—Son los propios hombres quienes han creado este mundo decadente. Adán y

Eva desobedecieron a Dios y el hombre debe reparar él mismo el error que comete. Dios no tiene por qué intervenir.

—Sin embargo, debería.

Se colgó el bolso del hombro.

—Oiga, voy a marcharme. Tengo que buscar algunas cosas en la biblioteca. Esta noche incluiré los nuevos datos de la investigación en mi informe. No tardaremos mucho en volver a vernos, pero avíseme si descubren la identidad de la chica en las próximas horas...

En mi habitación, me enfrenté a la mirada suplicante de *Poupette* y acabé por ponerla en marcha. Estertores tímidos de vapor, un silbido y ya se movía, bien pimpante. El olor se alzó como una aurora de liberación y trajo su tren de pensamientos agradables, inesperados, como dos días antes. Me tumbé sobre la cama, las manos en la nuca, sumergido en imágenes bonitas de mi mujer... Sí, Thomas tenía razón. *Poupette* me arrancaba de las tinieblas, de la lúgubre negrura de este mundo para propulsarme hacia los horizontes claros del pasado. La duración de algunos recuerdos me devolvía a Suzanne.



## Capítulo 6

Timbre estridente, una espina en la bruma primaveral del sueño. Al otro lado de la línea, un bulldog enrabiado, una corneta de caza, un petardo de boda. El comisario de división me taladró a preguntas antes de ordenarme que me encontrase con él en la central para una recapitulación precisa sobre la investigación. Iba a tener que rendir cuentas.

Ahora, gracias al modem ADSL que me había hecho instalar Thomas, estaba conectado a internet noche y día, lo que permitía a los ingenieros del SEFTI desmenuzar los flujos binarios que circulaban entre mi PC y el resto del mundo. Una mirada rutinaria al contenido de mi buzón electrónico me reveló la presencia de un solo mensaje, enviado por Serpetti.

Hola, Franck:

La historia que me contaste sobre el tatuaje del cuerpo de la chica de Bretaña me ha dejado muy preocupado. Una parte de la sigla me sonaba vagamente de algo y, tras darle vueltas durante casi toda la noche, creo haber descubierto detalles que podrían interesarte. Aparentemente, el mundo en que parece moverse ese enfermo es un mundo de exaltados, de personas peligrosas sedientas de vicio y de lo peor que haya en este planeta. Prefiero hablar del tema cara a cara. Estoy en el hipódromo gran parte del día, y luego paso por el FFMF (mi club de modelismo) al final de la tarde. Puedes intentar llamarme si quieres, pero la mayoría de las veces apago el móvil cuando estoy en las tribunas del hipódromo. El ruido me obliga. Pásate por la granja a las siete de la tarde, te esperaré. Así, aprovecharemos para cenar juntos. Estoy solo, Yennia vuelve a estar en el París-Londres. Espero de todo corazón que podáis salvar a la pobre de las fotos. Me da la impresión de que tu asesino carece totalmente de humanidad.

P.D.: Tienes que acordarte de darme tu número de móvil. Es imposible localizarte...

Un abrazo,

THOMAS S.

Los enfados de Leclerc, memorables, nos recordaban, y mucho, que a las paredes de la Criminal les faltaba grosor. Cuando se salía de sus casillas, una onda de choque sacudía los pasillos. De profundo idiota pasé a ser irresponsable y los años fueron desfilando al mismo tiempo que las frases, y así de joven incompetente me convertí en viejo gilipollas. Pero Leclerc cambiaba como la marea; ya sin palabras, la garganta abrasada de tanto gritar, me reconoció que pensaba que había actuado de forma valiente y con cierta eficacia, y me entregó un informe de investigación redactado por el SRPJ de Nantes antes de desaparecer tras las espirales grisáceas de un cigarrillo aplastado entre los labios.

—¿Tienen nuevos datos sobre Gad? —le pregunté apartándome del halo de humo.

—No, aparte de la declaración de ese tipo, no tenemos ni la sombra de un pedo. No han autorizado la autopsia del cuerpo. De todas formas, después de más de dos meses... En definitiva, que no hay absolutamente nada que nos permita



refutar la tesis del accidente. Esa chica no era una santa, como verás en el informe, pero la ley no prohíbe las tendencias perversas y las chucherías con sabor a cuero. Mantenía su vida privada tan en secreto que nos es difícil obtener la menor pista. Facturas de teléfono, nada de nada. Vecindario, nada de nada. Amigos y familia, nada de nada. Ningún hotel reservado a su nombre en París, y los gastos de su tarjeta de crédito no han revelado nada especial, salvo que retiró importantes sumas en el cajero automático de la estación de Montparnasse. Los asiduos del tren fueron interrogados; algunos sólo recuerdan su rostro, sin más. Gad era una sombra en la niebla. Cuento contigo para esclarecer este desorden, y lo más rápido posible.

—Haré cuanto pueda. Dígame, ¿Thornton va a permanecer pegado a nuestros talones mucho tiempo?

—Está aquí como observador. Evalúa el trabajo de Williams. Es una de las primeras veces en que la policía trabaja con un *profiler*, así que, como podrás suponer, el juez Kelly es escéptico.

—Pero ¿usted cree que Thornton es capaz de evaluar otra cosa que no sea su culo?

El teléfono de Leclerc sonó y yo salí, con el delgado informe bajo el brazo.

Me encerré en mi despacho, desplazé una pila de hojas al extremo de la mesa y, con la cabeza entre las manos, recorrí las páginas del informe. La declaración del ingeniero de la cantera era, con gran diferencia, el pasaje más concreto.

[...] Rosance Gad me intrigaba y fascinaba. Era bastante reservada, discreta, y no recuerdo haber oído a menudo el sonido de su voz en el trabajo. Podría haber pasado por una niña modélica, meticulosa, muy aplicada en sus tareas cotidianas. Pero los Doctor Jekyll y Mister Hyde existen. Y cuando uno se topa con uno de ellos, ya no puede deshacerse del otro.

Subrayé «Doctor Jeckyll y Mister Hyde», pensando entonces en el Hombre sin Rostro, el demonio de Doudou Camelia: «Está en todas partes y ninguna, te vigila...», y seguí leyendo.

Quiero recordar que nunca mantuve el menor intercambio sexual con esa chica. La primera vez que pasamos la noche juntos, todo fue bastante *soft*. Me esposó, jugó con mi pene, me infligió pequeños latigazos sobre el torso y las nalgas. Por supuesto, cuando digo *soft*, lo digo respecto a lo que vino después. Me tendió una trampa. Me enganché, me volví majareta con sus juegos extraños. Cuanto más violentas eran nuestras relaciones, menos podía prescindir de ella. No sé, parecía que era capaz de controlar mis sensaciones, mis percepciones, hasta el punto de transformarme en un esclavo. Un esclavo del dolor. Nos veíamos dos veces por semana, al principio de la noche, y eso duró más de un mes. A mi mujer le ponía el pretexto de reuniones o de cenas de negocios con clientes importantes de la región.

Van a tomarme por loco, por un enfermo sexual, pero no soy así. Amo a mi mujer más que nada en este mundo; creo que Gad no era más que la reencarnación de un ardor sexual que se alimentaba del sufrimiento que provocaba.

Me obligan a enumerar los actos que practicaba. Aquí los tienen. De las esposas, pasó a la atadura. No sé dónde aprendía todo eso. De todas formas, me mantenía amordazado durante todo el acto, y confieso que nunca pensé en hacerle la menor pregunta. Era incapaz. Torturas con pinzas de ropa y pinzas cocodrilo. Quemaduras con cera sobre el torso. Presiones más o menos fuertes al nivel de la carótida. A veces me desvanecía y recuperado, medio consciente, volvía con una sensación de beatitud extrema. *Pissing*, es decir, que orinaba encima de mí. Sin duda alguna el acto que más odiaba.

Hacia el final, me propuso filmar nuestra relación. Quería ponerme un pasamontañas y grabar con una cámara los actos sadomaso. Me decía que podía ganar mucho dinero y que, de todas formas, nunca se vería mi rostro. Me negué, eso la enfureció y esa noche me hizo daño de verdad. Murió al cabo de dos días...

Dejé el informe abierto delante de mí y me recosté contra el respaldo de la silla, con la cabeza hacia atrás. El ángel que disimula el demonio en Gad, el hombre que oculta la bestia feroz en el asesino, todo eso sobre un manto de crueldad y vicio. Una relación estrecha se tejía entre esos dos seres; sus destinos se habían cruzado, enmarañados, retorcidos y, de esa alquimia hirviente, había surgido la muerte. El hilo estaba roto; una de las extremidades se pudría bajo tierra y la otra se paseaba con entera libertad, a merced de un viento de terror. Marqué el número interno de Sibersky y le pedí que se reuniese conmigo en el despacho. Un minuto después se presentó.

—Comisario, le pido disculpas por mi comportamiento en el matadero; perdí el control. Me... me puse a pensar en mi mujer, y en ese momento...

Le indiqué que se sentase.

—No tienes que avergonzarte de nada. ¿Te han dado información en la comisaría de Vernon sobre HLS y el FLA?

—Sobre todo referente al Frente de Liberación de los Animales. El FLA se organiza gracias a internet y mediante el intercambio de informaciones en servidores protegidos con contraseñas. Los nuevos miembros, los novatos, aumentan sin cesar los efectivos, pero solamente los veteranos tienen acceso a la información confidencial, los lugares de las citas, los próximos objetivos, los planes de acción...

—¿Qué entiendes por veteranos?

—Miembros antiguos que han dado prueba de sus aptitudes en acciones antivivisección o en intervenciones a favor de los animales. Del tipo liberar las cigüeñas de los zoológicos. Fanáticos pacifistas, dedicados a una causa noble.

—¿Es fácil convertirse en novato, adherirse al movimiento?

—No mucho. La inscripción de alguien nuevo depende de un padrino, ya miembro del FLA, y cada padrino es responsable de su ahijado. Los topes que intentan introducirse en el movimiento se detectan bastante rápido. La red es muy móvil. Los sitios cambian a menudo de servidor. En el seno de esa organización, se mezclan expertos en sistemas de información, en seguridad y en técnicas de pirateo. Lo que equivale a decir que son imposibles de atrapar...

—¿Nuestros colegas han echado el guante a alguno de esos miembros?

—Sospechosos. Sólo sospechosos. ¿Conoce a Paulo Bloumette?

—¿El apneísta plusmarquista de Francia?

—Sí. También conocido por sus puñetazos mediatizados. Reconoce casi abiertamente que forma parte del FLA. Pero, por supuesto, no hay ninguna prueba de ello.

Cerré el informe redactado por el SRPJ de Nantes.

—Si el asesino no forma parte del FLA, ¿cómo estaba al corriente de su acción?

—No tengo ni idea. Creo que el asesino es adicto a internet.

—¿Por qué?

—Quizás ha conseguido recuperar informaciones del FLA en la red. Además, los contenidos de los ordenadores de Martine Prieur y Rosance Gad fueron borrados; en mi opinión, contenían datos importantes que podían darnos pistas sobre él. Quizá correos electrónicos o sitios de internet que acostumbraban visitar, y en los que podrían haberle conocido. Prieur tenía una línea ADSL de alta velocidad,

así que seguramente navegaba varias horas al día.

—Por cierto, ¿han podido recuperar las direcciones de las páginas que nuestras víctimas visitaban?

—Me he informado en el SEFTI. El volumen de informaciones manejado es enorme y los suministradores de acceso sólo conservan los rastros de conexiones algunos días. Los datos ya no estaban disponibles.

Una vez más, el asesino llevaba la delantera por un suspiro, con todo su dominio, su conocimiento.

—Sigue centrado en internet. Pídele al SEFTI que eche un vistazo a las páginas web francesas para conocer gente, para ver si Prieur e incluso Gad estaban dadas de alta. Diles que hurguen en los sitios sadomasoquistas, nunca se sabe, y mira si algunos proponen la venta de cintas amateur de actos de tortura. Ubicados en París, a ser posible. Tengo la sombría certidumbre de que todo gira en torno a internet.

—Es un medio tan sencillo de mantener el crimen en el anonimato... Mire, comisario, la policía se halla en la era glaciario respecto al cibercrimen.

En cierto sentido, me sentía tranquilo. Lo concreto de la tecnología volvía a traer al asesino al rango de los humanos, falibles, de carne y sangre. Pero el Hombre sin Rostro me vigilaba, encaramado a la bóveda de mi alma. Aún podía ver el cabello de Elisabeth Williams electrizarse al entrar en contacto con el horror. Pensaba en los aullidos de los perros, esas visiones de Doudou Camelia referentes a Suzanne. Lo irracional a la conquista de lo racional.

Mientras descolgaba el teléfono para hablar con el forense, le pregunté a Sibersky:

—¿Hay alguna novedad sobre la identidad de la segunda víctima?

—Estamos investigando en los pueblos de los alrededores. Ninguna pista por ahora.

—¿Te quedas? Voy a llamar a Dead Alive.

—De acuerdo; no creo que sienta náuseas esta vez. Ah, y tenía razón...

—¿A propósito de qué?

—De mi primera autopsia. No pasa una sola noche sin que me asalten las pesadillas.

—Sharko al habla. ¿Podemos hacer un resumen sobre la víctima del matadero?

—¡Vamos allá! —contestó Van de Veld con su acostumbrado ánimo—. Los exámenes toxicológicos de la víctima han revelado la presencia de peróxido de hidrógeno en las heridas. Un antiséptico de baja concentración, para curar heridas gangrenadas o necrosis de tejidos. Se puede comprar en cualquier farmacia. La víctima padecía una desnutrición irreversible. Ya no podía hacerse el metabolismo de los aminoácidos; el cuerpo se autoconsumía, alimentándose de sus propios recursos para sobrevivir. Sin embargo, el verdugo prolongó el martirio al máximo. Le inyectaba una solución de glucosa al diez por ciento, en perfusión lenta; las muñecas y antebrazos estaban magullados por pinchazos de agujas. La glucosa es uno de los elementos esenciales para la supervivencia, pero está claro que no puede compensar las pérdidas de lípidos y proteínas, ni sustituir al aporte vitamínico esencial para el metabolismo. Podemos decir que el cuerpo era un vehículo que intentaba circular sobre dos ruedas.

—Pero no había ningún rastro de material de perfusión cuando la descubrí. ¿Cómo lo explica?

—Quizás había decidido terminar. Seguramente había vuelto para ejecutarla esa noche. Sin perfusión, en el estado en que se encontraba, no habría podido

aguantar diez horas más.

—¿Cómo se consiguen ese tipo de medicamentos?

—Se venden por ampollas en la farmacia, con receta médica. La glucosa se suministra a personas que padecen desnutrición, a anoréxicos o a ancianos. Es muy fácil conseguirla falsificando una receta, porque no es un medicamento de los llamados delicados.

—¿Eso es todo?

—No. La pared estomacal estaba distendida y ulcerada. Como había observado en la escena del crimen, las numerosas estrías aún rosáceas en la piel de nalgas, caderas y barriga hacen suponer que ganó peso muy deprisa.

—¿Un aumento de peso debido a una enfermedad?

—No. A una sobrealimentación repentina. Tal vez esa chica fuese bulímica.

—Sorprendente. Buen trabajo, doctor.

—Tan sólo es cuestión de fijarse. Por cierto, como pasé por el laboratorio, aproveché para recuperar sus análisis toxicológicos.

Mantén un suspense insano que me apresuré a cortar.

—¿Y?

—Se ha detectado presencia de quetamina en la sangre. Es un anestésico de tipo disociativo, lo que significa, y debe de haberlo sentido así, que separa la mente del cuerpo. Uno queda consciente con alucinaciones temporales, pero el cuerpo ya no le pertenece. Por inyección, el efecto es casi inmediato. Puede ocurrir que la mente se desconecte si la dosis es demasiado alta; por eso se desmayó al final.

—Gracias, doctor. Póngase en contacto conmigo si tiene novedades.

—¿No me pregunta cómo ha podido conseguir la quetamina?

—Ya lo sé. La robó en el laboratorio de vivisección de HLS. Hasta pronto, doctor.

Sibersky se apoyó con todo el peso de la inquietud sobre la mesa.

—Ese desgraciado se permite jugar a aprendiz de enfermero —dijo en tono incisivo—. ¡La mantuvo viva cincuenta días! ¿Se da cuenta de la voluntad que tiene? ¡Combatir a la vez la desnutrición y las ganas de morir de la chica!

—Uno lo consigue todo con la voluntad. Lo bueno y lo malo.

Golpeó con los nudillos el respaldo de su silla.

—¡Cálmate! —le ordené—. Investiga en policlínicas, hospitales o centros especializados para bulímicos. Envíales por fax fotos de la víctima. También habría que interrogar a los farmacéuticos próximos a Vernon, obtener información respecto a las compras de solución de glucosa.

—¿No podemos emitir un aviso de búsqueda de testigos por la tele?

Lancé con violencia una foto de la víctima sobre la mesa.

—¿Para enseñarles este horror?

Se encogió de hombros.

—Dígame, comisario, ¿no cree que, a veces, somos trabajadores de la muerte?

—¡Explícate!

—¿Conoce a esos escuadrones de la muerte, esos insectos necrófagos que llegan por salvadas sucesivas sobre los cadáveres para alimentarse y que, llegado el momento, ceden su sitio a los escuadrones siguientes? Somos un poco como ellos. Trabajamos en la estela de la muerte. Nos abalanzamos sobre el cadáver cuando ya es tarde, demasiado tarde, y nos alimentamos con los restos que el asesino se digna dejarnos.

—Nuestro trabajo consiste justamente en impedir la llegada del siguiente escuadrón...

Me centré en el «Doctor Jekyll y Mister Hyde» subrayado en el informe.

—Hay que perseverar en las investigaciones sobre Martine Prieur. ¿Era esa chica realmente una santa, como pensamos todos? Vuelve a hablar con el comisario Bavière. Pídele que analice su pasado, que se remonte hasta la época escolar. Debemos hurgar más allá de las apariencias. En cuanto a mí, me marchó a Nanterre.

—¿Para ver si hay novedades sobre su mujer?

—Lo has adivinado.

Ni un mugido, ni un gruñido, ningún piar o turbulencia de corral en la inmensidad parda de los campos. En la U central, un tejado de establo agujereado, una cuba descalzada, caído contra un hangar moteado de hongos y musgos verdes. Al fondo, una torre del agua bamboleante. De la granja de Thomas Serpetti, con aires de koljoz, de campo usado, emanaba abandono, trabajo inacabado, descuido del hombre de ciudad. Pero tras los boxes de polvo, los bebedores anegados de aguas estancadas o los comederos agujereados, despuntaba una aurora límpida, la de la libertad, la ausencia de preocupaciones, lejos del ruido metálico y de las torres de hormigón del Gran Pulpo.

Thomas me dio la bienvenida en la escalinata, vestido con unos tejanos de corte ancho y una camisa a cuadros, como las de Charles Ingalls en *La casa de la pradera*.

—¡Hola, Franck! No te fijes en el desorden del patio. Aún no he tenido ánimos de encargarme del exterior, pero lo haré. Entra, por favor. Dime, ¿estás obligado a vestir traje, incluso para ir a casa de tus amigos?

—Es la costumbre. Si me quitas el traje, es como si le quitases la nariz roja a un payaso.

Las grandes líneas paralelas de las habitaciones daban una impresión de frialdad intensa. La labor, la dura existencia de las gentes que habían vivido aquí, continuaba impregnando la atmósfera con su olor de tierra húmeda, de heno cortado. La disposición de las butacas orejeras, las rinconeras patinadas o la chimenea del salón sólo calentaban de forma ilusoria un ambiente del grosor de la piedra.

Al fondo, en una sala anexa, bajo luces azuladas, se desplegaba todo un alarde de tecnología, una obra increíble de precisión, una mezcla de alma infantil y de paciencia meditada.

Docenas de locomotoras de las marcas Hornby, Jouef y Flechmann bailaban un ballet eléctrico, se aferraban al raíl, propulsaban mercaderías bajo la mirada tímida de jefes de estación de escayola. Y, además de las estaciones, se desplegaban fábricas, árboles, hierba y cepas de líquen, agua que bajaba por las montañas... Una red magnífica, un logro perfecto, de ensueño.

—Parece magia, ¿verdad? Todo está controlado por un ordenador que dirige los sistemas de cambio de agujas, los desenganches, los almacenes de carga, las plataformas giratorias... ¡y me dejó cosas! Me gustaría que lo sintieras como yo, Franck. Esta copia en miniatura de vida es tan... ¡apasionante! Planificar todos los trayectos, orquestar los cruces, dominar los embrollos de metal en un ballet grandioso. ¡Qué alegría! Por cierto, ¿has logrado hacer funcionar a *Poupetté*?

—Sí, muchas gracias por el regalo. Es verdad que esa pequeña locomotora de vapor es muy bonita. Oye, ¿les pones nombre a todos tus trenes?

—¡Por supuesto! Cada uno posee un carácter, un destino, al igual que

nosotros. ¿Ves ese negro grande que adelanta a todos los demás? Se llama *Thunder*. La locomotora comodona y blanca es *Vermeille*. Ese otro de ahí, que tira de unos diez vagones, se llama *Hércules*. Soy de algún modo el padre de todos.

De vuelta al comedor, señalé unas medias colgadas en el respaldo de una silla.

—¡Se nota que hay una presencia femenina aquí!

—¡Vaya, perdóname! —Cogió las medias y se las metió rápidamente en el bolsillo—. Yennia siempre tiene la cabeza en las nubes.

—¿Así que esta noche no tendré la suerte de conocerla?

—No, lo siento. Como te he dicho por teléfono, a esta hora debe de estar en el país del rosbif.

Me tendió un vaso de ginebra de Houle, mi preferida.

—Buena botella —repliqué con mirada de experto—. ¿Sabes que eres muy amable conmigo?

—Conozco tus orígenes norteños, eso es todo. ¿Hay novedades sobre la persona de la fotografía? ¿Tenéis esperanza de encontrarla?

—Está muerta. La descubrí durante la noche, en el vientre podrido de un matadero abandonado.

—¡Dios santo! —Se mordió los dedos—. ¿Cómo has conseguido encontrar a esa chica? Es increíble que a partir de una foto...

—Prefiero no contarte nada más. Ya no quiero implicarte en el caso.

—¡No puedo abandonaros! Ni a ti ni a Suzanne. Nunca pensé que te ayudaría en un caso criminal, y ahora tengo la ocasión de hacerlo. No me prives de ello, Franck. Yo también apreciaba mucho a Suzanne, lo sabes. Déjame hacerlo por ella.

—No olvides que ya no estás solo. Tienes a Yennia y debes velar por tu mujer. La amenaza es muy real, Thomas.

—Si corremos algún riesgo, podrás ordenar que vigilen la granja, ¿no? Normalmente hacéis eso en las películas. Venga, sígueme, tengo que enseñarte algo.

Me condujo a un despacho en el piso de arriba. Un antro de tecnología, aquí también, una cueva de tratamiento de la información. Un PC y dos servidores LINUX estaban encendidos de forma permanente; en uno de ellos desfilaban a ritmo enloquecido combinaciones de cifras y letras. Escáneres, impresoras, grabadoras y lectores de DVD se apilaban en una torre donde centelleaban diodos verdes y rojos. En la habitación, la temperatura era por lo menos tres grados más alta. Un poster magnífico, una especie de tapicería reluciente, cubría la pared trasera del despacho; y centré mi atención en él un buen rato, como absorbido por la belleza hipnótica del paisaje.

—Precioso, ¿verdad? Son las marismas del Tertre Blanc, un poblacho que descubrí por casualidad en una caminata al oeste de Melun. Yo mismo hice la foto. Un paisaje magnífico. Me gusta pensar en sitios así cuando trabajo. Me... ¿cómo lo diría?, me inspira. ¿Ves esa cabaña, en segundo plano? Un día me la compraré.

—Pero si ya podrías comprarla...

—Hay que prolongar el placer, sino ¿qué será de los sueños si uno obtiene cuanto desea? Bueno —hizo un gesto teatral—, éste es mi jardín secreto. Desde aquí viajo por el mundo.

Los ventiladores de los procesadores giraban a plena potencia en un ronroneo soporífero.

—Háblame del tatuaje —le pedí.

—De acuerdo. Las siglas BDSM son lo que me ha indicado el camino a seguir, pues aparecen en buena parte de los sitios sado. BDSM4Y es una extensión que significa «Bondage Discipline and Sado Masochisme For You», y que designa a un

grupo de sado francés que se mueve en la sombra de internet.

—¿La sombra de internet? ¿Qué quieres decir?

—Los sitios porno y sado proliferan en la red. Hay para todos los gustos. Fetichistas de los pies, las uñas, dominantes y dominados, *bondage*, fans del látex, del *pissing*, de la zoofilia, de lo que quieras. En las estelas pringosas de esos escaparates se disimulan cosas mucho más innobles, un mundo oculto donde se propagan el vicio pútrido, lo extremo, lo insoportable...

Desenrolló una lista de direcciones de páginas web escupida por una impresora láser. Constelaciones de líneas en el cielo blanco del papel.

—Mira. Infinitas direcciones de sitios pedófilos. Odas a Hitler, al nazismo, llamadas para el regreso de la raza superior. Y éstos, dedicados a Bin Laden y la red de Al-Qaeda. Invitaciones a la guerra, a la decadencia. Incluso encuentras cómo fabricar bombas o cómo convertirte en un buen kamikaze sobre un fondo del Corán. He grabado montones de CD y sin embargo, el común de los mortales no se da cuenta de nada al navegar. ¿Ves ese ordenador que hay en el rincón?

Asentí. La lista que desplegaba desvelaba direcciones web sin fin.

—Este servidor LINUX siempre está en contacto directo con el SEFTI —prosiguió Thomas—. Le transmite en tiempo real las informaciones de los sitios sospechosos. Pero avanzamos en un terreno movedizo. Esos terroristas, esos sádicos de la era moderna son prudentes y están formados, más que cualquiera. Saben borrar su rastro, de modo que es casi imposible atraparlos. De todas estas direcciones, estoy seguro de que mañana no habrá ni una válida.

Sus dedos se lanzaron sobre el teclado de un ordenador, cabalgaron las teclas. Tecleó una dirección compleja, imposible de retener o encontrar a capricho de la navegación por la red.

—Esto es lo que nos interesa.

Apareció una pantalla de identificación, Thomas escribió un nombre de usuario y una contraseña, y la combinación correcta abrió las puertas de lo desconocido.

—¡Hostia! ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí?

—¡Ceros y unos, Franck, ceros y unos!

—¡Explícamelo!

—He currado, currado y currado. He recorrido, y créeme, con asco, los sitios sadomaso. De liana en liana, de indicio en indicio, como haces tú en una investigación. Me he inmiscuido en las conversaciones en línea, hasta encontrar a algunos que guardaban secretos que me han permitido remontarme hasta los orígenes de BDSM4Y. Y me topé con este sitio...

—Pero respecto al usuario y la contraseña, ¿cómo has conseguido eludir el sistema de seguridad?

Señaló una segunda máquina, en la que desfilaban sin pausa las sopas de cifras, las nubes de letras.

—¡Está chupado! Utilizo un robot, un programa inteligente que prueba noche y día combinaciones posibles de usuarios y contraseñas. En condiciones normales, aunque el ordenador comprueba varios centenares de parejas por minuto, se necesitarían meses. Sin embargo, los internautas, tanto tú como yo, utilizan contraseñas fáciles de recordar. Fechas de nacimiento, apellidos propios, nombres, combinaciones de menos de seis letras o expresiones triviales del tipo «tototo» o «tititi»... Mi robot trabaja a partir de ficheros preestablecidos de palabras. Se eliminan las combinaciones poco probables, así que reducimos varios meses a un día o dos de búsquedas. Por ejemplo, en este caso, el software ha escogido David/101265. El nombre y la fecha de nacimiento del tío, sin duda. ¿Mola, a que sí?

El sitio tenía mala pinta. Pobres páginas sin vida, sin colores, mal organizadas.

Otra ventana se abrió cuando Serpetti clicó sobre uno de los pocos enlaces. Aparecieron nombres, frases, diálogos en ventanas intermedias. El chat vibraba de animación.

—Ahí está su área de acción —comentó Thomas—. Discuten en directo a lo largo del día. Algunos se marchan, otros llegan y hay un movimiento continuo. Mira. Ahora mismo hay cinco personas diferentes, cinco seudónimos. Cinco viciosos.

—Conozco este tipo de reuniones. Deberían detectar tu presencia, ¿no? Porque normalmente, cuando uno se conecta, su seudónimo aparece de forma automática.

Sus ojos brillaron con la astucia de un zorro.

—Sí. Pero he manipulado el software. Puedo observar sin que me vean.

—¿De qué están hablando?

—De técnicas de atadura. De cómo hacen gozar a sus parejas atándolas, cortándoles la circulación sanguínea o apretando sus gargantas hasta casi ahogarlas. Se consideran maestros absolutos del dolor mezclado con el placer. Cuando digo «ellos» generalizo, porque determinados seudónimos, ciertas maneras de hablar, indican que hay mujeres en el grupo.

«Mujeres. Otras Rosance Gad.»

—Hablas de la faz oculta, negra, de internet. Se trata de sadomasoquismo de dominante perversa, estoy de acuerdo contigo. Pero eso es algo bastante común en ese entorno, ¿no?

—¿Conoces las sociedades secretas?

—Sí, como cualquiera. Los francmasones, la orden de los templarios, los cataros...

—Las sociedades que mencionas son sociedades iniciáticas, compuestas por personas de la alta burguesía, caballeros, capellanes, sargentos movidos por causas nobles, aunque páginas sombrías de la historia pautan su desarrollo. También han existido otras sociedades de subversión, dedicadas al culto del satanismo, la magia negra o la brujería, especialmente en torno al siglo diecisiete, pero, porque asustan, se prefiere pasarlas por alto en vez de hablar de ellas. Por ejemplo, la Santa Vehme, ¿te suena de algo?

—¿Se trataba tal vez de una cofradía que servía para mantener la paz y castigar el crimen?

—En el seno de esa sociedad, un grupúsculo de iniciados, de grandes maestros, actuaba en el más absoluto secreto, protegido por la cúpula de la cofradía. Una especie de sociedad dentro de la sociedad. Esos francjueces profesaban una pasión exacerbada por el dolor que infligían. Su imaginación se desbordaba a la hora de torturar a los acusados que les «confiaban». Estoy pensando especialmente en la Virgen de Nuremberg, una estatua de bronce, hueca, una especie de sarcófago en el que el supliciado tenía que entrar. La Virgen se cerraba y la víctima acababa empalada sobre estacas cortantes soldadas a las puertas, de las que dos quedaban a la altura de los ojos. Y el castigo no acababa ahí. Se abría la peana y el condenado caía entre unos cilindros armados de cuchillos que lo despedazaban antes de que carne y huesos fuesen transportados por un río subterráneo.

—¿Quieres decir que BDSM4Y sería una sociedad secreta de carácter perverso, dedicada al mal, al culto al dolor, mucho más allá de lo que puede leerse en ese chat?

—Sí, eso creo. La noción de orden, de jerarquía, de reglas y secretos está muy presente en sus conversaciones, lo que hace pensar en una organización de tipo cofradía. Todo parece reposar sobre sólidas bases de organización, como en una



empresa. En cuanto a sus acciones, por lo que he podido leer, exploran el sufrimiento hasta en sus últimos reductos, hasta el límite último de la muerte. El dolor se convierte en una fuente de inspiración, un objeto divino que quieren dominar de manera absoluta —calló un momento y luego gruñó—: ¡Joder, Franck, esos tíos están chalados!

Me incliné hacia la pantalla y las palabras inscritas me penetraron en la carne como la punta de un látigo. Las declaraciones eran tan directas, tan cínicas, tan bestiales que me costó creer que se trataba de seres humanos. El asesino seguramente se escondía entre esa jauría, al acecho, preparado para enrojecerse las retinas con sangre.

—¿Cómo se puede ingresar en la sociedad? —pregunté.

—¿Estás loco? ¡Nunca podrás entrar! Esos tipos son muy esquivos, extremadamente peligrosos y, créeme, ¡están dispuestos a cualquier cosa!

—¡Dime cómo puedo penetrar en el caparazón!

—Habría que recorrer los ambientes sadomasoquistas. Los actos que describen son típicos de crueldad sadomasoquista llevada al extremo. Creo que los miembros de la sociedad son reclutados en función de su asiduidad en estos ambientes, sus inclinaciones por lo raro, así como por su sentido del secreto y la discreción. Algunos quizá sean gente influyente. La prudencia es su mejor arma, así que, en mi opinión, más vale no jugar a la intrusión. En un visto y no visto te caerían encima. ¡Imagina el destino que esos tarados del dolor podrían reservarte!

Me llevé las manos a la cabeza.

—¡Vaya panda de exaltados, por el amor de Dios!

Las frases continuaron desfilando delante de mí en la pantalla en color. Alusiones al dolor extremo, al placer de la carne, a la voluntad de difundir el vicio. Debíamos ir más lejos, era necesario. Era evidente que el asesino maniobraba en ese laberinto de seudónimos, bien protegido en el anonimato propiciado por internet.

Una chispa, dos sílex que se frotan, destelló en mis pensamientos.

—¡Podemos echar el guante al responsable de la página!

El rostro de Serpetti no se iluminó: al parecer no era una idea tan genial.

—Es poco probable. El sitio se hospeda en Wirenet, un proveedor de acceso gratuito. Cualquiera puede diseñar una página ahí y mantener un total anonimato. Basta con crear una cuenta, y no hay nada más sencillo. Por supuesto, exigen que introduzcas tu apellido, nombre o dirección, pero nada te impide dar datos falsos.

—Envía la información al SEFTI, diles que lo comprueben de todas formas.

—Ya lo he hecho. Incluso he transferido ficheros en formato texto que contienen todas las conversaciones que han mantenido desde hace dos días. Si hurgan, quizás encuentren pistas. Mira, no tengo el olfato de un policía.

—No, tienes el de un sabueso. Me has hecho dar un gran salto adelante.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Intentar encontrar a esos fanáticos. El asesino debe formar parte de ellos. ¿Conoces sitios sadomaso que podrían visitar?

—Sí. He buscado bastante. Está el Black-Dungeon, el Bar-Bar y el Pleasure & Pain, seguramente el más *hard* de todos. No pensarás meter los pies ahí dentro, ¿no?

—No me queda más remedio. No debemos perderle el rastro. Todo indica que el asesino podría volver a empezar, muy pronto. —Me levanté y le seguí por la escalera—. ¿Qué tal está tu hermano, Thomas?

Me contestó sin volverse, agachado bajo los armazones de tablas inclinados del hueco de la escalera.

—Mal. No ha soportado la llegada de Yennia a su mundo. La toma por una conspiradora de los rusos, que quieren robarle sus fórmulas secretas. El hecho de que sea de origen eslavo no mejora la situación. Mi tía ha tenido que coger el relevo y ocuparse de él, pero ya no lo soporta y ha sido necesario firmar unos formularios para solicitar su internamiento. ¿Por qué existe tal injusticia, Franck? ¿En qué criterios se basa Dios para infligir sufrimiento a tal o tal ser hasta el fin de su existencia, eh, dime?

—No tengo ni idea, Thomas, no tengo ni puta idea...

Estábamos hablando sobre la esquizofrenia, dispuestos a atacar las pizzas, cuando mi móvil nos interrumpió.

—Hola, amigo mío. Espero no molestarte.

Eco de virutas de acero, ahogos de aserrín de madera. Tonalidades metálicas, desconchadas, distorsionadas por la electrónica. ¡El asesino me llamaba! Me levanté de un salto de la butaca y, a través del caos gestual que hice, Serpetti entendió y me acercó una hoja de papel y un boli. Vi el espolón del terror en su mirada.

—Vas a escucharme con mucha calma, hijo de puta, porque no voy a repetirlo.

—¿Qué...?

—¿Sabes que has echado a perder más de un mes de trabajo? Te esperaba en el matadero, pero no tan pronto. He llegado lejos con la chica, muy lejos. La exploración se reveló larga y fastidiosa, pero muy enriquecedora. ¿Quieres que te cuente los detalles?

—¿Por qué lo hace?

—Que sepas que mi boca se mezclaba con la suya —dijo, de repente con voz de niña pequeña—. Sus labios se deshacían como cerezas demasiado maduras, al contrario que sus pechos, que se hinchaban por la infección, tiernos, carnosos de feminidad. Me confesó que me amaba, ¿te das cuenta? Me ofreció a ella como ella se ofreció a mí. Nuestras almas comulgaron a través de la estela de su dolor. ¡Oh! La amo, la amo, la amo...

Anotaba cuanto podía en los momentos de silencio, ideas desordenadas. Las ganas de gritar me abrasaban la lengua.

—Créeme, la niña no nacerá, porque la he encontrado. La chispa no saltará y nos salvaré, a todos. Corregiré sus faltas... —Un clic, al otro lado de la línea. La voz cambió, otra vez y otra—. No me gustó mucho tu intrusión sin invitación. Me mostré educado contigo y pensaba que actuarías igual. ¡No olvides, no olvides nunca que soy quien te ha perdonado la vida! Me debes mucho ahora... —Voz de señora mayor—. Acepto tu desafío. Quieres jugar, pues juguemos. Estate preparado para lo peor.

—¿Adónde quiere llegar? —Sonidos cavernosos, cinta que desfila al ralentí—. Implicas a gente en nuestra relación, gente inocente a la que pones en peligro casi se diría que de forma intencionada. Lo adivino todo, lo veo todo, soy tu sombra. ¡Alguien lo pagará, tu mejor aliado, ahora!

—¡Basta! ¡No!

Un clic seco. Pánico total. Un magma debajo de la piel.

—¡Mierda, ha colgado! —Soltaba el teléfono, lo apretaba, lo soltaba, como si tuviese brasas en la mano. Pulgar hundido en la tecla de llamada automática. Número oculto. Llamada imposible, no memorizada. Grité—: ¡Ese desgraciado quizá vaya a cargarse a alguien! ¡Tengo que llamar! ¡Si por lo menos mi vecina tuviese teléfono, maldita sea!

Reconocí la voz del teniente Crombez, de guardia en la brigada criminal.

—¿Comisario Sharko?

—¡Envía un equipo de inmediato a casa de mi vecina, a casa de Elisabeth

Williams y aquí, a casa de Thomas Serpetti! ¡Que llamen a Williams! ¡Comprabad que todo va bien! ¡El asesino ronda por los alrededores! ¿Dónde está Sibersky?

—¡Se marchó hace media hora!

—¡Llámallo al móvil y dile que se reúna conmigo en mi casa lo antes posible!

Thomas me puso una mano en el hombro.

—Pero ¿qué es lo que ocurre?

—¡Lo siento, Thomas! ¡Tengo que marcharme! ¡Enciértrate! Va a llegar un coche de vigilancia. Tendrás que abandonar el caso; se está volviendo demasiado peligroso.

—¡Pero explícamelo, Franck! No...

Aún no había acabado la frase cuando la puerta de entrada ya se cerraba de un golpe. Los trazados funestos de la muerte se abrían ante mí, ahí, como dos hileras de antorchas en la marmita anaranjada de la capital.

Mi coche levantaba el asfalto, devoraba las líneas de señalización.

Encajé el móvil en su soporte y marqué a toda prisa el número de Rémi Foulon, el jefe de la Oficina Central para la Desaparición Inquietante de Personas.

—Rémi, ¡Sharko al habla! ¡Necesito que me hagas un favor!

La OCDIP tenía acceso a todos los ficheros privados, especialmente a los encargados de grabar las llamadas entrantes y salientes de un teléfono móvil, fuese cual fuese. Rémi Foulon me soltó, en un tono duro como el diamante:

—Es tarde, Shark; iba a marcharme. ¡Suéltalo deprisa, por favor!

—¡Es de una importancia capital! ¡El asesino que persigo me ha llamado!

Silencio al otro extremo de la línea.

—¡Suelta tu número! —acabó por escupir la voz.

Le dije mi número de móvil.

—Vale. Dentro de una hora te llamo.

—¿Qué, comisario? ¿A qué vienen esos fuegos artificiales? —preguntó Sibersky—. La vieja dormía como un tronco. Nada del otro mundo tampoco en casa de Williams, ni en la de su amigo, Serpetti.

Con gesto cansino, me volví hacia la ventana de mi cocina. Una cortina de lluvia arrugaba la ropa opaca de la noche. Abajo, bajo las agujas de agua que golpeaban el asfalto, dos paraguas negros tuvieron una escaramuza antes de fundirse en las fauces frías de lo desconocido.

—Está poniendo a prueba nuestros nervios. Vigila nuestros movimientos, nos observa, emboscado en algún sitio en la sombra. —Apreté el puño, con los dedos doblados hasta hundir las uñas en la carne. Miré con dureza a Sibersky—. ¿Hay novedades sobre la víctima del matadero?

—En absoluto. La pista de los hospitales no ha desvelado nada por ahora. Unos inspectores siguen buscando en la brigada; me parece que van a pasar la noche en vela.

—¿Y sobre el pasado de Martine Prieur?

—Nada especial. Una vida sin incidentes. Padre fallecido de un aneurisma cerebral cuando ella tenía cinco años. Su madre la crió, mimó, casi sobreprotegió hasta que Prieur empezó los estudios de Medicina. Tras tres años como interna en un hospital, abandonó su carrera. Según su madre, ya no soportaba ni el estrés ni el encuentro diario con cadáveres. A partir de ese momento, cambio total de estilo.

—¿Cómo?

—Su imagen. Su madre me dejó ver los álbumes de fotos. Cuesta reconocer a

la misma chica en dos fotos del mismo año. Piel de marfil, cabello largo color cuervo, ropa sobria de tipo traje de entierro en la facultad de Medicina; un poco estilo gótico, místico, no sé si se hace una idea. Pocas semanas después, una vez dejó los estudios, se la ve con la tez morena, seguramente a base de rayos UVA, melena corta bien cortada, ropa clara y llamativa.

—¿Qué hizo luego?

—Encadenó trabajitos como cajera, vendedora... La suerte le sonrió cuando conoce a Sylvain Sparky, un notario diez años mayor que ella. Es rico, posee una hermosa villa en Fourcheret. Ya conoce lo que sigue. Deja de trabajar y acaba su vida sin preocuparse por el dinero.

—¿Hacia qué especialidad médica se orientó?

—No tengo ni idea, no pensé en preguntarlo.

—Supongo que tampoco has ido a la facultad de Medicina a echar un vistazo a los expedientes, para ver con quién se relacionaba en esa época y, sobre todo, saber qué pudo hacerle dejar de forma definitiva los estudios. ¿Algo que no sea el estrés?

Un espasmo nervioso movió el párpado del teniente, que se puso a aletear como el ala de un colibrí. El timbre de mi teléfono lo sacó del apuro.

—Abandona la pista de Prieur. Iré a dar una vuelta a la facultad mañana. Quédate dos minutitos más, por favor.

Descolgué. Rémi Foulon me provocó una resaca de adrenalina.

—¡Dime si tienes algo sobre el número! —exclamé impaciente.

—¡Vas a alucinar, Shark! ¡Te han llamado desde un número gratuito, el de SOS Mujeres Maltratadas!

—¿Es una broma?

—Voy a intentar explicártelo de manera sencilla. Los números del tipo SOS Mujeres Maltratadas están gestionados por autoconmutadores, PABX. Por razones de mantenimiento de esas máquinas, existen combinaciones de teclas que hay que escribir para poder penetrar en el corazón del sistema. A partir de ese momento, el técnico habilitado accede a la función de enrutamiento hacia la red telefónica, y ahí puede alcanzar cualquier número de teléfono a cuenta del PABX.

—¿Cómo consigue esa famosa combinación?

—Fugas, anuarios de números gratuitos de los que se saca partido al igual que las *free cards*.

—¿El personal de los diferentes servicios de persecución de la delincuencia puede tener acceso a esos datos?

—Por supuesto, se puede acceder al fichero desde cualquier SRPJ de Francia.

Oye, ¿no crearás que ha sido alguien de la casa?

—Digamos que no descarto ninguna posibilidad.

—Tampoco te pases de rosca. Te dejo. Mi mujer está esperándome.

—Gracias por la mala noticia, Rémi.

Me dirigí al teniente, cómodamente apoyado contra el respaldo de la silla.

—¿Te acuerdas de Fripette?

—¿El exhibicionista en condicional que atrapó la brigada de delitos sexuales hace dos años? ¿El que corrió en pelota picada por todos los pasillos de la policía criminal?

—Sí, el mismo. Mañana, a primera hora, averigua con el jefe de la brigada si sabe a qué se dedica ahora. Le encuentras y me das un toque en cuanto tengas su dirección, ¿vale?

—No hay problema. Pero... ¿para qué?

—Ese tío es mi llave de entrada en los ambientes sado.



Antes de meterme en la cama envié un mensaje a Elisabeth Williams, transcribiéndole las palabras del asesino según las había apuntado en el papel.

De manera mecánica, puse en marcha a *Poupette* y, en la penumbra, observé su viaje incesante sobre las vías en miniatura. Iba, venía, imperturbable, giraba sin fin, como prisionera de una picota de metal y sin embargo, ¡tan libre! Me tumbé sobre la cama, mecido por su canto melodioso.

Una idea se abrió paso en mi mente.

Fui al cuarto de baño, tomé un antiguo frasco de perfume de Suzanne y eché unas gotitas en el depósito de agua de la locomotora. ¡Oh! ¡Expandió ese aroma en toda la habitación! Cerré los ojos e imaginé a Suzanne allí, a mi lado. Palpaba su cuerpo, le acariciaba el cabello. Pensamientos flexibles y desligados, recuerdos felices, alegrías inesperadas... *Poupette* me transportaba a otro lugar, bajo un cielo puro, moteado de sonrisas, de alegría infantil...



## Capítulo 7

Una cortina sombría de lluvia se puso a golpear el parabrisas con la rabia de los malos días en el momento en que salía del coche. Bajo los chuzos inclinados, me puse el impermeable que llevaba doblado en el maletero y corrí hasta un pequeño rótulo discreto, colgado en una vieja pared de ladrillos pulverizados. El antro de Fripette, el exhibicionista reconvertido en propietario de un sex shop, me abrió sus fauces.

Entre una muestra de cinco mil individuos ya notablemente feos, tomad el que tiene la nariz como un rompehielos, otro con unos raigones que provocarían el suicidio de su dentista y, por último, otro más con los ojos en blanco. Fusionad los tres y obtendréis una especie de cabeza a la que le quitaréis el pelo, que colocaréis en un cuerpo canijo: de ese modo obtendréis a Fripette. Una jeta que asustaría a un calamar gigante.

Cuando me vio, pareció que sus ojillos azabache brillantes se escapaban de las órbitas por efecto de la sorpresa. Se escondía tras el mostrador, acurrucado como una rata, mientras seleccionaba cintas pornográficas. El casquete glaciario del cráneo le brillaba bajo la luz azul del neón.

—¡Hola, Fripette! Veo que no paras. Una reconversión digna de tu persona, todo elegancia.

Desapareció tras una pila de cintas.

—¿Qué quieres, comisario? Vamos a ver qué tengo para ti... ¿Un estuche con seis dedos chinos? ¿Un kit orgásmico dúo? Espera: cáscara de yohimbe, ¡tu mujer seguro que lo aprecia!

Pasé por alto el comentario. Otro como ése y le metería un consolador en la boca.

—¿Sigues frecuentando los ambientes sadomaso? —pregunté en tono contundente.

—No.

Cogí el mango de un látigo y lo hice restallar contra el mostrador. La botella de estimulante sexual se hizo añicos en el suelo mientras pequeños penes mecánicos se ponían a saltar y a avanzar solos, como pingüinos sobre un banco de hielo. Fripette empezó a maldecir.

—¡Joder, vas a pagarlo, tío! ¿Sabes cuánto cuesta la cascara de yohimbe?

—Reitero la pregunta, capullo. ¿Sigues frecuentando los ambientes sadomaso?

Se deslizó hacia el lado y se metió en un pasillo sin contestarme, con un DVD aún sin desembalar en las manos. Me hervía la sangre. Levanté al insecto calvo del suelo y lo aplasté contra una estantería, que se tambaleó con fuerza.

—¡Para! —vociferó—. Vas a destrozarlo todo. Voy a...

—¿A qué? —Apreté con más fuerza y obtuve a cambio un gorgoteo agudo.

—¡Está bien, suéltame! —Se escabulló con un movimiento brusco, como si se hubiese llevado el gato al agua—. ¡Sí, los frecuento! ¿Y sabes qué? ¡Más que nunca! ¡Me divierto como un loco!

—¿Conoces el Bar-Bar, el Pleasure & Pain?

—No son de mi estilo. Son *hard* dentro de lo *hard*. He ido un par de veces. A mí me ponen más el látex y el *bondage*.

—¿Qué entiendes por *hard* dentro de lo *hard*?

—*Bondage* con tortura de pechos o pene. Subastas para azotainas. Dominación extrema, con esclavismo extremo, *pissing*, *caning*. Un pequeño mundo precioso.

—¿Quién frecuenta esos ambientes?

—Hay de todo. Desde el abogado hasta el sádico puro y duro que se pasa los días de paro meneándose.

—¿Hay mujeres?

—¡Pues claro, Genaro! E incluso podría decirte que son mucho más crueles que los hombres. ¡Unas perras! La última vez que fui al *Pleasure & Pain*, una guarra se entretuvo apretando con un cascanueces los testículos de un tío, que seguramente se largó con los cojones hinchados como huevos de gallina.

Un tipo empapado entró e inmediatamente dio media vuelta. Temía ser reconocido, mirado de hito en hito.

—BDSM4Y, ¿te suena de algo?

De repente, empalideció.

—¿De dónde has sacado ese nombre?

—Da igual. Dime qué sabes de ellos.

Se metió entre dos conjuntos de látex y vinilo negro.

—Solamente es una leyenda urbana, un rumor. Una fantasía de sado, como tantas otras en ese ambiente. Ese grupo nunca ha existido.

—He encontrado a una chica con ese tatuaje en el cuerpo.

—¿Y? Algunos tienen tatuajes de Jesús en la nalga, ¿qué demuestra eso? ¿Que son su reencarnación?

—Existen. Tengo pruebas. ¡Desembucha! ¿Qué se cuenta de ellos?

Mi puño apretado a dos dedos de su nariz le hizo hablar.

—Parece ser que el grupo está formado por intelectuales mezclados con la peor calaña de enfermos. Los intelectuales organizan, los enfermos ejecutan los actos obscenos. Son poderosos, influyentes, listos y furtivos como el viento. Se dice que juegan con la muerte, que se acercan a sus fronteras lo más que pueden. Pero son rumores. Nadie sabe si existen.

—¡Explícamelo! ¿Qué entiendes por jugar con la muerte?

—Al parecer hacen experimentos con animales, y dicen también que recogen a vagabundos o prostitutas en diferentes ciudades de Francia para llevarlos con su consentimiento a sitios aislados. Les ofrecen grandes sumas de dinero a cambio de su silencio y de su sumisión total durante una noche. Aparentemente esos tipos inspiran confianza, ya que las víctimas, si puede hablarse de víctimas, los siguen sin rechistar.

—¿Y luego qué?

—Tienen a su disposición todo lo que puede existir en materia de tortura y *gadgets* sexuales, y están equipados con medicamentos para calmar a sus víctimas: sedantes, drogas, anestésicos. Una verdadera organización, según los rumores. Además, van hasta el final del dolor, gozan con el sufrimiento de sus conejillos de Indias. Por lo visto, algunos no han vuelto nunca.

—¿Y los otros? ¿Los que sobreviven?

—Se callan. Si hablan, están muertos. Y además, se les paga de verdad.

—Pareces saber mucho del tema.

—Sólo repito lo que me han explicado.

—¿Quién te lo ha contado?

—Alguien a quien le han explicado lo mismo, y así...

La puerta chirrió y entró una pareja: una mujer de unos cien kilos, ceñida en un conjunto de cuero como si se hubiese hinchado dentro, y un tipo tan pequeño como ancha era ella, con mirada de hurón.

Fripette los echó en un periquete.

—¡Asuntos privados! He cerrado. ¡Vuelvan más tarde!

Me acerqué a él con un rostro de hielo. Guardaba las distancias por miedo a que mis ágiles dedos le acariciasen la suave mejilla.

—Esta noche me acompañarás al *Pleasure & Pain*.

Del sobresalto, se echó hacia atrás y tiró una pila de revistas.

—¡Tú estás loco! ¡Yo no meto los pies ahí dentro, y menos con un poli!

—No olvides que estás en libertad condicional. Si lo prefieres, podemos venir a meter las narices en tus pequeños negocios. —Avancé por el apartado *hard* de las cintas de vídeo—. *Gangband*, sodomías... interesante. ¿Por cuánto los vendes? ¿Cincuenta euros? ¡No te andas con chiquitas! Tal vez a los inspectores les cueste cuadrar tus cuentas. También podemos espulgar eso, si quieres. Por lo general, el ocultamiento leve no es muy grave, pero, para un tipo en condicional...

—No serías capaz de hacerme eso, ¿no? ¡Estoy limpio, no hay nada que reprocharme! ¡Yo no tengo la culpa de que haya tarados que invierten fortunas en esas guarrerías!

Reparé en una palabra que resultó ser como una bofetada: VIOLACIÓN.

—¡Hostias! Pero ¿qué es eso?

Cogí el DVD titulado *Violación para cuatro*. Un único nombre en la parte inferior de la cinta: Torpinelli. El magnate del sexo. En la solapa de la carátula, escenas de una crueldad extrema inundaron mis retinas.

Fripette me lo arrancó de las manos.

—¡No es real, tan sólo son actores! Una de las últimas novedades de Torpinelli. Una especie de violación en directo en condiciones que recuerdan la realidad. ¿Sabes que gusta mucho? Ya he echado una ojeada a alguna y es muy impresionante. Parece de verdad. Hay bastantes tíos que se la machacan con eso; les evita pasar al acto, ¿sabes a qué me refiero? —me espetó como si escupiera.

—¡Gilipollas de mierda! Mañana tendrás al fisco detrás de tu culo asqueroso.

Me dirigí hacia la salida, y él me impidió el paso deslizándose delante de mí.

—¡Está bien, está bien! ¡Te llevaré ahí! Pero si tus descubrimientos sobre el BDSM4Y resultan ser ciertos, ¡nos llevas de cabeza al matadero!

—Eso lo decidiré yo.

—Si te presentas vestido como un pingüino, no cruzarás ni el umbral de la puerta de entrada. Ponte ropa informal, unos tejanos y un jersey, por ejemplo. Los sadomaso siempre llevan una bolsa con su material. Las veladas en el *Pleasure & Pain* son *dispuestas*, lo que significa que debes cambiarte antes de entrar en los torreones de sumisión o en las salas de venta; látex, cuero, máscara, fusta. Lo dicho, el equipamiento que te transporta al mundo de lo extraño, a su mundo. Todo eso puedo proporcionártelo. ¿Aún quieres ir?

—La máscara me sienta bien. Continúa.

—En esas *backrooms* hay tres categorías de personajes: los sumisos, los dominantes y los mirones. En nuestro caso, lo mejor es posicionarse entre los mirones, a menos que tengas otras preferencias... —Me lanzó una especie de sonrisa. Sus dientes parecían runas viejas de varios siglos—. Pero en este tipo de juego, incluso los mirones cumplen un papel. Provocan la excitación en el dominante, lo alientan. Así que ten cuidado con tus mímicas. Una mínima expresión de ofensa y provocarás la desconfianza del grupo. Tienes que aparentar que te lo



pasas bien. Podrás ponerte la máscara, justamente para evitar que te echen mucho el ojo. Mmm... Tengo que familiarizarte con el vocabulario sadomaso y los comportamientos que hay que adoptar. Por cierto, ¿qué es lo que estás buscando?

—No hagas preguntas, es mucho mejor.

Salí de la tienda de Fripette con la sensación de estar mentalmente sucio. Iba a tener que prestarme a realizar actos que me repugnaban, entrar en un mundo paralelo de criaturas extrañas, de rostro humano pero con pensamientos demoníacos. Centauros ardientes de fantasías, directores de obra capaces de transformar al hombre en objeto mediante el cuero y el látex, en habitaciones sombrías, enterradas en los sótanos pútridos de la decadencia.

Al igual que la flor necesita el frescor secreto de la tierra para acumular la fuerza que estallará a la luz del día, los miembros de BDSM4Y se alimentaban del sustrato de sus víctimas para desarrollarse, para sentir esa especie de triunfo sobre la vida, el dolor, Dios. No conseguía ponerles un rostro. ¿Quiénes eran? ¿Cómo imaginar a abogados, profesores, ingenieros, defensores de principios, mezclados a través del vicio con la decadencia, los bajos fondos de la moral, batiendo el mal hasta lograr los fundamentos alimenticios?

Al sumergirme en la olla del Diablo esperaba algo, pero no sabía qué exactamente. Quizá sentir la presencia del Hombre sin Rostro, esa extraña sensación que se había apoderado de mí cuando estaba a su merced en las entrañas del matadero.

A través de internet, de esa red maravillosa a los ojos del ignorante, del usuario medio, iba a sumergirme en los ambientes más sórdidos del París nocturno.

Ópera de París, con la cúpula lustrosa por las lluvias, el bronce dorado de sus estatuas erigido hacia un cielo de mercurio. Elisabeth Williams se había refugiado bajo uno de los soportales de la fachada, cerca de unos turistas japoneses agrupados entre las columnas monolíticas. Crucé en diagonal la avenida de la Ópera, el impermeable alzado por encima de la cabeza, hombros encogidos. La nube escarlata de los pilotos de los automóviles agujereaba la grisalla como señales de socorro en un estrépito de pitidos.

Elisabeth fue la primera en hablar.

—Le he citado aquí con la esperanza de que pudiéramos hablar en ese magnífico monumento, pero no tuve en cuenta los trabajos de restauración. ¡Y menudo error, porque ahora estamos aquí los dos, presos de la lluvia!

—¿Está lista para una carrera de unos cien metros? Hay un pub en la esquina. —Me encogí de hombros—. Lo siento, pero no llevo paraguas.

—Yo tampoco —replicó sonriendo—. La lluvia me pilló desprevenida.

Azotamos el asfalto del bulevar Haussmann a paso ligero, apretados bajo mi impermeable-paraguas. Los peatones se habían amontonado bajo los rótulos, los cenadores o en el borde de las terrazas, con los rostros levantados hacia un cielo totalmente negro. Una vez instalados en el pub Louis XVI, pedí dos chocolates calientes.

—¿Thornton no le pisa demasiado los talones? —pregunté mientras se sacudía el cabello.

—Hay que resignarse. No estoy muy acostumbrada a que se pongan en duda mis capacidades. En este aspecto, los gendarmes son mucho más disciplinados que vosotros, los policías. —Me puso debajo de los ojos una fotocopia en color, sacada de una carpeta con gomas—. ¿Le suena de algo?

En la foto se veía un busto de santa. Tejidos flexibles y escurridizos se retorcían en su abundancia sobre el arco de la cabeza hasta el valle de los hombros. El violento movimiento de torsión infundido al óvalo del rostro transmitía un aura de sufrimiento indescriptible que iba mucho más allá de la simple fotografía. La boca abierta imploraba, los ojos dirigían una súplica agonizante al cielo. Los cortes ahondados por el tiempo y el desgaste hendían el rostro escultural a ambos lados de las mejillas.

—¿Dónde lo ha encontrado? Parece... ¡la expresión infligida al rostro de Martine Prieur! ¡Las telas sobre la cabeza, los ojos alzados hacia el cielo, los cortes que unen los labios a las sienes! Es... ¡es idéntica!

—Exacto. Mi teólogo, Paul Fournier, ha descubierto pistas muy interesantes. Las palabras, la forma de actuar del asesino, se centran en el tema del dolor, en el sentido real del término pero también en el sentido religioso, como suponía. La foto del faro azotado por el mar enfurecido que colgó en casa de Prieur y esa imagen del granjero que envió por correo electrónico representan símbolos profundos de sufrimiento con connotaciones bíblicas. ¿Conoce el Libro de Job?

—Pues no.

—Fue redactado antes que los de Moisés. Job explica en su libro la historia de un hombre puesto a prueba por Dios, en siete aspectos principales centrados sobre los conceptos de sufrimiento, de Bien y Mal. En algunas epístolas somos los granjeros de Dios y únicamente podemos ser glorificados a los ojos del Señor si nos sometemos a pruebas; el granjero representa a aquel a quien la longevidad y dureza de la prueba no alteran, un símbolo de valentía, que soporta el sufrimiento en silencio.

—¿Y el faro?

—Piense en un faro en medio del mar. En una noche tranquila, ¿podemos afirmar que el edificio es firme? No. En cambio, si una tempestad se desata sobre él, entonces sabremos que resiste. La prueba refleja la naturaleza profunda de las cosas, ¡es el espejo de la personalidad! —me mostró la carta redactada por el asesino, puntuada de notas desordenadas, y siguió hablando en un tono neutro—: Mire, las frases subrayadas están extraídas en parte del Libro de Job, que el autor modificó con un pequeño toque personal. El asesino habla de «armaduras estropeadas», de «ese soldado que padece las pruebas sin pestañear», de ese Dios «que enjugará las lágrimas». Citas del Libro, casi palabra por palabra.

Me sujeté la cabeza con las manos.

—Va a pensar que soy idiota, pero acabo de entender qué intenta demostrar el asesino.

—A eso voy. Según los escritos de Job, la experiencia del dolor no es un fin en sí, sino una etapa que nos acerca a Dios. El sufrimiento, bajo una forma u otra, es el destino de cuantos quieren llevar una vida piadosa y deben obtener la absolución por sus pecados. En este sentido, el perdón de Dios se obtiene mediante la prueba y tan sólo la prueba. Seguramente, esas mujeres torturadas pecaron.

Ahora la lluvia repiqueteaba en los cristales de la cervecería con tesón. Había gente apiñada en la entrada, otros se adentraban en la boca de metro de la Ópera o corrían a toda prisa en dirección a los grandes almacenes Lafayette.

—¿Tienen algún medio de rastrear a las personas que toman prestados los libros en las bibliotecas? —me preguntó Elisabeth—. ¿Un fichero centralizado, como el del FBI?

—No, no, por supuesto que no. En materia de asesinos en serie y centralización de ficheros, tenemos un retraso brutal respecto a Estados Unidos. Y no se puede decir que este tipo de asesinos abunden en Francia.

—Y sin embargo nos enfrentamos a uno muy serio —replicó.

—Así es. Pero nada nos impide prescindir de un fichero central y pasar por un tamiz las bibliotecas una por una, y comprobar qué abonado ha pedido el libro que buscamos.

—Eso puede llevar tiempo, pero tendrán que hacerlo.

Di un sorbo al chocolate.

—¿Cómo ha conseguido llegar hasta la fotografía de esa escultura?

—Fui a la biblioteca François-Mitterrand por la mañana. Siempre he pensado que el crimen estaba impregnado de un carácter religioso. La cabeza cortada en sus arrugas de telas, esa mirada implorando al cielo, la moneda en la boca. Así que me centré en las representaciones célebres del sufrimiento en el arte pictórico y escultórico, todo sobre un fondo religioso. Con relativa rapidez me topé con Juan de Juni, un escultor del siglo dieciséis que evoca claramente que el dolor, la aflicción y el sufrimiento son los únicos caminos que abren las vías divinas. Para transmitir sus sentimientos, utiliza un movimiento poderoso de torsión que sacude las figuras y denuncia la angustia suprema. Lo que tiene ante los ojos representa el busto de sor Clémence, una obra prohibida durante mucho tiempo, muy poco conocida.

Por un instante distrajo su atención un altercado que se desarrollaba delante del café. Algo relacionado con un paraguazo.

—En los albores del siglo quince, Madeleine Clémence, al huir de su pueblo, se refugió en las órdenes religiosas para expiar sus pecados, especialmente el adulterio. Cambió completamente de vida, esperando así suavizar la mirada de Dios sobre su suerte, estar protegida de sus denunciadores potenciales. En la Edad Media, la represión de los crímenes por el poder laico es legítima, sobre todo en casos de adulterio, que pueden conducir a la pena de muerte. Cinco años después apresaron a sor Clémence en un convento. Bajo las órdenes del inquisidor de Aviñón, la torturaron hasta la muerte para dar ejemplo. Un modelo de disciplina transmitido en numerosos escritos de la época.

La pecadora reconvertida en hermana. Martine Prieur, con el cabello color ala de cuervo, de estilo macabro, transformada en chica llamativa que lleva una vida tranquila, olvidada. ¿Podía haber algún tipo de relación? Sobre el frontispicio de mi mente restallaban de forma enfermiza dos palabras, siempre las mismas: «Jeekyll», «Hyde». La luz, las tinieblas.

—¿Qué papel desempeña el asesino si se confirman sus observaciones? ¿Actúa como un enviado de Dios? ¿Un justiciero, un censor?

—Los asesinos que cumplen su oficio en nombre de Dios proliferan en Estados Unidos. Todos dicen que los alientan voces celestiales; sin embargo, muy pocos se toman la molestia de maquillar su crimen así. O bien lo declaran de forma abierta, por ejemplo escribiéndolo sobre las paredes con la sangre de su víctima, o bien lo reivindican cuando se les detiene. En el caso que nos ocupa, todo se lleva a cabo con sutileza.

—Si puede hablarse de sutileza...

—Ya sabe a qué me refiero. Recuerdo el marco del faro o la foto del granjero. Esas pistas encerraban un doble significado, uno religioso, el otro puramente factual. Son prueba de una inteligencia desconcertante. Sin embargo, la parte de las fantasías, esa voluntad de aplicar el dolor no con el propósito de castigar, sino con el de tomar su parte, predomina cada vez que martiriza a sus víctimas.

—¿Y por qué?

—Pues... porque la filma, divulga sus sentimientos a través de sus cartas o mediante la llamada telefónica que recibió. Entonces exulta.

—¿Qué opina de esa llamada?

—Anotó, entre otras cosas: «Créeme, la niña no nacerá, porque la he encontrado». «La chispa no volará y nos salvaré, a todos.» «Corregiré sus errores...» ¿Tiene alguna idea del significado de esa frase?

—En absoluto. A pesar de la voz trucada, parecía que divagaba por completo. Ese fragmento del monólogo no tiene nada que ver con lo que dijo antes, ni después. No sé, venía tan a cuento como un pelo en la sopa. ¿Usted ha podido descubrir algo?

—No, el sentido de la advertencia es, por desgracia, demasiado impreciso. Pero cuando dice «porque la he encontrado», creo que hace más bien referencia a la madre. Quizás haya encontrado a una futura madre. Y si es el caso, esa mujer debe de hallarse en peligro...

—Pero ¡cómo saberlo, maldita sea! —La sangre me hervía—. Dígame, con la segunda chica, la del matadero, ¿adónde quería llegar? La manera como la colocó ¿tiene un equivalente religioso, del tipo escultura o pintura?

De repente su atención se centró en un rayo que resquebrajó el cielo. Sus labios se movieron, de forma leve pero clara: estaba contando, los segundos se desgranaban en la orilla de su boca.

—Pero ¿qué hace? —pregunté dejando la taza en el plato.

Sin apartar la mirada de la ventana, me hizo señas con la mano para que me callara. Cuando el estornudo de Zeus sacudió con violencia el cielo, se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Obtendré algún día la respuesta?

—¿A qué? ¡Parece perpleja!

Se puso un dedo en la sien, como si quisiese focalizar las ondas.

—Desde muy pequeña, cada vez que veo el primer relámpago de una tormenta cuento para saber a qué distancia se halla la borrasca. Y cada vez, de forma irremediable, cae en siete. Nunca seis ni ocho, sino siete. Es sistemático.

Su voz aterciopelada se mistificaba por la intensidad, por la franca emoción. Me la imaginaba, de niña, justo al lado de la ventana, midiendo mentalmente la distancia que la separaba de la tormenta y llegando, de forma irremediable, a ese número, el siete.

—¿Quizá provoca ese fenómeno de forma inconsciente? Sin darse cuenta, alarga o acorta los segundos para llegar a siete.

—Puede ser, puede ser...

Me di cuenta de que tenía la mirada perdida.

—En su opinión, ¿adónde quería llegar con la segunda víctima, la del matadero? —pregunté para centrarnos de nuevo en el tema.

—Es difícil decirlo, ya que su trabajo fue interrumpido. Pero una vez más, podemos descubrir cierto simbolismo. Las astillas representan símbolos citados a menudo en la Biblia. Materializan el sufrimiento del creyente. —Se echó el pelo húmedo hacia atrás—. Las víctimas, como ya he señalado, no ofrecen puntos comunes particulares en lo referente al físico; esa relación debe darse en otro aspecto, seguramente en el pasado de esas mujeres. Es evidente que Prieur intentó disimular un terrible secreto, al igual que sor Clémence con su adulterio. El asesino actúa pues como un mensajero, un juez o un verdugo, es quien castiga, pero también quien absuelve a sus víctimas. Las limpia de sus pecados sometiéndolas al cáliz del dolor absoluto. Recuerde el estado de limpieza de los cuerpos y, sobre todo, el hecho de que no las viole; creo que, en los últimos instantes, las respeta. —Deslizó la mano por encima de la mesa, como una caricia—. Luego está esa segunda personalidad, la que disfruta con el acto, la que tortura para materializar sus fantasías, la que filma para prolongarlas. Esa faceta es sin duda alguna la más

oscura, la más sádica. ¡Sospecho que nos enfrentamos, no a uno, sino más bien a dos asesinos en serie, unidos dentro del mismo cuerpo bajo los auspicios de una inteligencia extraordinaria!

El fragor de un trueno hizo temblar los cristales. Las nubes cabalgaban en el cielo y la red de la oscuridad se abalanzó sobre la capital como una gigantesca mancha de petróleo.

—¡Estaremos atrapados aquí por un buen rato! —observé apoyando los codos sobre la mesa—. ¡Llueve a cántaros!

No respondió. Sentía una onda fría en su interior, una potencia cruda que le solidificaba la sangre. Imaginaba al asesino como un dragón con dos cabezas, una Hidra de Lerna que escupe lenguas de fuego y vomita las carroñas digeridas de sus anteriores comidas. Recordé esa fuerza que me había arrastrado en el matadero, que había ejecutado su castigo entre gritos y rabia, pero que me había salvado.

Veía a la mujer que había frente a mí distante, en otro lugar, y pensaba en Suzanne. Frases, expresiones femeninas retumbaron en mi cabeza, como tiros. Mi mujer estaba viva, en algún sitio, no me cabía duda. Otra parte de mí hubiese preferido que estuviese muerta, calentita y protegida en el destello de las estrellas. Ahora, sin entender por qué, percibía ciénagas nauseabundas, canales tortuosos de podredumbre y porquerías, la adivinaba, ahí, en medio de ese infierno de agua y muerte. ¿Por qué?

—¿Quiere hablarme de su mujer? —adivinó Elisabeth entrecruzando los dedos debajo de la barbilla.

Sus mejillas habían recobrado el tono vital. ¿Había hurgado en mis pensamientos de forma inconsciente? ¿Poseía realmente un don, como afirmaba Doudou Camelia?

Hablamos de Suzanne mucho tiempo, muchísimo. Me desahogué de cuanto me atenazaba el corazón, como cuando uno expectora a gusto al toser. La tormenta se agotó, dejó de llover, la calma de un soplo apaciguado barrió el café como un vientecillo suave. Me sentí bien, aliviado e incluso tranquilo. Habíamos hablado como dos viejos amigos y nos separamos en el ronquido lejano de la tormenta que había pasado; ella, en dirección al Louvre, yo, hacia la plaza Vendôme...

Del señor Clement Lanoo, profesor de anatomía en la Facultad de Medicina de Créteil, emanaba una sensación de poder, de dominio absoluto. Sus manos firmes lanzaban unos dedos hábiles, demostrativos, que discurrían por las láminas anatómicas para absorber su consistencia y transmitirla a un público cautivado. Me instalé al fondo del anfiteatro, atrayendo sobre mí algunas miradas de futuros médicos y dos o tres susurros.

Cuando los estudiantes salieron, avancé hacia el estrado. El hombre se quitó las gafas y las guardó en un estuche de terciopelo.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó mientras metía las fichas en una cartera negra de cuero.

—Soy el comisario Sharko, de la policía judicial. Me gustaría formularle unas preguntas sobre una estudiante que estuvo en su facultad hará unos cinco años. Se llamaba Martine Prieur.

La calma discurría como un soplo en el amplio anfiteatro y nuestras voces se elevaban por encima de las filas de asientos vacíos hasta las paredes del fondo.

—Ah sí, Prieur. La recuerdo. Una estudiante brillante; destacaba por su rigor e inteligencia. ¿Tiene algún problema?

—Sí, un ligero problema. Ha sido asesinada.

Dejó la cartera sobre el pupitre, ambas manos aferradas al asa.

—¡Madre de Dios! ¿En qué puedo servirle?

—Puede contestar a mis preguntas. Debe de tener cada año a un montón de estudiantes, ¿no?

—Más de mil ochocientos. Gracias a las nuevas infraestructuras pronto podremos acoger a setecientos más.

—¿Y los conoce a todos personalmente?

—No, por supuesto que no. En el transcurso de dos entrevistas anuales acabo viéndolos a todos, pero para algunos no pasa de ahí. El seguimiento se hace sobre todo mediante los resultados obtenidos en los exámenes.

La puerta del fondo se abrió y asomó una cabeza, que acto seguido desapareció.

—¿Cómo se distinguió Martine Prieur de la masa para que, después de cinco años, aún la recuerde? —proseguí.

—No puede saber hasta qué punto los conocimientos anatómicos de los internos de cirugía son deplorables. Soy conferenciante y profesor de anatomía, señor Sharko, y concibo el progreso con una inmensa desolación. Los jóvenes de hoy en día son muy duchos en informática, el ordenador se ha convertido en una herramienta ineludible. Las películas sustituyen las manipulaciones. Ahora bien, uno puede mirar tantas cintas como quiera, que nunca sabrá cómo palpar un hígado hasta que no tenga un interno, un jefe de clínica o un jefe que le diga «las manos hay que colocarlas así», sobre un vientre de verdad, de un enfermo de verdad. Póngales un cadáver real ante los ojos, y la mitad se marchará vomitando. Prieur era distinta. Era precisa, exacta en el dibujo, diseccionaba un cadáver en un momento. Enseguida la nombré jefa de trabajos de anatomía. Una plaza apreciada, privilegiada, ¿sabe?

—¿En qué consistía?

—En dar clases de disección, todos los días, a estudiantes de primero.

—Si no lo he entendido mal, ¿Martine Prieur se pasaba los días explorando cadáveres?

—Se puede decir así. Pero pasar no es el término exacto.

—¿Cómo se comportaba con sus compañeros? ¿Qué opinaba de ella fuera del ámbito médico?

La mirada se le ensombreció.

—No estoy muy al tanto de la vida privada de los estudiantes. Sus cuestiones personales no me interesan, sólo importan los resultados. Los mejores se quedan, los demás se marchan.

De repente sentí que se doblaba como una hoja que uno arruga.

—¿Por qué lo dejó todo?

Bajó con cuidado de la tarima y avanzó por la amplia fila central.

—No lo sé. A veces algunos se desaniman, sea cual sea la motivación, sea cual sea el curso. No sé qué ocurre en la mente de la gente, jamás lo sabré, aunque diseccionara una por una sus neuronas. Tengo una reunión importante dentro de un rato, señor comisario, así que, si me permite...

Salté de la tarima y le agarré la chaqueta con una fuerza que indicaba de forma clara mi determinación.

—Aún no he terminado con las preguntas, señor profesor. Quédese un poco más, por favor.

Movió el hombro para deshacerse de mi apretón con un gesto descarado.

—Adelante —soltó—. ¡Y rápido!

—Parece que no capta bien la cuestión, así que voy a explicárselo. Prieur ha sido descubierta con la cabeza cortada, los ojos arrancados y luego colocados de nuevo en las órbitas. Padeció mutilaciones durante largas horas, colgada de unos ganchos de acero. Y puede que eso tenga que ver con la persona que se escondía tras las apariencias. Un Doctor Jeckyll y Mister Hyde, si quiere. ¡Así que ahora me gustaría que me contase por qué dejó de forma repentina sus estudios!

Me volvió a dar la espalda, busto recto, hombros cuadrados. Un tótem...

—Sígame, comisario... Sharko.

Bajamos por un pasillo en pendiente que se adentraba en las entrañas ocultas de la facultad. Al fondo, una puerta maciza. Buscó la llave correcta, abrió y entramos. Tres halógenos ahuyentaron la oscuridad, desvelando una muchedumbre silenciosa que evolucionaba en líquido transparente. Seres despigmentados con rostros hinchados, las órbitas vacías, las bocas congeladas en su grito, flotaban verticalmente. Hombres, mujeres, incluso niños, desnudos, suspendidos en cubas de formol. Accidentados, suicidas, limpios y sucios a la vez, muñecas de trapo a merced de la ciencia... El profesor rompió el silencio:

—Éste es el mundo que habitaba Martine Prieur. Durante toda mi carrera, nunca he visto a una alumna apasionada hasta ese punto por la disección. El estudio de la muerte es una etapa muy difícil de cruzar para nuestros estudiantes. A ella no la intimidaba en absoluto. Podía pasarse horas, noches, aquí, para recibir los cuerpos del depósito de cadáveres, inyectarles formol y prepararlos para la disección.

—No está nada mal, para alguien que no soportaba los cadáveres.

—¿Cómo dice?

—Ése es el motivo alegado por su madre para que ella abandonara la facultad. Dígame, ¿no debería haberse limitado a supervisar las prácticas de los alumnos de primero?

—Por lo general, nuestros estudiantes se relevan para hacer lo que denominan el trabajo sucio. Prieur insistía en gestionar esas tareas ella sola. Después de todo, eso también formaba parte de sus responsabilidades.

—¿Por qué me ha traído a este lugar espantoso, profesor?

—Los cuerpos, una vez realizada la autopsia, se llevan al incinerador, en otra sala. En esa época, el señor Tallion, un empleado de la facultad, se encargaba de la cremación. Prieur le entregaba el cuerpo tras la disección. El trabajo de Tallion consistía en arrancar la etiqueta del pie del cadáver, consignarla en un registro y luego meter el cuerpo en el horno, previamente calentado. Una noche de ese famoso invierno de 1995, hacía tanto frío que las canalizaciones externas se congelaron. Fue una noche sin calefacción en el internado. Por supuesto, el horno no funcionó. Tallion, presa del pánico, disimuló el cadáver en la cámara fría donde conservamos los cuerpos antes de tratarlos con formol.

—No acabo de entenderlo...

El profesor se apoyó contra una cuba con la naturalidad con que uno se apoya en la calle contra una pared. La cosa que flotaba en el líquido no le molestaba.

—Prieur y él escondían un gran secreto...

—¿Qué secreto, maldita sea? ¡No se trata de una película de suspense, señor Lanoo!

—Prieur mutilaba los cadáveres —dijo bajando el tono, como si nuestros espectadores fuesen a romper, enfurecidos, los cristales de plexiglás para estrangularnos—. Les seccionaba el pene, les cortaba las partes anatómicas no diseccionadas, les cortaba la lengua...

—¿También les quitaba los ojos?

—Sí... Sí, les arrancaba los ojos.

Los acuarios de cuerpos humanos se pusieron a girar a mi alrededor.

Esos cuerpos destrozados por la muerte, como suspendidos en el aire, ese olor a formol que flotaba en la luz cruenta, blanca, hiriente, me obligaban a salir.

—Perdóneme, señor profesor. No he dormido mucho y sólo me he tomado un café.

Cerró la puerta con dos vueltas.

—No tiene de qué avergonzarse. No es el tipo de museo que uno pagaría para visitar, ¿verdad? Aunque... —Se le escapó una risita cínica.

—¿Por qué el empleado, ese Tallion, no habló nunca? —probé a decir con voz estrangulada.

—Se acostaba con él. Cuando descubrimos aquel cadáver mutilado, Tallion lo contó todo con la esperanza de preservar su puesto.

—¿Que hacía Prieur con los órganos seccionados?

—Nada. También los mandaba quemar.

—¿Y qué pasó después?

—Pedimos a Prieur que dejase la facultad.

—La solución fácil. No hay investigación, no hay fugas de información, no hay publicidad negativa, ¿verdad?

Se detuvo delante de una foto de sir Arthur Keith con las manos en los bolsillos y la cabeza levantada como si quisiese contemplar la bóveda del cielo que tapizaba el tejado de cristal y confesó:

—La solución menos penosa para todos, así es...

—¿Por qué razón realizaba esos actos odiosos?

—Atracción inmoderada por lo mórbido. Una necesidad de explorar tan intensa que la llevaba a la mutilación, quizá frente a la incompreensión de determinados fenómenos. ¿Qué buscaba en los lienzos sin vida de esos cuerpos? Nunca lo supimos. ¿Necrofilia, fetichismo? El anatomista siempre quiere ir más allá de las apariencias, se siente todopoderoso si no controla sus sensaciones. Es fácil, cuando uno tiene un escalpelo en la mano y un cadáver delante de él, creerse Dios...

—¿Tallion le habló de su relación con Prieur?

—¿A qué se refiere?

—¿Se trataba de una relación sexual clásica? ¿Sadomasoquista?

Hizo una mueca.

—Pero ¿cómo quiere que lo sepa? ¿Se cree que soy sor Teresa? Pusimos fin al asunto de forma rápida.

—¿Dónde puedo encontrar a ese Tallion?

Una inspiración le ensanchó el pecho.

—Murió con su mujer y sus dos hijos en un accidente de coche, hará tres años.

El universo de Prieur se desvanecía como una bruma en el alba. Los cadáveres tapizaban su vida, su muerte, cuanto había sido... Añadí, con voz que traslucía un despecho evidente:

—¿Tenía amigos íntimos entre los alumnos? ¿Personas susceptibles de estar al corriente de sus propensiones necrófilas?

—Le repito que no me inmiscuyo en la vida privada de mis estudiantes.

—¿Puede facilitarme la lista de sus alumnos de 1994 a 1996?

—Pueden ser muchos; voy a pedirselo a la secretaria. Le dejo, comisario. El tiempo es mi peor enemigo y con los años la situación no mejora.

—Puede que vuelva a visitarle.

—Si se da el caso, pida cita.

La verdad había salido a flote. Prieur había estado sumergida en lo obscuro,



encerrada en los rincones oscuros de la facultad mutilando aún más lo que ya lo estaba. Había dejado el horror tras de sí al abandonar la facultad, cambiar de apariencia, de vida, apartar ese lado mórbido, cubrirlo de tierra en las profundidades tenebrosas de su alma. ¿Acaso buscaba curarse de una especie de enfermedad que envenenaba su existencia y la obligaba a vivir en el secreto de lo inconfesable?

El asesino había descubierto su juego. Había actuado cinco años después, cuando ella se sentía protegida en el marco de su vida ordenada. Le había pagado con la misma moneda, un sufrimiento voluntario, provocado, odioso. Ojo por ojo, diente por diente. El análisis de Elisabeth Williams se sostenía, todo cuadraba; el asesino jugaba en dos terrenos diferentes.

Todo cuadraba, pero nada me acercaba a él, que deambulaba en el crepúsculo parisino con entera libertad, como un águila que domina un amplio terreno de caza. Acechaba, jugaba, golpeaba con la rapidez de un rayo, y luego desaparecía en la sombra de la sangre. Dominaba la muerte, dominaba la vida, dominaba la encrucijada de nuestros destinos...

La hora de entrar en el mundo del dolor llegó con los vapores suaves de la noche. El París nocturno se iluminaba como un hormigero de luciérnagas.

Alrededores de la parada de metro Sebastopol. Un pasillo de asfalto abierto al sexo, algunos coches aparcados encima de las aceras, una línea de farolas desgastadas que a duras penas traspasaban la noche. Sombras que circulaban a paso ligero por el segundo distrito, espaldas encorvadas dentro de los impermeables, manos en los bolsillos, miradas fijas en el suelo. Dos, tres chicas apoyadas contra las paredes, un zapato de tacón hundido en los viejos ladrillos de las fachadas.

Mientras andábamos, Fripette me dio las últimas recomendaciones.

—No hables; sobre todo nada de preguntas, yo me encargo de todo. Si acaban enterándose de que metemos la nariz en los asuntos de esa gente, recibiremos más golpes en un cuarto de hora que en quince asaltos contra Tyson. Espero que no llesves tu pipa contigo. Ni tu placa. Nos van a cachear.

—No, de verdad.

—¿Y tu documentación?

—La llevaré encima.

—Estupendo. No tienes que hacer nada, sólo abrir los ojos y cerrar el pico. Te pegarás la máscara de cuero a la cara, como el peor de los sádicos sexuales. Ni visto ni oído, ¿vale?

—Vale.

—Vamos a entrar en las *backrooms* más *hards* de París, ¿te sigue molando?

—Más que nunca.

Me puso una mano en el hombro.

—Dime, comisario, ¿por qué no envías a tus criados, tus esbirros de tiro al blanco? ¿Por qué lo quieres hacer todo tú mismo?

—Motivos personales.

—No eres muy hablador, que digamos, cuando se trata de tu vida privada...

Número 48 de la calle Greneta. Una puerta de metal. Una ventana corredera que se abre. Una máscara de cuero con agujeros a la altura de los ojos que aparece.

—Fripette. ¿Qué quieres, maldito desgraciado?

—Menuda acogida. Queremos entrar. Tenemos ganas de pasárnoslo bien.

—Hace un porrón que no te vemos.

—Vuelvo a las andadas.

—¿Tienes pasta?

—Mi colega está forrado.

Una nariz olisqueó por la ventana corredera. Una lengua se paseó sobre el cuero.

—¿Y qué quiere tu colega?

—Es un puto mirón. No hay otro igual. ¡Ahora deja que entremos!

—¿Es que no sabe hablar? No tiene las pintas para el puesto, no me gusta.

—Déjanos pasar, tío. No hay gato encerrado.

—Más le vale a tu culito. ¿Estás al tanto del *dress code* de esta noche?

—Uniformes. Tenemos lo necesario.

La puerta se abrió con un potente chirrido. Fripette metió doscientos euros en la zarpa de Rostro de Cuero. Embutido en una bata de enfermero y botas de cuero blanco que le llegaban a las rodillas, el hombre apestaba por entero a vicio. Para encontrar aquel lugar acogedor había que tener mucha, pero muchísima imaginación; al lado de aquel antro, un trastero habría parecido un palacio. Una mujer alta y sexy, ceñida en un torneado mono de vinilo violeta, se alzaba como una gata tras una especie de bar, desde donde la luz de unas bombillas rojas apenas conseguía iluminar un largo pasillo. La Gata nos tendió fichas de plástico de diferentes valores.

—Velada de azotes en el tribunal, si queréis —soltó con tono monocorde—. Vestuarios a la derecha. ¡Id a cambiaros, esclavos! —ordenó espetándonos una larga risa cínica.

Otra sala, otro lugar de desolación, paredes enladrilladas y bancos de metal. Nos cambiamos en silencio sin mirarnos. Sentía como un peso la extraña sensación de que nos vigilaban desde que habíamos entrado. Me puse mi bata de enfermero, las botas que generosamente me había prestado Fripette y la máscara de cuero negro, que me ayudó a atar en la parte posterior del cráneo. Me avergonzaba y di gracias al cielo por no toparme con un solo espejo en aquella cloaca.

—¡Estás guapísimo! —me soltó Fripette.

—¡Cierra el pico!

Se cubrió el cráneo de alabastro con una peluca de juez y se colocó la toga de hombre de ley. Después ocultó sus ojos tras un antifaz de cuero y murmuró:

—Adelante. Vamos a pasearnos por los diferentes torreones. Intenta dar con lo que buscas, y deprisa. Sigúeme y no lo olvides, ¡puedes abrir las orejas, pero cierra la boca!

No me gustaba el tono de su voz y me prometí asestarle un puñetazo en la cara en cuanto nos largáramos de allí... si es que lográbamos salir.

A lo largo del oscuro pasillo colgaban toda clase de pancartas, del tipo «Ludy y mister Freak se casan. Vengan todos a la ceremonia organizada por maestro SADO. Azotes a discreción». El restallido seco del látigo, gemidos ahogados de dolor y placer se filtraban a través de las diferentes puertas entreabiertas.

Primera sala, Sala de Medicina. Fripette me tiró del brazo; nos hicimos un sitio contra una de las paredes, en el claroscuro de la lámpara colgada sobre una mesa de operación de fabricación casera. En el centro, un hombre barrigudo, muy peludo, cinchado a una mesa como un cerdo bien rosa. Cuatro mujeres enmascaradas, disfrazadas de enfermeras, le flagelaban con tacto las partes sensibles, arrancándole cada vez un estertor de dolor. El escroto se le hinchó y el sexo se le tensó como la porra de un poli antidisturbios. Los celebrantes tenían a su disposición diferentes instrumentos, del tipo rodillo para ablandar la masa de pizza y,

eventualmente, el sexo, disciplinas, una especie de tornos para los senos y también vibradores.

A nuestro alrededor la gente susurraba. Las lenguas se relamían, las manos se deslizaban bajo los trajes para una probable masturbación. Escudriñé con la mirada a mis vecinos, adivinando en los que no iban enmascarados a personas a quienes uno podría haber confiado a sus hijos antes de ir al cine.

Otros observadores daban impresión de rigidez, disfrutando del sufrimiento del hombre atado como de un pastel de nata. Algunos se hablaban al oído y luego desaparecían en otra sala.

Ahora el paciente sexual estaba gritando. Un verdugo le envió haces de luz a los ojos mientras otra le soltaba pinzas cocodrilo sobre la membrana con nervaduras del escroto. El espectáculo se equilibraba él solo; los que salían eran sustituidos por nuevos mirones o títeres trajeados. Las palabras me quemaban en el borde de los labios; alguien, entre aquella cohorte de obsesos, tenía que pertenecer por fuerza a BDSM4Y, era cuestión de probabilidades. De repente, mi mirada quedó retenida.

Reconocí a Rostro de Cuero en la entrada de la sala. Me miraba de hito en hito, penetraba en mí como una hoja en la carne, los puños apretados en los guantes. Clavé de nuevo la mirada en la escena de violencia y fingí apreciar el espectáculo. Me resultaba tan fácil como tragarme una bola de petanca.

Luego una mujer de la asamblea sustituyó al hombre magullado, se dejó atar y el espectáculo volvió a empezar con renovados bríos. Nos abrimos paso para salir de la sala.

Cambio de decorado, escena idéntica; Sala Medieval, cruz para azotar, amos, dominados, mirones. No había lámparas, tan sólo antorchas que apenas salpicaban con su luz partes de miembros, pieles húmedas, rostros pétreos de dolor. Unos recién llegados se apretujaron contra nosotros. Calor de cuerpos, mezcla de sudores, oscuridad completa, haces luminosos a veces. Formábamos un solo ser. Me incliné hacia mi vecino, sin saber si se trataba de un hombre o una mujer.

—Qué placer... —le susurré al oído. No hubo respuesta. Fripette me apretó el hombro y, protegido por la oscuridad, le asesté un codazo en las costillas—. ¿Vienes a menudo? —seguí susurrando.

La forma se alejó y desapareció, dejando sitio a otro paquete de carne, más corpulento, que apestaba a sudor.

Mis ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad. Ahora distinguía las curvas de los cuerpos de los mirones, apretados contra las paredes, al igual que nosotros. Percibía el olor acre de sus carnes en ebullición, de sus sentidos trastornados por el espectáculo. Dos tipos con traje de faena ataron a una mujer a la cruz, le hundieron una anilla de metal en la boca y le taparon los ojos con una venda. Tras haberle arrancado el uniforme, le pegaron a los pechos y el clítoris pastillas conductoras unidas a una batería de doce voltios, como las que se encuentran bajo el capó de los coches. Cuando conectaron la corriente, la chica gritó, luego se corrió y pidió más.

De repente, Fripette me tiró con firmeza de la bata. Salimos por otra puerta, aparecimos en la Sala del Tribunal, donde un juez daba martillazos sobre las nalgas de una mujer acucillada; bordeamos las paredes antes de volver a encontrar el pasillo. En la otra punta, ante la Sala de Medicina, carcacas de tiarrones se agitaron.

—¡Dejemos la ropa en el vestuario! ¡Nos piramos! ¡Creo que sospechan algo!

Volvimos a subir por el pasillo y adoptamos la forma de exhalaciones delante del bar. Exhalaciones con uniformes.

—¡Detenedlos! —gritó una voz que sonaba a todo menos a reconfortante.

La Gata lanzó una botella de whisky llena que me rozó la coronilla. Un sosias

de Rostro de Cuero se plantó ante la puerta de salida, blandiendo una hoja. Le asesté sin pensar un golpe de bota en el pecho, aplastándole la nariz de un golpe de antebrazo. Fripette abrió el pestillo y nos precipitamos a la calle. La jauría se aglutinó en la orilla del torreón antes de volver a entrar, tras algunos intercambios en voz baja y dedos bien erguidos hacia arriba.

—¡Me cago en la puta, pero tú eres gilipollas, joder! —Fripette asestó un magistral golpe de suela a un cubo de basura de metal antes de aullar de dolor—. ¡Hostia, joder! ¡Me he hecho daño! ¡Cago en Dios! —Derramaba torrentes de lágrimas—. ¡Estoy quemado por tu culpa! ¡Jodido! ¡Ya estoy muerto! ¡Me van a machacar vivo, joder! ¡Te había dicho que cerrarás la boca!

Tiré la bata de enfermero al suelo. Una pareja, al descubrirnos ataviados así, yo con las botas y Fripette con su traje de juez, cambió de acera. Me asaltó una duda. Hundí la mano en el bolsillo de atrás de mis tejanos y, en ese momento, sentí que una vena en el cuello se me hinchaba como si fuese a estallar.

~¡Me han robado la documentación! ¡Esos cabrones me han robado la documentación! —exclamé.

Aquellas sombras que se apretaban contra mí en la Sala Medieval... Rostro de Cuero debía de haber sospechado algo, así que envió a un esbirro para que me mangase la cartera. Fripette lanzó una sonrisa triste.

—Estás tan pringado como yo, chaval. Espera a que te hagan una visita cualquier día de éstos. Y si se enteran de que eres un poli, te harán tragar el uniforme. Son poderosos y están organizados. Lo que has visto esta noche sólo es la punta visible del iceberg. Hay una mafia en el ámbito del *hard*, como en la droga o la prostitución. ¡Pero claro, vosotros, los polis, sois demasiado horteras para meter el bigote ahí dentro!

Se me hincharon las narices. Me abalancé sobre él, levanté la mano para destrozarle la mandíbula pero me controlé en el último momento; aquel tipo tan feo no había preguntado nada y corría el riesgo de pagar los platos rotos en mi lugar.

—Lárgate, Fripette —le solté bajando finalmente el puño.

—¿Qu... qué? ¿No vas a enviarme polis para que me protejan? ¡Joder, eres cruel, tío! ¿Qué crees que va a ser de mí ahora?

Avancé hacia él, enseñando los dientes, fulminándolo con la mirada.

—¡Vale, vale, tío! —se rindió. Sus pasos restallaron en la noche—. ¡Joder! ¡No he conocido a nadie más gilipollas que tú! ¡Que te jodan! ¡Que os jodan a todos!

En el metro casi vacío donde ni un fantasma se hubiese entretenido, dos chicos se subieron en Châtelet y me rodearon.

—¡Eh, tío, vaya botas más chulas! ¿Has visto? ¿De dónde sale este tío? ¡Maricón de mierda! ¡Danos las botas!

—¿Qué vas a hacer con ellas?

—¿Y a ti qué coño te importa? Sólo te he pedido las botas. ¡Y la pasta, ya que estás! ¡Sí, tío! ¡Suelta la pasta!

Empecé a desatarme los cordones lentamente, sumido en una profunda tristeza. Había echado a perder una pista seria. Con mi documentación, descubrirían mi identidad. El asunto llegaría hasta la organización BDSM4Y y esos tarados desaparecerían sin dejar rastro, quizás intentando acabar con mi pellejo antes.

—¡Tus botas, gilipollas! ¡Date prisa!

Me quité la bota y, con un movimiento circular, estrellé el talón en plena cara del idiota que gesticulaba a mi izquierda. Una parábola espesa de sangre brotó acompañada de un dientecillo, un canino que se precipitó bajo los asientos vacíos. Antes de que el segundo sacase su navaja, le doblé los dedos sobre la mandíbula. Unos huesos crujieron, seguramente los de mis falanges, pero también y sobre todo



los de su maxilar. Se apretó el rostro entre las manos y gimió como un suplicante. Me levanté, me así a una barra metálica bajé en la siguiente estación para continuar a pie. Tenía la mano ensangrentada y estaba extenuado.

Al llegar a casa, a pesar del peso del cansancio, una extraña motivación me empujó a poner en marcha a *Poupette*. Sin éxito. Sin embargo, los depósitos estaban llenos, la presión subía en la caldera, pero la locomotora sólo me devolvió un chillido desesperado, un gorgojeo de vapor, una queja temblorosa. Como un ser humano que agoniza. ¿Acaso sufría tanto como yo bajo su caparazón de metal?

Imposible invocar las visiones hermosas de mi mujer, esta vez. Por todas partes olía a muerte... Me dormí inquieto, temblando y empapado en sudor, con la Glock sobre la mesilla de noche.



## Capítulo 8

Delante de mí, el Maroni borbotea y las paredes de agua que rompen contra las rocas debilitadas por la fuerza viva de la corriente retumban al unísono. En la otra orilla, enfrente, la sangre mana de una mujer desnuda tumbada en el barro y se mezcla con la onda del río hasta teñirlo repentinamente de rojo. Dirige hacia mí una mirada devastada por la tristeza, estira las manos, blande los dedos implorantes en mi dirección como si quisiese atraerme hacia ella. El pecho que le han arrancado se anega a su lado en un pequeño charco que también se ha vuelto rojo. A lo largo de la pelvis, un corte separa cueros y carnes y deja ver la capa traslúcida del útero. Encima de mí, el cielo se oscurece, el aire se carga de una humedad cálida, las nubes se enredan en el viento de altitud; la tormenta tropical se dispone a estremecer la tierra.

Allá a lo lejos, una Zodiac desafía las aguas, con el motor aullando, y lucha contra la corriente en dirección a la orilla opuesta. A bordo, una silueta mueve los brazos, se desgañita gritando en criollo frases cuyo sentido se me escapa. La lancha acostada sus flancos de caucho cerca de la mujer y el piloto salta sobre la ribera, abandonando el bote a la voracidad del río, antes de marcharse violentamente a camuflarse entre la flora de los alrededores.

Desde donde estoy, dos ranuras amarillas rodeadas de negro surgidas de las entrañas del río surcan el agua, palpitan, sondan el terreno y presienten el calor humano. Con gran regularidad, el velo transparente del párpado se precipita sobre el ojo antes de desaparecer con la misma ferocidad. Aletas de la nariz amplias, volcanes, expulsan un torbellino de agua y se orientan hacia la chica, cuya sangre se derrama sin cesar. Las fauces se afilan, la mandíbula castañetea, las aletas de la nariz se abren e inhalan los efluvios dulzones de una comida excepcional. Ahí, en Guayana, me enseñaron a adivinar la talla de un caimán midiendo mentalmente la distancia que separa sus ojos y, así, en cálculo aproximado, éste debe de tener casi tres metros de ferocidad, de potencia, de crueldad absoluta. La chica grita, rueda hacia un lado en un esfuerzo vano. Los arcos de las costillas le atraviesan la piel cada vez que intenta moverse. Tengo que actuar y, a pesar de que la corriente puede arrastrarme, me precipito a los brazos del Maroni. El caimán, tenso como una flecha, se abalanza hacia ella y, con exquisita lentitud ante la impotencia de su presa, asciende por la ribera, una pata tras otra, con las fauces flamantes.

El agua choca contra mi torso en chorros de furia. La rabia loca de la corriente me desplaza río abajo, pero avanzo, agarrado a las rocas, a las ramas de mangles que flagelan el agua ensangrentada cada vez que el viento retuerce sus ramas. La mujer se rompe las cuerdas vocales, gime y, en las entonaciones centelleantes de la pena, adopta el timbre de voz de Suzanne. Su rostro asume ahora las facciones de mi mujer. Y grita, grita hasta perforarme los tímpanos. Unos disparos hacen que una nidada de tucanes alce el vuelo. El cráneo trapezoidal del caimán explota, el animal rueda hacia un lado, rueda cuesta abajo por la ribera y se deja engullir por el río como un tronco muerto. El linderero de la jungla escupe una forma, una silueta fornida envuelta en una capa negra con forro rojo. Lleva capucha, pero no hay cabeza, no hay rostro, tan sólo esa capucha apoyada sobre curvas que no existen. El Hombre

sin Rostro se alza ante mí.

Se inclina sobre Suzanne y saca de una de las mangas un machete afilado. Estira el pecho por el pezón y lo corta por la base de un golpe limpio de hoja. Sólo unos metros me separan de ella, pero la corriente me empuja contra una roca en forma de cráneo, me aplasta tanto el pecho que casi me impide respirar. Si me muevo, las aguas tumultuosas se me llevarán hacia las cascadas aplastantes de poder. El hombre ríe a carcajadas en el momento en que trombas de agua empiezan a despojar los árboles de las hojas. Con el talón, tira a Suzanne por la pendiente. El cuerpo mutilado de mi mujer se desliza por el agua, revolviéndose en las fauces del río, y rueda aguas abajo entre las rocas contra las que se estrella. Suzanne se acerca, traga sorbos de barro y sangre, regurgita, se hunde hacia el fondo y emerge ante mí.

Extiendo los brazos, sus dedos me arañan la piel de las manos. Se agarra, el cuello hinchado de agua, pero el Maroni desencadena sus rápidos y me la arranca, arrastrándola hacia sus vapores antes de precipitarla al centro de las cataratas.

El hombre ríe burlonamente, delante. ¿Cómo consigue reírse, privado de rostro? ¿Por dónde escapan los sonidos? Su grito no deja de quemarme.

Dejo mi roca y permito a las corrientes desenfundadas que me lleven de vuelta a los brazos de Suzanne...

El despertador llevaba sonando un cuarto de hora cuando emergí en medio de un lago de sudor, con los huesos restallando unos contra los otros bajo el efecto del miedo. Sentía una espantosa dificultad para entender que acababa de añadir, al grueso catálogo de mis pesadillas, la peor de todas.

Normalmente, incluso en pleno sueño, era capaz de oír volar una mosca, percibir la respiración de Suzanne bien pegada a mí cuando la estrechaba entre mis brazos. Era increíble: quince minutos de timbre estridente y no había oído nada. ¿El poder de la pesadilla me había atrapado hasta ese punto? Curiosamente recordaba cada detalle, como si la escena acabase de producirse en ese instante ante mis ojos. Aún sentía los efluvios nauseabundos del río, esa lluvia tibia, esas nubes negras en forma de animales. Veía el agua brotar de los ollares del caimán, tenía en los labios el gusto de la sangre de Suzanne. Todo... todo parecía ¡tan real!

Eché un vistazo a *Poupette*, ahogada en medio de una mezcla de agua y aceite. La noche también había sido dura para ella. Me sentí culpable y frustrado de verla en ese estado. De su metal sin vida se filtraba un áurea templada, un calor que me conmovía el corazón, que me acercaba a Suzanne sin que pudiese explicar por qué. Me prometí intentar arreglarla esa misma noche.

Mientras bebía el café, recorrí con la mirada la lista de los alumnos de la facultad de Medicina de 1994 a 1996.

Nombres que, como debería haber supuesto, no me llamaban en absoluto la atención.

Leí en diagonal el correo del ingeniero de Écully sobre las fotos descriptadas y luego me dirigí al cuarto de baño. Había una montaña de ropa tirada. Camisas que aún no había tenido tiempo de planchar, lenguas de corbatas colgadas del borde de la bañera, pantalones arrugados, e incluso rotos. Lo llevé todo a un rincón de nuestra habitación y fregué el suelo del cuarto de baño antes de lavarme. Los nombres de estudiantes seguían desfilando ante mí, como una película sin final. Chicos, chicas, franceses o extranjeros, esparcidos por todo el país u otros lugares.

¿Cómo iba a dar con quienes pudieron haberse relacionado más

estrechamente con Martine Prieur, hasta el punto de conocer su secreto macabro?

Ante un impulso súbito, medio desnudo, me precipité sobre el móvil.

Tras una larga espera en el secretariado, por fin transfirieron mi llamada al teléfono del profesor Lanoo. Notaba que me ardían las mejillas.

—¿Señor Clément Lanoo? ¡Soy el comisario Sharko!

—¿Señor Sharko? Ya le dije que...

—Va a ser muy breve, señor Lanoo. ¿Martine Prieur se quedó tres años en el internado de la facultad, verdad?

—Mmm... Sí, así es. ¿Y?

—Las habitaciones son para dos personas, ¿no?

—Sí, sobre todo por razones financieras.

—Dígame con quién vivió Prieur durante esos tres años.

—Espere un minuto, lo consulto en el ordenador...

La espera fue espantosa.

La voz de fuerte prestancia rompió el silencio.

—Aparece un único nombre: Jasmine Marival. Sí, esas dos chicas no se separaron durante tres años.

—¡Maldita sea! ¿No podría habérmelo dicho ayer?

—¿Cómo quería que pensase en eso? Me preguntó si conocía la vida privada de los alumnos, y le contesté que no. No veo que...

—¿Acabó sus estudios?

—Mmm... No. Siguió un año más tras la marcha de Prieur, pero luego lo dejó. Sus notas habían caído en picado.

—Gracias, profesor.

Llamé a la central y, diez minutos después, cuando ya me había vestido, el teniente Crombez se puso en contacto conmigo. Exclamó:

—¡Tenemos la dirección de Jasmine Marival, comisario! Es poco común. ¡La chica vive en un viejo caserón en pleno bosque de Compiègne!

—¿Y cuál es su profesión?

—Es agente rural.

—Era...

—¿Cómo dice?

—ERA agente rural. Porque es muy probable que esa chica y la del matadero sean la misma. ¿Dónde se ha metido el teniente Sibersky?

—Creo que en la maternidad. Ha avisado que llegaría más tarde a la oficina.

Bosque de Compiègne. Cerca de quince mil hectáreas erigidas hacia el cielo en arpones de robles, hayas y ojaranzos. Un pulmón natural surcado de venas de agua, agujereado de lagos, embellecido por los tonos ocre del otoño naciente... Tras atravesar el pueblo de Saint-Jean-aux-Bois seguimos por carreteras cada vez más estrechas, donde en algunos tramos el asfalto se convertía en tierra y la tierra en barro.

El teniente Crombez aparcó en un camino transversal al eje principal antes de poner el pie en el suelo. Un charco fangoso acogió uno de mis recién estrenados zapatos de cuero. En el silencio immaculado del bosque, el clamor de mi furia pareció un desgarrón.

El teniente Crombez dio una vuelta sobre sí mismo, la vista hacia el cielo, como perdido lejos de sus catacumbas de hormigón y cristal.

—Me encanta el bosque, pero no hasta el punto de vivir aquí. Me pondría la



piel de gallina vivir en este lugar, en medio de la nada.

—¿Estás seguro de que se encuentra por aquí?

—Según el mapa, la chabola está a cuatrocientos metros hacia el oeste.

—Seguramente te has saltado una carretera. Vamos a tener que atravesar este lodazal. Con la cantidad de agua que ha caído en estos últimos días, va a ser divertidísimo. Bueno, vamos allá.

Paredes de saúcos, viburnos y zarzas se alzaban ante nosotros, enmarcadas por troncos rugosos invadidos por el musgo y la hiedra. Algunas espinas, así como las ramas desnudas de los arbustos, se ensañaban en mis zapatos, lo que alegremente aumentó mi nerviosismo hasta el límite de lo soportable.

Las murallas prietas de cortezas y hojas acercaban el horizonte hasta la punta de nuestra nariz.

—¿Estás seguro de que no la has cagado? —maldije—. ¡Ahora es mi pantalón el que ha pasado a mejor vida! ¡Lo han devorado las zarzas! ¿Quieres acabar conmigo o qué?

—Deberíamos estar a punto de llegar...

—Sí, deberíamos.

El canto de un pardillo rasgó el limbo matinal, relevado en su impulso por otros que rodaron lejos por las cabelleras de los árboles.

Dimos, gracias a Dios, con una vía más ancha donde por fin apareció la frente encarnada del sol. La densidad arbórea se debilitó; a la izquierda, ligeramente más abajo, languidecían siete lagos dispersos en el desorden ordenado de la naturaleza, a merced de sus aguas durmientes.

—Ya está, ya llegamos. Los lagos Warin. El caserón seguramente se encuentra tras los arbustos, al fondo. ¡Vaya, vaya! ¡Este sitio es francamente siniestro! ¡Como si estuviésemos en el bosque de *El proyecto de la bruja de Blair*!

—¿Qué?

—Déjelo, es cosa de jóvenes.

—Conozco *El proyecto de la bruja de Blair*. No me tomes por un cernícalo.

A lo largo de las extensiones de agua se reflejaban las frondosidades de los olmos enraizados con la fuerza de la edad en la tierra. La fauna y la flora se desarrollaban en la armonía de las tierras olvidadas, lejos, muy lejos de la marea humana donde el teniente y yo sobrevivíamos.

El gran caserón, construido en 1668 para una comunidad de Celestinos, hendía la banda continua de árboles, con los techos puntiagudos elevados hacia el cielo, como si fuese a arañar la capa baja de las nubes, los tres pisos poderosamente anclados de piedra amarilla; las ventanas, más largas por un lado que por otro, conferían a la mansión una expresión de furia. Delante de la fachada se alzaba un tejo con las ramas arqueadas por el peso de las agujas húmedas, impregnadas del olor de épocas pasadas. El árbol parecía haber atravesado los tiempos ancestrales. No había visto *El proyecto de la bruja de Blair*, pero sí *La morada del miedo* suficientes veces para afirmar que esa chabola se le parecía como dos gotas de agua.

—¿Vivía ahí?

—Sólo en una parte de la casa. Según la Dirección de Desarrollo Forestal, el trabajo de Jasmine Marival consistía en habitar y mantener la casa para evitar cualquier tipo de vandalismo o que la ocuparan. ¡Extraña reconversión para una chica que ha estudiado Medicina, acostumbrada a la gran ciudad y a rodearse de la gente!

—Quizá le gustara lo lúgubre. ¿Cómo obtuvo el puesto?

—Sencillo. Sustituyó a su abuelo, que malgastó aquí su vida.

Los lagos, a nuestra izquierda, desprendían un olor de agua estancada, cuarteada en la superficie por el caos de los renacuajos.

—¿Cómo puede ser que desapareciese más de un mes sin que los de la Dirección de Desarrollo Forestal se diesen cuenta?

—Creo que ni siquiera se hubiesen percatado de la desaparición de la casa.

—Bueno, vamos allá. Mantente alerta, nunca se sabe...

Sobre el umbral gastado de piedras cuarteadas por las heladas invernales, nos pegamos a los cruceros, el arma pegada a la mejilla. La puerta estaba entreabierta, como la mandíbula de un cepo para lobos. Ninguna luz se filtraba por el marco de la puerta.

—Voy a entrar —murmuré—. Toma el espacio a la izquierda, yo cubro la derecha.

En el interior, la inmovilidad de las cosas muertas nos acometió. El arrullo agotado de una paloma me puso los pelos de punta. El pasillo estrangulado del recibidor nos condujo a un salón sumergido en las tinieblas, con frescos desconchados y muebles deformes.

Nos pegamos a las paredes, furtivas, mezcladas a los elementos como fluidos. Los rayos del sol rotos por las ramas de las hayas, ahogados por las ventanas mugrientas, apenas se filtraban, como si la residencia rechazase la incursión de la luz, el aliento de la vida. En el salón se percibía la fusión de colores mórbidos, negros matizados, grises ajados. Enfrente, las escaleras de caracol de piedra volaban hacia la oscuridad más densa de los pisos superiores.

—Vamos a registrar la planta baja, sígueme —susurré.

Recorrimos las habitaciones una por una, cuando una pequeña cámara conectada a un ordenador, en el cuarto de baño, llamó la atención de Crombez.

—¿Ha visto, comisario? ¡Una webcam orientada en dirección a la bañera!

Descubrimos más en la cocina, el salón, la rampa de la escalera.

—¡Esa mujer desvelaba su vida en internet! ¡Las veinticuatro horas del día! ¡El menor momento de intimidad retransmitido a miles de mirones! —comentó el teniente.

—Puede que sea la razón por la cual la castigó. Por lo menos, esta vida puesta al desnudo le facilitó la tarea. —Me acerqué a un PC—. Los ordenadores están apagados. Deben de haber cortado la electricidad. ¿Has visto el interruptor general?

—No.

De vuelta a la cocina, abrí algunos cajones y acabé por dar con una linterna que funcionaba.

—¡Tendría que haber cogido la Maglite, maldita sea! Bueno, vamos a inspeccionar el sótano y luego subiremos a las plantas superiores.

Una escalera de unos veinte peldaños se sumergía en un sótano abovedado. El haz de mi pobre linterna tan sólo iluminaba de forma ilusoria y la oscuridad volvía a recuperar su derecho detrás de nosotros a medida que avanzábamos. El techo extremadamente bajo nos obligó a agacharnos. Una humedad verde, cargada de olor a hongos, exudaba de los ladrillos oscuros y parecía verterse sobre nuestros hombros. Evité por los pelos un nido de arañas con una flexión de piernas, pero Crombez no fue tan rápido de reflejos y metió la cara en la tela hormigueante de minúsculos insectos.

—¡Me cago en la puta! —gruñó sacudiéndose el pelo, asqueado—. ¡Este sitio me repugna!

Al final de la escalera, nuestros dientes chirriaron cuando la lamparilla iluminó la mirada penetrante de un zorro de aspecto ofensivo, el hocico dirigido hacia nosotros. Estuve a punto de disparar, pero el animal no se movía. Estaba disecado.

—¿Qué coño es esto? —susurró Crombez quitándose de la frente las arañas rebeldes.

Tras el zorro, más al fondo, tribus mudas de animales del bosque sufrían en silencio sobre peanas de madera, atrapados para siempre en la inmovilidad de paja impuesta por su verdugo. Hurones, conejos, lechuzas y jabatos parecían implorar. Las canicas de sus ojos se iluminaron bajo el fuego de la linterna como luciérnagas; los colmillos lustrosos brillaban, como si aún intentasen morder.

Al iluminar a la izquierda del zorro, creí hallarme en el laboratorio experimental del doctor Frankenstein. Sobre la mesa metálica destellaban todo tipo de instrumentos de cirugía utilizados para el desollamiento: pinzas, escalpelos, tijeras, sierras quirúrgicas, cuchillos de diferente tamaño... Debajo de la mesa había otra serie de herramientas que, era evidente, también se necesitaban en el funesto trabajo: taladro, prensas, escofinas mecánicas, tornos de carpintero...

—A la derecha —exclamó Crombez—, dirija la linterna hacia la derecha.

Obedecí. El haz quedó fijo sobre una webcam.

—¡Dios mío! —murmuré—. ¡También filmaba esto!

—¡Volvamos a subir! —susurró el teniente con voz temblorosa—. Esto es un antro de porquerías...

Al dar media vuelta, jaulas de diferentes dimensiones pegadas a la pared maestra se recortaron en el cono de luz. Prisiones destinadas a encerrar animales vivos y, justo encima, una segunda webcam. ¿Qué ser maléfico había germinado en Jasmine Marival? ¿Qué placer había experimentado al librarse a las miradas de las cámaras? ¿Quiénes eran peores: los que disfrutaban con esas imágenes de tortura, de taxidermia en directo, o ella, Marival, que ofrecía un espectáculo inmundo a sus ojos?

Al igual que Prieur, se deleitaba en el vicio. Al igual que Prieur, el horror, el sufrimiento infligido le producían placer. Y, al igual que Prieur, había sido castigada.

Nos encaminamos a los pisos de arriba. Subimos los tramos de peldaños uno al lado del otro, acompasados por el sonido hueco del silencio y de nuestros propios pasos sobre la piedra. Cortinas tenebrosas se abatían sobre nosotros como capas cortantes; avanzábamos al tacto, a lo largo de un pasillo agujereado de pesadas puertas de madera, esperando lo peor.

—No puedo creer que viviese aquí dentro —se estremeció Crombez—. Parece un túnel del terror, un castillo encantado. ¿Cree en el Diablo?

—Ocúpate de este piso; yo voy al de arriba. Grita si hay algún problema.

—Puede contar conmigo... para gritar. Ya estoy temblando igual que un pollo en un asador.

Tenía la impresión de deambular por el intestino de un monstruo dormido, al que el menor paso en falso despertaría. Adivinaba marcos colgados de las paredes, los rostros pintados atrapados en la eternidad, y sentía cómo esas miradas me disecaban, me espiaban, casi oía los ojos cerosos moverse en las órbitas.

Nuevo tramo de peldaños. Pasillo idéntico en el piso de arriba. No había webcam; seguramente la chica nunca subía allí.

Abrí una puerta pegada al renvalso por telas de araña y un chorro vivo de luz abrasó la habitación a través del arco cimbrado de la ventana. De los muebles ocultos bajo sábanas blancas, de la cama descompuesta, asolada por el abandono, exhalaba el denso olor del pasado, de lo que fue, de lo que ya no sería. Me acerqué a la ventana y acaricé con la mirada las copas de los árboles que se alzaban justo delante de mí, en el exterior.

A través de las hojas entreví las capas verdosas de los lagos, y una mirada circular me reveló un destello ahogado en la mata prieta del bosque, más al este. La

mezcla de chapa y cristal pulido que descubrí fue como una bofetada: aquellos reflejos provenían de un coche del que no conseguía distinguir el color preciso.

Inyección de adrenalina, turbulencias acidas en la garganta. Alguien se ocultaba en la casa, apresado por la piedra, acorralado por nuestra presencia en un rincón inexplorado del caserón asesinado.

Salí disparado de la habitación, me deslicé a lo largo de las paredes y los revestimientos, avancé como una exhalación íntima por el alma revestida de madera de la residencia. Regresé a la escalera, me tragué los peldaños, me precipité en el pasillo casi infinito del primer piso.

Crujido repentino, chirriar de puerta, sombra achaparrada arrancada a la oscuridad, escupida por una habitación lateral. In extremis, con el gatillo medio apretado, reconocí la construcción sólida de Crombez.

—¿Comisario? Yo...

—Calla. —Corrí hacia él, me incliné hacia su oído—. ¡Hay alguien en la casa! ¡Hay un coche fuera!

—¡Dios santo! Yo... —murmuró el teniente, tensándose por el nerviosismo—. No he encontrado nada en este piso; todas las habitaciones están vacías, los muebles de algunas están tapados por las sábanas, como fantasmas.

—Tampoco hay nada en el segundo.

—¡Está en el tercero! —murmuramos al unísono.

El torno áspero de la angustia me hizo un nudo en la garganta. A medida que avanzábamos por lo lúgubre, los malos recuerdos del matadero iban asaltándome, me agujereaban el estómago como estiletes de metal. Una potencia pesada flotaba en la atmósfera, una fuerza sorprendente que parecía emanar de las paredes olvidadas de aquel pasillo. Ahora intuía una presencia encaramada tras una de esas puertas, lista para atacar. Pedí a Crombez que fuera aún más prudente.

Puerta tras puerta, abertura tras abertura, el fuelle de la tensión se hinchaba y luego se distendía ante la inmovilidad flagrante devuelta por las habitaciones. Teníamos los nervios a flor de piel. El más insignificante chirriar de los revestimientos de madera aumentaba la presión de nuestras falanges en el gatillo de las armas.

En esos momentos de atención extrema, mi cuerpo comulgaba con lo que le rodeaba, como si cada objeto, cada sonido, analizados por mi oído o mi retina, se descompusiera hasta el infinito antes de llegar a la maquinaria ajetreada del cerebro.

Nos abofeteó el olor infecto que emanaba de la última puerta, al fondo del pasillo. Una mezcla acre de gasoil, sangre y carne quemada me provocó una arcada y obligó a Crombez a meter la nariz en el cuello de su tres cuartos. Nos pegamos a cada lado del marco, labios fruncidos, sudores fríos. Crombez empujó, entré, me siguió, me hice a un lado, me cubrió. Y luego el teniente cayó de rodillas al suelo, el arma colgada del índice, la boca abierta. Entonces me di cuenta de que estaba rezando.

Una masa oscura destacaba en la penumbra de la habitación. Por las persianas cerradas de las ventanas sólo se filtraban láminas de claridad sofocadas por los tupidos follajes de los árboles; sin embargo, la sangre generosamente esparcida sobre el parqué a mosaico reflejaba igualmente un resplandor de un rojo desvaído, cercado de negro en los bordes de los charcos.

El cuerpo desnudo se hallaba desplomado sobre una maciza silla de madera, atado con cuerdas que desaparecían bajo los michelines enrollados de los muslos y el pecho. Sobre el gran lago carnosos del vientre y en las orillas de los miembros, la piel quemada en algunas partes crujía, se replegaba, se enroscaba hasta transparentar la carne sonrosada de los músculos y la colada grisácea de las

grasas.

Una pátina de sangre cubría la amplia frente de Doudou Camelia, como si rezumase del propio cráneo.

En el resplandor ocre de un haz de luz, sobre la mesa, descubrí la esponja blanda del cerebro, esa blancura virginal mezclada de púrpura que irradiaba como un áurea divina. Le habían recortado el cráneo, quitado y seccionado el cerebro y, con cuidado, habían vuelto a colocar en su sitio la tapa ósea, vaciada de su sustancia pensante, de lo que nos hace humanos.

Detrás, sobre la pared, en la tapicería hinchada por la humedad, habían escrito estas palabras en letras de sangre: «Los atajos que llevan a Dios no existen».

Me disponía a dejarme sucumbir a las flagelaciones enojosas de la desesperación, pero el clamor áspero de la venganza me llenó de odio, de ganas de matar a mi vez. Pasé por encima del cuerpo doblado de Crombez y me precipité escaleras abajo con la esperanza de llegar antes que el asesino al coche camuflado en la maleza. Una poderosa oleada de gasoil me golpeó en las aletas de la nariz en el momento en que los pies se me hundían en una inmensa charca irisada, entre el primer y el segundo piso. Apenas tuve tiempo de dar media vuelta cuando una fogarada, un abrasamiento rabioso devastó la parte inferior del hueco de la escalera y se apoderó del pasillo del primer piso, en un estruendo sordo. Los dientes carnívoros de las llamas ya devoraban las viguetas y las vigas del techo, bailando sobre el suelo y crepitando en una mezcla de furia y alegría. Imposible huir por abajo.

Volví a subir y me precipité dentro de la habitación del horror, presa del pánico. El espíritu de Crombez parecía flotar en la habitación, aunque el armazón del hombre, acurrucado en un rincón, oscilaba hacia delante y hacia atrás como un reloj de pared con el carillón desajustado. El joven teniente acababa de entrar por la puerta grande en el mundo del Hombre sin Rostro.

—¡Tenemos que salir de aquí! Ha incendiado el primer piso. ¡Es imposible bajar! —grité.

Crombez se precipitó al pasillo, donde los rodillos de humo reptaban a lo largo del techo como millones de insectos minúsculos.

—¡Por el amor de Dios!

—¡Corre a buscar las sábanas de las otras habitaciones! ¡Deprisa!

Lo pasé muy mal cuando tuve que pasar junto al cuerpo postrado de Doudou Camelia. Su mirada de ceniza suplicaba, sus labios hinchados se encostraban ya con rigidez, con frialdad, y experimenté al rozarla la sensación de que una manita, una mano de niña, me estiraba de la parte de atrás de la chaqueta.

Por encima de mi cabeza, las primeras nubes grises de humo invadían la sala mortuoria y echaban el aire viciado para sustituirlo por uno mucho peor. Empujé las persianas con brusquedad, con brutalidad, abrí la ventana y empecé a reunir todas las sábanas que pude de las que recubrían los viejos muebles y la cama con dosel. Crombez volvió a aparecer.

—¡Venga! ¡Anuda los extremos! ¡Y apriétalos con todas tus fuerzas —exclamé llevando las sábanas al borde de la ventana.

Bajo nuestros pies, el piso crujía por las acometidas insistentes del intenso calor que se propagaba por el piso de debajo. El aliento de fuego se acercaba peligrosamente y el humo ya rodaba teñido de rojo y naranja. El fuego olfateaba lo humano, progresaba, jugaba con esa voluntad afirmada de aniquilar cuanto se alzase a su paso, vivo o muerto.

Tiré el cordaje improvisado por la ventana, até el extremo alrededor del tubo de un radiador y empujé a Crombez delante de mí.

—¡Sal tú primero! ¡Deprisa!

Oí ventanas explotar, vigas venirse abajo, un gruñido horrible expandirse por las paredes como un barco a punto de partirse en dos. Crombez franqueó la ventana y se asió a la tela; las fibras de lino se tensaron bajo la acción de la masa de su cuerpo. El conjunto resistía, pero no soportaría el peso de dos hombres.

En mitad del descenso, Crombez gritó. La parte inferior de la cuerda estaba quemándose y, alrededor de la casa, en el exterior, las llamas zigzagueaban en el aire por la boca abierta de las ventanas despanzurradas.

—¡Baje, comisario!

Sin esperar, pasé las piernas por encima del apoyo, me agarré a lo que me retenía aún a la vida y me colgué en el vacío. El tejido rechinó, tensado al máximo, rozando la ruptura. Vi a Crombez propulsarse como un hombre araña y caer en el barro cinco metros más abajo. Un crujido atroz me llegó a los oídos, seguido de un grito de dolor que me produjo poco optimismo sobre el estado de los tobillos de mi compañero. Bajo mis suelas, las llamas se agarraban a la cuerda y empezaban su festín. Geiseres rojizos surgían de todas partes, como atraídos por el verdor colindante. El fuego estaba hambriento.

Los seis metros que me separaban del suelo me parecieron más profundos que el Gran Cañón. Al saltar desde ahí, quedaría aplastado como un huevo. No tenía sin embargo muchas opciones, pero, aun a riesgo de caer, preferí soltar las sábanas y meter los dedos en las anchas fisuras de las piedras, que ofrecían buenos asideros de escalada. Avancé así unos metros antes de acabar por saltar con los dedos ensangrentados, y las rodillas y los codos arañados.

La caída resultó dura pero soportable, salvo que en el momento del impacto creí que el tótem de marfil de la columna vertebral iba a atravesarme la parte trasera del cráneo.

Crombez gemía con las manos alrededor del tobillo, que describía un ángulo imposible respecto al resto de la pierna. Había aterrizado sobre la única piedra del jardín.

La locura asesina del fuego se había apoderado de las arterias centenarias de la residencia, aniquilando los tres pisos hasta llegar a la médula de la piedra. Espirales abrasadas de cenizas se enrollaban y bailaban en lo alto del cielo, y se alejaban luego por efecto de un débil viento de oeste. Tiré de Crombez por los brazos a través de la alfombra de barro, lo dejé a cubierto, lejos del diluvio, y llamé a los bomberos. Luego me senté, la espalda apoyada en un árbol, la cabeza entre las manos abiertas a la desesperación. Una vez más, mi camino acababa de cruzarse con el del asesino. Una vez más, había llegado demasiado tarde y Doudou Camelia había recogido los frutos de mi incompetencia. ¿A través de qué incomprensible medio había remontado hasta ella el asesino? Aún podía ver aquella frase, esas letras de sangre: «Los atajos que llevan a Dios no existen».

¿Había adivinado el don de videncia de la vieja negra, presintiendo que podía llegar hasta él? Tras haber cruzado las plazas sagradas de su alma, la había eliminado sin una pizca de piedad, permitiéndose el lujo de arrastrarla hasta aquí para disfrutar plenamente de sus gritos de agonía en el cementerio verde del bosque.

¿Durante cuánto tiempo la había mantenido atada a la silla? ¿Cuántas quemaduras, torturas morales le había infligido? ¿Seguía consciente cuando se disponía a extraerle el cerebro?

Ante mí, en la lluvia incandescente de pavesas, el mundo de la guayanesa, de esa fuerza generosa, perecía en un tormento de humo. La propia materia que testimoniaba su paso por la Tierra salía volando en espirales grises, lejos de la

mirada del mundo, lejos de la crueldad del Hombre sin Rostro, quizás a salvo en algún lugar de la linde del cielo...

Todo se desmoronaba, se desvanecía. Las pistas, los datos preciosos encerrados en los ordenadores, las huellas. Yo estaba maldito. Estaba realmente maldito.

El Hombre sin Rostro: un remiendo de crueldad desmedida, un aliento de fuego que se desplazaba de cuerpo en cuerpo, de víctima en víctima, dejando una estela de muerte y desolación. Un espíritu consagrado al Diablo, a los peores horrores de este mundo, que transformaba incluso ese peor en inconcebible mediante un solo color, el púrpura.

Se perfeccionaba día tras día, enriquecido por sus atrocidades, perfilando sus técnicas de caza, sumergiéndose cada vez un poco más en una desmesura indescriptible. Jugaba con la muerte, se mofaba de las leyes, la humanidad, la vida y todo cuanto daba sentido a la existencia. Era aquel a través de quien se difunde el Mal. ¿No era él mismo el Mal?, me preguntaba seriamente, muy seriamente.

Recordaré toda mi vida el día de mi boda, aquellos rostros engastados de alborozo, esas cintas blancas que se agitaban en el aire de verano y sobre las chapas abrillantadas de los coches.

Un día, al hurgar en la cómoda de nuestra habitación, había descubierto la vieja caja de cartón donde estaba cuidadosamente doblado el vestido de novia de Suzanne. Rocé con la punta de los dedos el encaje Valenciennes, removiendo el fuego abrasador de los recuerdos, y a través del sueño me transporté al alba clara, tan lejana, de mi pasado antaño feliz. Con el tacto del alma recordé la pequeña iglesia de Loos-en-Gohelle ante la cual permanecía Suzanne del brazo de su padre, con su ramo de rosas, camelias y orquídeas apretado contra el pecho. También recordaba los puñados de arroz ofrecidos al cielo, nuestra carrera loca hacia la diosa aderezada entre las risas de los niños, los vestidos de las damas de honor ondulando justo detrás...

Una flor permanece como lo que es, incluso privada de las hojas, incluso marchitada o quemada por el ojo rojo del sol. Los recuerdos se velan pero no desaparecen, van y vienen como esas lenguas de espuma que rompen en la playa antes de volver a marcharse engrandecidas con su propia sustancia. Tejen lo que somos, mucho más que lo que hemos sido... Me aferraba a eso cada día para superar la desaparición de mi mujer, de mi Suzanne.

Lo más chocante es la manera como los días aciagos, también ellos, quedan fijados en el empavesado de la memoria, como una quemadura moral en la corteza del alma. De niño —acababa de cumplir diez años, un martes—, había visto un perro, un pastor alemán, arrastrado y descuartizado por las ruedas de un semirremolque. Volvíamos de Annecy. Las raras vacaciones punteaban mi infancia. Momentos de alegrías inolvidables en el gran lecho blanco de las montañas, entre mis padres, comiendo helados italianos subidos a los hidropedales. Pero aquel perro, su última mirada, aquel aullido glacial... Aún podía ver las canicas negras de sus ojos presos del espanto, igual que mi propio reflejo en el espejo. La imagen, arrojada a los vagones de mis recuerdos, me acompañaría ahí donde fuese, incluso en el sueño. Y, como un viejo fantasma, me acosaría hasta que cayese, yo también, en el Gran Cañón.

El día de la muerte de Doudou Camelia cavó un surco de fuego en las líneas atormentadas de mi espíritu y nunca, jamás, el futuro lograría ahuyentar los horrores

que había presenciado aquel día.

Cuando sonó mi teléfono, justo después de la llegada de los bomberos, supe que la larga espina de la desgracia apenas acababa de rozarme.

—¡Shark! ¡Soy Leclerc! ¡El inspector Brayard ha dado con algo muy serio!

—¿Qu... qué dice?

—Gracias a ti. Le habías pedido a Sibersky que interrogase al STIC cada día y, antes de marcharse a la maternidad, le pasó el relevo a Brayard. En fin, el caso es que éste introdujo los criterios de búsqueda propios de cada asesinato y, esta mañana, ha aparecido una respuesta. Una profesora de química ha sido descubierta en su casa, atada y amordazada exactamente de la misma manera que las víctimas anteriores. El tío le ha acribillado el cuerpo con pinzas cocodrilo antes de desaparecer. ¿Y sabes qué?

La cabeza me daba vueltas. Los faros giratorios de los bomberos me salpicaban las retinas, atravesaban la piel de mi mente como fogonazos eléctricos.

—¿Sharko, estás ahí?

—Sí. ¿Qué?

—La chica ha sido torturada, ¡pero está viva!

—¿Viva?

—¡Exacto! Las heridas son superficiales y está saliendo del trance. La durmió con un anestésico, pero aún no sabemos cuál.

—¿Quetamina?

—Es poco probable, dado que según ha dicho la víctima utilizó un trapo empapado. Quizás éter o cloroformo.

Me preguntaba si aún sería capaz de pensar. Le hice una señal a uno de los bomberos, que acudió a mi lado, y le pedí que me trajese una aspirina. A Crombez se lo habían llevado en una camilla.

—¿Sharko? ¡Te noto distante! ¿Qué ocurre?

—¿A qué hora la agredieron?

—A las once de la noche. El hombre huyó hacia las dos de la madrugada, afirma la chica.

Teóricamente, el asesino había podido llevar a cabo los dos actos en la misma noche. Quizás había llegado a la mansión, atado a Doudou Camelia, y luego se había ocupado de la chica antes de volver a cargarse a la vieja negra. O tal vez primero la chica y luego Doudou Camelia en su casa, justo después.

Pero ¿cómo imaginar que a través de su itinerario de sangre pudiese dejar a una víctima con vida?

—Maldita sea, Shark ¿qué ocurre? ¿Qué es ese jaleo?

—Acabo de dar con el cadáver de mi vecina en pleno bosque de Compiègne.

—¿Qué? Creía que simplemente habías dado con el rastro de una amiga de Prieur. ¿Qué es todo este lío?

Instantes de silencio. Chasquido de chicle del otro lado de la línea.

—¡El asesino se ha encargado de mi vecina, la ha arrastrado hasta aquí para torturarla con total tranquilidad!

—Pero... ¡Dios mío! ¡Qué estás diciendo! ¡No entiendo nada! ¿Cuándo? ¿Cómo? ¡Explícate!

—También esta noche. La ató a una silla, la torturó y luego le extrajo el cerebro para colocarlo sobre una mesa.

—¿Por qué tu vecina? ¿Qué relación guarda con las demás víctimas?



—No existe una relación directa, pero es ella quien me puso sobre la pista del matadero. No sé cómo se enteró el asesino, pero se enteró. La mujer tenía el don de videncia y el asesino debe de haber temido que lo reconociese, que descubriese por fin quién se esconde tras el Hombre sin Rostro.

—¿El Hombre sin Rostro? Pero ¿dónde te crees que estás? ¿En una peli de serie B? ¡Me cago en Dios, Shark! ¿A qué juegas?

Aparté el auricular de la oreja un momento, me tragué la aspirina con un sorbo de agua y proseguí:

—¿Hay manera de interrogar a esa profesora?

—Podemos tener grandes problemas de papeleo. El asunto, en estos momentos, está en manos de los gendarmes. El procurador de la República se niega a unir los dosieres mientras no haya una prueba formal de que nos enfrentamos a una única y misma persona, nuestro asesino. La ley está mal hecha, pero es lo que hay.

—¿La investigación puede escapársenos de las manos?

—Oficialmente, sí. Pero ve igualmente a echar un vistazo. La mujer vive en los arrabales de París, en Villeneuve-Saint-Georges; ahora está en el hospital Henri-Mondor de Créteil, más afectada psicológicamente que otra cosa. Dime, ¿crees que se trata del mismo asesino?

—Las técnicas se asemejan de forma sorprendente. ¿Ha habido filtraciones a la prensa?

—Los desgraciados de los periodistas no dejan de husmear. Tal vez dentro de pocos días la fobia general se instale en la capital, e incluso en todo el país. Pero por ahora no, ni una filtración. Aparte de nuestro equipo, nadie sabe exactamente cómo han sido perpetrados los crímenes. —Un ruido innoble provocó interferencias en la línea. Un terremoto: Leclerc estaba sonándose—. Estoy empezando a coger un resfriado con el cambio de temperatura de estos últimos días. Entonces, ¿es el mismo asesino?

—Si no ha habido filtraciones, es difícil pensar otra cosa. Ahora la clave es entender por qué la ha dejado con vida.

—Dime, volviendo a ese Hombre sin Rostro que has mencionado, ¿no creerás en serio en este tipo de cosas?

—¿En qué? —dije, fingiendo que no sabía a qué se refería.

—En esas chorradas del más allá. Esas historias de videncia, de fuerzas ocultas, de almas en pena que regresan a la Tierra para vengarse.

—Tienes que enviar un equipo aquí. Hay marcas de neumáticos y quizás otras pistas ocultas aquí y allí en el bosque. Hay que registrar la zona a fondo. Me marchó a casa; voy a intentar reconstruir el guión de su paseo nocturno. En cuanto a esas historias del más allá... no, no creo en ellas.

Colgué con una mentira. Aunque de hecho, no había mentido realmente. Creía sin creer en ello, un poco como cuando se come sin hambre.

No sabía adónde me conducirían esas vías de sangre pero, a partir de ahora, sólo esperaba una cosa: que aquella larga tortura mental acabase, lo antes posible.



## Capítulo 9

La policía había sitiado mi edificio y, en concreto, el apartamento de Doudou Camelia. En la plaza exterior, en medio del pequeño parque florecido entre las altas fincas, algunos mirones se congregaban curiosos y opresores, preguntándose, quienes la conocían, qué le había podido ocurrir a la vieja negra, esa señora que nunca se metía en líos. Los periodistas de la cadena local se habían mezclado con la multitud, colocando el micro cerca de los listillos que siempre parecen saber lo que ignoran.

El comisario de división Leclerc, apoyado contra la puerta de mi apartamento, golpeaba el suelo con el talón. Inspectores de paisano iban y venían del pasillo al ascensor.

—Shark, ¿me invitas a un café?

—Sí, si me deja entrar.

Me miró de arriba abajo. Tenía razones para hacerlo. Zapatos destrozados, pantalón forrado de barro, chaqueta marcada por briznas de hierba y corteza, sin olvidar el olor de fuego que llevaba conmigo y que habría dado envidia a un jamón ahumado.

—¿Qué han descubierto? —pregunté.

—Es el cerrajero el que ha abierto, porque la puerta estaba cerrada con llave. Ningún rastro de lucha en el interior, no hay objetos fuera de lugar ni huellas sospechosas. Hemos encontrado las huellas de dos personas diferentes.

—Nunca recibía visitas. No tiene familia aquí, en Francia. Las huellas deben de ser las mías. ¿Cuál es la hipótesis de su desaparición?

—El tendero de la esquina cierra a las ocho; a menudo iba a charlar un rato con él, hasta las ocho y cuarto. Seguramente en el momento en que regresaba a su casa el asesino cayó sobre ella. Uno de los vecinos afirma que ayer, alrededor de las ocho, alguien llamó a su interfono. ¿Y sabes qué? El tipo dio tu nombre: «Soy el señor Sharko. Me he olvidado la llave de la puerta de entrada. ¿Me puede abrir, por favor?».

—¡Vaya mierda!

—¡Ni que lo digas! El tipo seguramente se escondió detrás del hueco de la escalera, en la sombra. Cuando entró, ¡zas! Luego la arrastró hasta la puerta del garaje subterráneo y la metió en su coche, seguramente en el maletero. Dado lo que pesaba, no debió de ser fácil, pero lo consiguió.

—¿Y la cámara de vigilancia pudo filmar algo?

—Está rota.

—¿Co... cómo?

—Sí. Estaba colgando del cable.

Seis meses después, creí estar viviendo de nuevo la noche de la desaparición de mi mujer. La cámara destruida, el secuestro en el parking, la huida sin testigos. Un guión engrasado a la perfección, sin fallos.

¿Pura coincidencia? ¿Dos hombres diferentes habrían compartido el mismo método? Abrí la puerta de mi apartamento y subí al ascensor.

—Pero, Sharko, qué...

—¡Ahora vuelvo, comisario! Tan sólo he de comprobar una cosa en el sótano. Una intuición. Entre y prepare el café.

Las puertas correderas se cerraron y mi corazón empezó a acelerarse como si me hubiesen encerrado en una atracción infernal. El indicador electrónico se desplazaba lentamente de un botón a otro, hasta detenerse en el nivel -1. La puerta del ascensor se abrió y franqueé otra puerta, para finalmente ir a parar al silencio sepulcral de aquel maldito sótano, cementerio de coches y de chapas muertas.

Bajo la luz lechosa de las lámparas del techo me dirigí hacia la plaza vacía número 39. Avanzaba con pesadez, como maquinalmente, guiado por mi inconsciente, por impulsos que ya no dominaba.

Y lo descubrí. De repente, los ojos se me llenaron de lágrimas y un estertor de agonía se me escapó del pecho e inundó la bóveda de hormigón hasta que, por un juego de ecos, volvió a percutir en mis propios tímpanos. Caí al suelo, arrodillado, como Crombez al descubrir el cuerpo torturado de Doudou Camelia, y empecé a llorar; lloraba sin cesar, hasta romperme la voz. Había un pequeño clip amarillo de pelo tirado contra la pared, en el lugar preciso donde, la primera vez, había descubierto el de Suzanne.

Había vuelto. Había vuelto a por mi vecina tras haberse ocupado de mi mujer seis meses antes. El Hombre sin Rostro... ¡el Hombre sin Rostro era quien mantenía presa a Suzanne!

Sublevado por un acceso de furia, me levanté y golpee con todas mis fuerzas un pilar de hormigón, hasta destrozarme el puño y romperme los dedos. La sangre brotó de la piel arrancada de las falanges, pero seguí golpeando una y otra vez hasta que el dolor, que se había vuelto demasiado fuerte, me obligo a parar.

Unos pasos perturbaron el silencio detrás de mí, como chasquidos ralentizados de castañuelas. Alguien venía en mi dirección pero no me moví, encorvado contra el pilar. Observé mi puño ensangrentado y mis dedos hinchados, sin reflexionar, sin pensar, como si hubiese perdido toda noción de tiempo y espacio.

Una mano se apoyó en mi hombro, tierna y frágil, una mano de mujer.

Creí alucinar, debía de estar alucinando, porque me pareció aspirar el perfume de Suzanne. La presencia se tornó cada vez más insistente y, esta vez, me convencí de su realidad. Por fin me atreví a levantar la mirada.

—¿Comisario?

—Señorita Williams...

Volví a mirar al suelo, al flujo púrpura que manaba de mis falanges.

—¿Es realmente él? ¿Es él quien ha secuestrado a su mujer? —preguntó con una voz que parecía quemada por cal viva.

Alcé los ojos enrojecidos, llenos de lágrimas, hacia ella.

—¿Cómo lo sabe?

—Doudou Camelia siempre lo ha sabido. —Se agachó a mi lado—. Esta noche ha ocurrido algo extraño, inexplicable. —Me tendió un pañuelo de papel—. He tenido un sueño que aún persiste de tal modo que tengo la impresión de que ocurre ahora mismo delante de mis ojos. Usted y su mujer formaban parte del sueño.

Yo también recordaba mi pesadilla con una precisión sorprendente. El caimán, Suzanne mutilada en la otra orilla del Maroni...

—¿Por qué me cuenta eso?

—Me hallaba en una Zodiac, en el Maroni, en Guayana. Nunca he estado en ese país y, sin embargo, hablaba sin dificultad el criollo. Al despertarme, escribí las frases que había pronunciado y fui a comprobarlo a la biblioteca. ¡Es totalmente prodigioso! ¡Esas palabras, esas expresiones que empleaba, existen de verdad!

Sacudí la cabeza, totalmente desorientado. Lo irracional se inmiscuía como

una culebra en mi universo cartesiano. Creía en ello, creía realmente en ello, y la sombra que en mi sueño movía los brazos en mi dirección desde la Zodiac era ella, ¡Elisabeth Williams!

—¡Elisabeth! ¡Creo que hemos compartido la misma pesadilla, pero con dos visiones diferentes!

—En el mío, usted estaba en la ribera.

—¡A su derecha cuando remontaba la corriente! ¡Mi mujer estaba enfrente! ¡Y fue a camuflarse a su lado! ¿Por qué? ¿Por qué no la socorrió? ¿Qué intentó decirme? ¡Maldita sea! Pero ¿qué está ocurriendo?

—Le gritaba que se alejase, quería evitarle que afrontara la agonía de su mujer. Sabía que iba a llegar para acabar con ella y ni usted ni yo podíamos hacer nada.

—¡Usted podía intervenir!

—¡Ya lo intenté! Cuando llegué a la orilla, oí al asesino abrirse camino con un machete en la jungla. ¡Mis visiones se hacían realidad! ¡Venía a llevar a cabo su obra funesta! No... no tuve el valor de enfrentarme a él, así que me escondí cerca.

—¡Lo vio de cerca! ¡Dígame a qué se parece!

Su mirada huidiza se posó sobre un tubo de ventilación que recorría el parking subterráneo.

—No tengo ni idea. Imposible definirlo. Es muy extraño, pero no recuerdo su rostro.

—Sencillamente, porque no tenía rostro.

Su boca se distendió, como si ese punto oscuro de repente se iluminase.

—¡Tiene razón! ¡De hecho, le recuerdo perfectamente, pero, como dice, no tenía rostro! —Me miró—. Le murmuró cosas antes de empujarla al río.

—¿Qué?

—Dijo que la perdonaba... La perdonaba por cuanto había hecho.

Mi mano hinchada prácticamente había doblado su volumen. La sangre se secaba en costra sobre los dedos entumecidos, agujas de dolor se alzaban en mi interior hasta hacerme morder la lengua.

—¿Cree... cree que la ha matado?

—No sé qué decirle, Franck. Esta noche se ha producido un acontecimiento fuera de lo común, un fenómeno inexplicable, en una dimensión distinta a la de nuestra conversación. Creo que su vecina ha hecho comulgar nuestras almas. Antes de morir, tuvo que desprender un poder psíquico brutal para alcanzarnos, hacernos saber que él la tenía. Y si el hombre carecía de rostro, es porque nunca pudo identificarlo con precisión...

Entonces mis palabras me sorprendieron a mí mismo, por cómo desafiaban al entendimiento; fuera de contexto, me habrían tomado por el rey de los locos.

—¿Y si el Hombre sin Rostro poseyese los mismos poderes que ella, pero para hacer el mal? ¿Y si, efectivamente, existiese una relación con Dios, con el Diablo, con fuerzas que nos sobrepasan, que van más allá de lo que podamos imaginar?

—Las muertes y las mutilaciones son totalmente reales; esas atrocidades deben anclarnos en la realidad. Si salimos de ese marco y nos basamos en historias de fuerzas maléficas, entonces todo estará escrito de antemano. Y nunca lograremos atraparlo.

—Estoy de acuerdo con usted. Pero nada podrá disuadirme de que lo irracional ocupa un lugar preponderante en este asunto. Nuestro sueño común, la manera como adivinó los dones de Doudou Camelia y también esa invisibilidad, la ausencia de pistas...

—No se olvide de que la profesora, la que quizá fue también víctima de él, ¡sigue viva!

—¿Por qué la habría dejado con vida si realmente fuese él?

—El comportamiento de este tipo de individuos es muy difícil de precisar, pero a veces los asesinos perdonan la vida a sus víctimas simplemente porque éstas han conseguido despertar en ellos la sensibilidad, es decir, mostrar que eran humanas y no objetos.

Una nueva oleada de lágrimas me asaltó.

—Y este clip que he encontrado aquí... igual que el de hace seis meses... Siempre pensé que Suzanne me había dejado voluntariamente esa pista. ¿Y si fuese él? ¿Y si lo hubiese previsto ya todo, como si hubiese podido leer en la carta de nuestros destinos? ¿Cómo podía saber que descubriría una primera vez el clip, y otra vez hoy? Es inverosímil. ¡Atrévase a decirme que todo esto es racional! ¡Atrévase a decirme que todo esto es fruto de la casualidad!

—No, Franck, por supuesto que no. No... no lo entiendo más que usted. ¿Qué quiere que le conteste?

Me alcé del suelo ayudándome sólo con la mano a salvo de mi rabia.

—No tengo ni idea.

Por una vez, sólo necesitaba que me reconfortasen.

Me tiró del brazo con sumo cuidado.

—Menuda escabechina se ha hecho —dijo soplando sobre mis dedos—. Hay que curarlo. ¿Tiene antisépticos y vendas en su piso?

—Da igual. ¡Debo encontrar a esa escoria, cueste lo que cueste! ¡Y lo mataré, lo aniquilaré con mis propias manos!

Me cogió por la manga cuando ya me precipitaba rápidamente hacia el ascensor.

—¡Cálmese, Franck! ¡No tiene que perder los estribos ¡eso es lo que pretende el asesino! Quiere desencadenar su rabia. Sabe que usted es vulnerable si sus sentimientos dominan su lógica y su capacidad de reflexionar. Curemos con calma esa mano, comamos algo y, luego, ya veremos. Deje a sus inspectores, tenientes, todos esos policías y gendarmes hacer su trabajo.

—Póngase en mi lugar, Elisabeth... ¡Póngase un solo segundo en mi lugar!

—Lo sé, Franck, lo sé.

Sonó mi móvil. Descolgué y Sibersky me anunció el nacimiento de su hijo, el pequeño Charlie, de dos kilos y ochocientos gramos. Hice un esfuerzo sobrehumano para dejar traslucir una pizca de alegría en mi voz.

—¡Necesito que me hagas un resumen, Shark! —espetó el comisario de división Leclerc en un tono que haría crecer rosas sobre mármol—. ¡Ya casi no se te ve en la central y los cadáveres te acompañan ahí donde vas, como si tuvieses el trasero untado de mostaza! Ya no estás en la unidad de lucha contra las bandas, ¡me cago en Dios! En cuanto a usted, señora Williams, sus informes son... sorprendentes, de una precisión increíble. Demasiado precisos, quizá. Demasiado... cómo decirlo... escolares. Me pregunto si no van a conducirnos hacia pistas falsas.

El comisario de división no se había sentado a la mesa con nosotros. Permanecía de pie con los brazos cruzados, tan nervioso como un pescado en una sartén llena de aceite.

Elisabeth fue la primera en tomar la palabra.

—Mi profesión aún se conoce muy mal, ¿sabe? Los criminólogos existen en Estados Unidos desde hace cerca de medio siglo, mientras que en Francia es un trabajo que sólo cuenta con unos años. No estoy aquí para traerles al asesino en

bandeja, sino para acompañarles en sus diligencias, orientar a sus hombres. Mi oficio no es una ciencia exacta. Puede ocurrir, en efecto, como lo demuestran algunos importantes casos, que uno se equivoque. El asesino no entra dentro de un molde preestablecido. No todos tienen madres sobreprotectoras o padres alcohólicos. Sin embargo, determinados rasgos evidentes, determinadas características del asesino destacan en las escenas de los crímenes, en los trayectos escogidos, en las pistas abandonadas de forma voluntaria. La esencia de mi trabajo consiste en escoger esos datos y extraer las relaciones para establecer un perfil psicológico, una manera de comportarse. Eso es todo. Son ustedes libres de seguir o no mis recomendaciones.

Apretó una venda alrededor de mi mano tan fuerte que me arrancó un gemido de dolor. Las flechas plantadas por Leclerc en su amor propio se materializaban en la brutalidad repentina de sus gestos.

—He tomado buena nota —dijo Leclerc—. ¡Tu turno, Shark!

Tenía la impresión de que mi mano, hinchada de sangre, se disponía a estallar bajo el vendaje.

—¿Ha leído mis informes, verdad? —le solté.

—Así es. ¡Pero a veces tengo la sensación de planear a diez mil metros! ¡Explícame otra vez qué pinta tu vecina en la historia y por qué la has encontrado donde buscabas a una amiga de facultad de Prieur!

—Empecemos de nuevo. Doudou Camelia me guió hacia la chica del matadero. Hablaba constantemente de que oía perros que aullaban. Al investigar el robo del material en el laboratorio HLS, la historia de los perros me condujo hasta el matadero, donde encontré a Jasmine Marival. El asesino me sorprendió allí, pero me dejó con vida. Más adelante, me llamó para anunciarme que iba a ocuparse de aquellos o aquellas que, por cualquier medio, me ayudaran en la investigación. Y consiguió dar con mi vecina. Cómo, soy totalmente incapaz de revelárselo por ahora. Y la asesinó... —Interrumpí un instante el hervidero de mis pensamientos antes de continuar—. La señorita Williams me señaló luego una pista interesante al descubrir que el asesino actuaba como castigador sobre seres que habían pecado en el pasado. En el caso de Prieur, hemos subrayado un cambio importante en su vida, antes y después de haber abandonado los estudios de Medicina. Fui a investigar a la facultad. El profesor de Anatomía me confesó que, en calidad de responsable de las disecciones, la chica se dedicaba a mutilar los cadáveres, conchabada con el empleado encargado de las incineraciones. Su juego macabro fue descubierto y, de hecho, le pidieron que se despidiese, plácidamente, sin provocar escándalos. —Mojé los labios en el café, aspiré el aroma—. Pensé que Prieur quizás hubiera compartido su secreto con alguien cercano, con alguien en quien pudiese confiar. Como con su compañera de habitación, por ejemplo, Jasmine Marival. Tres años de vida en común crean vínculos, por fuerza. Eso es lo que me llevó al corazón del bosque de Compiègne.

—¿Y por qué la tomó con esa chica? ¿Qué pecado ha podido cometer para actuar con tal rabia?

—Filmaba su día a día y escenas de torturas a animales con webcams. Es posible que el asesino le haya seguido la pista a través de la red. Quizás escoge a sus víctimas observándolas mediante cámaras o entrando en foros donde esas mujeres confían sus propensiones mórbidas. Voy a coordinar una acción con el SEFTI, para que intenten remontarse hasta la dirección del sitio web donde se difundían las imágenes de Marival.

Leclerc iba y venía con los brazos cruzados, como si estuviese preso en una camisa de fuerza.

—¿A qué ha llevado la pista de los círculos sadomasoquistas?

—Por ahora a un fracaso. Se trata de un medio muy cerrado, donde es difícil infiltrarse. Es evidente que el asesino encuentra ahí su inspiración, pero la investigación va a resultar delicada. Las lenguas no se soltarán fácilmente, y más cuando deben de sospechar que queremos infiltrarnos... Puede ser muy, muy arriesgado.

—Necesitamos orejas; organizaré una reunión con el jefe de la Brigada de Delitos Sexuales. Vamos a intentar meter topes. Sus inspectores están acostumbrados a ese tipo de incursiones. Debemos centrar nuestras energías en ese... grupo BDSM4Y, ya que crees que el meollo del problema proviene de ahí.

—Que los hombres sean extremadamente prudentes.

—Exponme tu plan de acción.

—Esta mañana iré a interrogar a la profesora agredida. Sigo escéptico, pero tal vez se las haya tenido que ver con el asesino.

—Sé muy discreto. No tienes ningún derecho a meterte en esa investigación por ahora. Los gendarmes son quienes llevan ese caso, así que nada de jugarretas, ¿vale? Si la lías, puede que mi jefe no lo aprecie, ¡y yo tampoco! Señorita Williams, intente ver, en función de lo que cuente esa profesora, si el perfil de la víctima se corresponde con lo que busca nuestro asesino. ¡Joder! ¡Sólo faltaría que fuese otra persona y que se multipliquen como la escoria! ¡Ya tenemos a más de un centenar de policías en el ajo, distribuidos por todo París! ¡Y ni una pista, tan sólo suposiciones! ¿Adónde vamos a llegar? ¿Adónde vamos a llegar?

Desapareció en una ola de furia cerrando de un portazo.

—No estoy segura de que lo hayamos tranquilizado —observó Elisabeth mientras se ponía la chaqueta—. ¿Por qué no le ha mencionado a su mujer?

—Creo que pensaría que nos falta un tornillo si le hubiésemos contado nuestro sueño común.

—¿Es ése el único motivo?

—No. Habría sido capaz de retirarme del caso. Es a mí a quien el Hombre sin Rostro ha declarado la guerra. Desde el principio, desde hace más de seis meses, se ensaña en destrozarme la vida. ¡No sé qué quiere de mí, pero lo que sí sé es que nunca lo soltaré! ¡Nunca! Llegaré hasta el final, uno de los dos se quedará por el camino. Ya está todo trazado, absolutamente todo. Así es como acabará esta historia, estoy convencido. —Me dirigí hacia mi habitación—. Necesito estar solo un rato, Elisabeth. Luego pasaré a recogerla e iremos al hospital.

—Muy bien —replicó—. No haga tonterías, Franck.

Y como si aquel despliegue de desgracias no bastase, Serpetti me anunció, por correo electrónico, que había perdido el rastro de BDSM4Y. La investigación retrocedía de forma inversamente proporcional al número de cadáveres que se amontonaban como ropa sucia a mi alrededor.

Los peores presagios se hacían realidad y, sin embargo, en ese momento, yo solamente pensaba en reparar a *Poupette*. Su influencia crecía, se desplegaba en mi interior como un cáncer. Sentía una necesidad poderosa de ese olor en la habitación, esas oleadas agradables que me invadían cada vez que estaba en marcha, esas reminiscencias de mi mujer. ¿Me estaría sumiendo en la locura?

Sequé el aceite y el agua del suelo, y pasé un trapo por la locomotora. Aparentemente no había fugas. Ninguna pieza estropeada. Volví a llenar los depósitos antes de intentar ponerla en marcha. *Poupette* vibró y se lanzó en línea recta con un silbido de renacimiento. ¿Qué decir pues de esa avería en el momento en que Doudou Camelia agonizaba y de este desbordamiento de energía, hoy? ¿Racional, irracional?

El dulce olor que tanto esperaba se apoderó de la habitación, levantó mi alma en las volutas límpidas de la beatitud. De todas las drogas, la que difuminaba *Poupette* era sin duda alguna la más fulgurante.

La gran nave blanca del hospital Henri-Mondor se alzaba ante nosotros, cargada de enfermos, heridos, moribundos. Nos encaminamos al servicio de curas en el ala derecha, del lado de la maternidad, tras el edificio ultramoderno de cardiología. Delante de las puertas correderas de la entrada, enfermos con el rostro descompuesto fumaban, arropados en batas, con miradas cansadas, vidriosas y perdidas. Subimos al tercer piso, habitación 336. Odiaba los olores químicos que impregnaban el aire, esas salas ciegas pobladas de metal y medicamentos. Todo, allí, recordaba claramente la fragilidad de la vida, el poder de la muerte y la ínfima frontera que separa la una de la otra.

Julie Violaine descansaba destapada sobre la cama, el pecho moteado de pequeños apósitos. Tenía las pupilas dilatadas, que irrumpían en el blanco del ojo por pensamientos aún demasiado violentos. Colgado del techo, un televisor emitía un viejo Tex Avery en blanco y negro. Se volvió despacio en nuestra dirección, antes de sumirse de nuevo en los dibujos animados, que ni siquiera estaba mirando en realidad.

—¿Otra vez los gendarmes? —susurró—. Ya lo he contado todo, por lo menos tres veces seguidas. Estoy más que harta, muy cansada... ¿Pueden entenderlo? Salgan, por favor. No les diré nada.

—Solamente queremos hacerle unas pocas preguntas, señorita Violaine.

—Les he dicho que se vayan. ¡O llamo a una enfermera!

Elisabeth Williams se inclinó sobre la cama.

—¿No le importa si me coloco a su lado, en esa silla? Me gustaría que hablásemos tranquilamente, sólo las dos, entre mujeres. —Se volvió hacia mí—. ¿Puede salir, señor Sharko, por favor?

—Pero ¡Elisabeth! ¡Debo quedarme!

Me llevó del brazo hacia el exterior de la habitación. Le obedecí.

—Escúcheme, comisario. Déjeme un rato a solas con ella. Sé cómo proceder, confíe en mí. Esa chica necesita que alguien la reconforte, ¿lo entiende? Ha sufrido un trauma muy importante, y hay que actuar con suavidad. Vaya a tomarse un café o un chocolate mientras tanto.

—Intente sacarle toda la información que pueda. ¡Tenemos que hacer progresos!

—Vale. Pero no se confiará delante de un hombre, y aún menos de un comisario de policía. ¡Así que lárguese!

—Ella no sabe que soy comisario, ¡supone que somos gendarmes!

—¿Cree que es mejor? ¡Váyase!

—A sus órdenes, señora.

Volví a bajar al vestíbulo, metí una moneda en la máquina expendedora de bebidas y me encaminé con el chocolate caliente a la puerta del hospital, al aire fresco. Una mujer mayor con la espalda como un caparazón de tortuga, tocada con un tazón de cabello graso, me dedicó una sonrisa que desveló un cementerio de dientes comidos por el tabaco. Se arrastró hacia mí cojeando.

—¿Un cigarrillo? —dijo con voz carraspeante por la tos.

Escudriñé el paquete azulado y descantarillado de Gitanes. Las ganas me asediaron, tan imperiosas que el rechazo no era factible.



—Por qué no. Hace ocho años que lo he dejado, pero creo que hoy es un buen día para volver a empezar.

—Seguro que sí, hombre —dijo con un estertor.

A la primera bocanada, tuve la sensación de tragarme un cardo. Me quedé sin respiración unos diez segundos, pero pareció un milenio. Los siete colores del arco iris desfilaron por mi rostro, del violeta al rojo.

La mujer mayor me golpeó en la espalda con sus delgadas manos, cada vez más fuerte hasta que, finalmente, el reflejo de la respiración volvió por sí mismo. Un hilillo de saliva colgaba entre mi boca y el suelo.

—¡Vaya, hombre, ya creía que iba a tumbarte!

Prorrumpí en risa, una risa franca y agridulce que deshizo el nudo que tenía en el estómago.

—Señora, ¿se necesitará algo más que un cigarrillo para tumbarme!

—Pues a mí, es el cigarrillo lo que me tumbará. ¡Tengo cáncer de pulmón, un maldito cáncer de pulmón!

—¿Y sigue fumando?

—Hay que combatir la enfermedad de alguna manera, ¿no?

Me soltó una risa que terminó con una tos espantosa. Doblada en dos, escupió sobre el suelo lo que parecía un trozo de pulmón, pero más oscuro. Aplastó el pitillo en un arriate de flores antes de encender otro cigarrillo sin filtro. Asqueado, tiré mi colilla apenas consumida a una papelera y volví a entrar. Decidí subir a pie los tres pisos en vez de tomar el ascensor.

A medio camino, volví a bajar a toda prisa a recepción y pregunté si una tal señora Sibersky había sido ingresada en la maternidad. Me encaminaron hacia otra recepción, en el ala oeste, donde me informaron de que, efectivamente, había sido transferida de la unidad de curas hacia la maternidad dos días antes.

Llamé a la puerta y una voz cansada me invitó a entrar. Laurence Sibersky me gratificó con una amplia sonrisa de joven mamá muy satisfecha.

El minúsculo ser descansaba sobre su pecho, la cabeza inclinada sobre el corazón de su madre. Charlie dormía un sueño profundo, sosegado, y su boquita se movía a veces, como si quisiera mamar.

—Entre, Franck —me susurró—. Mis dos bebés duermen. —Dirigió la mirada hacia el rincón detrás de la puerta, donde el teniente Sibersky, acurrucado sobre una silla plegable, tenía la cabeza aplastada en la mano derecha. La pesadez del sueño le impedía despertarse a pesar del ruido de mis pasos.

—La próxima vez le traeré un regalo —murmuré—. Pronto debería recibirlo. A decir verdad, he pasado por casualidad; había venido a visitar a otra persona y la providencia ha querido que se hallase en el mismo hospital. ¿Cómo se encuentra?

—Posé la mano encima de los deditos minúsculos, parecidos a finas agujas—. ¡Es precioso! Es un bebé muy guapo...

—Gracias, Franck. Estoy contenta de verle, después de tanto tiempo. David me habla a menudo de usted, ¿sabe?

—Para bien, espero.

—Le admira muchísimo. Trabaja duro para usted y pasa por el hospital de prisa y corriendo. Regresa tarde, tan tarde...

Sentí un deje de amargura en sus palabras, esa sal picante que quema los labios de todas las esposas de polis.

—David es muy buena persona. Un gran amigo también. Sé que no debe de resultar fácil, pero sepa que piensa constantemente en usted, incluso durante nuestras misiones, a veces delicadas.

—Ahora formamos una familia de verdad. Tiene que cuidarle, Franck. No

quiero que una noche vengan a anunciarme que nunca más volveré a ver a mi marido si no es en un ataúd.

Acarició con el dorso de la mano las mejillas albaricoque del recién nacido, con ojos humedecidos. El silencio infernal de la habitación me incomodó; experimentaba la triste sensación de no tener mi sitio en un lugar donde, normalmente, se erigen los fuegos de la alegría. Me levanté despacito, casi de puntillas, y besando la mano de la joven mamá, susurré:

—Descanse mucho, Laurence. Seguro que van a necesitar toda su ternura...

—Pásese esta noche por casa. Le diré a David que le espere allí, así podrán hablar...

Desaparecí, espalda encorvada, hombros caídos, minado por la pena.

Me crucé de nuevo con enfermos en mal estado, rostros apagados, estremecidos por el dolor. Los efluvios medicamentosos y el sabor del cigarrillo aún agarrado a la lengua me subieron a la cabeza.

Me encerré en el cuarto de baño, impelido por las ganas de vomitar pero sin tener nada que regurgitar. El mundo daba vueltas; las paredes, a mi alrededor, se acercaban y luego se alejaban, como si aún estuviese bajo la influencia de la quetamina.

Los espectros de rostros apagados desfilaron delante de mis ojos: Prieur, Gad, Marival, Doudou Camelia. Y mi corazón se hinchó de dolor, mi alma de impotencia, mi cuerpo entero me respondió que nada me devolvería a los seres que habían pasado bajo el escapelo del Hombre sin Rostro.

Y, sin cesar, como una canción infantil amarga, el canto del cisne me martilleaba los tímpanos, me devolvía ante los ojos la imagen borrosa de mi mujer encerrada en algún sitio, desnuda, los pies en el agua y el cuerpo cubierto de sanguijuelas. Creía que estaba viva, sabía que estaba muerta... o lo contrario. No lo entendía. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Nunca debería haber metido los pies en el hospital, en aquel lugar que me recordaba demasiado bien de qué estaba hecha la realidad, mi realidad. Volví a subir los peldaños, bordeé los pasillos repellados por la enfermedad, eché un vistazo por la ventana de la habitación de Julie Violaine y llamé a la puerta. Elisabeth Williams, con un movimiento de la cabeza, me animó a entrar.

La mujer con el pecho constelado de apósitos, con las pupilas aún dilatadas, había recuperado una expresión serena.

Elisabeth me resumió la situación.

—Julie y yo hemos hablado bastante. Me ha contado cuanto ocurrió esa noche, con todo lujo de detalles. Mañana regresaré aquí para charlar un poquito más con usted, Julie, ¿le parece bien?

—Por supuesto —murmuró la chica—. Su presencia me ha sido muy beneficiosa. Necesitaba hablar, pero no solamente de la agresión...

Las imágenes de una serie de televisión captaron su mirada y se abandonó al flujo tumultuoso de sus pensamientos. Salimos en silencio.

—Bueno, ¿qué, Elisabeth? ¡La espera ha sido espantosa!

—¿Me invita a un café?

—Sí. Pero no valen nada aquí, parecen agua chirle. He visto un pequeño bistró no muy lejos del hospital. Vamos allí; tengo ganas de cambiar de aires.

En el bar escogimos una mesa cerca del billar, al fondo.

—¿Jugamos una partida? —me preguntó señalando la superficie aterciopelada—. A los veintidós disputé algunos campeonatos de billar, el Magic Billiard Junior 8 Ball Tournament en Florida. He dado grandes palizas a los más machotes que hayan existido nunca. ¡Les cerré la boca de tal manera que se marcharon con la cola entre

las piernas, perdone la expresión!

—La imagen es bastante exacta, no hay duda.

—No he vuelto a jugar desde hace unos treinta años, ¿se hace una idea?

—¡Vamos allá! Pero no soy ningún campeón. Me defiendo, eso es todo. —Agité mi mano vendada—. Y además, ¡sale con gran ventaja, no lo negaré!

Metí una moneda en la rendija y dejé que Elisabeth colocase las bolas sobre la mesa. Rompió la formación y metió directamente dos bolas en las troneras, mientras me explicaba:

—A Julie Violaine la agredieron justo antes de entrar en su chalé; el agresor, emboscado en el exterior, la estaba esperando. Fue inmovilizada con firmeza y luego perdió el conocimiento cuando le metieron un pañuelo empapado bajo la nariz. Éter, según los análisis, como el que se encuentra en cualquier farmacia. Se despertó atada y amordazada en su cama, en el dormitorio. Por supuesto, le habían vendado los ojos.

Metió la bola número 7 en la tronera del medio.

—La acarició durante mucho rato y luego se puso a engancharle pinzas cocodrilo con los dientes muy afilados en la punta de los senos. Primero el derecho, luego el izquierdo. Gritó, pero la mordaza ahogaba sus gritos. Mientras sucedía aquello, perdió la noción del tiempo, pero por lo visto la tortura no duró mucho. Luego lo oyó masturbarse y después se escapó, sin pronunciar ni una palabra en ningún momento. —La bola número 4 tocó la 14 antes de fallar el agujero por poco—. ¡Vaya! Parece que he perdido un poco de práctica. ¡Le toca, Franck!

—¡Quince directo! —anuncié.

La bola chocó contra los bordes de la tronera antes de entrar.

—¡Buen golpe! —admitió Elisabeth—. En mi opinión, dada la conversación que he mantenido, no se trata del asesino. Oyó que el tipo efectuaba sin parar idas y venidas hasta la ventana de la habitación, sin duda para comprobar que nadie se acercaba a la casa. Lo notó nerviosísimo, más estresado que excitado, lo que va en contra de lo que hemos averiguado de nuestro hombre.

La 13 se me resistió y Elisabeth no desaprovechó la ocasión para echarla de la mesa. Acometió contra la 4, pegada a una llanda.

—Cuando un individuo se masturba, el deseo se pierde y el acto de matar, en ese caso, es difícil que se lleve a cabo.

—¿Cómo?

—¿Por qué la mayoría de los asesinos en serie violan a sus víctimas una vez muertas? Simplemente porque el poder de la fantasía es proporcional al deseo sexual. Lo que busca ese tipo de individuos es justamente mantener la fantasía el mayor tiempo posible, de manera que el placer de torturar a la víctima, humillarla y matarla no decaiga. En el caso de Julie Violaine, cuando el agresor se masturbó, no consideró necesario continuar, ni siquiera matar. Ya no tenía ganas, así que, simplemente, se marchó. El Hombre sin Rostro, como le conocemos, nunca habría actuado así.

Fue un momento hasta la mesa para beber un trago de Brazil. Apoyados en la barra, en la entrada, unos aficionados observaban la posición de nuestras bolas. Espolvoreó una capa de tiza azul en la punta del taco.

—Muy importante, la tiza —anunció—. Evita que el taco patine sobre la bola en el momento del impacto. Un poco como el talco que los gimnastas se ponen en las manos.

Dos bolas más se metieron en su madriguera, al acto.

—¿Tiene la menor idea de quién podría tratarse? —pregunté.

—Parece una chica muy honesta y formal. El campo de investigaciones es

amplio, sobre todo si consideramos el vivero de estudiantes con que se codea cada día.

—¿Hay alguien con motivos para tener algo contra ella? ¿Se ha percatado de comportamientos extraños entre la gente que la rodea? ¿Se ha sentido observada?

—De lo que no cabe duda es de que el agresor sabía que estaba sola, dada la hora bastante tardía, las diez de la noche. Volvía de su sesión semanal de piscina. Así que conocía su horario. —Consideró brevemente la posición de las bolas—. Aparte de eso, no presintió nada sospechoso en su entorno.

Otra bola probó los bordes aterciopelados de una de las troneras.

—¡Va a machacarme! —constaté sonriendo.

—No se preocupe, ¡aquí no le conoce nadie! ¡Nadie irá a contar en la central que una mujer le ha dado una paliza!

Cinco jóvenes, dos chicas y tres chicos, vinieron a apoyarse contra la pared de los lavabos enfrente del billar. Uno de ellos, envarado en su cazadora de muñeco Michelin color neumático reventado, tiró su cigarrillo aún encendido a mis pies, sobre el embaldosado. Tras la barra, vi la mirada inquieta del patrón disimularse tras una botella de J&B de dos litros, como si no hubiera visto nada.

Elisabeth falló el golpe. Una hortera se guaseó, la nariz aplastada en la cazadora de muñeco Michelin, su novio; una garduña de morro largo y cráneo precintado bajo una gorra que le escondía los ojos lastimosos.

Los otros dos chavales, unas varas de un buen metro ochenta, contoneaban los hombros y calentaban los dedos haciéndolos crujir. Se presagiaba tormenta.

—¿Es tuyo el buga de poli, tío? —vomitó una de las ratas—. ¿Y te atreves a apostarte aquí? Éste es nuestro territorio, tío. Lárgate.

—Le toca a usted tirar, Elisabeth. No haga ni caso.

La criminóloga rodeó la mesa de billar, pero una de las horteras le cortó el camino. Llevaba más maquillaje en la cara que mi abuelo carbón cuando salía de la mina.

—¡Disculpe, señorita! —se exasperó Elisabeth—. ¡Un poco de respeto, por favor! ¡Ya ve que estamos jugando!

Sin que me diese tiempo a reaccionar, aquel bote de maquillaje le soltó una bofetada fortísima. Elisabeth cayó de bruces sobre la mesa del billar.

Los tres tipos ya estaban apoderándose de los tacos de madera guardados en su sitio.

—Vámonos, Franck —suplicó Elisabeth, con la mejilla color cereza.

—¿Folla bien tu mujer, gilipollas? —me soltó una voz, la de la rata número dos, creo.

—Espéreme fuera; ahora voy.

—¡Franck, déjelo estar, se lo ruego!

—Sólo tardaré dos minutos.

El patrón del bar se precipitó en nuestra dirección, pero el espectáculo ya había comenzado. Encastré mi taco en el abdomen de rata número dos y, esquivando un ataque un poco lento, metí limpiamente el extremo más pesado del taco en el tórax de muñeco Michelin, justo debajo de la garganta; se le bloqueó la respiración y se tornó azul, para acabar desplomándose como una ciruela pasa. Bote de maquillaje pasó por encima del billar, tirándose sobre mí con un grito de hiena, mientras me hacía cargo de rata número tres, el más discreto. Se agarró a mi espalda como una sanguijuela, tirándome de la perilla y arañándome las mejillas con las pocas uñas que tenía. Grité y, mientras retrocedía, recibí un puñetazo en la sien. Tuve la impresión de que la oreja se me iba a caer. El tipo que había recibido la onda de choque en el abdomen empezaba a recuperarse. Esta vez, decidí acabar cuanto

antes. Un golpe de antebrazo bien dado envió a la chica al suelo y otro de suela magistral aplacó definitivamente a muñeco Michelín. Una de las chicas que quedaban se dio a la fuga y su compañero dudó antes de desaparecer también, sin mirar atrás.

Elisabeth me recordó la doble cara del Jocker en *Batman*, la mitad del rostro roja, la otra blanca, las marcas de los dedos aún impresas en su piel.

Al abrir la puerta del coche policía inquirí con preocupación:

—¿Cómo se encuentra? No se han andado con chiquitas.

—Se me pasará. Debería haber sido más prudente. Y a usted, ¿no le duele demasiado la barba?

—No, estoy bien. Desde luego, esta perilla sólo me genera problemas. Hace dos años, quise escupir fuego para impresionar a mi sobrino en la noche de San Juan. De joven había aprendido esa habilidad, pero en aquella época era imberbe y sin duda alguna estaba mucho más capacitado para ese tipo de tonterías. En definitiva, aquella noche, me cayó alcohol de quemar sobre la perilla. No hace falta que le cuente lo que pasó...

Se inclinó hacia mí mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—No conocía esta faceta suya, Shark, temerario y camorrista.

—¿Shark?

—Es así como le llaman sus colegas, ¿no? ¿El tiburón? ¿Diminutivo perfecto de Sharko?

—Mi escuela ha sido la calle. Y en la calle, al igual que en el océano, sólo gana el más fuerte. —Le di al contacto y los cristales vibraron bajo las miradas ametralladoras de los jóvenes reunidos en la parte inferior de un edificio. El ambiente estaba caldeándose; ya era hora de izar las velas. Una mirada en el retrovisor y proseguí—: No habíamos terminado nuestra conversación. Si está convencida de que no se trata de nuestro asesino, ¿cómo puede ser que utilice las mismas técnicas de atadura y tortura? A pesar de todo, no podemos achacar ese aspecto a la casualidad.

—No, por supuesto que no. Pero las técnicas de tortura difieren: más ligeras en este caso, sin efusión de sangre, aunque el dolor estaba muy presente. El agresor parece hallarse al corriente de los métodos de nuestro asesino. Es muy difícil saber cómo, a no ser que la prensa haya empezado a filtrar información de este caso. Nos interrumpieron antes de que le hablase de ello, pero de la conversación con Julie se desprende que el tipo se comporta como un frustrado sexual, que tiene miedo de afirmarse.

—¿Cómo?

—No ha habido ni violación, ni herida profunda ni asesinato. El agresor quiso satisfacer una fantasía sexual que podría haber satisfecho perfectamente en cualquier ambiente sadomasoquista, sobre los que también he investigado algo. Los adeptos al dolor también existen; ese tipo de torturas se lleva a la práctica con mujeres consintientes que sólo hallan el placer y llegan al orgasmo en el sufrimiento, justamente. Creo que el agresor se siente incapaz de afirmar sus inclinaciones sadomasoquistas. El miedo a ser reconocido, desenmascarado, señalado con el dedo quizá... Siga hurgando en la pista de las bibliotecas, los vendedores de cintas y revistas pornográficas. Por lo que me ha descrito, utilizó la técnica extremadamente compleja del Shibari para atarla, al igual que en Prieur. Por fuerza habrá tenido que instruirse en algún sitio, e internet no siempre es suficiente...

—De acuerdo, pondré a los chicos a trabajar en eso en cuanto sea posible. Hablando de internet, ¿Julie Violaine tiene conexión?

—No, ni siquiera un ordenador personal.

—¿Sale a menudo? ¿Bares, discotecas?

—No, según me ha dicho. Vivía en casa de su madre hasta hace poco. Tiene toda la pinta de ser una solterona.

Cruzamos el flujo incandescente de las retenciones en la nacional, tomamos la dirección de Villeneuve-Saint-Georges y llegamos al chalé de Julie Violaine.

Dos gendarmes de guardia, un jefe y un cabo, comían unos bocadillos delante de la fachada; por la radio se oía un *sketch* de Jean-Marie Bigard<sup>3</sup>. Uno de ellos, Atún Mayonesa, el jefe, nos cortó el paso. Una mancha de salsa decoraba el cuello de su camisa, lo que provocó un ataque de risa a Elisabeth sin que él entendiese el motivo. Le mostré mi placa, ante la que hizo una mueca.

—No se puede entrar, comisario. Y creo que es perfectamente consciente de ello. ¿Qué hace aquí?

Elisabeth volvió a partirse de risa y tuvo que alejarse al final del camino para tranquilizarse. Me mordí el interior de las mejillas para evitar sucumbir a mi vez. El jefe soltó su bocadillo en una papelera.

—¿Puede por lo menos contestarme algunas preguntas? —pregunté.

—¿Por qué razón lo haría?

—La suelta de guarras<sup>4</sup>...

La risa de Elisabeth se cortó de cuajo.

—¿Qué dice? —alucinó Atún Mayonesa.

—¡«La suelta de guarras»! Es el *sketch* de Bigard que prefiero. Me encanta cuando habla de los métodos de caza. ¡Una verdad patente! —Le guiñé el ojo.

Una sonrisa sustituyó la mueca hostil, y replicó:

—Es verdad que me parto de risa, ese... Venga, suelte las preguntas.

—¿Qué pistas han recogido?

—Un solo tipo de huellas en la habitación de la chica. Varias en la cocina. Hemos encontrado un trapo impregnado de éter en el suelo. El tipo quiso borrar sus pasos en el recibidor con una servilleta de mesa, encontrada en una papelera, cubierta de barro. Pero no nos ha costado identificar su número, especialmente gracias a las huellas de los zapatos que dejó en los peldaños exteriores. Un cuarenta y uno o cuarenta y dos.

—¿Huellas de neumáticos en el exterior?

—No, ninguna reciente. Con las fuertes lluvias de la víspera deberíamos haber descubierto marcas frescas en las proximidades, pero nada. Por lo visto, el tipo no vino en coche, o aparcó muy lejos.

—Sí, es probable. Ha debido de ver algunas series policíacas en la tele.

Atún Mayonesa lanzó una sonrisa estrellada de migas de pan. Las ganas de explotar de risa me quemaban cada vez unís y seguramente lo descifró en mis ojos.

—La profesora víctima del ataque da clases de química en la Escuela Superior de Microelectrónica de París. Vamos a orientar nuestras búsquedas hacia la institución. Esa mujer salía poco, si no era para hacer footing, ir a la piscina o visitar a su madre.

—¿Ha interrogado a los vecinos? ¿La gente que vive en el pueblo cercano?

—Apenas acabamos de empezar. Pero el aislamiento de la casa no facilita la investigación.

—¿Algo más?

—No.

—¿Quién está al mando de las operaciones?

<sup>3</sup> Jean-Marie Bigard, humorista francés que rechaza lo políticamente correcto y con humor de gran connotación sexual. (*N. de la T.*)

<sup>4</sup> En el original, *Le lâcher des salopes*, referencia a un *sketch* de Jean-Marie Bigard. (*N. de la T.*)



—El capitán Foulquier, de la gendarmería de Valentón, a diez minutos de aquí.

—¿Cuántos hombres se han asignado al caso?

—Unos diez.

Cuando volvíamos hacia el coche, Elisabeth me propinó un codazo.

—¡No ha sido muy sutil, con eso de «la suelta de guarrús»! Creía que era usted más listo —me reprendió.

—Lo soy. Pero uno debe saber amoldarse al interlocutor. Oiga, voy a dejarla, tengo que pasar por la escuela donde da clases Violaine.

—¿Qué quiere hacer?

—Recuperar la lista de estudiantes y pedir a mis inspectores que investiguen quienes disponen de una conexión a internet o una conexión de banda ancha.



## Capítulo 10

Thomas Serpetti me llamó justo en el momento en que me disponía a acudir a casa de Sibersky, y me anunció orgulloso que había vuelto a encontrar el rastro de BDSM4Y en internet y que mi golpe de efecto en el Pleasure & Pain protagonizaba todas las conversaciones del chat del grupo. No me ocultó que las mentes agitadas de esa panda de chalados estaban predispuestas contra mí y que iban a emprender acciones dentro de poco. De forma involuntaria, quizás había encontrado la mejor manera, sin duda alguna arriesgada, de acercarme a ellos.

Llevaba bajo el brazo un pequeño peluche que había comprado en el sitio web Oursement Vôtre: una especie de osito con pelos retorcidos color espinaca y una expresión de lo más tierna. En la pantalla del ordenador, su carita me había gustado de inmediato, pero ignoraba si el regalo sería conveniente para un niño recién nacido. En el peor de los casos le serviría para más adelante.

Sibersky vivía en Créteil, no muy lejos de mi casa. Seguí el gran parque de la Rosa y me dirigí hacia el centro de la ciudad antes de llegar a un callejón sin salida, donde aparqué mi coche sin problemas. Una señora mayor que salía a pasear su perro, un chucho de la casa Chucho, me aguantó la puerta un momento y acto seguido me introduje en el patio en dirección al segundo piso. Sibersky me abrió justo cuando iba a llamar a la puerta.

—Le he visto por la ventana, comisario.

—Tienes un bebé precioso, un David Sibersky en miniatura. Muchas felicidades. —Le di el peluche—. Ya lo pondrás en la cuna del chiquitín, de mi parte.

—No tenía por qué. Siéntese, comisario.

—Te aviso, podemos hablar de todo menos del caso. ¡Una sola palabra sobre el tema y te retuerzo el pescuezo! Ya te pondrás al corriente tú mismo pasado mañana. Esta noche, me gustaría olvidarme un poco del asunto, aunque sólo sea durante una hora. ¿Me invitas a una cerveza?

—¿Una Zywiec?

—¡Pues claro, Genaro! ¡Las cervezas polacas parecen orina de bisonte, pero a mí me encantan!

—¿Sabe que la orina de bisonte es lo que le da sabor al vodka? ¡Sin ella, un vodka se convierte en alcohol de patatas imbebible!

Le dirigí una sonrisa franca y señalé su ordenador, empotrado en el ángulo del salón. En la pantalla se abrían y cerraban ventanas.

—¿Qué estás descargando?

—Canciones en formato MP3. ¡Grabo mis propios discos, es mucho más barato!

—¿Y lo haces noche y día?

—Sobre todo por la noche. De alguna forma tengo que pasar el tiempo: hace casi dos meses que Laurence está ingresada en el hospital.

—¡En cuanto regrese a casa, ya no tendrás tiempo de aburrirte!

—Eso espero...

Al volver de la cocina, cortó una salchicha ahumada y colocó las rodajas en un pequeño cuenco de madera.



—¿Se quedará a cenar conmigo, verdad que sí? Arroz y calabacines rellenos, ¿le apetece?

—Una delicia. Suzanne los preparaba de vez en cuando. Cada vez que subíamos al norte, mi madre le daba calabacines del huerto, ¡unas bombas que harían palidecer a un artillero! Durante unas semanas el menú se limitaba a sopa de calabacín, calabacines rellenos, calabacines a la papillote o al vapor!

Sibersky echó un vistazo por la ventana, con la Zywiec en la mano.

—¿Se acuerda del cura ladrón de cepillos de iglesia?

Me atraganté y la espuma estuvo a punto de salirseme por los agujeros de la nariz.

—¡Sí! ¡Fue total! ¡Me había olvidado por completo de ese tipo! La Brigada Criminal nos había pedido ayuda para el caso del profanador de iglesias y habíamos, o más bien dicho habías, interceptado a ese tipo porque salió corriendo cuando nos vio. ¡El chaval disfrazado de cura desvalijaba los cepillos de las iglesias! ¡Apenas reunía doscientos francos cada vez para sacar adelante a su familia! El pobre tipo, que apareció en el lugar más inoportuno en el momento más inoportuno. Pero ¿por qué me hablas de él?

Apuró la cerveza polaca sin pestañear.

—Ese tipo, el saqueador de cepillos de iglesia, es mi vecino desde la semana pasada. Acaba de mudarse con su mujer y sus dos hijos.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Es pintor de fachadas.

—¿Y te ha reconocido?

El teniente trajo un paquete de seis Zywiec frescas y me ofreció otra antes de servirse él mismo. Me había tragado la mitad de la salchicha ahumada y el colesterol me debía de estar subiendo rápidamente. Sibersky continuó.

—Un par de veces. ¡Tendría que haber visto la mirada aterrorizada que me lanzó!

—A fin de cuentas, no era mal chaval... Pero la ley es implacable, y nosotros representamos la ley.

Sibersky echó un nuevo vistazo a través de la cortina.

—Dígame, comisario, ¿no ha tenido la impresión de que le seguían antes de llegar aquí?

Dejé la cerveza encima de la mesa baja Bali y me acerqué hasta él.

—A ver...

Sibersky se apartó hacia un lado mientras seguía hablando.

—El tipo del coche, al final del callejón sin salida... Le he visto llegar al mismo tiempo que a usted. Le ha seguido antes, y luego se ha quedado un rato abajo antes de volver a su coche. Está esperándole. ¿Qué quiere de usted?

—¿Consigues leer el número de la matrícula?

—No, desde aquí no, pero espere, tengo unos prismáticos en la habitación.

Cuando volvió a aparecer, de la Zywiec que sí había llevado sólo quedaba la lata vacía.

—¡Apunta el número! —Me acaloré—. ¡Dos, uno, ocho, cinco, a, y, g, nueve, dos!

—¡Deme los prismáticos!

Se los tendí.

—¡He hecho bien en comprobarlo! Sus ojos le han jugado una mala pasada: es dos, uno, ocho, seis, y no dos, uno, ocho, cinco. Dos, uno, ocho, seis, a, y, g, nueve, dos... ¿Alguna relación con el caso?

—Digamos que he metido los pies donde no debía. ¿Recuerdas el tatuaje de

Gad, BDSM4Y?

—Por supuesto.

—Es una sociedad secreta compuesta por unos locos del dolor. Una especie de secta que experimenta sus hallazgos en animales o vagabundos.

Sibersky se apoyó contra la pared.

—¿El asesino forma parte de ese grupo?

—Puede ser. ¿Hay una manera de salir por otro lado que no sea por el vestíbulo? Quiero pillarlo in fraganti.

—Podemos pedir refuerzos, ¿no?

—¿Por qué razón?

—Interrogatorio de un sospechoso del caso...

—¡Venga ya! No, tengo que solucionar esto cara a cara con él. Se me ha ocurrido cómo hacerle desembuchar...

—¿Una ocurrencia del color de su puño?

—Exacto. Bueno, ¿cómo podemos salir sin que nos vean?

—Hay que subir al tejado y pasar a la parte de atrás por la escalera de seguridad. ¿Cree que va armado?

—¿Has visto alguna vez una abeja sin aguijón? Pues claro que va armado...

Una luna en cuarto creciente aureolaba de plata los tejados de las casas vecinas. La temperatura había caído mucho desde la semana anterior y el viento fresco proveniente del norte me helaba el rostro. La escalera de caracol de metal nos dejó en la planta baja y bordeamos, con la espalda encorvada, una hilera de setos que nos llevó hasta unos veinte metros del vehículo. A través del follaje distinguíamos en los matices estañados de la noche la sombra del tipo que tenía, según parecía, la mirada fija en el bloque de apartamentos. Se había esforzado por aparcar al final del callejón, listo para la vigilancia, al resguardo del resplandor vivo de las farolas que salpicaban el asfalto.

—Ya no podemos avanzar —murmuró Sibersky—. Para alcanzarle, tendríamos que saltar por encima del seto y ponernos a descubierto.

Una gran reja perpendicular a los setos nos impedía ir más lejos. Imposible acercarse sin que nos viese.

—Habrás que forzarlo a salir. ¿Se te ocurre una solución?

Sibersky apoyó una rodilla en la hierba, como en posición de tirador de élite, antes de sacudir la cabeza.

—No. No se me ocurre nada.

—¡Vaya mierda! Bueno, no vamos a arriesgarnos; volvamos a subir. Dejaremos que se cueza a fuego lento. Vamos a comer esos calabacines rellenos; se me hace la boca agua.

—Pero...

—¡No me llesves la contraria! Lo esperaré a pie firme esta noche, en mi casa.

El tiempo de cocción ideal para el paté de mirlos es de tres horas. Además, cuando uno quiere asegurarse de que la cocción ha terminado, se clava una aguja en el paté que debe salir totalmente limpia. El tipo del coche debía de estar tan mullido como un buen paté de mirlos. La espera interminable sin duda alguna le había puesto los nervios a flor de piel, cosa que, psicológicamente, me daba ventaja sobre él.

Así que hacia la una de la madrugada volví a tomar la carretera. En lo relativo a la discreción, mi perseguidor era muy bueno: el haz de sus faros raras veces se reflejaban en mi retrovisor.

Para no alterar mis costumbres, metí el coche en el parking. La puerta electrónica del garaje obligó al perseguidor a permanecer fuera. En cuanto aparqué,

me precipité hacia la entrada, y luego al ascensor. Una vez en mi casa, deshice la cama y puse almohadas bajo las sábanas simulando la forma de un cuerpo. Por un instante llegué a preguntarme si no hubiese sido mejor llamar a los refuerzos, interceptar al tipo y llevárselo para someterlo a interrogatorio. Pero dicho interrogatorio quería dirigirlo yo mismo, aquí, lejos de las leyes, en la intimidad de mi Glock pegada a su sien.

Como de costumbre, cerré la puerta con llave para evitar que sospechara, cogí una silla, que pegué contra la pared en el rincón de mi dormitorio, y esperé, todo oídos, a que el estúpido cayese en mis garras. *Poupette* me clavaba su triste mirada de acero, seguramente descontenta de no desfilarse como cierre de la velada. La vuelta de honor tendría que posponerse para más adelante.

Tras una hora de espera, me sorprendí hablando con la locomotora.

Las tres de la madrugada. ¿Quizá se limitaba a aplicarse al ejercicio de la vigilancia? ¿Quizá la intervención se produciría más adelante, y me pillaría desprevenido? El tictac amargo del reloj en el recibidor me ponía de los nervios. A través de las persianas medio bajadas, rayos de luz artificial proyectaban cicatrices sobre las paredes de mi habitación, nuestra habitación. Un velo de bruma se me posaba sobre las retinas y llegué a preguntarme si estaba soñando o si el cansancio iba a llevármelo en su trineo plateado.

Cuando el timbre del móvil rasgó la cortina del silencio, creí que los latidos del corazón me iban a destrozar el pecho. Salté sobre el aparato y, del otro lado de la línea, sólo oí un estertor ahogado. En la pantalla de cristal líquido se leía el nombre de Sibersky.

—¡Sibersky! ¿Qué ocurre? ¡Habla, por Dios!

Aliento entrecortado al otro lado del hilo, y luego nada. Marqué el número del SAMU mientras me metía a toda prisa en el ascensor. Nunca, en toda mi vida, había tardado tan poco en recorrer quince kilómetros en el extrarradio parisino. Pasé de los semáforos, las líneas continuas, las señales de tráfico. La frase pronunciada por la mujer de Sibersky me obsesionaba y rezaba, rezaba sin parar para que... «Cuídele, formamos una familia... Cuídele, formamos una familia...»

La luz apagada en su apartamento, en el segundo piso. Cabalgué los tramos de peldaños a un ritmo que iba a hacerme estallar las arterias y los pulmones. La ambulancia aún no había llegado. Ningún cerrojo retenía la puerta, así que la abrí de un golpe seco. Con un movimiento circular de la Glock, barrí la entrada, me precipité a la cocina y luego al dormitorio.

Lo descubrí tendido en el suelo, la mano ensangrentada aferrada al teléfono móvil. Burbujas de saliva le caían de la boca abierta, las pupilas miraban fijamente el techo. No supe a quién dar gracias cuando noté la palpitación de su corazón en la punta de los dedos. Pulso regular, respiración acompasada. Con cuidado, le deslicé una mano por la nuca y un hilillo de sangre se le escapó de la aleta derecha de la nariz. Le habían dado tal paliza que su rostro casi era irreconocible, pero le habían dejado con vida, por propia voluntad. Abrí el botiquín, colgado en el cuarto de baño, y extraje agua oxigenada, Dakin, vendas. El olor del antiséptico le devolvió el sentido.

—No intentes hablar —le ordené—. La ambulancia va a llegar enseguida. —Le pasé agua fresca por la frente—. Todo irá bien...

Tres hombres, con la sigla SAMU impresa en sus cazadoras, aparecieron cinco minutos después.

—Le han dado una buena paliza —les anuncié—, pero está vivo.

Uno de ellos le puso una máscara de oxígeno y la infló.

—Tiene la garganta hinchada, pero le pasa el aire. Pulso de ochenta. Tensión

arterial doce ocho. Pero ¿qué ha ocurrido?

—Lo han agredido.

Sibersky me cogió de la muñeca, apartó la máscara con la otra mano y sopló:

—Dos... Me sorprendieron... cuando dormía... no vi las caras... pasamontañas negros... Dadme algo... Me duele... la mandíbula...

—¡Vamos allá! —exclamó uno de los enfermeros.

Al salir, llamé a la comisaría local mientras examinaba la cerradura: no la habían forzado.

Me dieron permiso para instalarme a su lado, en la parte trasera del vehículo, y acompañar a Sibersky al hospital.

—¿Qué querían esos tipos? ¿Por qué te han agredido? ¿Eran ladrones?

Articulaba con dificultad a través de los labios hinchados, pero los sonidos resultaban audibles.

—Me han... preguntado por qué... metíamos las narices en... sus asuntos... Era... un aviso... Tengo miedo... comisario... Miedo por mi mujer y mi hijo...

Las pulsaciones cardíacas señalaron el número 150 en el electrocardiograma. El médico me advirtió que procediese con calma.

—¿Qué más te han dicho?

—Nada... Les... les he preguntado si sabían... que los bisontes se mean en la hierba de vodka... —Me dirigió una sonrisa enrojecida con la sangre de las encías —. Entonces... me dieron una buena paliza...

—¿Has podido fijarte en algo?

—Estaba oscuro... Dirigían el haz de la linterna hacia mí... en los ojos...

—¿Cómo han entrado en tu casa?

—No cerré con llave... cuando se marchó... —Me cogió la mano y la apretó con las pocas fuerzas que le quedaban—. No diga nada... a mi mujer... Esta noche no... Déjela dormir tranquila, con... el pequeño... Charlie...

«Cuídele, formamos una familia... Cuídele, formamos una familia...»

—Te lo prometo. Mañana por la mañana iré a verla.

Acabó cerrando los ojos y dejó que los suaves sedantes se lo llevasen lejos de este mundo asqueroso.

Las radiografías no revelaron ninguna fractura. La nariz había resistido el golpe, debido a que el teniente ya se había roto el hueso durante su juventud. Sólo la mandíbula inferior había recibido una buena, con el resultado de dos dientes rotos y las encías en mal estado. Una vez fuera de la sala de sutura, lo llevaron a una habitación individual y pasé la noche a su lado, hirviendo de odio.

La tarea de anunciar la noticia a su mujer no iba a resultar sencilla, pero quería hacerlo personalmente. Cuando entré en la habitación de la maternidad, a las siete de la mañana, ella intuyó algo de inmediato. Rompió a llorar, pensando lo peor de entrada.

El bebé se estremeció, pero se volvió a dormir tranquilamente en su cunita con ruedas, al lado de su madre. De forma instintiva, se puso a mamar.

—David está bien. No se ponga así.

—Qué... Qué...

—Esta noche lo han agredido, en su domicilio. Lo hemos llevado a Urgencias y ahora está despierto. Prepárese, la llevaré junto a él. Descansa en el ala de cuidados intensivos. Puede llevar al niño con usted; su padre se alegrará de verle.

Sólo pronunció una palabra, en un tono que habría partido en dos un iceberg.



—¿Por qué?

—Es una larga historia. Se la contaré en cuanto se haya vestido.



## Capítulo 11

Ahora necesitaba respuestas. Y rápido. En la central, me precipité en el despacho de Delhaie, el inspector a quien había pedido que analizara la lista de los alumnos de la profesora agredida. Era evidente que él tampoco había pegado ojo en toda la noche. En respuesta a mi petición, Rémi Foulon, el jefe de la OCDIP, le había dado libre acceso al fichero de los abonados telefónicos.

—Comisario, acabo de terminar hace tan sólo media hora. Cuatrocientos setenta alumnos, cuatrocientas setenta búsquedas en el fichero.

—¿Y qué has obtenido?

—De los cuatrocientos setenta alumnos, doscientos setenta y dos tienen conexión a internet clásica y ciento cinco conexión de banda ancha. Deberíamos haberlo pensado, ya que la escuela da clases de nuevas tecnologías.

—¡Maldita sea! Si solamente contamos a los chicos, ¿cuántos quedan?

—Sólo hay cincuenta y cuatro chicas en la ESMP. No las he discriminado, pero no debe eliminar a muchos. ¿No avanzamos demasiado, verdad?

—¿Has tenido en cuenta también la localización geográfica? ¿Quiénes son los que viven en el entorno de Violaine?

—No he dispuesto de suficiente tiempo.

—Pues entonces, ¡continúa! Hay que eliminar el mayor número posible, sino no conseguiremos nada. Después pásate por la piscina de Villeneuve-Saint-Georges, interroga al personal y mira si tienen lista de abonados almacenada en formato electrónico en algún lado. Y desgaja las informaciones. El agresor tiene que formar parte, por narices, del entorno cotidiano de Violaine. ¡Ah! Otra cosa: fotocopia el listado de los alumnos y dales copias a Jumont, Picard y Flament. Saca la lista de las bibliotecas situadas en el barrio de la escuela de electrónica y envía allí a los inspectores. Que comprueben si esos estudiantes disponen de una tarjeta de abono y, por si acaso, que investiguen sus lecturas. Como dice Williams, el agresor tiene que haber encontrado obligatoriamente la inspiración en algún lado. ¿Me has entendido?

—Vale, comisario. Pero para ese tipo de trabajo, sería mejor disponer de la lista informática más que de la lista en papel. Tengo un software de comparación de ficheros; como las bibliotecas están equipadas informáticamente, sería casi instantáneo hacer la comparación y saber quién ha cogido qué.

—Perfecto, voy a hacer una llamada a la escuela para que te envíen el fichero por correo electrónico.

—Oiga, ¿no puedo volver a casa a cambiarme? No huelo precisamente a rosas.

—Primero haz cuanto te he pedido y luego serás libre de volver a tu casa.

El gerente de la agencia de alquiler estaba atiborrándose de patatas fritas en el momento en que llegué. Disimuló de forma torpe el paquete bajo la mesa, como un niño. Puse mi placa ante él, entre sus manos grasientas.

—Tengo que hacerle unas preguntitas. Alguien ha alquilado aquí un coche con matrícula 2186AYG92. Me gustaría que me dijese quién ha sido.

—Un momentito. —Clic de ratón, ruido del disco duro, resultado—. Un tal Jean Moulin.

—Cómo no. ¿Pide el documento de identidad cuando alquila un coche?

—¡Por supuesto! ¡El permiso de conducir! Es lo mínimo para llevar un coche, ¿no? Siempre hago una fotocopia.

—Enséñemela.

Hurgó en una canastilla.

—El cliente quiso recuperar su fotocopia cuando me devolvió el vehículo. Estoy acostumbrado a este tipo de peticiones, así que, por prudencia, siempre hago dos fotocopias. Me gusta guardar un registro de mis clientes. Siempre puede resultar útil...

Me alargó la fotocopia en color y luego picoteó con la punta de los dedos las migas de patatas fritas sembradas en su jersey.

—¿Cuándo le ha devuelto el coche?

—Esta mañana.

—Espere, voy a hacer una llamada.

Tras haber colgado, tiré la fotocopia encima de la mesa.

—¡Le ha mostrado un carné de conducir falso!

—¿Cómo dice?

—El número de doce cifras, indicado en la parte inferior del carné, no existe en el fichero.

—¡Mierda!

—Así es...

—El permiso quizá sea falso, pero la foto seguro que es la suya, y reciente además. Es lo único que miro cuando me enseñan un carné, y tengo buena vista.

—Sí, tiene una vista de narices. ¿Cómo le pagó?

—En efectivo.

—Claro. ¿Puedo ver el coche?

—Va a ser difícil; un cliente acaba de alquilármelo hace tan sólo una hora. Devolución del vehículo a finales de la semana.

Las fuerzas de la mala suerte se habían aliado contra mí. Un día sin sol, como suele decirse, aunque no del todo: tenía la foto, mi arma en la funda y sabía a quién tenía que visitar.

Los arrebatos de rabia me hacían avanzar por intuición, dejando en un segundo plano la reflexión. Si Suzanne aún se aferraba a la vida, tenía las horas contadas y por tanto me veía obligado a actuar rápido, incluso corriendo el riesgo de que se derramara sangre.

Cuando la ventana corredera del Pleasure & Pain chirrió, metí el brazo por el marco, agarré la nuca de Rostro de Cuero con una mano y le pegué con la otra el cañón de mi Glock en la aleta derecha de la nariz. Sin máscara, tenía delante de mí la mirada llena de sorpresa de un hombre normal y corriente.

—¡Como te pases de listo, cara de simio, te vuelo los sesos! ¡Así que abre y no muevas la cabeza!

Obedeció y, en cuanto quitó el cerrojo, di una fortísima patada a la puerta, cuyo batiente fue a estrellarse primero contra su nariz y luego contra su frente.

La Gata, que estaba colocando botellas detrás de la barra, levantó las manos.

—¿Qué quieres de nosotros, tío? Ya está cerrado, ¿sabes? —maulló.

—¡Cierra el pico!

Agarré a Rostro de Cuero del cuello del jersey y le pegué la mejilla contra la barra.

—¿Quién envió a esos tipos?

—¡Que te jodan!

Le levanté la cabeza por el pelo y se la estampé contra el zinc dos veces seguidas. La ceja se abrió como una fruta demasiado madura.

—¿Tengo que repetírtelo?

La Gata intentó romperme una botella sobre el cráneo, pero antes de que bajase el brazo hice explotar el litro de ginebra de un balazo. Se estremeció cuando apunté el cañón contra su frente. Tiré la fotocopia del permiso de conducir sobre la barra ante la mirada extraviada y ahora francamente menos astuta de Rostro de Cuero.

—Te doy diez segundos para que me digas quién es. Luego, ¡me cargo a tu puta!

—¡No lo harás! ¡No lo harás!

El golpe de culata le rompió dos dientes.

—¡Me cago en la puta, estás loco! —chilló la chica.

—¡Cinco segundos!

—¡Déjalo en paz! ¡Deja a mi chico, gilipollas!

—Tres segundos...

—¡Está bien! —cedió ella con tono rabioso.

—¡Cierra el pico! ¡Te aseguro que no se atreverá! —vociferó el gordo escupiendo gotas de sangre.

—No sé el nombre de ese tío, pero sé que viene aquí casi todas las noches. Así que ahora te largas, ¿vale? —cloqueó ella.

—¿A qué hora?

—¡Y yo qué sé, joder! ¡Aparece hacia las once!

Apreté con más fuerza el cuello de Rostro de Cuero, que respiraba como un toro. Mantuve la llave de inmovilización y dije:

—Háblame de BDSM4Y.

Su tez color leche agria se volvió blanco cadáver. Lo esposé y empujé su cuerpo grasiento a un rincón. En el movimiento de caída, se golpeó la cabeza contra una pared.

—¡Hijo de puta! —soltó.

—¡Habla! —espeté a miss Látex.

—No conozco...

Me dirigí hacia Rostro de Cuero.

—¿Jugamos otra partida?

—¡Es la verdad! ¡Nadie les conoce! ¡No existen!

—¡Pues los tíos que agredieron a mi colega eran muy reales!

—¡No tenemos nada que ver con eso! —farfulló—. No queremos follones. Esos tarados, cuanto menos se habla de ellos, mejor.

—No te miente —añadió la Gata—. No hay que jugar con ellos. Son poderosos, están en ninguna parte y en todas a la vez. No sabemos absolutamente nada. Éste es nuestro negocio. ¡Así que no nos metas en follones!

—¡Despelótate, y tú, también! —ordené acompañando mis palabras con rápidos movimientos de Glock.

—¿Y cómo lo hago con las esposas, capullo?

Le quité las trabas. Obedecieron, y aun pareció que sentían placer al hacerlo.



La Gata tuvo muchas dificultades para desprenderse de su segunda piel. Peor que una serpiente que muda. Los dos cuerpos desnudos presentaban tatuajes, pero ni rastro de BDSM4Y.

—¡Está bien, volved a vestiros!

Me dirigí a Rostro de Cuero.

—Dime, ¿fuiste tú quien nos persiguió la otra noche, a Fripette y a mí?

—Así es. ¡Pero no había que ponerse así! Sólo era para asustarte. No nos gustan los intrusos aquí, y menos los que hurgan.

—Devuélveme mi documentación.

—¿Qué documentación?

Blandí la culata y él gritó, poniéndose las manos delante de la cara:

—¡Te lo prometo! ¡No tengo tu documentación! —Se aovilló en el suelo—. ¡No tengo tu documentación, joder!

—Está bien, levántate.

Me pareció sincero. Después de todo, estos dos tan sólo eran comerciantes del sexo. Por pura curiosidad les planteé la pregunta:

—¿Por qué hacéis esto? ¿Este bar? ¿Esas *backrooms* sórdidas?

La chica puso una toalla húmeda en la ceja del que parecía ser su pareja.

—¡Pues por la pasta, tío! ¡No te puedes imaginar el pastón que nos sacamos con todos esos tarados! Nosotros seguimos el juego, eso es todo, pero es únicamente un tema de pasta. Ellos se lo pasan teta cuando vienen aquí, como lo que son, amos y esclavos. ¿Qué problema hay?

—Puede que venga a dar una vueltecita esta noche. Sobre todo, no quiero enredos. Espero que nuestro amigo común esté aquí, porque si no, ¡creo que me voy a poner nervioso de verdad!

—Tendrás que solventar tus asuntos fuera —replicó la mujer—. Aquí no entras, no queremos follones. Así que escóndete en la calle, haz lo que quieras, pero ya no entras aquí. Vale, nosotros cerramos la boca. El tío vendrá esta noche. Tienes la foto, te lanzas encima de él antes de que entre, pero ¡no nos montes ningún pollo! ¿De acuerdo?

—Me parece bien. No me pongáis trabas; de lo contrario volveré, y podría ser muy doloroso... —dije, y me largué cerrando de un portazo.

Aproveché la hora de la comida para engullir un sándwich, instalado en la vieja butaca de cuero que estaba en un rincón de mi despacho. La había comprado en un mercadillo y su estado de vetustez había provocado la ira de Suzanne, que se había negado a que instalase un destrozaculos en el salón. Así que había acabado aquí, a mi lado, en este edificio tan viejo como el siglo pasado. Mi mente se disponía a navegar por los mares del sueño cuando entró Crombez, apoyándose en unas muletas.

—¿Ya vas acostumbrándote? —le pregunté señalando las muletas con un movimiento de la cabeza.

—No me queda otra. Cada vez que me muevo, ¡tengo pinta de un tío que está muriéndose de ganas de mear pero que no puede! —Me dirigió una fugaz sonrisa—. Vengo a ponerme al día.

—Siéntate en mi silla.

—Si me siento ahí, nunca podré volver a levantarme —observó con acierto—. Parece una trampa de cuero para ratones. Estoy bien, me quedo de pie. Parece usted estar mucho peor que yo. Sus ojeras me recuerdan a las alforjas de la bicicleta

de mi madre.

Se apoyó contra mi escritorio.

—Por lo que se refiere a Compiégne se quemó todo; no queda más que un montón de cenizas. Sólo se han encontrado los huesos carbonizados de su vecina, y no hay nada que pueda analizarse. Lo único que se salvó fue el sótano, con todos aquellos bichos disecados. En cambio, ¡el SEFTI por fin tiene una pista!

—¡Cuenta!

—Las webcams estaban conectadas a una línea de teléfono. A partir de ahí, han llegado hasta el proveedor de acceso de Marival, donde tenía colgada su página. A través de la línea telefónica, las imágenes de las webcams aparecían en internet.

—¿Has podido visitar el sitio?

—¡Pues claro! Es una página personal comp...

—¡Enséñamelo! —exclamé, interrumpiéndole y dirigiéndome hacia mi ordenador portátil.

Tecléé «<http://10.56.52.14/private>».

Una página apareció en la pantalla, con enlaces, recuadros de texto y pequeñas animaciones.

—Cada enlace representa una de las habitaciones de su casa —prosiguió Crombez—. Por supuesto ya no funciona, puesto que se cortó la corriente; en consecuencia, el flujo de imágenes de su domicilio al proveedor de acceso ha sido interrumpido. El sitio también dispone de un foro, un chat donde los internautas pueden dialogar en directo y diversas páginas personales donde Marival exponía sus ideas y colgaba mensajes.

Yo clicaba en los sitios que me indicaba.

—Marival no era bulímica —continuó—, como sugirió Dead Alive, pero se alimentaba muy mal. Sólo alimentos grasos o azucarados, y eso hacía que engordara de forma regular. Aquí hay una foto de ella hace menos de un año.

Me cogió el ratón de las manos y clicó sobre un icono. Apareció otra ventana y los ojos se me abrieron de par en par.

—¡Virgen santa! Pero si debía de pesar cerca de...

—Noventa y tres kilos exactamente; lo puso en el texto debajo de la foto. Cuesta compararla con el esqueleto encontrado en el matadero, que apenas pesaba más que un saco de patatas. ¿Se imagina la energía que desplegó el asesino para mantenerla con vida más de cincuenta días? ¿Para adelgazarla hasta este punto, limpiándola regularmente, hidratándola lo mínimo necesario?

—Sin olvidar que eso no le impidió ocuparse de Prieur...

—El último fichero colgado en el servidor web está fechado exactamente hace cincuenta y cuatro días, fecha probable del secuestro. —Cerró la ventana, tecléó otra dirección en el navegador principal y un usuario y una contraseña. Prosiguió—: Y aquí tiene su buzón.

—¡Pareces saber tanto del tema como Sibersky! ¿Es que ya no estoy en la onda o qué?

—Mi hermano siempre ha sido un apasionado de la informática. Cuando vivíamos en casa de nuestros padres, de más jóvenes, me enseñó unas cuantas cosas. Digamos que no se me da mal y estoy suscrito a unas cuantas revistas. Ya está; todos los mensajes que no borró están aquí. He leído un buen montón, y adivine quién destaca en su libreta de direcciones.

—¿Prieur?

—¡Exacto! «[martine.prieur@octogone.com](mailto:martine.prieur@octogone.com)».

—¿De qué hablaban?

—¿Usted que cree?

—¿De sadomasoquismo?

—Ha dado en el blanco. Torturas sexuales, *bondage*, fetichismo, en definitiva, toda la panoplia de la perfecta dominadora. Por lo que he podido leer, ambas mantenían relaciones puramente virtuales con numerosas parejas. La era moderna de internet...

Dirigió la flechita del ratón hacia la carpeta «Personal» y luego «Contactos». Apareció una lista interminable de seudónimos.

—Y aquí toda la gente maravillosa con quien hablaba. Relaciones puramente fantasmagóricas. Con sus webcams, aparentemente volvía locos a esos tipos; debían de masturbarse en masa delante de sus ordenadores cada vez que se despelotaba, a pesar de su peso. Las palabras que se intercambiaban eran obscenas. También habla muchísimo de las torturas infligidas a los animales que encontramos en el sótano. Dio usted en el clavo, comisario...

—¿En qué sentido?

—Marival no era una santa.

Moví el cursor, que se transformaba en una manita cada vez que pasaba por encima de un mensaje.

—¿Crees que el asesino podría estar entre esos tipos?

—Es posible. En todo caso, este sitio ha debido de servirle de gran ayuda para preparar el golpe. ¿Cómo conocer mejor las costumbres de una mujer que observándola noche y día a través de una cámara?

El asesino atrapaba a sus víctimas utilizando la red. Conocía los secretos de sus vidas, sus relaciones, sus horarios.

¿Quizás había mantenido relaciones puramente virtuales con Gad, Prieur y Marival? Había obtenido de ellas confesiones, confesiones íntimas, y luego las había castigado porque vivían en pecado, en la decadencia, en un mundo mancillado por la mirada del otro.

El Hombre sin Rostro no soportaba el vicio, así que lo aplicaba él mismo para sancionar a su prójimo, como un justiciero. Las torturaba, las mataba y luego borraba los datos de sus ordenadores para eliminar el rastro.

Me aparté del hierro candente de mis pensamientos y dije a Crombez:

—Vas a tener que estudiar esos mensajes como con un microscopio. Voy a intentar leer yo también cuantos pueda, pero antes he de resolver unos asuntos. Mete a dos o tres personas a ello.

—Estupendo. Pero el SEFTI ya está a tope de trabajo. Tienen que recuperar el disco duro del servidor para analizar todos los datos que contiene.

—Vale, por fin progresamos. ¿Se han recogido marcas en el lugar donde estaba emboscado el coche?

—Sí. Han hecho un molde de las huellas y las han llevado al laboratorio. Dibujo y anchura de los neumáticos, clásicos. Ningún rastro de pintura en los alrededores. De hecho, sí había una pequeña carretera que llevaba directamente a la casa, pero llegamos por el otro lado, el malo. Lo siento por sus zapatos...

—Da igual. ¿Has interrogado a los padres o los allegados de Marival?

Crombez movió su brazo adormecido e hizo círculos con la cabeza para distender los músculos del cuello.

—No tenía mucha familia. Su madre se desentendió de ella al nacer y su padre se largó, así que fueron los abuelos quienes tomaron el relevo. Pero los viejos no la veían mucho. Marival era una mujer muy reservada y solitaria. De pequeña se quedaba a menudo encerrada en su habitación disecando insectos, ha explicado su abuelo. Siempre había querido estudiar Medicina.

—¿Y por qué no terminó los estudios?

—Por las notas. Era incapaz de aprender. Aguantó tres años porque obtenía buenos resultados en las prácticas, seguramente con la ayuda de Prieur. Cuando ésta se largó, sus notas se volvieron catastróficas, así que su abuelo se acogió a la jubilación para dejarle su puesto en ese lugar maldito.

La historia, ahora, se fundía en un molde lógico. Elisabeth tenía razón. Gracias a internet, el asesino encontraba a las que propagaban el dolor y les infligía la misma suerte, bajo los auspicios de Dios. También pensé en Julie Violaine, la profesora, que en medio de este berenjenal parecía un pelo en la sopa. ¿Qué papel podía desempeñar en el caso? Una chica formalita que ni siquiera disponía de una conexión a internet, tan lejos de Prieur o Gad...

Mi móvil vibró. Descolgué.

—¿Piensas en mí, amigo mío? —oí, y me precipité detrás de la mesa, cogí un dictáfono del cajón e inmediatamente lo puse en marcha, mientras Crombez se acercaba a mí, aguzando el oído.

Le hice señas de que se largase y cerré la puerta.

—¿Qué le has hecho a mi mujer?

—Veo que has comprendido mi mensaje en el parking. Eres muy perspicaz... —dijo una voz de viejo al ralentí.

—¡Dime si aún sigue viva!

—¡Soy yo el que da las órdenes, hijo de puta! ¡No me digas lo que tengo que hacer!

—Dime sólo...

Colgó.

—¡Mierda!

Me entraron ganas de estrellar el móvil contra la pared, pero me contuve en el último momento. ¿Había echado a perder la oportunidad de que me volviese a llamar? Me puse a desgastar el parqué con idas y venidas silenciosas durante las cuales, estaba convencido de ello, mi tensión nerviosa hubiese hecho explotar cualquier aparato para medir la presión.

Tenía que adoptar un enfoque distinto. El asesino deseaba hablar, pero únicamente de lo que había decidido. Había que darle esa impresión de dominio que deseaba sentir. Cada palabra, cada frase, su manera de comunicarse, su tono, incluso a través del falsificador de voz, constituían pistas importantes. El tiempo pasó... un siglo... antes de que el timbre me volviese a machacar el tímpano.

—¡Siéntete afortunado porque haya vuelto a llamarte! Otro comentario como ése y sólo volverás a oír hablar de mí a través de los cadáveres. ¿Entendido?

—Lo he entendido.

—Una vez más, nuestros destinos se han cruzado, aunque con una ligera ventaja para mí. ¿Cómo es que siempre llegas tan tarde?

—No... no lo sé. Algún día de éstos acabaremos finalmente por conocernos...

—¡Pero si yo ya te conozco! ¿O es que has olvidado el matadero?

—No, por supuesto que no... Tan sólo quiero verte frente a mí, en carne y hueso. Descubrir tu verdadero rostro, descubrir quién eres realmente, descubrir quién se oculta tras esos actos espantosos.

Sonidos de pato ronco.

—¿Espantosos? ¿Es a mí a quien tratas de verdugo? ¿Quién eres para atreverte a decirme esto, a mí? ¿Quién te crees que eres?

—Soy el que te acecha, el que va a atormentarte por las noches hasta el fin de los días. ¡No te soltaré nunca!

—No sé quién atormenta las noches del otro, pero debo confesarte que no he

pensado mucho en ti últimamente. Estaba un poco ocupado, no sé si sabes a qué me refiero.

—No. No lo sé. Explícamelo.

—¡Deja de hacerte el listillo! ¿Qué has pensado del golpe de la vieja negra? ¿Estuve bien, verdad que sí?

—He entendido por qué esa mujer te daba tanto miedo. Pero esta vez, has sido tú quien ha llegado demasiado tarde.

Instantes de silencio. Franjas de dudas. Cambio de voz, aún más grave. Un ladrillo que se hunde.

—¿Por qué? ¡Dime por qué!

—Le has seccionado el cerebro porque no entendías el origen de su conocimiento. ¿Qué esperabas descubrir dentro de su cráneo? ¿Una explicación?

—¡Soy yo quien pregunta! ¿Qué sabes que ignoro?

—Muchas cosas. Háblame de mi mujer y te diré lo que quieres oír.

Silencio. Y luego.

—Es un farol —babeó la voz—. ¿Crees en Dios?

—No del todo. No se puede decir que Dios me sea de gran ayuda.

—¿Y en el Diablo? ¡Dime si crees en el Diablo!

—No más que en Dios.

—Pues deberías. Por cierto, ¿quieres que te hable de tu mujer? ¿De la puta de tu mujer? Si te sirve de consuelo está viva, pero creo que si te contase lo que le hago, preferirías que estuviese muerta...

Fui incapaz de discernir si sentía pena o alivio. Lo sabía, siempre había sabido que Suzanne seguía con vida, pero la noticia que me dio me causó el mismo efecto que un puñal clavado desde hacía tiempo en la carne que mueven para agrandar la herida. La voz prosiguió, una octava más baja.

—De repente te noto muy silencioso. ¿Ya no quieres saber qué pasa con tu mujer?

—No... No estoy seguro.

—Pues voy a contártelo igualmente. La violo todos los días. Al principio era un poco reticente, pero ahora todo va mejor, mucho mejor. No te puedes imaginar lo complacientes que llegan a ser las personas a la mínima que les infliges daño...

—¡Maldito hijo de perra! ¡Te mataré!

Risa larga, muy larga.

—¡Pero si la muerte no representa nada! ¿Crees que mi muerte devolvería la vida a todas aquellas que han pasado por mis manos? ¿Has podido imaginarte por un segundo lo que han padecido esas mujeres? ¿Y crees que mi muerte podrá enmendar todo eso? ¡Eres impotente, todos lo sois! ¡No puedes hacer nada contra mí, absolutamente nada! ¡Y ahora voy a ir a tirarme a tu puta! Después, ya pensaré qué hago. Quizás acabe deshaciéndome de ella... Me ocupa demasiado tiempo. Pero no te preocupes, antes de que muera, la perdonaré.

Fin de la conversación. Me desplomé en la vieja butaca, rebobiné el dictáfono y volví a escuchar la cinta, una y otra vez. Suzanne viva... superviviente... Meforcé en pensar en otra cosa, en no imaginarme los terribles suplicios que le infligía a diario. «La violo todos los días...» Después acudieron a mi mente esos olores de agua estancada, esas imágenes verdes de ciénagas, emborronadas por el zumbido de los mosquitos. «La puta de tu mujer...» Tenía la impresión de que la cabeza se me hinchaba desde el interior, de que el cerebro presionaba los huesos del cráneo hasta hacerlo explotar. Me impregnaba de cada una de las frases que había pronunciado. «Creo que si te contase lo que le hago, preferirías que estuviese muerta...»

Saqué la Glock de su funda, la giré contra mí una primera vez para sentir el efecto del cañón en la sien, y luego la dirigí hacia el suelo. Volví a hacerlo, esta vez con el dedo sobre el gatillo y sin seguro. Me disponía a apretar. ¿Qué necesitaba? ¿Un impulso nervioso, una orden del cerebro? Acechaba la orden, y sentí que se bloqueaba en algún lugar en mi interior, sin definir precisamente dónde. ¿En la parte baja del pecho, en la garganta, en el corazón? ¿Dónde? Vi mi dedo moverse, de forma débil, pero faltaba el impulso necesario. Lentamente dejé el arma en el suelo, a mis pies, y me puse a esperar el instante en que mi cuerpo entero se predispondría contra mí, hasta que hiciese el gesto fatal. Pero ese instante no se produjo y la vida se ofreció de nuevo a mí, victoriosa, espantosa al mirarla...

Me odiaba, odiaba al mundo.

Minutos más tarde, Leclerc apareció en mi despacho y me arrancó el dictáfono de las manos.

Lo vi presentarse en la calle Greneta, a las 22.35. El tipo del carné de conducir falso, el que me había seguido mientras a Sibersky le daban una paliza. Llevaba una mochila, un jersey de cuello alto y un pantalón de franela con zapatos de charol. Los haces luminosos de las farolas recortaban las facciones de su rostro en papeles arrugados, pero lo reconocí por su corte de pelo o, más bien dicho, por la ausencia de corte, ya que se había recogido la larga cabellera hacia atrás con una goma, como en la foto del permiso de conducir.

En ese momento, nada ni nadie hubiese podido impedir que le cayera encima, le diera un golpe de culata en la parte trasera del cráneo y lo metiera en el maletero de mi coche. Así que lo hice, y luego arranqué a toda prisa, con los neumáticos chirriando, y me lo llevé al parking subterráneo de mi edificio. Lo saqué del maletero estirando de su cola de caballo y, cuando gritó de dolor, le asesté un puñetazo en la nariz. Lo proyecté contra la pared y el encuentro entre la columna vertebral y el hormigón lo dejó tieso en el suelo. La luz de la linterna iluminó la sangre que le caía de la nariz y venía a morir sobre los labios.

—Pero... qué... ¿Quién es usted?

—¿Por qué me seguiste ayer?

Se limpió la abundante cara sangrienta con la manga del jersey.

—Está... Está chalado... Yo... no le conozco...

Le solté un revés con la mano cuyo eco recordó la explosión de un petardo.

—¡Basta! Se... lo advierto: soy... abogado... Se... va a meter en un buen lío...

—¿Eres abogado? ¿Eres abogado, hijo de puta?

Le apretaba el cañón de la Glock contra la sien mientras le comprimía la garganta hasta impedirle respirar. Un estertor insulso le salió de la boca.

—¡Habla! ¡O te vuelo los sesos! ¡Habla! ¡Habla!

—Yo... yo no sé nada... ¡Es la verdad! ¡Basta, se lo ruego! ¡Tan sólo me pidieron que le siguiese!

—¿Quién?

Reía ahogadamente. La sangre no dejaba de fluir. Un río.

—¡No tengo ni idea! ¡Se lo juro! ¡Son ellos quienes se ponen en contacto conmigo cada vez! ¡Nunca los he visto!

—¿Quiénes son ellos? ¡Suéltalo!

—Los amos del grupo... Los que ordenan, los que organizan.

—¡Estoy esperando!

—Yo sólo soy un iniciado. Me han aceptado en su sociedad porque frecuento

desde hace varios años los ambientes sadomasoquistas.

—Sientes una debilidad peculiar por el dolor, ¿verdad, hijo de perra?

La intensidad del haz luminoso le obligó a girar la cabeza.

—Sí, pero no hay nada malo en ello. Las mujeres consienten... Todos lo hacemos.

—¿Y matar animales? ¿Torturar prostitutas o vagabundos y darles pasta para que cierren la boca, ¿a eso cómo lo llamas?

—No... No sé de qué me habla...

Cuando se percató de la rabia con que esgrimía el brazo, soltó prenda.

—Sólo asistí una vez a ese tipo de reunión, hace un mes. Ocurrió en una casa de colonias cerrada en pleno bosque de Olhain, en el norte de Francia, a doscientos kilómetros de aquí. Habían... habían traído a un vagabundo, un pobre desgraciado, un deshecho que habían recogido en alguna parte, dispuesto a todo para ganar pasta... Nos habían citado en el bosque, en plena noche... Casi... casi no nos conocíamos entre nosotros... Siempre llevamos una máscara, sólo algunos toman la palabra... Yo... ¡sólo asistí...! Se lo suplico... Deje que me marche...

—¿Qué le hicisteis? —Se puso a gemir—. ¡Contesta!

—Lo sedaron para calmarlo y luego lo cincharon a una mesa. Le administraron un anestésico local en la garganta, para impedirle gritar o emitir sonidos. Luego empezaron a cortarle la carne. Tiene... tiene que haber médicos, cirujanos, enfermeros en el grupo, si no no sería posible... Disponían de todo el material, los medicamentos para evitar que sangrase... Cada vez que cortaban, lo cosían justo después, en carne viva. El... el vagabundo gritaba, pero ningún sonido salía de la boca.

—¡Y te corriste, maldito degenerado! ¡Venga, cuéntamelo! ¡Te la pelaste mientras torturaban a ese tío!

—No... No...

Le asesté una patada en el tórax. Se le cortó la respiración mucho tiempo — una misa de Pascuas— y acabó poniéndose azul de una manera inquietante. Lo levanté del suelo y le asesté unas palmadas en la espalda. El torso se hinchó de repente, como si, de golpe, hubiese aspirado la atmósfera entera. Escupió como si fuese a arrancarse trozos de laringe antes de recuperar un color oportuno.

—Está... está... usted... chalado... —dijo, medio ahogado.

—¿Por qué? ¿Por qué lo haces? ¡Necesito entenderlo! ¡Explícamelo!

—Me... me va a volver a pegar si le digo la verdad...

—Si mientes, será peor... Sé sincero y ya veré qué hago.

Abría las manos sobre el pecho como si acabase de correr los cien metros y quisiese recuperarse.

—¿Quiere saber la verdad? El ser humano... necesita zonas de sombra... para desarrollar su vida interior... Es así... Todas las sociedades, sea cual sea la época, han generado entre sus filas cofradías, órdenes, asociaciones... Todos... —jadeó— ... nosotros buscamos el Diablo... Todos sentimos... una atracción por lo misterioso, lo sobrenatural... mucho más allá de las razones... o de la materia. ¿Cree que podría satisfacerme... sólo con mi toga de pobre abogado de pacotilla? ¿Del trabajo a casa y de casa al trabajo? No, no, por supuesto que no. Vivimos en un mundo de falsas apariencias, todo es pura ilusión... Sí, tomo mi parte infligiendo dolor a mis semejantes. Sí, sólo me siento vivo cuando estoy en el seno de la cofradía. Sí, me gusta el vicio, el mal, cuanto puede herir, extrañar al común de los mortales... Y nada ni nadie podrá alterar el orden de las cosas.

Perdí las fuerzas que me animaban, que mantenían mi sed de venganza, mi rabia, mis ganas de salvar lo que podía ser salvado. ¿Cuántos eran, ocultos tras las

apariencias de hombres de la calle, preconizando el mal, alentando la decadencia?

—¿Cómo se ponen en contacto contigo?

—Recibo en mi buzón electrónico direcciones de páginas web a las que me conecto con un nombre de usuario y una contraseña que me facilitan. Ahí me dicen lo que tengo que hacer, y cuándo. Establecen las citas, lo dirigen todo, están fuera del alcance. Cuando hay veladas, siempre nos reunimos en comité limitado, unas quince personas como máximo. Me ordenaron por correo electrónico que le siguiese, le vigilase: eso es todo. Les enviaba las informaciones por internet, a un buzón que cambia de dirección casi a diario. Mi papel en lo que le concierne a usted acababa aquí. Tenía que seguirle, tan sólo eso...

—¿Y los dos tipos que han agredido a mi compañero?

Los ojos se le abrieron de par en par.

—¡Nadie ha pegado a su colega!

—¡No me tomes el pelo!

—Se... se lo juro. ¡No estaba al corriente!

Me incliné hacia él y le cogí por el cuello del jersey.

—¡Ahora escúchame, abogado de tres al cuarto! Te voy a dejar volver a tu casa, tranquilamente. Si te veo otra vez pululando por aquí, te mato. —Le registré el bolsillo trasero del pantalón y le quité el carné de identidad—. Tengo tu dirección. Si intentan ponerse en contacto contigo, te conviene avisarme; creo que sabes dónde vivo. Si dentro de diez días no tengo noticias tuyas, vendré a hacerte una pequeña visita que te aseguro que no olvidarás. Sigue haciendo lo que te ordenen, pero mantenme informado. Si te echas un farol conmigo, si intentas engañarme, estás muerto. Ya he perdido demasiado en esta historia y me da igual un cadáver más o menos. ¿Has entendido bien el mensaje o tengo que repetirlo?

—No; se lo explicaré todo, todo... Todo lo que quiera.

—Lárgate.

Desapareció más deprisa que una estrella fugaz. Intuí que a partir del día siguiente habría que asignarle un equipo de vigilancia.

Volví a subir con paso de penitente hasta mi apartamento. Delante de la puerta cerrada de Doudou Camelia, el olor de los akras de bacalao se había extinguido y sentí, por primera vez, una inmensa ola de vacío y soledad estrellarse sobre mi alma.

Cogí una botella de whisky, un Chivas de quince años, de la parte trasera de la pequeña barra de mimbre; y me tragué un primer vaso bien cargado sin apreciar realmente el gusto antiguo de las tierras envejecidas. Repetí la operación varias veces, hasta que mis pensamientos alzaron el vuelo a mi alrededor, como gaviotas graznando en el viento.

Formas extrañas cobraban vida en mi cabeza, sombras imposibles de definir, siluetas deformadas, diabólicas, acurrucadas sobre ellas mismas en un rincón de mi mente. Intentaba pensar en cosas bonitas pero no lo conseguía, como si la propia belleza se hubiese vestido con el rostro de la muerte. Veía a esas chicas que provocaban el vicio al exhibirse en internet, recordaba la cinta de los Torpinelli en la tienda de Fripette, *Violación para cuatro*, y esas listas infinitas de sitios pedófilos escupidas por las impresoras de Serpetti. Sabía que el Mal se desplegaba sobre el mundo en una gigantesca marea negra.

*Poupette* la Caprichosa se negó a hacer su paseo nocturno. Aquella noche más que nunca necesitaba su consuelo, su dulce canto jovial, la alquimia secreta de su perfume. Por mucho que me ensañé con la palanca, los ejes ni se inmutaron.

Nuevos tragos de alcohol, más generosos. No, aquella noche rechazaba la soledad. Llamé a Elisabeth, me encontré con el contestador y luego llamé a casa de





Thomas. Otro contestador. Seguramente estaba con su amiga Yennia.

Acabé por dormirme, ebrio, lejos, muy lejos de lo que había sido un día, un comisario de policía respetable que amaba su oficio.



## Capítulo 12

Hay días en que la suerte, o mejor dicho, una suerte provocada, decide llamar a tu puerta. Aquella mañana, la suerte se llamaba Vincent Crombez.

—No ha sido muy buena idea dejar su móvil apagado, comisario.

—Olvidé cargarlo. Ayer no estaba muy animado.

—Tiene la cara de los malos días. ¡Hay buenas noticias, muy buenas noticias! Delhaie ha hecho un trabajo maravilloso a partir de la lista de estudiantes, pero no hemos obtenido nada.

—¡Cuéntamelo! Y deja de hacer el gilipollas, no estoy de humor. ¿No habrás venido para decirme eso?

—Tuvo una muy buena intuición con lo de las bibliotecas y he de reconocer que el inspector Germonprez tiene el olfato de un podenco. ¡Sin salir de su despacho!

—¿Cómo?

—Casi todas las bibliotecas disponen de sitios internet. Con una cuenta especial, se puede acceder al *backoffice*, la interfaz que permite gestionar la biblioteca y a sus abonados desde cualquier lugar del mundo. Puesto que los bibliotecarios deben colaborar con la policía, le han suministrado sin muchas pegas los accesos necesarios para consultar la base de datos. A fuerza de husmear, Germonprez ha recogido una lista de libros muy interesantes, solicitados en la biblioteca René-Descartes por un tal Manchini, estudiante de tercero en la escuela de la profe agredida, Violaine. Los títulos no le dirán nada y parecen anodinos. Cosas del tipo *La Santa Inquisición: la caza de brujas*, *Los hilos del oficio*, *La Francia prohibida*. Es este último título el que le puso la mosca detrás de la oreja, porque Germonprez ya había alquilado la cinta de vídeo que trataba el mismo tema, una especie de investigación sobre los ambientes sadomaso en Francia. El libro *Los hilos del oficio* trata sobre el arte del *bondage* en Japón, y en cuanto al libro sobre la Inquisición, describe con gran precisión los instrumentos de tortura que se utilizaban en aquella época. De la gran cantidad de libros solicitados por Manchini, todos tienen en mayor o menor medida relación con el sexo, la tortura y el dolor.

—¿Has podido investigar a ese Manchini?

—Me dirigía justamente a la central, pero he preferido dar un rodeo y pasar por su casa, dado que no podía localizarle e ignoraba si se presentaría hoy en el despacho.

—Vale. No vas a la central, vamos a ir a esa escuela. Oficialmente, se trata de una breve visita de cortesía.

—¿Por los gendarmes?

—Exacto. He presentado una petición al juez de instrucción, Kelly, que ha insistido personalmente ante el procurador de la República para que fusionen los casos y se trabaje en colaboración. Pero aún no han decidido nada. Y no tenemos tiempo para esperar el papeleo.

El letrero con la sigla de la ESMP, la Escuela Superior de Microelectrónica de París, dominaba la corta avenida Foch donde se perdían unos árboles aislados y un simulacro de vegetación plantado por la mano del hombre. A lo largo de las paredes de un restaurante universitario, en una calle transversal, bramaban elefantes con tambores de detergente a manera de patas, orejas de cartón y tejido y una trompa de poliestireno. Las novatadas estaban en pleno apogeo. Los MVV —Muy Venerables Veteranos— y los MMVV —Muy Muy Venerables Veteranos— se lo pasaban en grande echando litros de sopa de pescado en las cabelleras maltratadas de los novatos. Fragmentos de canciones lascivas, himnos a la ESMP salían forzados de las bocas donde se adentraba con generosidad la espuma de afeitar.

—Me da la impresión de que los novatos están recibiendo una buena — observó Crombez avanzando a saltitos con las muletas.

—Las novatadas nunca han sido suaves. Son una vía abierta a los abusos de todo tipo.

Una secretaria nos anunció en la recepción y el director se presentó pocos minutos después. Su enorme cabeza, apoyada en un cuello delgado, le daba el aspecto de una tortuga, y mi sensación se confirmó cuando me fijé en su perfil: tenía una nariz que podría cobijar una colonia de vacaciones. Las gafas de cristales anchos, color caparazón de tortuga justamente, vigilaban sobre la parte alta de su frente despejada como otro par de ojos.

—¿Policía, gendarmería, policía? —me espetó—. ¿No podrían organizarse para venir una sola vez? ¡Tengo un trabajo de locos con el inicio del curso escolar!

Pequeñas venas se le abultaban de la garganta, como esquirlas de hueso.

—Hemos venido a hablar concretamente de uno de sus alumnos.

—Alumnos ingenieros —corrigió—. Les escucho, pero dense prisa, por favor.

—Manchini, alumno de tercero.

—Manchini... Manchini... Ah sí. ¿Qué ocurre?

—De hecho, nos gustaría que lo convocase a su despacho.

—¿Cuál es el motivo?

—Nos gustaría avanzar en la investigación del caso Violaine.

—Bueno, ¿y cuál es la relación con Manchini? Espero que no sospechen de uno de mis alumnos ingenieros. Ustedes...

—Hacemos nuestro trabajo. Han agredido a una de sus profesoras; y es normal, ya que pasaba la mayor parte del tiempo con sus... alumnos ingenieros, que nos orientemos en esa dirección.

—¿Por qué Manchini?

—Vaya a buscarlo, por favor.

—Han venido en plenas novatadas. No hay clases durante tres días. Debe de estar fuera, con los demás.

El cortejo de elefantes se había desplazado al patio interior de la ESMP, dejando tras de sí una cola de espuma de afeitar, huevos podridos y salsas de todo tipo.

—¡Por Dios! —soltó Crombez—. Podríamos seguirles sólo por el olor; huele a pescado fermentado.

Unos MVV con batas blancas gritaban por los megáfonos, y los pobres elefantes, en el momento en que llegamos, empujaban las paredes donde se amontonaban los unos sobre los otros para formar un milhojas gigante. Un estudiante fumaba en un rincón tranquilo, los bolsillos cargados de material antinovatos. Lo escogimos como interlocutor.

—Nos gustaría poder hablar con Alfredo Manchini —intervino Crombez, disfrutando visiblemente.

—¿Alfredo? No le hemos visto esta mañana.

—¿No debería estar aquí?

—Sí. No es muy de su estilo perderse las novatadas...

—¿Por qué?

Aplastó la colilla con el pie.

—¿Quiénes sois? No solemos hablar mucho con los desconocidos. Probad en otro lado. Quizá yo esté ahí...

Aquel facha de tres al cuarto nos dirigió una sonrisa socarrona, provocadora. En la espalda de su camisa, un dibujo al carboncillo representaba una hamburguesa con novatos relegados al papel de carne. Se llamaba MVV Burger. Dio un paso adelante con determinación hacia la masa compacta de elefantes, pero le puse una mano pesada sobre el trapecio izquierdo.

—¡Ay! ¡Me haces daño, gilipollas!

—Vas a escucharme, mamarracho de mierda especialista en electrónica. —Le puse la placa debajo de las narices—. Soy comisario de la policía de París. Si me tocas los huevos podría ponerme nervioso; y puedes preguntárselo a mi colega, ¡más vale que no me ponga nervioso!

Crombez agitó la mano y puso la boca en forma de o, como si dijese: «¡No, más vale que no le pongas nada nervioso!».

—¿Comisario de policía? Pero ¿qué quieren de Manchini?

—Limitate a contestar a mis preguntas. Voy a tutearte. ¿Te importa que te tutee?

—Mmm... No.

—¿Por qué Manchini no se habría perdido por nada del mundo las novatadas?

—El año pasado, se lo pasó teta. Es bastante creativo en este ámbito, creo.

—¡Sé más explícito!

Echó un vistazo a su alrededor y luego bajó la voz.

—Se inventó lo que llamamos El Tribunal, una velada especial en la que juzgamos a los novatos por su obediencia y buen comportamiento durante los tres días.

—¡Explícamelo!

—Algunos novatos son más rebeldes que otros, y a éstos, les hacemos recibir más durante El Tribunal.

—¿Y eso qué significa?

—¡Oh! Nada muy malintencionado. Los encerramos en salas acondicionadas como sótanos, les tiramos vísceras o los aprisionamos al lado de una cabeza de ternera pelada.

—¿Y supongo que hay abusos?

—¡Por supuesto que no! ¡Todo es legal! Todos los MVV que están aquí, antiguos novatos, se lo dirán. La novatada une a una promoción. Les prepara para atravesar los duros años de estudios que les esperan.

—¡Mogollón! —vociferó Crombez.

Un elefante se lanzó a correr por el patio con tambores en los pies, y fue frenado en su carrera enloquecida por una zancadilla. Quedó aplastado contra el suelo como una sandía demasiado madura.

—¿Esto es legal? —ironizó Crombez señalando al elefante en mal estado.

—Es un rebelde. A los rebeldes hay que someterlos, de lo contrario siembran la cizaña y después perdemos el control de las tropas.

—¿Estás seguro de que Manchini no está aquí?

—Sí. Hemos tenido que enchufarle su novato a otro MMVV.

—¿Conoces bien a Manchini?

- Bastante. Pero en clase, no es un tío de los expansivos.  
—Desde el punto de vista de los estudios, ¿qué tal?  
—Es un alumno medio. A veces incluso un poco retrasado.  
—¿Julie Violaine es profesora suya?  
—De todos nosotros.  
—¿Y qué tal es el comportamiento de Manchini?  
—Clásico, incluso discreto. No es el típico tío echado para adelante. Se le puede dejar en un rincón y recuperarlo al año siguiente: no se habrá movido.  
—En materia sexual, ¿qué tendencias tiene?  
—¡Yo no tengo ni idea! ¿Cómo quieren que...?  
—¿Nunca habláis de eso entre tíos?  
—Sí, pero...  
—Pero ¿qué?  
—Manchini tiene pinta de estar... un poco fuera de onda. Cada vez que hablamos de sexo entre nosotros, se escabulle. Parece que no le interesa.  
—¿Dónde podemos encontrarlo?  
—En la residencia universitaria Saint-Michel, dos avenidas más arriba. Si le ven, ¡díganle que se venga!

Venas de hiedra infectaban la residencia en toda su superficie como un cáncer de piedra. La verja de hierro forjado de la entrada se abría a un camino de adoquines viejos, flanqueado por arriates cuidados.

Para llegar a la habitación de Alfredo Manchini sobornamos a la portera, que se parecía al mayordomo Néstor de Tintín, pero en más femenino. Siempre y cuando el término femenino pueda aplicarse a este tipo de personaje: un huerto de espinillas le manchaba la nariz y una pelusilla de pelos que haría palidecer a un pollito le cubría la barbilla. Un inhibidor de amor de tremenda eficacia.

Tras haber llamado a la puerta de Manchini varias veces sin éxito, le pedí que nos abriera con su duplicado de llaves. Dudó, los ojos fijos en mi chaqueta como si intentase adivinar en ella la forma de mi arma.

—No sé si puedo. Veo las series policíacas. ¿No deberían tener una orden o algo así?

Me la camelé bien para convencerla. Echó un vistazo al pasillo e inclinó la barbilla.

—Oiga, ¿puedo tocar su pistola?

—¿Cuál? —soltó Crombez con una sonrisa poco considerada.

—¡Oh! ¡Es usted un guarro! —exclamó, indignada.

Le enseñé la pipa y acabó abriéndonos.

—Gracias señora. Déjenos la llave. Cerraremos y le avisaremos cuando hayamos terminado la inspección.

Mientras Inhibidor de Amor se alejaba Crombez me susurró:

—¡Madre mía! Estoy convencido de que perdería dos kilos si le quitásemos los puntos negros que se pelean sobre su nupia. ¡Vaya careto, parece la superficie de Marte!

—¿Disculpe? —soltó volviendo hacia nosotros.

Crombez se sobresaltó, pero no tanto como yo. Con un movimiento de la cabeza, le hice entender que no nos referíamos a ella.

La superficie útil de la habitación universitaria equivalía a la de mi apartamento, si no fuese porque cuanto había allí, muebles, cadena de música, vídeo, costaba

tres veces más que lo que tenía yo en casa.

—¡Qué bien se lo pasa este tipo! ¿Ha visto la pantalla de plasma colgada de la pared? Cuesta unos ocho mil euros, un juguetito así —exclamó Crombez, admirado.

—Registra la habitación y el cuarto de baño. Yo me encargo del salón.

Crombez efectuó una rotación completa sobre una sola muleta, como un acróbata.

—¿Qué buscamos? —preguntó acto seguido.

—Todo lo que pueda acercarnos a la verdad.

Abrí las puertas del mueble de la tele, tras haberme encargado del cerrojo, y descubrí una cantidad increíble de cintas y DVD. Películas bélicas, como *Pearl Harbor* o *Salvar al soldado Ryan*, comedias, películas policíacas y un buen montón de películas porno de tendencia sadomasoquista, firmadas por Torpinelli. Al fondo del salón, observé con avidez las diferentes cubiertas de las obras que aplastaban con su conocimiento las tablas de los armarios de roble. Mecánica cuántica, termodinámica, topología, ciencias humanas y sociales... Charlatanería de estudiante.

A la izquierda, en un ángulo del salón, había un ordenador de última generación con la pantalla casi tan plana como un sello. Quise encenderlo, pero una rejilla impedía acceder al interruptor. Examiné la cerradura, introduje la lima de uñas que acostumbraba a llevar conmigo y me salí con la mía en pocos segundos. Pulsé el botón, esperé, pero el ordenador se bloqueó en el momento de arrancar el sistema operativo. La pantalla se puso azul y desfiló una lista impresionante: «Fichero no encontrado, fichero no encontrado, fichero no encontrado...». Sin embargo, y a pesar de mi gran decepción, me percaté de que el comportamiento de aquel PC era diferente que el de Gad o Prieur. Esta vez no habían formateado el disco duro, pero seguramente habían borrado los ficheros utilizando el sistema operativo.

—Bueno, ¿qué has descubierto? —pregunté a Crombez cuando se reunió conmigo.

—En lo que a ropa se refiere, estamos dentro de lo clásico: tejanos, camisetas, jerséis. En cambio, he descubierto unas cuantas revistas interesantes en un cajón: *Bondage Magazine*, *Detective Magazine*, que también es una revista sobre *bondage*, y... había muchas más. Seguramente compradas por internet.

—¿Cómo lo sabes?

—Esas revistas son americanas. Y la dirección de los sitios que las editan aparece en la parte inferior de la página. Ese Manchini sabe un rato largo en materia de sadomasoquismo... —Se inclinó hacia la pantalla—. ¿No funciona?

—Parece que los ficheros han sido borrados. Tal vez Manchini haya querido ocultar algo; o se ha asustado y ha borrado los datos comprometedores de forma precipitada.

—Quizás existe una forma de recuperar lo suprimido.

—¿Cómo?

—Un disco duro funciona como un imán, compuesto por millones de pequeños polos microscópicos; si están polarizados, representan la cifra uno; si no, la cifra cero. Cuando uno borra de forma correcta un disco duro, formateándolo como en casa de Prieur o Gad, todos esos polos vuelven a ponerse a cero, y la información no puede recuperarse. En cambio, cuando uno suprime los ficheros a través del sistema de explotación, tan sólo ordena al sistema que rompa el enlace con esas informaciones, pero los datos siguen estando en el disco duro. Muchos delincuentes se llaman a engaño: creen que simplemente borrando, se ponen a salvo. ¡Pero no cuentan con la eficacia de nuestros colegas! —Observó los mensajes de error—. El

SEFTI posee herramientas y software para recuperar una buena parte de los datos. Pero habría que llevarles el disco duro.

—¡Desmóntalo!

—Pero no tenemos...

—¡Haz lo que te digo!

Con su navaja suiza desatornilló los tornillos de cruz, apartó la tapa de acero, desconectó las capas de hilos y me tendió el disco duro, que deslicé dentro de mi chaqueta. Volvió a colocarlo todo en su sitio y ordené:

—Bueno, ¡vamos a continuar el registro!

Abrí uno tras otro los cajones del mueble de la cocina.

—Mira por dónde, ¡pinzas cocodrilo!

Estaban tiradas en medio de cables coaxiales, placas de silicio, resistencias y condensadores.

—Normal, en el caso de un alumno de electrónica —justificó Crombez—. Mire esos planos: un decodificador pirateado o cómo obtener las cadenas del satélite sin suscripción... Ese Manchini está lejos de llevar una vida ordenada.

—¿Sois de la familia? —nos preguntó una voz cuando nos disponíamos a volver a la planta baja.

En el resquicio de una puerta del rellano apareció una cabecita despeluzada con los ojos hinchados por la enfermedad.

—Sí, buscamos a Alfredo. Nos hubiese gustado mucho hablar con él.

—¡No se acerquen! —aconsejó la voz—. Tengo una gastroenteritis de caballo, lo digo por si no quieren pasarse los próximos días donde ya saben. He oído bastante ruido esta noche; era tarde, quizá las once. Y luego otra vez a las tres de la madrugada. Las tres en punto, lo sé porque miré mi radio despertador. Alfredo entró y volvió a salir. O al revés, creo. Normalmente, hacia las seis de la mañana enciende su jodido televisor, que está pegado a nuestra pared común, y siempre me despierta. Pero esta madrugada no he oído nada... Calma chicha. Quizá durmiera fuera, o estaba tan borracho que no ha sabido volver.

—¿Bebe?

—Como todos nosotros. De vez en cuando, una o dos veces por semana.

—¿Y a eso lo llama de vez en cuando? Tiene una curiosa noción del tiempo.

Su rostro se contrajo como si le hubiese caído un bloque de piedra en el pie.

—¡Alerta roja! ¡Lluvia de meteoritos en el culo! ¡Les dejo! Vayan al Sombrero, calle Nationale, en la esquina. Suele ir mucho por ahí.

La puerta se cerró de golpe, pero tuve tiempo de meter una tarjeta de visita por el marco.

—Bastante turbio el asunto, comisario. ¿Ha visto cuánto dinero hay invertido en el apartamento? Ese Manchini proviene de una familia burguesa, ¡si no sería imposible! Pero... ¿qué hace, vuelve a la habitación?

—Sólo quiero comprobar un pequeño detalle.

Crombez bajó a esperarme a la entrada. Me reuní con él pocos segundos después.

—¿Qué, comisario?

—Paciencia.

En el momento de entregar la llave a Inhibidor de Amor, le pregunté:

—¿Los estudiantes se ocupan ellos mismos de sus habitaciones?

—No. Una señora de limpieza cambia las sábanas todos los días y se encarga

de la limpieza.

—¿Todas las mañanas?

—Para ser más precisos, al final de la mañana, cuando todos los alumnos ya están en clase. —Eché un vistazo a su reloj—. De hecho, la ronda va a comenzar dentro de un rato.

—¿Qué ha descubierto? —preguntó Crombez entusiasmado en cuanto salimos.

—La cama de Manchini estaba deshecha. Volvió a su apartamento a las once de la noche, como señaló su vecina de rellano, y se metió en la cama. Pero algo le hizo salir de forma precipitada hacia las tres de la madrugada. Bueno, pasemos por ese bar, el Sombrero, y luego regresaremos a ver al director de la escuela. Creo que no nos lo ha contado todo.

La pista del bar no aportó nada. Manchini no había asomado la nariz ni el día antes, ni dos días antes, ni siquiera desde hacía un montón de días.

La Tortuga, las mismas gafas color concha sobre la misma frente, apareció muy serio en la recepción de la escuela de ingenieros.

—Comisario, creo que lo suyo roza los límites de la ofensa.

—No estaríamos aquí si nos hubiese revelado lo que esperábamos.

—¿Y qué esperaban?

—Por lo visto, Manchini no parece un alumno cualquiera. ¿Me equivoco?

La cabeza se le hundió entre los hombros. Una tortuga que busca cómo protegerse de la pata de un gato.

—Seleccionamos a nuestros mejores alumnos por expediente, y por concurso a los que están un poco por debajo. Manchini fue admitido por concurso, hace tres años. Como pueden suponer, no realizamos investigaciones sobre nuestros alumnos. ¿Por qué tendríamos que hacerlo?

—¿Y en cuanto a Manchini?

—¡Es el sobrino de Alphonso Torpinelli! —susurró.

—¿El magnate del sexo?

Parecía como si mi pregunta le hubiera lanzado fragmentos de cristal dentro de las orejas.

—Sí —repuso, haciendo una mueca—. Por parte materna. Intentamos no airearlo. No se pueden imaginar cómo se vigilan las escuelas entre ellas: aprovechan el más ínfimo grano de arena para hacer valer su diferencia ante las empresas que contratan a nuestros alumnos. Si se enterasen de que un miembro de la familia Torpinelli frecuenta nuestras aulas, eso podría provocar un perjuicio irreparable a nuestra imagen corporativa. Notificamos de forma clara a Manchini que no hablase de sus orígenes.

—¿Y qué ocurriría si lo hacía? —intervino Crombez.

—Eso no es de su incumbencia. Hasta ahora, todo ha ido bien. Pero nunca hemos acabado de entender las razones de su presencia aquí, dada la fortuna colosal de sus padres. Quizás un gusto inmoderado por los estudios, quizá quiera volar con sus propias alas, o puede que deteste el ambiente del sexo.

—Eso me extrañaría mucho —intervino Crombez.

El director lo miró de hito en hito, con un ojo de saurio medio cerrado.

—Los Torpinelli tiene un sentido profundo de la familia —prosiguió—, y Alfredo podría haber vivido de sus inversiones bancarias hasta el final de su vida. ¿Saben que ya paga impuestos sobre su fortuna? Todo esto me supera.



—¿Dónde podemos contactar con sus padres?

—En Estados Unidos. Son los dueños, junto con el tío y su hijo, del ochenta por ciento del mercado del sexo en internet. Millones y millones de dólares cada año. No hay un solo sitio pornográfico que se cree sin que esos buitres le pongan la mano encima.

—Hemos pasado por el apartamento de Alfredo, en la residencia Saint-Michel, pero no estaba. Ni allí, ni en las novatadas. ¿Sabe dónde podría estar?

—Sus padres tienen un chalet en Plessis-Robinson. Una residencia magnífica, vacía la mayor parte del tiempo. Puede que Alfredo se encuentre ahí.

—¿Está seguro de que no tiene nada más que contarnos?

—Esta vez se lo he contado todo... —Avanzó por el pasillo y se volvió por última vez—. ¿No habrán aparcado su coche de policía delante del edificio, verdad? ¡Daría muy mala imagen a mi escuela!

Antes de subirnos al coche, anuncié:

—Bueno, dejaremos el disco duro en el SEFTI; ojalá nos lleve a algún lado. ¿Crees que tardarán mucho?

—El factor suerte desempeña un papel importante en la recuperación de los ficheros. Tan pronto puede ser muy rápido, como tardar varios días. Un poco como un puzle de seis mil piezas pasado por una cortadora de césped: si la hoja es suficientemente alta, recuperará el puzle casi intacto; en cambio, si era lo suficientemente baja para laminar el puzle, no le garantizo el estado de las piezas.

Tras pasar un segundo por el SEFTI, nos dirigimos a Plessis-Robinson, que representaba un poco el Paraíso en comparación con las fraguas del Infierno parisino. Cuando uno se pasea por las viejas callejuelas comerciales y animadas, vuelve a experimentar un poco la alegría de vivir de los pueblos de la Isla de Francia de antaño. A Suzanne y a mí nos gustaba este rincón de cielo azul, a tan sólo seis kilómetros del tormento. Por desgracia, ese día, el tiempo no estaba para paseos ni tampoco para recuerdos.

Nuestro vehículo avanzó paralelamente al estanque Colbert, en el parque Henri-Sellier, antes de sobrepasar una torrecilla de ángulo hexagonal que anunciaba las inmediaciones del barrio residencial. Bordeamos, deslumbrados, las fachadas ennoblecidas, los tejados al estilo Mansart en los que brillaban, bajo los rayos de luz, el zinc y la pizarra, los balcones de forja y las cornisas, tan espaciosas como mi apartamento.

Plantada en medio de unas coníferas de altos tallos y robles, la casa se elevaba hacia el cielo, con su frontón en forma de media luna y sus amplios ventanales. Un Audi TT destacaba en el camino, tras el portal abierto. Aparcamos nuestra chatarra al borde de la empalizada y nos presentamos en el umbral de piedra de mármol.

—¡Madre de Dios! —susurró Crombez—. Otro más que vive en el lujo.

Nuestras llamadas a la puerta no obtuvieron respuesta. Al girar la manilla, dije:

—¿No lo has oído? ¡Alguien nos ha dicho que entremos!

—Pero si no he oído nada. —Fruncí el ceño. Entonces Crombez se corrigió—: Sí, creo que he oído a alguien, de hecho. Sí... Efectivamente, nos dice que entremos.

La puerta no estaba cerrada con llave. Los espacios se abrieron ante nosotros en líneas de fuga cuando entramos y rodeamos una piscina climatizada, resguardada bajo un porche.

Fue en el gimnasio donde descubrimos el cuerpo sin vida de Alfredo Manchini. Una barra con pesas cargada al máximo le aplastaba la laringe, y la lengua, azul lavanda, le colgaba de la boca. Sus manos se habían quedado en posición crispada, como si, en un último esfuerzo, hubiese intentado hacer bascular la barra hacia un lado para liberarse del abrazo metálico.

—Creo que hemos llegado demasiado tarde —consideró oportuno precisar Crombez.

—Tú podrías haber sido adivino, ¿eh?

Presa de un estallido de furia, arranqué una pesa de su soporte cromado y la estampé contra las baldosas de espuma con violencia.

—¡Vaya mierda! ¡Joder, qué puta mierda! ¡Avisa a Leclerc, llama a Van de Veld y al teniente de la policía científica! ¡Voy a contactar con el juez de instrucción para pedir la autopsia del cuerpo!

—¡Tranquílcese, comisario! Todo parece indicar que se trata de un accidente, ¿no? Llevaba chándal y zapatillas deportivas, quizá se mareara. ¿Sabe qué? He hecho casi cuatro años de musculación, y no sabe la de veces que me quedé enganchado así, con la barra sobre el pecho.

Me acerqué al cuerpo frío.

—¿No debería de haber encontrado la manera de hacer bascular la barra hacia un lado?

—Depende. A menudo uno está en tensión máxima cuando empuja y a veces ocurre que los músculos fallan en el último momento. Por eso más vale hacerlo acompañado. Pero estando solo, si la barra se queda bloqueada sobre el pecho, hay que tratar de que ruede hasta la parte superior de los pectorales para poder hacerla bascular más fácilmente. Estoy convencido de que lo intentó; mire, la fibra de su camiseta está estirada, incluso arrancada sobre los pectorales. Pero pesaba demasiado para que lo consiguiese solo, y murió ahogado, el pecho aplastado. Luego la barra rodó sobre la laringe.

Conté el peso total.

—Son ciento ocho kilos de peso.

—Con la barra, suman ciento veintiocho. Pero vista su envergadura, no me extraña. Yo había llegado a un máximo de ciento quince kilos.

—Llama igualmente. No me puedo creer que esto sea casualidad.

Mientras Crombez telefoneaba al forense, eché un vistazo a los demás aparatos: la prensa de piernas, las dos bicis, los juegos de pesas ordenados por peso. Aparentemente, no habían tocado nada: ni un solo disco de cromo tirado por el suelo, ni una sola barra movida, salvo la de alzamiento.

—En el móvil de Leclerc salta el buzón de voz —refunfuñó Crombez encogiéndose de hombros—. Le he dejado un mensaje corto pidiéndole que le llame y he avisado al comisario general Lallain. Va a enviarnos un equipo.

—Muy bien. Dime una cosa, durante una sesión normal de musculación siempre llevas una botella de agua, ¿verdad?

—Por supuesto. ¡Es esencial! Para eliminar el ácido que se acumula en el músculo durante el esfuerzo. Sin agua, es imposible entrenarse, sobre todo en musculación.

—Entonces ¡explícame por qué Manchini no tenía una botella de agua!

Crombez abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Es verdad! Todo esto es muy turbio...

—Aún más teniendo en cuenta el testimonio de la vecina de habitación: lo oí volver la noche pasada hacia las once, y luego marcharse alrededor de las tres. No soy forense, pero he visto suficientes cadáveres para asegurar que éste no es de

esta mañana.

—¿Le habrían matado durante la noche?

—Eso parece. Y una sesión de musculación en plena noche me parece muy poco probable, sin olvidar los datos borrados del ordenador. Quizás había alguien interesado en que Manchini desapareciera.

Esperamos en el salón mientras la policía científica llevaba a cabo su trabajo de toma de muestras. El excelente Dead Alive, con una arpillera de color pan quemado y jersey de camionero con cremallera hasta el cuello, exhibía una nariz que hubiese sido la envidia de un násico.

—Me ocupo de éste y luego me cojo la baja por enfermedad —gruñó—. Estoy más que harto de pillar resfriados la mitad del año sin tener tiempo de curarme. ¿Habéis visto mi napia? Parece un farolillo.

—Es usted muy amable al hacer esto por nosotros, doctor.

Una vez concluido el trabajo de la científica, nos acercamos de nuevo al difunto Manchini. Van de Veld examinó el cabello moreno del cadáver y las diferentes partes del cuerpo antes de centrarse en el pecho.

Puso en marcha el dictáfono.

—Ninguna herida ni lesión aparentes en la cabeza, en los miembros ni la espalda. Presencia de derrames sanguíneos mínimos en las aletas de la nariz, diámetros desiguales de las pupilas, presencia de excoriaciones en los pectorales derecho e izquierdo, seguramente debidas al roce de la barra metálica. —Paró la grabación—. ¿Podéis quitar la barra?

Hicimos lo que nos pedía. Aquella maldita chatarra me pareció más pesada que la mujer ballena de Piccadilly Circus.

Dead Alive volvió a apretar el botón de PLAY.

—La barra aplastó la laringe, lo que provocó una muerte casi inmediata por asfixia. —Dio la vuelta al cuerpo—. Vistas las livideces cadavéricas, así como la rigidez, no parece que se haya desplazado el cuerpo tras la muerte. El termómetro rectal indica... veinticinco grados. La sala está a una temperatura de dieciocho, así que con una disminución de un grado por hora desde el último respiro, el momento de la muerte se situaría alrededor de... la una o las dos de la madrugada como máximo. —Volvió a parar la grabación—. Una hora muy curiosa para levantar pesas...

—¿Las dos? ¿Está seguro?

—¿Alguna vez he dicho algo sin estar seguro? —repuso, con la mirada ensombrecida.

—¿Hay algo que indique que pueda no tratarse de un accidente sino de un asesinato?

—No hay rastros de golpes o contusiones que no sean las provocadas por la barra, así que nada evidente. Sin embargo, la autopsia nos revelará la presencia o no de ácido láctico en los músculos, lo que nos proporcionará una indicación de la intensidad del entrenamiento. Por cierto, ¿quién es este tipo?

—Uno de los sobrinos de Torpinelli.

—¿El magnate del sexo? ¡Vaya!

—Llámenos en cuanto tenga novedades. ¿Te vienes, Crombez? Vamos a echar un vistazo al Audi.

—Si Manchini murió entre la una y las dos de la madrugada, ¿cómo podría haber salido o entrado en su habitación a las tres, como afirma su vecina? —me preguntó el teniente en el recibidor.

—¡Efectivamente, algo difícil para un muerto! La única posibilidad es que fuera otra persona la que acudió en su lugar a borrar los datos del disco duro antes de

ahuecar el ala. Lo que encierra esa maldita caja de metal quizá sea la respuesta a todas nuestras preguntas.

Los seguros del coche deportivo estaban bajados.

—Manchini solamente llevaba una camiseta en la sala de musculación. Debía de tener una chaqueta o una cazadora, ¿no? Vuelve dentro e intenta encontrarla — pedí a Crombez mientras me agachaba junto a la ventanilla.

Vi que le costaba desenvolverse con las muletas sobre la gravilla.

—No, mejor quédate aquí. Ya voy yo.

Pedí a dos inspectores que me ayudasen, y uno acabó mostrándome una chaqueta de cuero.

—La he cogido de encima de la cama de una de las habitaciones del piso de arriba.

—Seguid con el registro. Si dais con un teléfono móvil, ¡traédmelo!

Mientras palpaba la chaqueta, volví con Crombez. Los bolsillos de la prenda tan sólo contenían un juego de llaves y la documentación. Ni teléfono móvil, ni agenda electrónica ni cartera. Sólo las llaves y la documentación.

En la guantera se amontonaban en desorden CD, dos paquetes de cigarrillos y unos guantes de cuero. El cenicero estaba rebosante de colillas. Crombez encendió el radiocasete y los bajos incrustados en la zona trasera estuvieron a punto de hacer añicos los cristales del vehículo.

—¡Apaga eso, joder! —grité tapándome las orejas con las manos.

El terremoto cesó.

—No hay rastro de teléfono móvil, ni aquí, ni en el chalé ni en la habitación de su residencia —observé.

—¿Quizá no lo tuviera?

—No había fijo en la residencia Saint-Michel. Manchini salió de su apartamento de forma precipitada ayer por la noche, por alguna razón. Suponiendo que estuviera durmiendo, ya que la cama estaba deshecha, ¿qué podría haberle obligado a salir bruscamente a las once de la noche?

—¿Una llamada?

—Así es. Creo que la persona que ha visitado su habitación hacia las tres de la madrugada también ha hecho desaparecer el dichoso móvil. Pronto lo sabremos.

Una vez más, eché mano del buenazo de Rémi Foulon.

—¡Después de esto, tendrás que hacer que me manden una caja de botellas de champán! ¡Y que sea Dom Perignon! Venga, dame los datos del tío y llámame dentro de media hora. ¿Sabes que podrías meterme en un buen lío? Cada acceso al fichero queda registrado.

—Claro que sí, pero eres tú quien controla esos rastros, ¿no?

—Veo que no es fácil dártela con queso...

Lo llamé al cabo de veinte minutos.

—¡Te había dicho media hora! —gruñó—. Está bien, ya lo tengo. Su número de móvil es 0614122015. Efectivamente, recibió una llamada a las once menos diez de la noche, desde una cabina pública en Plessis-Robinson. Te envió por fax el historial de llamadas al despacho, pero que sepas que pasó dos buenas semanas este verano en Le Touquet, en el norte de Francia.

—Ya sé dónde está, gracias. ¿Cómo has recuperado la información?

—El fichero nos suministra los números de las llamadas recibidas y emitidas, pero también, en el caso concreto de los móviles, el lugar donde se encuentra quien llama.

—¡Muchísimas gracias! Eres de una eficacia increíble, ¡como siempre!

Al instante, envié un técnico de la policía científica a recoger las huellas y los

eventuales residuos de saliva del auricular del teléfono desde donde se hizo la llamada. Con algo de suerte, nadie habría usado la cabina mientras tanto.

Le Touquet: la guarida de Torpinelli Junior, el punto caliente de su comercio demoníaco. Alguien tenía miedo de Manchini, así que lo habían apartado de la circulación de forma casi limpia. ¿Qué tipo de llamada había podido obligar al joven a salir en plena noche para acudir de forma precipitada al chalé de sus padres? ¿Qué poderosa razón había empujado a alguien al crimen y, sobre todo, qué relación existía con el Hombre sin Rostro? Tenía la sombría certidumbre de que los casos se fusionaban, aunque no disponía de pruebas ni explicaciones para ello. Por un lado, muertes salvajes, abominables; por otro, un asesinato que se quería hacer pasar por accidente. Un terrible secreto se escondía tras esa tela opaca y aún no había dado con el medio de descubrir la trama.

La llamada que me sacó de estos pensamientos provino de uno de los ingenieros del SEFTI, Alain Bloomberg.

—¡Comisario! ¡Venga rápido! Hemos tenido suerte, ¡el aparato de reconstitución del disco duro ha conseguido capturar la dirección de *boot* del sistema operativo!

—¡Habla claro!

—¡La puerta de entrada a los ficheros, para que me entienda! Algunos datos están definitivamente corrompidos, pero... hemos recuperado lo más interesante. Virgen santa, no dará crédito a sus ojos...

El disco duro estaba conectado a un PC mediante una capa gris de cables. El ingeniero Bloomberg había dispuesto un retroproyector.

—Aquí lo tiene, comisario. Hemos dado con dos ficheros de vídeo comprimidos con la tecnología MPEG. Un formato que reduce considerablemente el tamaño del archivo para poder almacenarlos más fácilmente o para hacerlos circular más rápido por internet.

—¿Y qué muestran esos ficheros?

—Mire...

Apretó la combinación ALT + F8 del teclado y apareció un programa de lectura de vídeo en la pantalla. Luego apretó la tecla PLAY.

La silueta carnosa de Manchini se recortó en el campo del objetivo. La cámara seguramente estaba colocada sobre un trípode, porque filmaba sin ningún tipo de temblor. Detrás, una mujer inconsciente sobre una cama. Su rostro, vuelto hacia la cámara, me permitió identificar de inmediato a Julie Violaine, la profesora. El aprendiz de actor se acercó a ella, sacó de una bolsa a los pies de la cama cuerdas, una mordaza, pinzas cocodrilo y una venda para los ojos, y empezó su meticuloso trabajo.

El ingeniero pasó la mayor parte de la película a cámara rápida, pero, según la indicación temporal en la parte inferior del programa, la escena de atadura había durado una hora larga. La siguiente, durante la cual se había filmado torturándola y masturbándose, discurría en un lapso de tiempo equivalente. Bloomberg apretó el STOP.

—Lo mismo en el segundo vídeo, salvo que cortó las escenas en que se le veía en la pantalla, haciendo que la peli fuese totalmente anónima. ¡Ese Manchini era un perverso de narices!

Mariposas negras revoloteaban dentro de mi cabeza. ¿A qué venía el festival de la decadencia? Una imagen me volvió a la mente: la del DVD en la tienda de

Fripette. La carátula de *Violación para cuatro*, donde una chica, según la sinopsis, se hacía violar en condiciones reales. Una obra firmada por Torpinelli.

Le pregunté al ingeniero:

—¿Cree que esa clase de vídeos circula por internet? Tipos violando a mujeres de verdad o, como en el caso de Manchini, una agresión al natural?

—Pues la verdad es que ya hemos dado con películas así y las almacenamos en CD Rom que conservamos en nuestros armarios, junto con CD de MP3 pirateados, direcciones de sitios ilegales y ficheros peligrosos que contaminan internet. ¿Conoce las *snuff movies*?

—He oído hablar de ellas... ¿vídeos de asesinatos filmados?

—Así es. Durante estos últimos años, el FBI ha requisado cintas en los ambientes sórdidos, como los mercados sdomasochistas nocturnos, donde las grabaciones piratas circulan de mano en mano. El fenómeno también se ha propagado por África y por buena parte de los países occidentales. En esos vídeos aparecen hombres enmascarados que violan y luego matan a mujeres a cuchillazos. Las escenas de *snuff* son extremadamente cortas, se concentran únicamente en pocos minutos. Se cree que son actores que interpretan, e incluso si las escenas de violencia son totalmente reales, el asesinato no lo es. Con el desarrollo de la tecnología, el flujo vídeo se ha reorientado hacia internet. Hasta ahora, siempre se ha podido desmentir la veracidad de esas imágenes, aunque se perfeccionan las técnicas y hacen que los análisis sean más delicados. En cuanto a las violaciones, más de lo mismo: hay sitios piratas que proponen este tipo de fantasías, pero no a cualquier precio: hay gente que paga fortunas para ver ese tipo de porquerías.

—¿Y no cree que Manchini quería llegar a ese punto? ¿Difundir su vídeo por puro placer? ¿Por provocación? ¿Para satisfacer a otros chalados como él? Quizá se intercambiaban ese tipo de películas.

—Podría ser. Internet es una cantera de problemas y nos da mucha guerra; para los iniciados, es un lugar abierto a todo tipo de abusos, incluso los más difíciles de imaginar. ¿Sabe cuál es la última moda? La venta de bebés. Madres ávidas de dinero se dejan embarazar y encasquetan su hijo a parejas estériles a través de subastas. Todo de manera ilegal, por supuesto.

—Mmm... Eso sigue sin darnos el motivo del probable asesinato de Manchini. Bueno, retomémoslo desde el principio. Manchini agrede a esa profesora, filma toda la escena y se hace un pequeño montaje de vídeo. De una manera u otra, alguien se entera. O bien Manchini le ha enviado el vídeo de sus hazañas, o bien le ha hablado de su proyecto y cuando el asesino se da cuenta de que Manchini ha pasado efectivamente al acto, se asusta por un motivo que, por desgracia, seguimos desconociendo. Luego se las arregla para deshacerse de él, intenta hacer pasar el asesinato por un accidente, regresa a la habitación de Manchini en plena noche y borra el contenido de su ordenador.

—¿Esa persona podría ser el asesino que buscamos?

—No. Por una parte nuestro asesino habría formateado el disco duro y, por otra, creo que habría procedido de otra manera para eliminar a Manchini, con su método especialmente particular. —Me levanté de la silla—. Aún se me escapan puntos esenciales.

—¿Cuáles?

—¿Qué sombría relación hay tejida entre Manchini y el asesino? ¿Cómo ha podido imitar Manchini la técnica del asesino en lo referente a la manera de atar y amordazar a la víctima?

—¿Y si no hubiese ninguna relación?

—¡Tiene que haber una por narices!

—¿Por qué?

—Porque lo presiento.

Mi mirada se fijó en la pantalla perlada desplegada en la pared del fondo.

—¿Y si Manchini hubiese dado con una auténtica *snuff movie*?, —reflexioné en voz alta.

—¿Cómo?

—¿La del asesino torturando y luego eliminando a sus víctimas? Cuando descubrí a Marival en el matadero, una cámara filmaba la escena. Según Elisabeth Williams, el asesino conserva así un recuerdo imperecedero de sus víctimas, para prolongar el acto de tortura y apoderarse para siempre de su conciencia. Pero ¿y si su objetivo se resumiese en realizar una *snuff*?

Bloomberg enrolló el cable del retroproyector antes de soltarme:

—Si ése es realmente el caso, entonces en este momento hay personas tranquilamente sentadas en su sillón, en Australia o en los confines de América, masturbándose ante la muerte de esas pobres mujeres.

Acababa de salir de las oficinas del SEFTI cuando Leclerc me convocó a su despacho. Pese a no conocer la razón oficial de nuestra reunión a solas, tenía sin embargo una idea clara de lo que iba a ocurrir.

—Siéntate, Shark. —Obedecí mientras él movía el bolígrafo entre los dedos, como una vieja costumbre de la que era incapaz de desprenderse. Continuó con toda la delicadeza del mundo—. Vas a tomarte quince días de vacaciones. Te vendrán muy bien. Esta vez has ido demasiado lejos: usurpas la jurisdicción de los gendarmes y rompes la cara de cuantos te caen entre las manos. El tipo de un bar sadomasoquista te ha puesto una denuncia. Parece que le has destrozado la cara.

—Ese desgraciado quer...

—¡Déjame acabar! Escucha, sé que el asesino tiene a tu mujer, he oído la grabación. Lo... lo siento mucho. No puedes continuar así, esa historia te afecta demasiado.

—Pero...

—El comisario general Lallain se hará cargo del caso mientras se aclara este embrollo monumental. Ahora mismo no tienes las ideas muy claras, y eso podría ser perjudicial para todo el equipo. Puedes hacer gilipolleces. ¡Así que lárgate, vuelve a Lille con tu familia!

—¡No me aparte del caso!

Su boli salió disparado a través de la sala.

—¡Hago lo mejor para todos nosotros! Estamos estancados, y a veces incluso me da la impresión de que retrocedemos. Tienes que entregarme tu placa y tu arma.

—Es demasiado tarde —le espeté en tono desesperado—. ¡Ya no puedo volver atrás! ¿No entiende que es a mí a quien busca el asesino? ¿Cómo quiere que abandone? ¡No me aparte del caso! ¡Así no! Mi mujer me espera, encerrada en algún lugar... Yo... Soy yo... ¡Soy yo quien debe encontrarla! ¡Nadie... puede hacerlo en mi lugar! Yo... siento cosas... Es mi caso... ¡Se lo ruego!

Leclerc se hundió en su silla.

—No me lo pongas más difícil de lo que ya es. Tu arma y tu placa.

Dejé la Glock encima de la mesa.

—Tu placa —añadió.

—Está en mi casa; me la he olvidado.

Salí sin decir nada más, muy poco orgulloso de aquello en lo que me había



convertido. Me habían robado una parte de mí mismo, un poco como a una madre a quien le arrancasen un recién nacido de los brazos en el maravilloso momento del nacimiento.





## Capítulo 13

Elisabeth Williams vino a visitarme justo en el momento en que estaba metiendo algunos trajes en una maleta. Se sentó en el borde izquierdo de la cama, donde Suzanne solía dormir.

—¿Qué quiere, Elisabeth? —le pregunté sin mirarla—. Supongo que sabe que se salta las leyes al venir aquí.

—Oficialmente, ya no estoy autorizada a darle información sobre el caso. Pero nada me impide venirle a ver fuera de las horas de trabajo. ¿Por qué han hecho esto?

—Tienen la impresión de que no avanzamos; es comprensible... Según ellos, no hay ninguna relación entre el asesinato de Manchini y los cadáveres del Hombre sin Rostro.

—Tan sólo esperan pruebas.

—Que soy incapaz de suministrarles, no tengo más remedio que reconocerlo. Tensé las correas de mi vieja maleta de cuero para poder cerrarla.

—¿Adónde va?

—A algún sitio lejos de aquí.

—¿Este tren en miniatura es otra faceta oculta de su personaje? No sabía que tenía alma de niño —dijo señalando mi red ferroviaria.

—No me conoce. Esta locomotora es lo único que aún me proporciona un poco de consuelo. Me siento mejor con ella que con la mayoría de seres humanos.

Se levantó con la rigidez de una barra de mina y me vació un cargador de desprecio sobre el rostro.

—¡No puedo creer que abandone así, Shark!

—¿Y qué quiere que haga? ¿Que lo quemé todo a mi paso, que les diga a mis superiores que les den? Las cosas no funcionan así, señorita Williams.

—¿Ya no me llama Elisabeth? ¿Me aparta de su horizonte como hace con todos los que le rodean? ¿Cree que soy igual que ellos?

—No tengo ni idea. Ahora, por favor, déjeme tranquilo...

—«La niña no nacerá, porque la he encontrado. La chispa no saltará y nos salvaré, a todos. Corregiré sus errores...»

Las vértebras se me erizaron como el pelaje tupido de un gato rabioso.

—¿Por qué me dice eso? ¿A qué juega?

—¿Su mujer estaba embarazada cuando la secuestraron?

Ataque ácido en el fondo de la garganta. Explosión de rabia.

—Pero ¿qué me está contando? ¡Salga, Elisabeth! ¡Lárguese de aquí!

—Conteste, Franck. ¿Estaban intentando tener un hijo?

Me refugié en una de las esquinas de la habitación y me dejé caer, una flecha de desamparo en pleno corazón.

—Desde hacía más de un año deseábamos tener un hijo. Suzanne estaba a punto de cumplir los cuarenta e iba siendo hora... Lo intentamos, mes tras mes, sin éxito. Nos sometimos a un montón de pruebas que no revelaron nada fuera de lo normal. Teníamos todos los requisitos para que funcionase... pero nunca funcionó.

—A su mujer la raptaron el tres de abril. Si se hubiese quedado embarazada,

¿en qué fecha habría sido?

Me costó entender su pregunta.

—¿En qué fecha tenía que ovular? —repitió, reformulando la pregunta.

—¡Dígame lo que ha descubierto!

—Deme la fecha probable de su ovulación. Supongo que la sabía, dado que llevaban meses intentándolo.

Reflexioné durante un largo rato, la mirada fija en *Poupette*.

—Ya... ya no me acuerdo... ¡Han pasado más de seis meses!

—¡Haga un esfuerzo!

—Yo... ¡Sí! ¡Era el día que empezaba la primavera! El veintiuno de marzo.

—¡Dios mío! ¡Podría corresponder!

—¡Cuéntemelo!

—¿Se acuerda de sor Clémence, torturada por el inquisidor de Aviñón, el padre Michaélis?

—Por supuesto. La escultura de Juan de Juni, el castigo infligido por el asesino a Prieur por sus pecados pasados...

—¡Exacto! ¡La solución estaba delante de mis ojos, pero no la supe ver! Todos los escritos sobre el padre Michaélis han sido desmentidos por la Iglesia y el Santo Oficio, aunque no se pudo suministrar ninguna prueba en contra del padre en vida. Su autobiografía, descubierta a principios del siglo catorce, copiada por monjes y escribas, fue utilizada por los tribunales reales para mostrar los abusos de la Inquisición. Escuche los diferentes fragmentos de su relato: «Por una sola mujer, Eva, el pecado entró en el mundo, y a través de ese pecado, el vicio llegó a todas las mujeres...». «Las almas escogidas, especialmente perversas, pagan el precio de sus propios errores.» «Las purifico de cualquier deshonor de la carne y el espíritu, las ayudo a crecer espiritualmente en el momento en que se unen con Dios.» «A través de sus sufrimientos, lavan un poco más cada vez el pecado original.» Y éste es el que me puso la mosca detrás de la oreja, y cito palabra por palabra lo que le dijo el asesino: «La niña no nacerá, porque la he encontrado. La chispa no prenderá y nos salvaré, a todos. Corregiré sus errores».

Me sujeté la cabeza con las manos, acurrucado en mi rincón como si estuviese bajo el dominio de potentes drogas.

—Dios mío... ¿Qué quiere decir?

—El padre Michaélis torturó y llevó a la hoguera a un número incalculable de mujeres en nombre de la herejía y la Inquisición. Se trataba de acciones siempre justificadas, pues las sospechas del inquisidor nunca se ponían en tela de juicio. Sus fieles le habían puesto el apodo del Ángel Rojo.

—¿El Ángel Rojo?

—Sí. Un mensajero que aplicaba la palabra de Dios mediante la sangre.

—¡Por el amor de Dios! —Notaba los latidos del corazón en las sienes—. Y esa frase, «la niña no nacerá», ¿qué significa?

—El Ángel Rojo explica que Dios le iluminó sobre el nacimiento de una niña que sería poseída por seiscientos sesenta y seis demonios. Una niña encargada de propagar el pecado original y difundir el mal sobre la Tierra. El nacimiento de esa niña estaba previsto para el veinticinco de diciembre.

—¿El día de Navidad?

—El día del nacimiento de Cristo. Describe a la mujer, la madre de esa niña diabólica, en las páginas de su autobiografía. Hay muchos rasgos que coinciden con su esposa.

—¡Deme esas páginas!

—No... no las tengo. El libro es una copia antigua, no se puede sacar de la

biblioteca.

—¡Déjeme ver su cartera!

—Yo...

—Se lo ruego, quiero leerlo.

Me tendió las fotocopias con la boca apretada. Yo desmenucé las palabras del texto en voz alta.

—«Corté su largo cabello rubio que tanto apreciaba. Sus ojos azules reflejaban la extraña luz de las mujeres que comercian con el Diablo. Para hacerla confesar, encerré a Suzanne un rato, un buen rato, en un panteón donde se pudrían cuerpos de animales en descomposición. Acabó por hablar. El sacrificio de la niña después de su nacimiento será una inmensa victoria sobre el Mal.»

Leí la continuación como si se tratara de mi propio certificado de defunción. Estaba muerto por dentro. Tan sólo sentía rabia, impotencia, dolor moral extremo. El mundo se derrumbaba a mi alrededor.

Un niño... Suzanne iba a dar a luz a un niño... Nuestro bebé, tan esperado. Estrellas, esferas plateadas daban vueltas en mi cabeza. El volcán de mis pensamientos explotó y experimenté un total decaimiento, una especie de desvanecimiento consciente.

Quería acompañar a ese niño, hubiese dado cuerpo y alma para pegar la oreja sobre las curvas suaves de la barriga de su madre, para apoyar una mano ligera y sentir su primera patada. Me habían robado esos momentos, para siempre, para toda la eternidad.

—¿Cómo... acabó? —susurré, abatido por una pena innumerable.

Elisabeth recorrió a zancadas y nerviosa la habitación.

—La niña quería salir antes del veinticinco de diciembre. El padre Michaélis hizo de todo para retrasar el parto, convencido de que su victoria sobre el Demonio sería un fracaso si no mataba a la niña el día de Navidad. Le... No puedo decírselo... ¡Murieron las dos, eso es todo!

—¿Qué... qué le hizo?

—Está escrito en estas páginas.

—¡Dígamelo! —vociferé.

—Le cosió los labios genitales.

Solté las fotocopias, que revolotearon un momento antes de posarse con delicadeza ultrajante en el suelo. Se me rompió la voz.

—Pero... ¿por qué la tomó con mi mujer? ¿Por qué Suzanne?

—Por el parecido, el nombre, el hecho de que estaba embarazada en ese momento. Motivos que quizá nunca podremos explicar.

—Pero ¿cómo se enteró? Yo... ¡yo mismo ignoraba que estábamos esperando un hijo! Él... El Hombre sin Rostro... lo ha adivinado...

Elisabeth se llevó una mano a la boca, dio una vuelta por la habitación, levantó a *Poupette*, la manipuló para huir de mi mirada y la volvió a dejar sobre los raíles.

—¡Tiene que haber una explicación lógica, a la fuerza!

—Es... ¿Quién es? ¿Quién es? Es... demasiado fuerte... ¿Qué... qué otros terribles secretos revela también ese libro? ¿Dónde... dónde la retenía?

—Los lugares no pueden coincidir con los de nuestra época, ya lo he comprobado. Ahora sabemos lo que le empuja a actuar. Copia exactamente el itinerario sangriento del Ángel Rojo. El padre Michaélis aún mató a muchos, muchísimos inocentes antes de ser descubierto y de suicidarse en un monasterio. Había confiado sus escritos a sus fieles antes de morir. Nuestro asesino no se detendrá por sí mismo. ¡Tiene que cortarle el paso, Franck!

—¿Cómo ponerse en el camino de un fantasma?

—Agárrese a lo que hace, ¡ya se lo dije! Esos asesinatos son absolutamente reales. Si quiere que el niño nazca a término, tratará bien a su esposa. Vistos los productos que utilizó con la chica del matadero, o la quetamina que le administró, debe de ser un entendido en medicación. Hará todo lo posible para que el alumbramiento vaya bien.

—¿Para luego poder matar al bebé con total tranquilidad?

—Nos quedan dos meses largos, Franck. Unos sesenta días para ponerle la mano encima.

—¿Cuál es la cronología de los asesinatos del padre? ¿Qué representa la chica del matadero en su itinerario de sangre?

—El padre Michaélis había secuestrado y torturado durante días a Madeleine Demandolx, a quien mantenía encerrada en uno de los torreones del convento. Actuaba en el más estricto secreto y con la ayuda de algunos fieles. Fue acusada, ella también, de comerciar con el Demonio, tan sólo porque mantenía relaciones con varios hombres.

—Al igual que Marival en su página web. Esos correos que alimentaba con todas esas escorias. ¿Cómo murió Madeleine Demandolx?

—Bajo el efecto de los suplicios que padeció. El asesino toma como modelo al Ángel Rojo añadiendo su toque personal mediante torturas más largas. En cuanto a las víctimas, sus pecados son más graves: vida entregada al vicio en el caso de Gad; mutilaciones infligidas a cadáveres en el de Prieur; falta de moralidad y maltrato de animales desvelados a los ojos del mundo en el de Marival... Sin olvidar a su vecina, a quien quizá consideraba una bruja, dado su don de videncia o de predicción. ¡Las castigó a todas porque, a través de sus actos, no temían la ira de Dios! ¡Se excedían en los derechos de los mortales establecidos por el Señor!

Elisabeth sacó de su cartera más fotocopias, que dejó sobre la cama.

—Aquí está la autobiografía completa. Casi doscientas páginas de atrocidades. Lo explica todo claramente.

Se colocó a mi lado.

—Aún cometió otro asesinato entre la muerte de Madeleine Demandolx y la de Suzanne Gaufridy, la madre que supuestamente iba a engendrar a la niña de los seiscientos sesenta y seis demonios.

—Descríbame.

—Una mujer que había revelado en el confesionario sus inclinaciones homosexuales... —Carraspeó nerviosa—. Le... le quemó los órganos genitales y los pechos. ¿Sabe?, se ha demostrado que el padre Michaélis redactó sus escritos preso de la locura. Ninguna otra obra de esa época menciona esos asesinatos y todo lleva efectivamente a pensar que esa autobiografía es tan sólo una sarta de mentiras. Por eso no se cita en ningún sitio, sino el padre Michaélis habría sido considerado el mayor asesino en serie de todos los tiempos.

—Voy a reforzar la seguridad en su casa. Puede usted estar en peligro.

—No hace falta.

—Insisto.

Pensaba en el vídeo que había visto esa misma mañana en el SEFTI. La idea de que el asesino filmaba sus crímenes para realizar *snuff movies* me había parecido coherente, como si racionalizara aunque sólo fuese un poco el mundo de horror en el que se movía. Pero, después de escuchar a Elisabeth, me daba cuenta de hasta qué punto me había equivocado.

El Hombre sin Rostro, el Ángel Rojo, no tenía nada de humano. Había una pregunta que me mortificaba.

—Seiscientos sesenta y seis es el número del Demonio, ¿verdad?

—De la Bestia, de Lucifer. Cinco demonios poderosos más Lucifer forman el primer seis. Luego, los seis días de sufrimientos terribles del castigo. Finalmente, los seis serán castigados, Lucifer y sus hordas de ogros, por las atrocidades que infligieron a los hombres. Eso da seiscientos sesenta y seis.

—¿En qué fecha exacta tenía que nacer ese bebé, la niña de los seiscientos sesenta y seis demonios?

—El veinticinco de diciembre de 1336.

—Hace seiscientos sesenta y seis años.

Elisabeth movió los labios como si quisiese formular una réplica, pero las palabras se le bloquearon en la punta de la lengua. La calma que hasta aquel momento le había dado entereza la abandonó; sus largas manos temblaron cuando las cruzó sobre el pecho.

—Perseguiamos algo, Elisabeth, algo que no es humano, y Doudou Camelia lo sabía —susurré.

—Hay... Hay un detalle que he omitido señalarle, Franck.

—Dígamelo.

—Es que... No puedo creerlo.

—¡Dígamelo!

El silbido repentino de una bocanada de vapor estuvo a punto de detener para siempre los latidos de mi corazón. Elisabeth, por reflejo, se pegó contra una pared, aterrada. *Poupette* borbotaba, vibraba, preparada para enfrentarse al raíl. Me precipité sobre ella y bajé una palanca.

—Seguramente... ha puesto en marcha la presión al manipularla. Creía que estaba estropeada. ¡Cuéntemelo ya!

Se despegó de la pared, con prudencia.

—Antes de morir, el padre Michaélis añadió una última frase, que cierra su autobiografía: «Volveré para salvar el mundo... cuando el Mal vuelva a bajar a la Tierra».

—Seiscientos sesenta y seis años después del nacimiento previsto de esa niña. ¡Dios mío!

El gran vaso de vodka que Elisabeth se bebió de un trago pareció hacerle el efecto de un latigazo. La acompañé con un vaso de Four Roses del que ni siquiera apreció el sabor. Estaba dispuesto, una vez más, a dejarme llevar por los mares tenebrosos del alcohol, pero una voccecita me instó a seguir luchando por Suzanne y el bebé.

—Tengo que agarrarme a algo o voy a enloquecer —le confié a Elisabeth—. Diablo o no, llegaré hasta el final. Tengo una pequeña pista: el tipo que agredió a Julie Violaine, ese Manchini, ha sido asesinado para evitar que desvelara algo primordial. Se había filmado mientras la agredía.

—¿Me está tomando el pelo?

—¿Tengo pinta de bromear? Creo que, en un momento dado, el grano de arena llamado Manchini se introdujo en la mecánica perfectamente engrasada de una terrible máquina de matar. Así que lo han hecho desaparecer discretamente, simulando un accidente. Al margen de nuestro... Ángel Rojo, por supuesto. Su o sus asesinos no debían de imaginar que lo encontraríamos tan rápido y que, por lo tanto, determinaríamos la hora de la muerte con tanta precisión y podríamos descubrir que no se trataba de un accidente. No veo aún ninguna relación con nuestro caso, pero la hay, estoy convencido.

—¿Alguna idea sobre quiénes puedan ser los autores del asesinato?

—Manchini se marchó de forma precipitada en plena noche, de lo que deduzco que conocía muy bien a quien le llamó. Han sustraído su móvil y borrado los datos

de su ordenador. Me marchó a Le Touquet. Voy a visitar a Torpinelli.

—¿A esa gente? Es arriesgado, ¿no cree?

—Quiero comprenderlo todo, Elisabeth, ¿me entiende? No... no quiero morir sin saber.

Ella dejó el vaso vacío al revés sobre la mesa, como los rusos, anunciando con una voz animada por el alcohol:

—Seré sus ojos y sus oídos en el caso. Todos los informes pasan por mis manos; le mantendré al corriente.

—¿Sabe que se está jugando su puesto?

—Usted es el único que ha creído realmente en mí y no quiero dejarle en la estacada. A partir de ahora lucharemos los dos contra él. Sea quien sea.

En el momento en que me disponía a embarcarme hacia Le Touquet, sonó el teléfono.

—¿Comisario... Sharko? —dijo una voz febril y dubitativa.

—Yo mismo.

—Soy la vecina de Alfredo Manchini. ¿Lo recuerda? La chica de... la gastroenteritis.

—Por supuesto. Le dejé mi tarjeta.

—He dudado mucho tiempo antes de llamarle... —Sollozos—. Me he enterado... de que ha habido... un accidente... Pero no acabo de creérmelo.

—¿Por qué?

—Venga; se lo explicaré.

Su estado no había mejorado mucho. Debía de ser una chica guapa cuando estaba en forma pero, ahora, los ojos estriados inyectados de sangre y la tez cerosa le daban el aspecto de una zombi versión peli mala de los años sesenta.

—No se me acerque mucho, si no... —dijo guardando la distancias.

—No se preocupe. ¡Los microbios tienen más miedo de mi presencia que yo de la suya! Cuénteme.

La habitación se parecía sorprendentemente a la de Manchini. Cualquiera diría que el edificio entero servía de refugio al populacho rico de todo París. Humedeció la punta de la lengua en un vaso donde bailaba una aspirina, hizo una mueca y a continuación se lo tragó todo.

—Alfredo me confió una llave hace tres días, pidiéndome que la guardase y que se la entregase a la policía si le ocurría algo. Pero...

Me tendió la llavecita.

—¿Tiene alguna idea de lo que abre?

—Mencionó una caja fuerte disimulada en el despacho del chalé de sus padres. Son CD Rom importantes.

—¿Sabe lo que contienen?

—No.

Apreté los puños.

—¡Tendría que habérmelo dicho la primera vez!

—¡Quería que la entregase tan sólo si le ocurría una desgracia! ¡Confíaba en mí!

Volvió a llorar.

—Antes, por teléfono, me ha dicho que no creía que fuese un accidente —aventuré suavemente.

—Así es. La historia de la llave, de entrada, y luego los ruidos, esa noche. Alfredo ya no era el mismo últimamente. Parecía que algo le tenía preocupado, que tenía miedo.

—¿De qué, según usted?

—Es difícil de decir. Cenábamos juntos bastante a menudo y lo notaba distante, más silencioso. Ya casi no comía, tampoco salía...

—¿Salían juntos?

—Tan sólo éramos amigos —dijo, después de dudar una fracción de segundo.

—¿No se sentía atraída por él, ni él por usted?

—Alfredo no era mi tipo de chico —repuso tras otra indecisión, más clara.

—¿Y usted no era su tipo de chica?

—Así es.

Me acerqué a ella y le tomé de la mano.

—¿Me está diciendo la verdad ahora? Alfredo está muerto y, al igual que usted, estoy convencido de que lo han asesinado. Si queremos castigar a los autores del crimen, tiene que contármelo todo.

Se dejó caer en una butaca orejera, la cabeza echada hacia atrás.

—Está bien. Estaba bastante enganchada a Alfredo. Era un chico guapo, italiano y cachas, encima. Pero... siempre se negó, no sé por qué...

Sus ojos se perdieron en las brumas. Pensé en la película de Manchini, en esas escenas sórdidas de la agresión de Violaine. Le ofrecí un pañuelo de papel con el que se enjugó la frente, chorreante de sudor.

—¿Alfredo sabía mucho de informática? —le pregunté.

—¿Está de guasa? ¡Era un dios! Capaz de piratear cualquier tipo de servidor en menos de una hora. Se pasaba el tiempo pirateando sitios porno, recuperando listas de contraseñas y colgándolas gratis en foros.

—Ha hecho lo que debía, me refiero a la llave. Mire, creo que Manchini se negaba a acostarse con usted porque quería protegerla de sí mismo, de lo que era realmente.

—¿Sabe usted cosas que ignoro? ¡Dígame lo que ha descubierto!

Me levanté en dirección a la puerta.

—Manchini estaba enfermo, a dos pasos de sucumbir a la locura asesina. Podría haber hecho daño a muchísimas personas, usted incluida...

Dos plantones pasaban el tiempo en la entrada del chalé de Manchini fumando un cigarrillo, la espalda pegada contra la chapa de un coche patrulla.

—¡Comisario! ¿Qué hace aquí? Sabe que no tiene...

—¿Qué no tengo qué?

—Se trata del comisario de división. Nos ha prohibido que...

—Tengo que comprobar una cosa... muy, muy importante. Tan sólo serán unos minutos.

El plantón dirigió una mirada perdida a su colega, que hizo como si no oyese nada.

—¿Está... está seguro de que no va a meternos en un lío, comisario? ¿Tan sólo unos minutos?

—Sí. Entro y salgo, ¡cómo una exhalación!

Entré y subí directamente a la planta superior.

Tras haber echado un vistazo rápido a las diferentes habitaciones, descubrí un amplio despacho. La habitación permanecía oscura a pesar de la ventana, por la que brillaba el sol tímido de otoño. Ni rastro de la caja fuerte. Me dirigí hacia la biblioteca maciza pegada a una pared, enfrente de la mesa. Libros de economía, marketing, informática, con toda probabilidad nunca abiertos, alineados perfectamente y colocados alfabéticamente por temas.

El mueble de roble era demasiado imponente para intentar moverlo, e incluso echando una mirada entre la biblioteca y la pared, no descubrí ningún relieve que hiciese pensar en la presencia de una caja fuerte. Al pasar una mano por el contorno del mueble, y luego entre los estantes, sentí, bajo el panel que sostenía la segunda hilera de libros, un pequeño interruptor, que apreté sin demora.

Ruido de émbolo, y un sistema mecánico partió la estantería en dos. La parte izquierda se despegó de la derecha y apareció la caja fuerte, una AL-KO AMC empotrada en una zona de la pared disimulada por la biblioteca.

No necesité utilizar la llave. Alguien había pasado por allí antes que yo. Habían perforado la cerradura y la puerta estaba ligeramente abierta.

Por supuesto, la caja fuerte estaba vacía.

Una oleada de rabia me crispó los puños. Mis predecesores no habían hecho el trabajo a medias: ni rastro del polvo de acero dejado por la perforación, ya fuese encima de los libros, en el suelo o en la pared.

La posibilidad de acercarme a la verdad acababa de pasar delante de mí y escapármese. Pero ahora sabía que no me desplazaría en vano a Le Touquet.





## Capítulo 14

Alphonso Torpinelli Junior. Una serpiente que había escapado del Infierno, una bestia maléfica, curiosa y hambrienta que aplastaba a golpe de pezuñas los microbios que se atrevían a alzarse ante él. Un hombre poderoso, mucho; un espíritu maligno que manejaba millardos de euros en el mercado más prolífico de todos los tiempos: el del sexo.

Había sabido excluir del circuito a su anciano padre, un hombre más bien respetable. El patriarca, que padecía un tumor cerebral, se había sometido a una primera operación con éxito; pero el glioma había vuelto a desarrollarse y su ubicación hacía demasiado arriesgada la extracción. Los especialistas le habían dado a lo sumo cuatro meses de vida.

Alphonso Torpinelli era sospechoso de todas las corrupciones posibles e imaginables: trata de blancas, redes de prostitutas en los países del Este, pedofilia y todo cuanto el vicio pudiese engendrar en este mundo. Pero los desgraciados que habían intentado meter las narices en sus negocios en esos momentos debían de servir de alimento a unos cincuenta grandes tiburones blancos del océano Pacífico.

En la explanada de Le Touquet, la luna ya alta en el cielo jugaba con las olas, haciéndolas brillar en el momento en que rompían sobre la playa desierta. Más cerca de Stella-Plage, al final de una escollera a la que se agarraba un montón de mejillones, adiviné el batir de alas de las últimas gaviotas ocupadas en recoger las cabezas cortadas de las caballas, abandonadas por los pescadores en el gran lomo del mar. Un vientecillo de tierra levantaba torbellinos de arena, depositando los granos sobre las cabinas cerradas de los veraneantes antes de llevárselos otra vez hacia el mar abierto.

En la habitación del hotel leí, fui leyendo página a página, de horror en horror, la obra fotocopiada del padre Michaélis, y la gran mano corva de la amargura se abalanzó sobre mis hombros como una ola gigante. Rogué a Dios que ese relato sólo fuese fruto de su imaginación, pero no pude dejar de pensar que aquel itinerario sangriento seguramente había existido de verdad y que... el Ángel Rojo quizás había vuelto.

Recé por esas víctimas que no conocía, recé por quienes se habían cruzado en el camino del Hombre sin Rostro, recé por mi mujer y mi futuro bebé. Si hubiese aparecido un genio de una lámpara, que habría frotado un poco demasiado fuerte para pedir uno solo de mis deseos, le habría suplicado que nos llevase a los tres lejos de aquí, que nos dejase en una isla desierta donde no hubiera ni teléfono ni radio. Tan sólo nosotros tres, alejados del aliento fétido de este mundo, de estos caminos de sangre y de esos rostros espantosos que mirar...

Intenté una vez más trenzar las hebras de la cuerda, unir los trozos para formar un ensamblaje sólido, pero no lo conseguía. Manchini, el Ángel Rojo, BDSM4Y... Unidos por el vicio, deslizándose por el universo secreto de lo que no hay que ver, de lo que es mejor ignorar si uno quiere envejecer en paz.

Pensé en el descubrimiento de Elisabeth, en la manera como su investigación literaria la había llevado hasta los brazos del padre Michaélis. Había buscado un paralelismo con las pistas. El marco del faro colgado de la pared. La foto del

granjero, y luego la carta que nos había guiado hacia la pista religiosa. La escena del crimen, la expresión del rostro de Martine Prieur que nos permitió realizar una comparación con el busto esculpido por Juan de Juni. Habíamos deducido una relación entre las víctimas, esa voluntad de castigar el dolor con el dolor. Luego el asesino me había desvelado, mediante la horquilla de pelo, que tenía a mi mujer. Y a continuación esa frase, demasiado flagrante, en que repetía palabra por palabra las declaraciones de un sacerdote asesino.

Nos manipulaba, trazaba él mismo el hilo de la investigación, orientándonos en las direcciones que había escogido para nosotros. Habíamos entrado en su plan diabólico sin ni siquiera darnos cuenta. Jugaba con nuestras mentes y tensaba los hilos de nuestras almas a su manera. Poseía evidentes dotes para la psicología, un talento maquiavélico.

¡Y si tan sólo hubiese sido eso! ¡Pero había adivinado el don de Doudou Camelia, se había enterado de que Suzanne estaba embarazada! Iba siempre un soplo por delante de mí, que únicamente progresaba en su estela mortal, incapaz de tomar la delantera. Perseguida una sombra, una entidad con la fuerza de lo imposible.

Por su parte, Manchini había mantenido un secreto terrible, un secreto que había llevado a alguien a cometer un nuevo crimen. Esa noche, ya no tuve miedo de morir, sino de no conocer nunca la verdad.

El vigilante tuerto del suntuoso chalé de los Torpinelli me cayó encima antes de que me diera tiempo de pulsar el timbre del inmenso portal erizado de puntas metálicas. Mostraba una cicatriz estéticamente curvada en la mejilla izquierda, una de cuyas puntas iba a morir al borde del parche de cuero del ojo. Su larga cabellera dorada culebreaba hasta los hombros, dándole el aspecto de un león destronado, un rey de la jungla que había recibido un zarpazo mortal en un combate con todas las de la ley. Cuando se inclinó por la ventanilla de mi coche, adiviné que nunca en la vida debía de haber sonreído.

—Algo me lleva a pensar que se ha perdido —me susurró con una mano metida en la chaqueta.

—Pues lo cierto es que no. He venido a ver al señor Torpinelli, al padre preferentemente; si no, al hijo.

Otro vigilante, walkie-talkie en mano, subía la alameda en nuestra dirección. El león destronado me preguntó, la mano apoyada en la portezuela abierta:

—¿Está usted citado?

—He venido a tener una breve charla sobre el sobrino, Alfredo Manchini.

—¿Policía? —preguntó escudriñando mi matrícula.

—¡Qué vista! —Pegué mi placa, que no había devuelto a Leclerc, sobre la chapa azul del vehículo—. Dirección Central de la Policía Judicial de París.

Me fusiló con su media mirada. Su acólito siguió farfullando por el walkie-talkie. Entre los dos, eran más anchos de espaldas que los jugadores alineados de los Blacks. Dos apisonadoras, un rubio platino y un negro con el cráneo liso como el ébano. La cámara de vigilancia, colgada de uno de los batientes del portal, dirigió su ojo de cristal hacia mí. Ruido mecánico, ajuste de las lentes.

—Alfredo Manchini ha muerto y, ¿saben?, tengo que hacer mi trabajo —añadí.

—¿Y tu trabajo consiste en venir a flirtear con la muerte? —me espetó el gran negro—. ¿Crees que vas a entrar así como así?

—Puedo volver con gente guapa —repliqué mirando fijamente la cámara—. Pero preferiría que lo solventásemos tranquilamente, entre nosotros.

El walkie-talkie del rubio guaperas emitió un silbido que lo hizo alejarse momentáneamente.

Regresó, mostrándome tantos dientes como teclas de un piano.

—¡Déjale pasar! —gritó dirigiéndose a Cráneo de Ébano—. Acompáñalo hasta el atrio. El jefe se está divirtiendo.

Procedieron al registro reglamentario y me confiscaron mi vieja Smith & Wesson, que solía guardar bajo el asiento del conductor del coche.

—Recuperarás tu juguetito cuando te marches —se mofó el Guaperas.

—No te hagas daño en el otro ojo con ella —repliqué tendiéndole la pistola por el cañón.

Emitió un gruñido y regresó a su puesto.

La residencia apareció a la vuelta de una pinada, a casi trescientos metros de la verja de entrada. El terreno era tan extenso que no se veían los límites, y Dios sabe que existían, vigilados por media docena de pistoleros. Al lado de aquel palacio, el chalé de Plessis parecía una caja de cerillas.

Cráneo de Ébano me llevó a una sala cerrada, el atrio, donde tuve la sensación de efectuar un salto en el tiempo de más de dos milenios. Tres gladiadores se medían en el centro de una pista circular de arena. Dos de ellos, un reciario armado con red y tridente, y un hoplomaco equipado con un escudo rectangular pesado y una larga espada, luchaban contra el tercero, un secutar con pinta de ser más rápido y con un equipamiento extremadamente ligero.

Las armas de madera diseñadas para el juego silbaban en el aire como fuegos artificiales. El secutar esquivó el tridente, se dobló sobre la izquierda a ras del suelo y lanzó un monumental golpe de espada contra el flanco desnudo del reciario, que gimió antes de desplomarse con los brazos hacia delante.

—¡Basta! —ordenó el secutar.

Sus dos adversarios se apartaron jadeando y cojeando ligeramente, y desaparecieron en el vestuario situado en la parte trasera del atrio. El secutar se levantó la visera del casco y entonces reconocí el rostro empapado de sudor de Torpinelli Junior. Me señaló unos expositores donde descansaba una cantidad inmensa de armas y protecciones de cuero de la época romana.

—Escoja —me propuso—. Hay para todos los gustos y cada temperamento debe compensarse. Le espero. Gáneme y hablaremos. Si no, deberá regresar otra vez, con algo más que su pobre placa de policía. Y sea más combativo que esos dos idiotas.

—¡No he venido aquí para jugar!

—En ese caso Victor le acompañará tranquilamente a la salida...

Me dirigí hacia los expositores.

—¿No tiene nada mejor que hacer para llenar sus días? ¿Tanto se aburre?

—Cuando uno lo tiene todo, hay que ser creativo para llenar las horas.

Remedé con el dedo una cicatriz en la mejilla.

—Supongo que no será el guaperas de la entrada quien diga lo contrario.

Se bajó la visera, me dio la espalda y cortó el aire con golpes de espada precisos. Yo me quité la corbata, la chaqueta y me puse el galerus en el hombro. La pieza de cuero cayó a lo largo del flanco izquierdo hasta la cadera. También me puse las canilleras y las coderas antes de colocarme un casco engalanado con un penacho en forma de pez. Deslicé el brazo en un pequeño escudo redondo, ligero y fácil de manejar, y con la otra mano cogí un sable corto.

—Pamularius —me soltó.

—¿Perdone?

—Lleva el equipamiento de un pamularius. Un gladiador muy bueno, vivo, ágil,

pero con protecciones que no son eficaces. ¿Está preparado?

Me dio tiempo a entrever la sonrisa satinada de Cráneo de Ébano, que se dispuso a cerrar la entrada como un buen perro guardián, antes de ponerme en posición para el ataque.

—Vamos allá —dije con expresión de aparente seguridad.

Dimos unas cuantas vueltas en la arena para observarnos mientras, bajo el casco, el sudor ya me perlaba la frente para venir a agolparse en las cejas. De repente, Torpinelli alzó su espada y apenas había tenido el reflejo de esquivarla con el escudo cuando me propinó una patada en el abdomen. El golpe me propulsó un buen metro hacia atrás.

—¡Hay que andarse con ojo! —me espetó a través del casco.

—La próxima vez me fijaré —contesté con un soplido corto.

Me incliné un poco más, preguntándome si no habría sido mejor escoger un escudo más ancho, pero tenía que reaccionar inmediatamente si no quería que me aplastara. Lancé un golpe de sable de madera, que esquivó con facilidad y replicó esta vez con un movimiento de escudo que me golpeó el glúteo. La pieza de cuero sólo me protegió de forma ilusoria y mi rostro se contrajo de dolor.

—¿Duele? —escupió tras una risa idiota.

Esta vez, me envalentoné. Dos golpes vivos de sable lo pusieron en guardia, y un tercero que estuvo a punto de pulirle la línea saliente de la nariz lo hizo retroceder y tropezar con el borde de la pista de arena. Cayó hacia atrás.

—¡Hay que fijarse dónde pone uno los pies! —grité.

—No está mal para un viejo.

La afrenta de la caída delante de su acólito debió de sacarle de sus casillas. Se abalanzó en mi dirección blandiendo la espada detrás de la cabeza y sólo tuve que voltear hacia un lado para evitar el ataque. Se quedó dándome la espalda, instante que aproveché para asestarle un golpe preciso y seco a la altura del omoplató izquierdo. Hizo una mueca. El doble fracaso melló su confianza. Me tocó una o dos veces más, pero ahora yo dominaba el combate, de modo que capituló diez minutos después, en el momento en que le golpeé con la espada sobre la parte superior del casco, en un golpe sonoro que repicó como una campana de Pascua.

Sentí una sensación de beatitud extrema tras el combate, como si, durante el enfrentamiento, todos los pensamientos negros que me oprimían desde hacía meses hubiesen huido del terror de mi propio cuerpo. El grog que acaba con un fuerte resfriado.

El gladiador venido a menos chasqueó los dedos y Cráneo de Ébano desapareció en otra sala.

—¿Qué quiere?

—La muerte de su primo no parece haberle perturbado.

—Hay que saber hacer frente a la muerte. La veo todos los días con sólo mirar a mi viejo padre, y no por eso lloro. Conteste a mi pregunta. ¿Qué quiere?

—Se trata de una investigación rutinaria. Digamos que intento entender por qué a su primo de repente le apeteció hacer una sesión de musculación a las dos de la madrugada.

Se dirigió hacia el vestuario y yo le seguí los pasos. Tenía la camisa empapada de sudor, pero había dejado la ropa de recambio en el hotel. Me sentía sucio.

—Acompáñeme a la sauna —me propuso—. Voy a pedir que le traigan ropa limpia.

Dado que tenía que sacrificarme, «sacrificio rentable», respetaba las reglas hasta el final. Me ofreció una toalla que me anudé alrededor de la cintura después de haberme desvestido.

—Está usted bastante bien formado —ironizó—. Ni una onza de grasa.

—¿Por qué cree que a los cuarenta y cinco uno está acabado?

—Digamos que a veces se arrastra un poco los pies.

Cuando penetré en la pequeña habitación forrada de revestimientos, un vapor de marmita borbollante me saltó a la garganta, tan abrasador como si me hubiera tragado una antorcha. Torpinelli echó un cazo de agua sobre las piedras volcánicas y una nube opaca se extendió a nuestro alrededor, aumentando de forma sensible la temperatura en algunos grados más. Rodillos de fuego parecían penetrarme en los pulmones.

—Me he enterado de que le han practicado la autopsia a mi primo. ¿A qué juegan?

—Veo que está informado.

—Tengo ojos en todas partes. Con este oficio no me queda más remedio.

—La autopsia es obligatoria en el marco de una investigación criminal.

Sus ojos brillaron a través de los paños grises de vapor.

—¿Qué investigación criminal?

—Alguien la tomó con su primo e intentó que su muerte pareciera un accidente.

Esta vez Torpinelli sólo echó un vaso de agua sobre las piedras. Yo ni siquiera distinguía ya mis pies, ni las paredes que nos rodeaban; solamente oía su voz cavernosa:

—Alfredo era un chico de lo más normal. ¿Por qué le iban a asesinar?

—Me gustaría conocer su opinión al respecto.

—No tengo ni puñetera idea.

El calor se hacía insoportable. Abrí la puerta, me empapé del aire de los vestuarios y me quedé en el umbral.

—¿Veía a menudo a su primo?

—No tengo mucho tiempo; ya sabe, con los negocios...

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Este verano. En agosto. Vino a pasar dos semanas aquí.

—¿Para qué?

—¿Y a usted qué le importa? —guardó silencio por un rato y luego añadió—: Le pedí que instalase un sistema de webcams en el estudio y en los torreones de filmación. ¿Quiere la dirección del sitio? Podría recrearse la vista mediante un abono de coste muy razonable. Pero como me ha ganado, tendré un detalle con usted.

Pasé por alto su sonrisa irónica.

—No es mi estilo, gracias. ¿Contrata usted a muchas actrices porno?

—Unas veinte.

—¿Les da alojamiento?

—En el ala oeste. Es mejor tener a las chicas cerca para... trabajar.

—Me lo imagino. ¿El hecho de ver cada día a esas chicas a través de una cámara e incluso en directo no volvía a Alfredo, cómo decir... un poco loco?

El chorro de vapor se extendía ahora por todo el vestuario. Torpinelli se enjuagó bajo una ducha fría y se dejó caer sobre un banco de pino macizo.

—¿Conoce los murciélagos vampiros, comisario? Esos animales me fascinan. Se cuelgan de los árboles todo el día, hasta el punto de que las personas que los han visto los describen como nueces o vainas gigantes. Pero cuando cae la noche, se transforman en unos depredadores terribles. Capaces de chuparle a un buey toda la sangre así —chasqueó los dedos—; hay hombres y mujeres que no se han vuelto a despertar nunca tras su beso mortal.

—¿Alfredo Manchini era un murciélago vampiro?

—El peor de todos. Mire, tenía un verdadero problema con las mujeres.

—¿A qué se refiere?

—Lo notaba por su expresión viciosa frente a la pantalla cuando miraba a mis actrices porno. El típico tío tranquilo y frustrado que encierra un volcán en su interior. A menudo le propuse que se tirara a una de las chicas, incluso a varias, pero siempre se negó. Así que una noche, mientras dormía, le pedí a una de ellas que fuese a darle una pequeña sorpresa. Quería ver su reacción. Me... me tenía muy intrigado.

—¿Y?

—El murciélago vampiro despertó.

—Pero ¿qué ocurrió?

—La ató durante varias horas y se la folló hasta el alba. Tenía el rabo en llamas y tuvimos que envolverlo en una manopla llena de cubitos. Es interesante ver cómo cambia la gente cuando piensa con el rabo, ¿no cree?

Se peinó el pelo hacia atrás y se extendió una capa de gomina. El peine plegable acabó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Su primo tenía miedo de algo o alguien. ¿Le comentó alguna cosa?

—No. No era de esos que cuentan sus preocupaciones. Todos tenemos las nuestras. No se puede ni imaginar la cantidad de gente que se me quiere cargar.

—Sí, me lo imagino.

Se levantó y empezó a vestirse. Hice lo mismo con mi propia ropa, dejando la que me habían traído sobre el banco.

—Su primo agredió a una de sus profesoras. La encontramos atada y torturada, desnuda en su cama.

Estrelló la toalla con violencia contra el suelo.

—¡Maldito cabrón! ¡No me extraña nada! ¡Frustrado de los cojones!

—No lo lleva en el corazón, por lo que veo.

—Pues no mucho. Ese idiota estaba forrado. ¡Y lo único que se le ocurrió fue ir a perder el tiempo en una mierda de escuela de ingenieros! ¡Una vergüenza para nuestra familia!

—Por lo visto, antes de morir se desquitó, ¡y bien! Además, daba muestras de cierto talento para el vídeo, creo que su peliculilla se venderá muy bien.

—¿A qué se refiere?

—Su primo se filmó mientras torturaba a esa profesora.

La noticia lo dejó petrificado por un instante.

—¿Dónde descubrió esa peli?

—¿Y por qué le interesa?

—Sólo quiero saberlo.

—En su ordenador. Él o los cretinos que intentaron borrar los datos de su PC deberían cortarse la coleta.

Me fulminó con la mirada.

—Esa actriz porno a la que se tiró, ¿no se quejó de las tendencias sadomasoquistas de su primo? ¿Se lo permitió? —pregunté, volviendo al tema.

—Es su día a día. Les gusta, a las muy guarras. Eso es lo que da pasta, lo raro, el sadomaso, el *bondage*. Hoy en día, el público espera algo más que la simple pornografía sin refinar.

—¿Cómo la violación filmada en directo?

—Sí. Es un buen filón. Pero supongo que no es idiota, ¿sabe que son ficticias?

—Yo sí. Pero ¿los enfermos que ven esas pelis lo saben realmente?

—No es asunto mío.

Me metí la corbata en el bolsillo y me dejé el cuello de la camisa abierta.

—Me parece que su padre no aprecia mucho lo que hace.

Tuve la sensación de que iban a salirle llamas por las aletas de la nariz.

—¡No mencione a mi padre! ¡Ya no está capacitado para dirigir la empresa! ¡Y lo único que hago es adaptarme a la demanda! ¡Ojo con lo que dice, comisario!

Escudriñé cada facción de su rostro.

—BDSM4Y, ¿le suena?

No se inmutó. Si quería ocultar sus intenciones, las ocultaba muy bien.

—Esa sigla no me suena de nada.

—¿Hasta dónde llegan las peticiones de sus clientes en materia de rarezas?

—¡Si supiese la imaginación que tienen! Pero no creo que sea necesario describirle ese tipo de cosas. Está empezando a irritarme seriamente con sus preguntas. ¡Vaya al grano u ordeno que le acompañen a la salida!

—¿Nunca le han pedido películas *snuff*?

—¿Cómo dice?

—Una película *snuff*, ¿sabe lo que es?

Abrió la puerta del vestuario.

—¡Victor! ¡Victor! —gritó.

—¡Conteste!

Me agarró del cuello de la chaqueta y me aplastó contra la pared húmeda de vapor.

—¡No vuelvas a repetir nunca más esta palabra delante de mí, hijo de puta! ¡Ahora vas a escucharme bien, señor comisario! ¡Como te atrevas a volver a poner un pie aquí, eres hombre muerto! Es muy peligroso venir solo, uno nunca sabe lo que puede ocurrir. Así que si te atreves a acercarte, ¡procura venir bien acompañado!

Me liberé de su llave empujándolo con violencia, conteniéndome para no partirle la cara. Si le levantaba la mano, estaba apañado. De todas maneras, me atreví.

—¡El que va a escucharme serás tú! ¡No te voy a dejar escapar! Como descubra la menor jugarreta por tu parte, como cagues en otro sitio que no sea tus gayumbos, estaré ahí para pescarte. No sé qué escondes, ni por qué tú o uno de tus matones se ha cargado a Manchini, pero lo descubriré.

Cráneo de Ébano se interpuso en mi camino, brazos cruzados.

—¡Échalo fuera! —vociferó Torpinelli—. ¡Eres hombre muerto!

—¡Cómo me toques, te vuelo los sesos! —advertí a Cráneo de Ébano.

Me dejó pasar con una sonrisa de Tío Tom en los labios. A la salida del atrio, en lo alto de la escalera de mármol, el viejo Torpinelli tenía dificultades para moverse, encorvado sobre un bastón. Creí leer en sus labios EN-TIER-RO antes de que desapareciese en el pasillo, encorvado como un papa.

Cráneo de Ébano me pisó los talones hasta la salida, donde el Guaperas, el león destronado, me soltó una sonrisa socarrona.

—¿Qué esperabas, señor P-O-L-I-C-Í-A?

—¿Ya has pensado en presentarte a las elecciones en las listas del Frente Nacional? —repliqué—. Me recuerdas a alguien, pero no sé a quién.

Lanzó la Smith & Wesson en el asiento del conductor de mi coche.

—¡Lárgate! ¡Lárgate lejos, muy lejos de aquí!

—Nunca estaré muy lejos, y cuando vuelva, serás el primero en saberlo.

—Entonces cúbrete bien las espaldas.

«Entierro.» El viejo Torpinelli acababa de concertar una cita conmigo.

No me veía apareciendo en mitad del funeral y acercándome al viejo para formularle una pregunta del tipo: «Bueno señor, ¡cuénteme qué ha hecho de malo su hijo!». Era evidente que valía más ser prudente. De una manera u otra, si lo deseaba realmente, el patriarca intentaría ponerse en contacto conmigo.

El entierro de Alfredo Manchini iba a tener lugar por la tarde en el cementerio de Le Touquet. Una lluvia espantosamente enfurecida, cargada del aire del norte, manaba del cielo negro desde última hora de la mañana. Di varias veces la vuelta al cementerio. Primero en coche, bordeando las empalizadas para percatarme, con pesar, de que no tenía ningún punto de vista sobre el interior. Luego a pie, para intentar encontrar un escondite a fin de observar la ceremonia sin riesgo. La fosa había sido cavada al final de la décima alameda, bajo un tejo, protegida por una lona azul. No me demoré en analizar mi situación. Si quería conseguir un lugar destacado en las alegres celebraciones, tenía que estar a toda costa en el corazón de la hoguera, dentro del cementerio.

A las tres en punto el cortejo fúnebre oscureció la calle mientras, a lo lejos, las campanas de la iglesia aún tañían. Largas berlinas negras, cristales tintados, miradas tras gafas adecuadas para la ocasión se seguían en un silencio apenas perturbado por el suspiro de la lluvia. Había aparcado mi coche en un parking residencial a casi un kilómetro del cementerio. Me cobijé en la entrada de un edificio, en un sitio bien seco, con mis gemelos Zweiss en mano.

Sólo había unas veinte personas. Suponía que los Torpinelli habían preferido un entierro sin revuelo mediático. Lo que pasa rápido, se olvida rápido. El viejo salió el último, acompañado por dos paragüeros que se le pegaban como su sombra.

La lluvia me venía bien, no hubiese podido ser más propicia. Tras abrir un amplio paraguas, unos diez minutos después del comienzo de la ceremonia penetré discretamente en el cementerio y me dirigí al extremo opuesto del lugar donde se amontonaban chaquetas y corbatas negras. Llevaba un ramo de crisantemos, para alejar cualquier sospecha. El viejo estaba en segundo plano, sentado en una silla plegable, y sus piernas parecían ahora incapaces de sostener el peso de su cuerpo. De vez en cuando, escudriñaba el conjunto de tumbas a sus espaldas. Me desplazé dos alamedas y me las arreglé para situarme en su campo de visión. Cuando volvió la mirada en mi dirección, levanté el paraguas para que distinguiese mi rostro, pero lo bajé de inmediato cuando el Guaperas me echó un vistazo penetrante. Fingí limpiar una tumba. El león destronado hundió la mano en la chaqueta y avanzó en mi dirección, pero el viejo lo llamó al orden y le susurró algo al oído. Acababa de evitar lo que, tanto en un sentido como en otro, habría conducido a un incidente inevitable.

Un cuervo se posó a mi lado y, con las alas desplegadas como dos capas y el cuello tenso, se deslizó entre dos sepulturas para picotear lombrices. La lluvia recia me machacaba los hombros y el frío me penetraba bajo el efecto de las violentas borrascas. El paraguas estuvo a punto de darse pero resistió. El Guaperas no me perdía de vista: me había reconocido. De vez en cuando, apoyaba la mano en la parte delantera del impermeable e imitaba, dos dedos tendidos y el pulgar doblado sobre el índice, la forma de un revólver. Sólo esperaba una cosa: que yo diese un paso adelante.

Sin embargo, me aseguré de permanecer aparte y tener paciencia. Ya estaba pensando en cómo huir del cementerio sin pasar por la entrada principal y, sobre todo, sin acabar con el cuerpo acribillado a balazos.

La inhumación duró apenas un cuarto de hora y me preguntaba, cuando se marcharon los primeros asistentes, cómo iba a proceder el viejo para ponerse en contacto conmigo. Lo vi insistir ante su hijo para recogerse aún un instante. Se



levantó de la silla, con las manos a la espalda. Llevaba en una de ellas una carpeta de plástico doblada. Se persignó delante de la tumba, luego arregló una corona mortuoria y me pareció que depositaba, casi con total seguridad, el sobre plastificado debajo de una de las macetas de flores, al borde de la losa de mármol.

El asunto se complicó de verdad al cabo de cinco minutos. Cuando ya creía que había oído los últimos ronquidos de motores, dos sombras absolutamente achaparradas se recortaron a la entrada del cementerio, una con una larga cabellera rubia chorreando de lluvia. El Guaperas. Escogió una alameda mediana y su acólito extrañamente negro dio un rodeo hacia el extremo sur, donde me encontraba yo. Habían cambiado los paraguas por sendas Beretta y, en vista de su aire de determinación, me di cuenta de que no estaban allí para charlar.

El cuervo ensombreció el cuadro con un largo graznido que habría asustado a un muerto. Tiré el paraguas, desenfundé mi vieja Smith & Wesson y me deslicé a través de las alamedas saltando por encima de las tumbas, agachado para desaparecer tras los mármoles. Los cuellos de mis perseguidores se tensaron como los de los hurones y luego aceleraron el paso, aún siendo prudentes. Me precipité, espalda encorvada, hacia la tumba de Manchini, levanté la maceta de flores, cogí la carpeta plastificada y me la metí en el bolsillo.

En ese momento, una bala estuvo a punto de despegarme la oreja izquierda. Un florero de mármol se hizo añicos. El cuervo alzó el vuelo pero, derribado en pleno vuelo, vino a estrellarse a unos diez metros de mí. Me agaché detrás de una estela, las rodillas en el barro, y encajé una bala en el tronco de árbol tras el cual se ocultaba el Guaperas. Con el rabillo del ojo vigilaba a Cráneo de Ébano, cuya sombra negra se deslizaba entre las columnas funerarias, cuatro divisiones más lejos. El disparo debió de enfriarlos un rato, ya que no se movieron de sus escondites. Aproveché para subir la alameda y, con la espalda rota, me acerqué a la entrada aneja que había visto antes en la parte trasera del cementerio. Las balas volvieron a aparecer. Un trozo de estela salió volando y otro proyectil rebotó sobre la superficie de mármol de un panteón antes de penetrar en algún sitio no muy lejos. Me pegué al suelo y vacié al tuntún la mitad del cargador antes de volver a levantarme, para a continuación desplazarme a lo largo de una empalizada donde quedaba realmente al descubierto.

En el momento en que iba a situarme fuera de su alcance, sentí una punzada en el hombro derecho, como si me hubiesen clavado un puñal. La sangre cayó sobre el impermeable y se mezcló con la lluvia en un rojo sucio. A pesar del dolor me lancé a la carretera, recorrí unos cien metros y detuve un coche poniéndome en medio de la calzada, con el arma apuntando hacia delante.

Los neumáticos chirriaron y la mirada del conductor se veló de espanto cuando me tiré sobre el asiento trasero gritando:

—Soy de la policía, ¡jarranque!

¡No tuve que repetirlo dos veces! El conductor pisó el acelerador hasta el fondo, el coche derrapó y salió disparado a toda velocidad a través de los campos. Mis dos perseguidores, jadeando como ollas calientes, aparecieron justo en el momento en que girábamos.

—Lléveme a urgencias —dije al conductor en un tono que quería ser suave—. Y gracias por el favor.

—No he tenido otra alternativa —replicó con razón.

La bala había rozado el deltoides y dejó una pequeña estela sanguinolenta en

la parte superior del hombro. Pese a todo, salí adelante con cinco puntos y un vendaje apretado. Mi armazón de poli estaba curado de espantos.

Una vez en el hotel, encerrado en mi habitación, cogí la carpeta plastificada y saqué una hoja doblada, dentro de la cual se ocultaba otra hoja. A pesar de la protección, una parte del papel se había empapado de agua y la tinta se había desteñido y corrido como lágrimas en un rostro. Pero el conjunto se podía leer. Reconocí una escritura indecisa y frágil, la de un moribundo. La primera carta decía:

No sé quién es usted, pero he visto su matrícula, que me indica que es un representante de la ley. Su presencia en el día de hoy es una señal. Dígame lo que oculta mi hijo. Con regularidad se efectúan importantes transferencias bancarias de cuentas de clientes hacia una de sus cuentas. Sumas astronómicas. He encontrado un nombre en su libreta de direcciones: Georges Dulac, que vive en la otra punta de la ciudad. Sea discreto o le matará. Y aunque no me quede mucho tiempo, quiero saber la verdad. Estoy vigilado, así que sobre todo no intente ponerse en contacto conmigo. No se lo permitiría. Déjeme un mensaje debajo de la maceta de flores mañana. Pasaré por el cementerio a las tres de la tarde.

Piensen lo que piensen, soy un hombre honrado, señor. Si mi hijo pisotea la ley y ese imperio que tanto me ha costado erigir, tendrá que pagar por ello.

La segunda hoja representaba la impresión de un documento electrónico en el que aparecía el nombre de Dulac, con fechas de transferencias bancarias. Un documento que no tenía nada de oficial. Sólo cifras plasmadas en una tabla. El 15 de abril, 30.000 euros. El 30 de abril, 50.000 euros... y así sucesivamente, cada quince días, desde abril, con sumas de 200.000 euros a principios del mes de septiembre. Un cálculo rápido dio como resultado una cantidad de alrededor de cinco millones de euros en apenas seis meses. Creí adivinar lo que representaban esas transacciones y rogué a Dios para que fuese otra cosa.

Me conecté a internet a través de mi portátil y la conexión telefónica de la habitación del hotel, e hice una búsqueda con el nombre de Georges Dulac. Los resultados que obtuve confirmaron mis sospechas. Gestionaba carteras importantes de clientes de Bolsa, comprando y vendiendo bonos de suscripción, acciones, capitales riesgo u opciones. Tenía tal peso en el ámbito de las finanzas que era capaz de hacer bajar el diez por ciento del valor de una acción mediante el simple juego de la especulación. Uno de esos tiburones para quienes el pobre es una cucaracha que hay que aplastar con el tacón.

Me encaminé hacia su domicilio, muy decidido a descubrir la naturaleza real de sus gastos. Georges Dulac estaba de viaje de negocios en Londres y me atendió su mujer. Un perro salchicha plateado vino a explorar la parte superior de mis zapatos, ladrando.

—¡Deja al señor tranquilo, *Major!* ¡Venga, vete! —ordenó la mujer con un tono de vieja arpía; pero el perro no obedeció—. ¿Puedo ayudarle en algo, señor? Mi marido volverá por la tarde.

De entrada, aquella sexagenaria me había parecido fría, rígida en su traje de Yves-Saint-Laurent. Pero me recibió con cortesía y me invitó a entrar sin esperar mi respuesta. La soledad de las largas jornadas debía de acabar con ella.

—Para serle franco, me viene bien que su marido no esté en casa. Tengo que hacerle algunas preguntas sobre sus actividades financieras.

—¿Es del fisco?

Le dirigí una sonrisa franca.

—No, no, ¡gracias a Dios no! Soy—saqué mi placa— de la policía.

—¡Oh Dios mío! ¿Qué ocurre? ¡No me diga que le ha pasado algo!

—No, no se preocupe. Estoy llevando a cabo una investigación sobre el entorno de los Torpinelli.

—¡Vaya! ¡Ya me quedo más tranquila! Los Torpinelli, unas verdaderas víboras. Sobre todo el hijo. ¡Ya va siendo hora de que la policía meta la nariz en sus negocios! Venden sexo como si fueran caramelos. ¡Qué vergüenza!

—¿Su marido los frecuenta?

—¿Le apetece un Earl Grey?

—Con mucho gusto.

Nos instalamos en el salón. Salchicha plateada ladró y se me subió al regazo.

—¡*Major!* ¡Serás desvergonzado!

—Déjelo. Los perros no me molestan. Éste es... encantador. ¿Se ha relacionado usted con los Torpinelli?

—¿Con los Torpinelli? No, jamás. Cada cosa en su sitio, ya sabe. Hay un abismo entre esa gente y nosotros.

Su expresión altiva y su manera de dividir el mundo me sacaban sensiblemente de quicio, pero no dejé que mi tono dejase traslucir mis sentimientos.

—Sin embargo, parece ser que su marido ha realizado importantes transferencias a una de las cuentas de Torpinelli.

Su taza de té se puso a tintinear contra el platito de loza.

—¿Có... cómo dice?

—¿Lleva usted el control de las cuentas bancarias?

—No... no, mi marido es quien se encarga de gestionar nuestras cuentas. Las tenemos en diferentes entidades. En Francia, en Suiza, en las islas... Yo... yo no entiendo de eso y confío en él; es su oficio.

—Desde hace seis meses, se han transferido más de cinco millones de euros en beneficio de los Torpinelli.

La piel distendida de sus mejillas se puso a vibrar bajo el efecto de los nervios. Pequeñas sacudidas la obligaron a dejar la taza encima de la mesa.

—Pero... pero... ¿por qué? ¿De qué se trata?

—Eso es lo que he venido a descubrir. —La cogí de la mano—. ¿Confía en mí, señora?

—No... no le conozco. Pero... quiero enterarme.

—¿Cómo se comportaba su marido últimamente? ¿No hay nada que le haya llamado la atención? ¿Algo que pudiese salirse de lo normal?

Se levantó y empezó a andar con pasos dubitativos.

—No... No... no sé...

—Piense.

—No está mucho en casa, ¿sabe? Es... es verdad que nos hemos peleado varias veces últimamente. Se pasa las veladas trabajando en su despacho, donde se encierra, y viene a acostarse en plena noche. Mi marido se ha convertido en un fantasma, comisario, un fantasma que entra y sale de esta casa como le da la gana. Le da demasiado miedo envejecer, quedarse prisionero en esta vivienda gigantesca.

Me levanté yo también.

—¿Dónde guarda su marido los extractos de las cuentas bancarias?

—Mmm... En su despacho, creo.

—¿Puedo consultarlos?

—No... no sé... Es confidencial.

—No se olvide de que soy de la policía. Tan sólo intento descubrir la verdad.

—Sígame.

Entendía el desamparo de esa mujer. Sola en aquel banco de piedra y

artesonado. Perdida entre aquellas paredes de hielo, apartada del mundo, de la gente, de la vida. Estaba erguida, el pecho henchido, orgullosa de ser lo que era, la mujer de un rico, la esposa de un hombre que lo poseía todo pero que nunca estaba a su lado. Una mujer que, por lo visto, ignoraba las actividades de su marido.

—Siempre cierra el despacho con llave cuando trabaja dentro o cuando se marcha. Pero tengo una copia de la llave. Mi marido tiene problemas cardíacos. No me gustaría que le pasase algo en mi casa sin que pudiese abrir la puerta para estar a su lado.

—¿Y él sabe que usted tiene esta llave?

—No.

El despacho parecía más un salón que un lugar de trabajo. Televisor, lector de DVD, cafetera, amplia banqueta de cuero blanco roto, piel de tigre estirada bajo una mesa baja. Y mariposas.

—Es un gran aficionado a las mariposas —observé con tono de sorpresa.

—Se las mandan de todas partes del mundo. Especímenes raros, de una belleza excepcional. Mire ésta, es una *Argema mittrei*, la mariposa más grande del mundo, más de treinta centímetros de envergadura. Cuando su madre murió, mi marido descubrió una mariposa herida en el rincón de su habitación. Una Gran Monarca. La cogió, la puso en el alféizar de la ventana y el insecto se alejó volando por el cielo. Una vieja tradición indígena cuenta que las mariposas echan a volar con las almas de los muertos, y se las llevan al paraíso para que esos espíritus descansen en paz. Mi marido siempre ha creído en eso. Está convencido de que cada una de esas mariposas se ha llevado un alma al paraíso, incluida la de su madre.

Hablaba con pasión, los ojos iluminados con una chispita que hasta ahora no había visto brillar.

—Si es tan creyente, ¿por qué retiene a todas esas mariposas muertas dentro de los marcos? ¿Por qué las priva de su misión divina matándolas?

—Mi marido es muy posesivo. Todo tiene que pertenecerle, esas mariposas igual que el resto.

—¿Me permite que eche un vistazo en los cajones?

—Adelante. Y espero de corazón que no descubra nada.

Ningún extracto bancario ni papel confidencial, tan sólo cupones de órdenes bursátiles, direcciones de clientes, gráficos de simulaciones trazados con la impresora en color.

—¿Su marido no tiene ordenador?

—Sí, un portátil y un ordenador de sobremesa. Siempre se lleva el portátil con él; el otro está debajo de la mesa. De hecho, sólo está la caja de metal, se llama unidad central, creo. Mi marido lo arregló para que la pantalla de televisión sirva también para el ordenador.

Me incliné debajo de la mesa. La unidad central estaba a la izquierda del asiento, colocada de forma ideal para encenderla o apagarla fácilmente desde el asiento.

—¿Puedo ponerlo en marcha?

—Adelante.

Apreté el interruptor.

—¿Sabe qué incluye este ordenador? Veo que hay un lector de CD Rom y una grabadora de CD. Y todo parece de nueva generación.

—No tengo ni idea de informática. Ni siquiera sería capaz de encenderlo. Sólo sé que disponemos de conexión rápida; mi marido la usa para navegar por internet. Juega al ajedrez con contrincantes rusos.

La pantalla se bloqueó en el momento de la identificación.

—Me pide una contraseña. El usuario sí que figura en la pantalla, es Sylvette.  
¿Tiene alguna idea de la contraseña?

—Mmm... Sylvette era el nombre de su madre; pruebe con Dulac.

—No funciona. ¿Otra cosa?

—Mmm... Mmm... ¿Su fecha de nacimiento, entonces? Doce del uno de 1948.

Pero seguía apareciendo la misma pantalla: «Contraseña incorrecta».

—Última oportunidad —dije con tono crispado—. ¡Piense! ¿No se lo mencionó nunca?

Dirigió la mirada hacia un cuadro de mariposas.

—¡Ya lo sé! ¡Monarca! ¡Pruebe con Monarca!

Con dedos temblorosos, tecleé las letras que formaban el nombre de la mariposa. La piel me ardía.

—¡Funciona!

El escritorio virtual sólo tenía dos iconos. Uno para lanzar un navegador web, el otro para abrir el correo electrónico. Así que abrí el explorador y recorrí la carpeta «Historial», que indicaba los últimos sitios visitados por Dulac.

Sólo descubrí un montón de sitios pornográficos: Japanese Teen Girls, Extreme Asian Bondage, Fuck my Chinese Ass... Una lista tan impresionante que faltaba sitio en la pantalla para enumerarlo todo.

La señora Dulac se colocó a mi lado. Las palabras que iba a pronunciar le murieron en los labios en el momento en que ella misma se percató del semblante sorprendentemente rasgado de los peones de esas famosas partidas de ajedrez.

—No... ¡No puede ser! —balbució.

Descargué el correo electrónico y eché un vistazo a la tonelada de inmundicias que se acumulaba en la bandeja de entrada. Sólo mensajes de carácter porno. Contactos virtuales con los que mantenía relaciones que quizá no lo fueran tanto.

Su mujer se descompuso y rompió a llorar. Cerré momentáneamente el correo electrónico e intenté abrir el cajón que había al lado del escritorio. Se me resistió.

—¿No tendrá la llave de este cajón?

—No. Lo siento. —Se ensañó con el tirador, como si intentase, ella también, descubrir la espantosa verdad. Me saqué el kit de manicura de la chaqueta—. ¿Me permite?

—¡Ábralo! —exclamó, apretando los puños bajo la barbilla.

No había perdido la pericia, incluso ante las cerraduras difíciles. Cedió en menos de treinta segundos, sin el menor rastro de forzamiento. La señora Dulac me dio un golpecito en el hombro y se deslizó delante de mí para abrir ella misma. No descubrimos nada más que otra llave.

—¿Su marido tiene una caja fuerte?

Levantó la llave a la altura de los ojos, entre el pulgar y el índice.

—Pues... no tengo ni idea. ¡Me oculta tantas cosas!

—¿Y detrás de esos marcos?

Se precipitó sobre el primero que vio, una colección de morios azules de alas relucientes.

—Aquí no hay nada —susurró aliviada.

De inmediato supe hacia cuál me tenía que dirigir: al de las molduras macizas, más grueso que los demás, suficientemente imponente para disimular una caja fuerte.

—La encontré.

Apoyé con cuidado el marco en el suelo y dejé que la vieja señora metiese la llave en la cerradura. La yugular se le marcaba en los bultos de su cuello de pollo.

Sacó de la caja fuerte una pila de siete CD Rom, sin carátula, sin marca distintiva. Evidentemente estaban grabados desde un ordenador.

—¡Oh! ¡Dios mío! Pero... ¿de qué se trata?

Le quité los CD de las manos y los coloqué encima de la mesa baja.

—Señora, creo que no debería mirar el contenido de todos esos CD...

El estupor blanco que se apoderó de ella me hizo tiritar. Casi se descompuso ante mis ojos. Las lágrimas volvieron a brotar, los arcos de las mandíbulas se movieron bajo los sobresaltos de los sollozos y el maquillaje se corrió a lo largo de las mejillas cuarteadas por la edad como un río de tinta.

—Quiero... quiero ver lo que contienen esos CD... Déjemelo ver; tengo derecho. ¡Es mi marido y le quiero!

Encendí el televisor de plasma y metí un CD Rom escogido al azar en el lector de la unidad central. En la pantalla de la tele, un programa del tipo vídeo virtual se puso en marcha solo y la película se cargó. Con gesto indeciso, apreté la tecla de PLAY. Durante los primeros momentos en que la pantalla permaneció nevada, los borbotones ácidos del estrés me subieron hasta la garganta. Tras los primeros cinco segundos de filmación, pulsé el botón de STOP, sacudido por temblores. Me entraron ganas de vomitar, pero la bilis se bloqueó al borde de la boca.

La vieja señora perdió el habla. Se quedó petrificada por la sorpresa, el horror, lo inconcebible, y creí que iba a romperse en mil pedazos cuando la estreché entre mis brazos, instintivamente, como si abrazase a mi pobre madre. Prorrumpió en llanto, arrancándose la voz en gritos idénticos a los cantos tristes de las ballenas. Sus ojos perdieron la referencia de la realidad y escudriñaron en la sala en busca de un punto al que asirse. Y gritó, gritó, gritó... La levanté suavemente por debajo del brazo y la llevé a una habitación anexa.

—No... no me deje —balbuceó—. Quiero... quiero saber...

—No puede mirar eso —repose con dificultad—. Ahora vuelvo. ¡No se mueva de la cama, se lo ruego!

—No, señor; mi marido... ¿Qué ha hecho?

Tras los primeros segundos de visionado, tuve que bajar el sonido. Esos gritos que salían del CD Rom me destrozaban los tímpanos, como agujas que se clavaran directamente en el fondo de las orejas.

En la pantalla aparecía Martine Prieur medio inconsciente, con los ojos desencajados, la esclerótida empujando la pupila tras el párpado. Una expresión indescriptible en su rostro, en el instante de agonía. Un cóctel atroz de dolor, necesidad de entender, ganas de vivir y de morir. El objetivo de la cámara hizo un *zoom* sobre un corte realizado a lo largo del omoplato izquierdo y se detuvo en la onda sangrienta que caía al suelo. Un campo más amplio presentó a la víctima en su conjunto: pantorrillas, muslos, deltoides perforados con ganchos de acero... Prieur, colgada a dos metros del suelo, sufriendo sus últimos minutos de tortura. La materialización del Mal en la Tierra se extendía por medio de esos CD Rom.

Esta vez, vomité sobre la piel de tigre y parte de mi pantalón. Notaba un tremendo escozor en los labios, que me enrojecía los ojos hasta transformarlos en bolas de fuego. Me levanté, perdido a mi vez, en busca de un hombro en el que apoyarme. Pero no había nadie, sólo mi desesperación. El estómago se me volvió a encoger y me doblé en dos. Me pegué contra una pared, la cabeza al ras de un marco de mariposas. El corazón se me aceleró. Los sentidos me daban vueltas como si se dispusiesen a salir del cuerpo, y luego, de repente todo se difuminó cuando oí el ruido de una puerta en la alameda.

Me precipité hacia la ventana. Cuando aparté la cortina, Georges Dulac me vio y se metió otra vez en su Porsche. Me lancé escalera abajo, salté los diez primeros

peldaños a riesgo de romperme la espalda y me aplasté contra el suelo, porque el hombro herido me impidió recuperar el equilibrio. Se me rasgó la chaqueta, me levanté y, a pesar de la punzada lacerante, me precipité hacia la alameda. Pero el coche ya desaparecía al final de la calle a toda velocidad.

En el momento en que quise girar el volante de mi vehículo, el hombro me envió tal reflujo de dolor que no tuve otra opción que desistir. La herida se había vuelto a abrir tras la caída por la escalera

.Llamé a la comisaría local, me identifiqué y pedí que iniciasen con urgencia la persecución de un Porsche gris con matrícula 7068 NF 62 y enviasen un equipo a la calle Platanos.

Me reuní con la señora de la casa, que se encontraba tumbada, acurrucada sobre sí misma. Se levantó, el moño deshecho, en el rostro un desamparo indescriptible, y me apretó la mano con la fuerza de la desesperación.

—Dígame que todo esto no es más que una pesadilla, se lo suplico...

—Me gustaría, pero no puedo. ¿Dónde tiene el botiquín? ¡Deprisa!

—En el cuarto de baño.

Me quité la chaqueta, la camisa y el vendaje que se había quedado pegado por la sangre coagulada. Desenrollé vendas de gasa estériles y las apreté con todas mis fuerzas alrededor de la herida, tan fuerte que creí que me iba a romper todos los dientes de la intensidad del dolor. En cuanto volví a ponerme la camisa y la chaqueta, corrí hacia el despacho, saqué el CD Rom del PC y metí otro. Nieve, imagen borrosa, enfoque de la cámara y una fecha, abajo. El 5 de octubre de 2002, el día siguiente a la muerte de Doudou Camelia.

Entonces... supe de qué se trataba. Un grito larguísimo me vació los pulmones, y luego otro, y otro más. Pasos febriles resonaron en el pasillo, la señora mayor asomó la cabeza por la puerta y estuvo a punto de dar media vuelta, pero luego vino a mi lado y deslizó una mano suave en mi pelo. Y la abracé... y lloré... tanto...

Una rabia loca me arrancó de allí. Cogí todos los CD Rom, los tiré dentro de la caja fuerte, que cerré con llave, y bajé corriendo la escalera. En el coche, el dolor del hombro me dejó pegado al asiento cuando di media vuelta y tuve que soltar el volante, mientras la parte trasera del vehículo golpeaba un mojón gigantesco de granito. El parachoques se quedó en el suelo y, tras algunas maniobras, conseguí emprender camino en dirección a casa de los Torpinelli. Con una mano recuperé todos los cargadores apilados en la guantera y me los metí en los bolsillos mientras me saltaba un semáforo en rojo, y estuve a punto de chocar contra un coche que venía por mi derecha. El retrovisor reflejó la luz azulada de una sirena, un coche de policía surgió en el cruce e intentó desviarme hacia el arcén a volantazos arriesgados. Aceleraba, corría como un loco por las calles desiertas de Le Touquet, mientras con la mano izquierda me apretaba el hombro derecho. El dolor se intensificaba, pero al mismo tiempo me estimulaba y nada, ahora, me impediría llegar hasta el final. Sorprendí a mis perseguidores al dar un giro de noventa grados en una avenida transversal. Estuve a punto de desvanecerme por las acometidas del dolor. Detrás, a más de trescientos metros, mis perseguidores volvieron a aparecer, con las sirenas aullando. Tras tres maniobras más de ese tipo, acabaron por desaparecer de mi campo de visión y el ruido fue apagándose.

A la altura de la entrada de la casa de los Torpinelli eché el freno de mano, provocando que el coche girase hasta quedar en ángulo recto. Esperaba la acogida del Guaperas y sus acólitos, pero estaban repintando el suelo, con las cabezas reventadas por varios balazos.

Una columna de humo negro color cuervo se arremolinaba a mi alrededor; y al final de la alameda distinguí el Porsche en llamas empotrado contra la pared de la

fachada. Los tablazones exteriores y las ramas de los arbustos también empezaban a quemarse.

Cerca de la casa, frené. El parabrisas estaba salpicado de impactos de balas y Dulac yacía con la cabeza empotrada contra el cristal. Me precipité al interior de la casa cuando el rumor de las sirenas empezaba a acercarse. Oí gritos, disparos, el estruendo característico de una Kalashnikov, y luego nada, ni un solo ruido, salvo el suave crepitar de las llamas que iba convirtiéndose en furia.

El viejo Torpinelli yacía tumbado en el suelo, en el rellano de la escalera, con la metralleta entre las piernas. Su hijo, acribillado por las balas, tenía la boca abierta hacia el cielo y una mirada de sorpresa, abandonada a la muerte. Me dirigí hacia el anciano y le tendí la mano.

—¡Venga, tenemos que salir de aquí, y rápido!

Un chorro de sangre manó por el orificio abierto de su pecho. Hizo acopio de toda su fuerza para tenderme un disquete, el alma en los labios.

—Lo... Lo he... descubierto... todo... mi hijo...

—¿Quién dirige esas películas? ¡Dígame quién las dirige! —grité sacudiéndolo por el cuello de la camisa. Su salud, su vida no me importaban nada. Quería que me desvelase, en su último suspiro, los espantosos secretos de su hijo—. ¡Dígamelo! ¡Dígamelo! —Un último estertor lo arrancó de la vida. Me puse a gritar—: ¡Nooooo!

El humo espeso que ahora penetraba por la entrada me hizo tomar conciencia de que estaba hablándole a un muerto. Cogí el disquete de la mano doblada de Torpinelli, me lo metí en el bolsillo interior de la chaqueta y me precipité hacia el exterior, con el rostro sumergido en el cuello de la chaqueta.

Tres vehículos de la policía acordonaban la entrada de la verja. Me conminaron a dejar mi arma en el suelo.

—¡Soy de la policía! —grité.

—¡Deje su arma! —escupió un megáfono.

—¡Deje su arma o disparamos!

Obedecí, mientras, detrás de mí, la casa era pasto de las llamas.

El comisario de división Leclerc y el teniente Sibersky aparecieron por la comisaría de Le Touquet tres horas después de mi espectacular carrera-persecución. Dejaron que me cociera un cuarto de hora más en la sala de interrogatorios. Me las veía con una sarta de incompetentes. Como no había ni un solo poli que entendiese ni una sola palabra de lo que explicaba, les pedí que se olvidaran de mí hasta la llegada de mis colegas.

A la hora de la liberación, unos cabos entraron en la sala y me acompañaron hasta el despacho del capitán Mahieu.

—¡En marcha! —soltó Leclerc dándome una palmada que quería ser calurosa en el hombro llameante. Emití un aullido estridente, como un perro al que le pisan una pata sin querer—. ¡Oh! ¡Lo siento! —dijo llevándose la mano a la boca.

Sibersky se me acercó. Ya no tenía la cara hinchada.

—Estoy contento de ver que está vivo, comisario. Espero que pueda aclararnos este follón.

—¿Hay supervivientes en casa de los Torpinelli?

—Algunos empleados y pistoleros. Casi toda la casa se ha quemado.

—No hemos mencionado que ya no estabas en activo —explicó Leclerc—. Nunca se lo comuniqué de forma oficial a nuestros superiores. Ya me suponía que no dejarías el caso. Sólo quería sacarte del meollo, y es evidente que he fracasado.



Le estreché la mano.

—Gracias, Alain. Antes me han quitado un disquete.

—Lo tengo —dijo sacándoselo del bolsillo.

—¿Y qué contiene?

—Nombres. Unos cincuenta nombres de personas importantes: hombres de negocios americanos, ingleses, franceses, forrados de pasta. ¿Quiénes son, Shark? ¿Por qué esa gente se pelea por un disquete que te ha dado Torpinelli? ¿Qué tiene que ver Dulac en esa historia?

—Vamos a casa de Dulac, donde he descubierto unos CD Rom. Os lo contaré todo allí.

—Espera. Tu hombro... Sibersky conducirá tu coche. Os sigo.

—¿Qué tal está tu mujer, David? —pregunté al teniente en tono preocupado.

—Está bien.

—Dime la verdad —pedí, mirándolo a los ojos.

—¡Se ha vuelto loca! ¡Yo me he vuelto loco! Está harta de vivir con un hombre que ni siquiera está seguro de volver a casa por la noche. Nos... hemos peleado. Se ha ido a casa de su madre, con el pequeño.

—Todo esto es culpa mía, David.

—No es culpa suya, comisario. Es culpa del oficio, eso es todo.

Encendió un cigarrillo.

—¡Ahora fumas! —le reproché.

—Para todo hay una primera vez.

—Quizás hayas escogido mal el momento, con un recién nacido en casa.

—Ya no hay recién nacido en casa... igual que tampoco hay mujer... —Cambié de tema—. ¡Cuénteme lo ocurrido! ¿Cómo llegó hasta ese Dulac? ¿Qué contienen esos CD?

—Hablemos de otra cosa. Te lo explicaré cuando lleguemos.

La señora Dulac se hallaba acurrucada en los brazos de su hija, ambas sumergidas en el llanto.

—Prométame que me lo contará todo, comisario. Tengo derecho a saber. Era mi marido... —me dijo, agarrándome por la chaqueta cuando me disponía a subir al despacho.

—Sabrá la verdad.

Abrí la caja fuerte y saqué los CD Rom.

—¿Habéis progresado respecto a BDSM4Y? ¿Alguna pista? —pregunté a Leclerc.

—Nuestros agentes infiltrados no han descubierto nada por ahora. Una buena parte de los efectivos se encarga de interrogar a prostitutas y vagabundos, y visita los hospitales para intentar encontrar pacientes con signos de tortura. Esa maldita organización monopoliza dos tercios de nuestros recursos; espero que nos conduzca a alguna parte.

—¿Y el abogado asqueroso con el permiso de conducir falso?

—Le seguimos el rastro, pero parece ser que ya no se ponen en contacto con él. Es como si se hubiesen esfumado sin dejar rastro. Son muy listos... pero los pillaremos. Así que ahora, explícanoslo desde el principio. Estoy tan perdido como una gallina en el desierto. Sospechaste que Manchini había sido asesinado. ¿Y luego qué?

—Recibió una llamada la noche del asesinato que lo llevó directo a una trampa.

Lo telefonéó alguien que le conocía bien, ya que se marchó de su habitación muy tarde, cuando ya se había ido a dormir. Luego descubrí que la caja fuerte camuflada en el chalé familiar había sido perforada y vaciada. Manchini había pasado más de dos semanas en casa de su primo este verano y, según un listado reciente de sus números de teléfono, lo llamaba a menudo. Así que hurgué en la pista Torpinelli, la única viable de todas formas.

Leclerc se desplazó por detrás de la mesa, las manos a la espalda, escudriñando las mariposas.

—Y en Le Touquet, ¿qué descubriste?

—Tuve una conversación con Torpinelli Junior, que no me dijo mucho. En cambio, golpe de suerte, el viejo me suministró a hurtadillas una lista de transferencias bancarias entre su hijo y Dulac. Sumas extremadamente grandes, escalonadas con regularidad en el tiempo, por un importe total de más de cinco millones de euros.

—¡Joder!

—Así es. Y aquí, en casa de Dulac, me topé con estos CD Rom. Nunca en toda mi vida he visto tal ignominia. Sólo he visionado dos. Las torturas, los sufrimientos, los asesinatos filmados de Catherine Prieur y Doudou Camelia.

—¡Por Dios! —espetó Sibersky—. Pero... ¿qué significa eso?

Me levanté y golpeé la pared con los puños, la cabeza hundida entre los hombros.

—¡Que Dulac, al igual que los cincuenta asquerosos de ese disquete, se regalaban asesinatos!

Leclerc me tomó del codo.

—¿Cómo?

—¿Qué tipo de pasatiempo original podrían practicar hombres que gozan de poder, dinero e influencia? ¿Que pueden pagarlo todo? ¿Qué fantasía suprema podría saciar el dinero?

—El asesinato.

—Peor que el asesinato. Horas y horas de furioso sufrimiento en exclusividad, en total exclusividad. El placer de segar una vida por el simple poder de la pasta. Unas imágenes que harían vomitar al peor de los criminales.

Blandí un cuadro de mariposas y lo estrellé contra el suelo. Las alas de las falenas, los bómbrices y otros macaones se arrugaron como hojas de aluminio.

—¡Esos tipos se regalaban la muerte en directo! ¡Y Torpinelli lo convirtió en un comercio lucrativo! —grité, exasperado.

—Pero ¿a qué viene la agresión cometida por Manchini? ¿Y por qué lo asesinaron luego?

Intentaba reprimir la bombona de rabia que implosionaba en mi interior.

—Manchini tenía doble personalidad. Era un tipo discreto, no muy brillante en clase. Pero también era un enfermo sexual frustrado, incapaz de mantener una relación normal con una mujer. Sus sentimientos contenidos se liberaban mediante accesos de violencia y degeneración pronunciados. Sin duda, dio con esos vídeos durante sus vacaciones de verano.

—Pero ¿cómo? Torpinelli debía de ser extremadamente prudente.

—Manchini, un as de la informática, podía vigilar fácilmente las actividades de su primo. Seguramente descubrió ese tráfico innoble metiendo la nariz en el ordenador de Torpinelli mientras instalaba un sistema de webcams. Pero, en vez de avisar a la policía o a quien fuese, prefirió robar los CD para verlos con total tranquilidad desde su ordenador personal. Lo que nosotros somos incapaces de mirar, a él seguramente le divertiría mucho. Entonces esa increíble máquina asesina

lo enloqueció. Pasó a la acción, como bien demostraba el asesino en sus imágenes. Las pulsiones traspasaron la barrera de la conciencia y Manchini procedió, pero sin llegar hasta el asesinato. Quizás ése no era su objetivo, ¿tal vez le bastaba la tortura?

—¡Menudo chalado! —intervino Sibersky—. Ese tío no había cumplido los veinticinco...

—Gracias a sus contactos, Torpinelli fue inmediatamente informado de esa agresión y debió de relacionarla con su primo. Tuvo miedo. Su mecanismo engrasado, su comercio diabólico corría el riesgo de irse al garete. Llamó a Manchini en plena noche, le hizo confesar y se lo cargó antes de borrar los datos de su ordenador y recuperar los CD Rom escondidos en la caja fuerte.

—¿Y qué contenían esos CD Rom?

—Quizá copias de esos vídeos. Imaginaos el riesgo de dejarlos al alcance de todos. Manchini era extremadamente prudente, a pesar de lo que pensemos de él.

—Entonces ¿Torpinelli era el asesino que buscábamos?

—Por desgracia, no. El asesino se presenta como un as de la informática, la electrónica y el pirateo. Torpinelli no da el perfil. Y además, la manera como fueron escogidas las víctimas exige observación, preparación, un conocimiento del entorno... Torpinelli nunca podría haber efectuado esas idas y venidas diarias desde Le Touquet hasta el matadero, vigilar a Prieur como debió de hacerlo. Nuestro asesino vive en las cercanías de París, cerca de nosotros.

—¿Quién es entonces?

—No tengo ni idea. ¡No tengo ni puta idea! Hemos de analizar las actividades y las cuentas de Torpinelli. ¡Hay que citar a esos desgraciados que se amontonan en la lista en el disquete y meterlos en chirona hasta el fin de sus días!

Pegué la frente a la pared.

—¿Qué contienen los otros CD Rom? —preguntó Sibersky rompiendo el silencio.

—No los he mirado. ¿Quizás el suplicio de la mujer del matadero en varios capítulos? Como una serie espantosa en que cada episodio va hundiéndose en el horror y se vende cada vez más caro.

Leclerc se apoderó de un CD Rom al azar y lo metió en el lector del ordenador. Cuando la película empezó, no me volví, sino que permanecí de cara a la pared, frente a esas mariposas clavadas en sus soportes de madera. Esas imágenes eran tremendamente insoportables, demasiado.

Los altavoces del televisor devolvieron ruidos de cadenas que chocaban entre ellas, y luego sonidos parecidos a estertores, apenas audibles.

Sibersky emitió un rugido ahogado y Leclerc se abalanzó sobre el ratón para detener la lectura. Cuando me giré hacia ellos, ambos me miraban fijamente, con expresión descompuesta.

—¿Qué os pasa? —pregunté alejándome de la pared—. ¿Por qué me miráis con esa cara? —Silencio, ninguna variación en los rostros ensombrecidos—. ¡Contestad, maldita sea!

Leclerc sacó rápidamente el CD Rom y se lo metió en la chaqueta.

—¡Vamos allá! —ordenó—. ¡Volvamos a París! ¡Miraremos eso más tarde!

—¡Decidme qué hay en ese CD Rom!

—Shark, deberías...

—¡Dígame! ¡Vuelva a meter el CD en el lector! ¡Hágalo!

Sibersky asió con firmeza la manga de mi chaqueta.

—No hay ninguna necesidad de que lo vea, comisario. Ahora no...

—¡El CD! —exclamé soltándome con brusquedad—. ¡Tengo que saberlo!



Leclerc me lo tendió, cabizbajo y lo introduje rápidamente en el aparato.  
Entonces descubrí lo que jamás podría imaginarme y, si Leclerc no hubiese  
tenido la precaución de quitarme la pistola, me habría pegado un tiro en la cabeza.



## Capítulo 15

Me pregunto si a veces la muerte no sería preferible a la vida. El Gran Viaje facilita tanto las cosas. Qué fácil hubiese sido cerrar los ojos, en un último esfuerzo dar un golpecito de índice al gatillo y adentrarse en el gran túnel blanco.

Tumbado en la cama veía cómo el sol, cubierto por el encaje de los cirros, declinaba en una variedad de rojos que anunciaba las frías jornadas de otoño. *Poupette* yacía en el suelo, en un charco de aceite. Parecía que sufría, lloraba, agonizaba lentamente, como yo. Esa noche supe que el sueño ya no me acogería, que mis noches llevarían el rostro lívido de mis espantosos días.

Tenía miedo.

Las imágenes que desfilaban por la pantalla de mis ojos, abiertos o cerrados, iban y venían hasta sacarme de la realidad. Sin parar, aparecía en su montura, blandiendo la espada por encima de la cabeza. El Ángel Rojo. El padre Michaélis. Veía esa sotana negra ondeando en el aire, esa capucha bajada alrededor de una forma hueca, como veía mi propio reflejo en el espejo. Su respiración fétida me mortificaba los hombros, su risa que parecía vomitada de las entrañas me perseguía hasta el punto de tener que taparme las orejas.

Lo más inquietante era esa sustancia viscosa que me pringaba los pensamientos y me impedía evadirme hacia cielos más gratos. Me sentía perseguido, y esa voluntad de la que hacía acopio para echar al ser que se apoderaba de mi alma consumía toda mi energía. Percibía filamentos de aflicción tejiéndose en mi interior, aprisionándome el alma en la red compleja de la locura. Sí, de tanto oír esa voz, de sentirme incapaz de echar esas imágenes que me desgarraban del mundo material, creí enloquecer.

No encontraba el valor de visualizar los cuatro CD Rom en los que mi mujer sufría tormentos que incluso el animal más insensible no soportaría. Sin embargo, rezaba para volver a ver la opalina de su rostro. Pero verla ahí, sumisa, burlada, despojada de su identidad, acabaría conmigo. El puñal curvado de su mirada implorante me destrozaría hasta tal punto que pondría fin a mi vida, sin la menor duda. Albergaba la esperanza de que algún día Suzanne renacería lejos de aquí, de este mundo podrido, rodeada de almas que la amasen, a las que les gustase respirar como ella la corteza fresa de los arces de los grandes bosques canadienses.

Sin haber pegado ojo, me arrastré hasta la central como un cadáver salido de su tumba.

Leclerc me había dado permiso para que continuase con la investigación, ya que temía por mí si me mantenía apartado. Me había hablado como a un amigo, él que normalmente mantenía una distancia fría con quienes se atrevían a abordarle. No podía permitirme quedarme rumiando en casa, en esa celda impregnada del perfume de Suzanne. En los pasillos, me saludó gente pero no les contesté; andaba hacia delante, eso era todo. Me instalé en mi despacho y me abandoné otra vez a esas imágenes.

Los CD estaban sin duda alguna en manos de los mayores especialistas de procesamiento de imágenes, psicólogos, fuerzas de la policía y de Elisabeth

Williams. Unos amplificaban las gamas de frecuencias bajas para desvelar sonidos hasta el momento inaudibles; otros anotaban las horas de las diferentes tomas de la imagen, buscando una correlación profunda entre las cosas, o deduciendo el estado mental del asesino en el momento del acto. Pero ninguno me devolvería a mi mujer.

Cuatro CD, cuatro episodios... Suzanne encadenada, la barriga hinchada con el paso del tiempo, el rostro descompuesto, las facciones implorando que la liberasen. Películas que repasaban su calvario indescriptible. ¿Dónde se escondían los otros episodios, los de agosto y septiembre? ¿Entre las manos de qué asquerosos?

El director de la policía judicial de París, nuestro gran jefe, había ordenado una operación especial. Todos los SRPJ estaban en el ajo y tenían orden de arrestar a las personalidades incriminadas por el famoso disquete. Esas personas serían interrogadas, castigadas y seguramente encarceladas. Pero ninguno de esos monstruos sabía realmente quién se ocultaba tras el Ángel Rojo o esa reencarnación de no se sabe qué.

Si hubiese tenido la posibilidad de hacerlo, y sobre todo el derecho, los habría matado a todos, uno por uno, de un balazo en la cabeza. Habría metido una bala en el tambor, lo habría hecho girar al azar y habría apretado el gatillo y, si la bala no hubiese salido, habría vuelto a empezar, una y otra vez. Y sobre todo, les habría preguntado por qué. ¿Por qué? ¿Por qué?

No me di cuenta de la presencia de Elisabeth Williams hasta que casi me gritó al oído. Arrastró una silla y se colocó a mi lado. Me resigné a escucharla, pero el Ángel Rojo seguía acosándome desde un rincón de la cabeza.

—Franck... No sé qué decir. Creía que sólo era una leyenda. Nunca se había demostrado que eso ocurría de verdad, y ahora tenemos prueba de ello. Dios mío...

—¿De qué está hablando?

—De la película *snuff*. Esos asesinatos filmados para satisfacer las fantasías de hombres poderosos...

Imágenes crudas ante mis ojos. Mi mujer, encerrada en un ataúd con carnes putrefactas de animales. Como no reaccionaba, Williams continuó.

—Ya... ya no sé en qué dirección buscar. Nuestro asesino interviene en dos dimensiones totalmente distintas. Primero reproduce los actos del padre Michaélis, lo que, de entrada, nos lleva a pensar que se trata de un fanático que se cree un santo encargado de infligir un castigo divino. Luego está el otro aspecto, el tema de las *snuff movies*, esa necesidad de vender asesinatos, ese medio para... ganar dinero. ¿Y si sólo fuese eso lo que le interesa desde el principio, el dinero? Estaríamos muy lejos del Ángel Rojo reencarnado, de esos demonios, ¿verdad? Me... me equivoqué, Franck, ¡en todo! Sólo he conseguido orientarles en direcciones equivocadas.

—Lo ha hecho lo mejor que ha podido, Elisabeth. Crea lo que crea, nos ha sido de gran ayuda.

—Aquí acaba mi tarea, comisario. Me han dado a entender que de ahora en adelante prescindan de mis servicios. Voy a seguir aún la pista un par de días más, y luego Thornton me relevará.

—Pero...

—¡Chis! Regreso a Florida. Iré a orillas de mi lago y pasaré momentos agradables. Cuando esté preparada, regresaré... y volveré a acosar a nuevos criminales, al igual que usted.

—Yo ya no voy a acosar a más criminales, Elisabeth. Ya no puedo más... No... No sé cómo va a acabar este asunto. Mal, muy mal, seguramente.

—¡No diga eso, comisario! ¡Su mujer está viva, en algún lugar! ¡Áferrse a esa

imagen y luce, luce!

—¡Quizá ya no lo esté! ¡La habrá matado! ¡Lo intuyo!

Vi las pupilas de Elisabeth extenderse en la esclerótica como una capa de petróleo, y luego contraerse otra vez como una cabeza de alfiler.

—No. Sé que está viva. Lo... lo presiento. Escuche, Franck tiene que visualizar los CD Rom. He vuelto a tener un sueño que no es anodino. Debe verlos.

Apreté los puños.

—¡No puedo, Elisabeth!

—¡Es él único modo de salvarla! Puede que haya algo que le llame la atención, un detalle que se nos habría escapado. ¡Haga ese esfuerzo, Shark, por amor a su esposa! ¡Para coger al cerdo que pisotea hasta tal punto la vida y a Dios! ¡Hágalo, Shark! ¡Hágalo!

Saqué la cartera y dirigí una mirada triste a la foto en sepia de mi mujer. El poder del amor me anegó el corazón en una lluvia de tristeza.

—Voy a hacerlo, Elisabeth... Voy a visualizar esos CD Rom... —susurré.

La sala de procesamiento digital del laboratorio de la policía científica parecía un estudio de grabación, similar al de Écully, pero mucho más pequeño. Allí dentro volvían a tratar los diferentes vídeos y bandas sonoras suministrados en los procedimientos judiciales, en busca de la verdad. Las posibilidades de análisis de los ordenadores desafiaban indiscutiblemente la imaginación.

Me instalé en una salita donde se amontonaban varios vídeos, un televisor, un ordenador y otros aparatos cuyo uso desconocía. Un ingeniero, Pascal Artemis, se reunió conmigo y dejó cuatro CD Rom encima del televisor.

—Señor Sharko, podrá ver las películas en su versión íntegra si lo desea, pero he duplicado determinadas secuencias en este quinto CD, secuencias que he vuelto a procesar digitalmente para intentar obtener algo. En ellas se observan cambios de lugares, de actitudes...

—¿Cómo? No acabo de entenderlo.

—Ahora se lo muestro.

Introdujo el montaje en un lector de CD Rom, y luego señaló el ordenador.

—Las imágenes aparecerán en la pantalla del ordenador y no en la televisión. Colóquese frente a la pantalla.

Obedecí. El CD emitió una primera secuencia. Suzanne, sentada en una silla, las manos atadas en la espalda y los tobillos atados a las patas de madera. La porcelana frágil de su cuerpo resaltaba ante el segundo plano, muy oscuro. Una luz cegadora le iluminaba el rostro y casi la obligaba a cerrar los ojos. Esas imágenes hicieron correr por mis venas la savia de la impotencia y la desolación, y me entraron ganas de levantarme y huir. Pero una voz interior me ordenó que permaneciese sentado.

El técnico pulsó la pausa y abrió un fichero, una reconstrucción que había grabado antes en el ordenador.

—En el primer CD, filmaron a su mujer desde varios ángulos diferentes. Disponemos de un software de extrapolación muy potente. A partir de diferentes imágenes, un algoritmo de predicción y modificando el contraste, la luminosidad y otros parámetros, podemos reconstruir casi todo el lugar donde está encerrada. Mire.

Apareció la animación y la sala se vio como en pleno día. Una especie de cámara virtual otorgaba tal realismo que daba la impresión de estar dentro de la

habitación.

—Parece una especie de túnel acondicionado —observé.

—Así es. Dadas las vigas que sostienen las paredes, la tierra en el suelo y la humedad que a veces hay sobre el objetivo, podría hallarse bajo tierra. Una cueva.

La animación seguía girando sobre sí misma, incansablemente, desvelando una cama, un orinal, una mesa, una silla y un pequeño crucifijo colgado encima de la cama. Una sólida puerta de metal sellaba la entrada de la habitación. El infierno bajo tierra, el Tártaro...

—Otra escena —dijo Artemis—. Ésta es muy dura de soportar. ¿Está bien?

Asentí con la cabeza y él clicó sobre un botón. Suzanne apareció otra vez con las manos atadas, de pie en un rincón. Una pelota de plástico atravesada por una correa de cuero le impedía mover los labios. Su cuerpo marcado por los ataques del frío, debilitado por los golpes repetidos, contaba la historia de su calvario. Sin embargo tenía el pelo limpio, y las sábanas de la cama también lo estaban. Una linterna potente la iluminaba y, contrariamente a la escena anterior, la imagen temblaba: debía de llevar la cámara en mano. Con voz trucada, metálica y fría, el asesino le ordenó avanzar. «¡Avanza! ¡Avanza, puta!» Ella obedeció, jadeando con tal terror que se ahogaba tras la mordaza. Cruzaron la puerta y una galería sombría con la boca devorada por la oscuridad se desplegó ante ellos. Avanzaron por el dédalo, ella delante, él detrás filmando el martirio de mi esposa. El ingeniero, al igual que había hecho anteriormente, abrió una imagen almacenada en su ordenador que reveló detalles invisibles a simple vista.

—¿Está bien, comisario?

—Sí. Continúe.

—De acuerdo. ¿Puede ver esas muescas a lo largo de la pared? Teniendo en cuenta otras imágenes, podemos decir que están espaciadas unos cinco metros. Es probable que antiguamente sirvieran para fijar antorchas a fin de iluminar las bóvedas. El experto en geología nos asegura que las paredes no son de tiza, sino de una roca de una capa inmediatamente superior a la tiza, que probablemente pertenece a las capas de conchas petrificadas o numulíticas. En determinadas secuencias en que la iluminación es más fuerte, se muestra casi categórico. Recuerda un hecho interesante, recogido en los archivos de topografía: en el pueblo de Droizelle, no muy lejos de París, un sótano se hundió y se hizo un agujero de seis metros de profundidad. El mismo día, una pescadería y una casa cercana también se agrietaron. Se pensó que ello era debido a las capas subterráneas. Un ingeniero de obras públicas realizó excavaciones. Las sondas no aportaron nada, así que se decidió cavar un pozo profundo, que se apuntaló con tabiques, y tras algunas semanas descubrieron, a catorce metros de profundidad, un amplio espacio subterráneo compuesto de sótanos abovedados. Galerías excavadas en el siglo doce, según algunos escritos, por comunidades judías para almacenar en ellas sus objetos preciosos, porque los poderes públicos las sometían a restricciones muy severas y les estaba prohibido comerciar. Esos subterráneos presentan las mismas características que las del lugar donde se encuentra encerrada su mujer.

—¿Cuántas redes de galerías se han censado?

—Más de veinte, diseminadas por la cuenca parisina. Todos los años descubren otras nuevas. Su comisario de división ya ha lanzado una operación de registros en coordinación con los diferentes servicios de policía. Pero es muy probable que ésta aún no se haya descubierto, porque las galerías censadas están vigiladas y protegidas.

—¡Madre de Dios! Mi mujer bajo tierra...

Rememoré las visiones de Doudou Camelia, esa humedad, ese lugar lleno de



podredumbre donde retenían a Suzanne. Desde el principio, los presentimientos de la guayanesa habían sido acertados.

—¿Comisario?

—Sí.

—Voy a continuar, si me lo permite. El análisis fónico no ha desvelado nada. No hay ningún sonido o ruido que nos permita localizar el sitio. Eso confirma la profundidad y el aislamiento de las galerías. —Bebió un vaso de agua y me ofreció otro, que rechacé. Luego dobló el vasito y lo tiró en una papelera—. Cada película dura media hora. Según las fechas en la parte inferior de la pantalla, las tomas se espacian aproximadamente un mes, a partir de abril de 2002. Normalmente, tendría que haber descubierto seis películas, puesto que a su mujer la secuestraron hará más de seis meses. O bien ese Dulac los escondía en otro lugar, o bien, por alguna razón, no recibió los últimos episodios.

—Los encontraremos en casa de los otros desgraciados, esos hombres respetables... cuyos nombres aparecen en el disquete.

—Mmm... De hecho, otras imágenes indican, dadas las marcas en los brazos de su mujer, que el tipo la droga con regularidad. En la mayoría de las escenas aparece amordazada y atada, lo que le impide emitir la menor señal. Sin embargo, nos hemos percatado de dos hechos especialmente inquietantes. Punto uno, ¿ve ese pequeño crucifijo, colocado encima de la cama? —Asentí. Artemis cambió de foto—: ¿Y ahora qué observa?

—Parece que le hayan dado la vuelta. Ya no se ve el grabado de Cristo, contrariamente a la imagen anterior. El grabado está ahora del lado de la pared.

—Así es. Y sigue así en una buena parte de la primera película. En los otros vídeos, la cruz ha desaparecido, lo que demuestra que el asesino se dio cuenta.

—¿Qué significa eso?

—No lo sabemos con certeza. Por eso contábamos con usted. ¿Intentaba, mediante esas inversiones, representar un símbolo, una determinada dualidad? ¿Noche y día? ¿Luna y sol? ¿Blanco y negro?

—No lo entiendo, lo siento. ¿Me había dicho que había un segundo punto?

Se levantó y cogió el primer episodio.

—En este CD, la mirada de su mujer, de vez en cuando, se torna huidiza.

—¿Cómo?

—Sus pupilas de repente se desvían hacia la izquierda y luego se vuelven a poner en su sitio, un poco como una enfermedad de los músculos oculares que se llama nistagmo.

Me levanté de la silla y le arranqué el CD Rom de las manos antes de meterlo en el lector.

—¡Enséñemelo! —grité.

Clicó sobre el avance rápido con el ratón, dio marcha atrás y se paró en una escena en que la cámara, apoyada en un trípode, filmaba a mi mujer mientras orinaba en un orinal metálico. El estremecimiento del ojo fue muy breve, casi imperceptible. El ingeniero aceleró y clicó en PLAY: nuevo movimiento de los ojos.

—No nos dimos cuenta enseguida, ya que pensamos que su mujer tenía efectivamente esa discapacidad. Pero en el segundo CD, se produce un corte. En la toma siguiente, se vuelve a ver a su mujer con... un hematoma bajo el pómulo izquierdo... y ya no se produce el movimiento. El asesino debió de darse cuenta, al igual que cuando le había dado la vuelta a la cruz. ¿Ese movimiento de los ojos le hace pensar en algo?

Le pedí el ratón y volví a pasar la escena. Los ojos se desviaban hacia la izquierda una y otra vez.

—No... no acabo de entenderlo. Su hermano esquizofrénico padece divergencia ocular, nistagmo. Sus ojos se desvían muy a menudo hacia la izquierda de la misma manera, antes de volverse a colocar en su sitio por sí mismos. Pero... ¿por qué nos daría esa indicación?

—Es evidente que su mujer quería hacerle pensar en un hecho importante, quizá relacionado con su hermano. ¿Podría tener algo que ver en este asunto?

—Me extrañaría mucho, lleva seis meses internado. Dios mío, Suzanne, ¿qué intentas decirme? —Miré durante largo rato el techo. Luego añadí—: ¿Habéis descubierto más pistas?

—Tengo un equipo trabajando en los CD Rom. Es un trabajo de chinos. Hay una copia de todas las grabaciones en el centro de la policía científica de Écully para que nos brinden su ayuda. Trabajan en ello noche y día. Las informaciones se transmitirán a su servicio en tiempo real a medida que avancen las investigaciones. Si ha cometido el menor error, lo descubriremos. Ahora puede visualizar los CD Rom si lo desea. No olvide nunca en ningún momento que su mujer confía en usted y que seguramente ha intentado, como ha hecho con los ojos y el crucifijo, indicarnos algo.

—Muy bien. Me gustaría quedarme un momento a solas, si no le importa...

—Lo entiendo, comisario. Quédese todo el tiempo que necesite. Estaré en la sala de al lado, por si necesita apoyo.

Metí el primer CD Rom en el lector y me senté en la silla. Y le rogué a Dios que me perdonase por lo que iba a visionar. Y le supliqué que me diese valor, mucho valor... Y supe, desde ese momento, que nunca, jamás, podría volver a cerrar los ojos sin tener a mi mujer a mi lado. Porque si eso tenía que ocurrir todavía, entonces prefería morir.

El repentino impulso de los ojos se relacionaba con el hermano de Suzanne, pero por mucho que me devanase los sesos, no lo entendía. Por consiguiente, me convencí de que el único medio de descubrir la verdad era ir al encuentro de Karl, su hermano. Me lancé por la A3 y luego por la A1, el acelerador pisado a fondo. Pero ¿realmente me esperaba la verdad en la otra punta de esas vías de asfalto? El hospital psiquiátrico retenía a Karl desde hacía más de seis meses. Me personaría ahí, y luego ¿qué? ¿Le enseñaría la película? ¿Lo perturbaría aún más de lo que ya lo estaba?

Tras unos treinta kilómetros, me desvié hacia la primera área de descanso que vi y fui a refrescarme la cara en un lavabo.

Ante mis ojos, más allá del baile de chapas y metal de los camiones, se erigía la mirada implorante de mi mujer, esa expresión destinada a llevarme a algún sitio, a ningún sitio.

¿Qué relación podía haber entre el Ángel Rojo y Karl? ¿Por qué insistir en esa enfermedad nerviosa de los ojos? ¿Por qué intentaba acercarme a la esquizofrenia? ¿Y esa cruz girada, colocada de espaldas y luego de cara? Esa dualidad... Espaldas, cara... Cara, cruz... Rojo, negro... Cero, uno... Cero... Uno... Cero... Uno... Ceros y unos...

«A menudo, para pasar de un problema a una solución, basta invertir algunos ceros y algunos unos.»

La idea resplandeció en mi mente como un desgarro del cielo. La solución se despegó del fondo del alma en letras de fuego. Y pensar que se escondía en mi interior desde el principio...

Volví a tomar la autopista a toda velocidad, la dejé en la salida siguiente para



volver a cogerla en sentido contrario, haciendo añicos el límite de velocidad autorizado.



## Capítulo 16

Por el camino, un guión fue dibujándose en mi cabeza, claro, preciso, un increíble encadenamiento de circunstancias que hacían que cada vez él estuviera ahí en el momento apropiado. Intenté reorganizar mis pensamientos retrocediendo hasta el principio de todo.

Las palabras de Elisabeth Williams, resonaban en mi mente: «Este tipo de asesino va a hacer todo lo posible por encontrarse en el corazón de la investigación».

Serpetti y su hermano esquizofrénico...

Serpetti, con sus ceros y sus unos...

Serpetti, tan cercano a mí que no veía su rostro...

La primera vez... La primera vez, yo mismo lo había llamado para que investigara el origen del correo electrónico. ¡Le había abierto las puertas del aprisco y él se había desplegado en el corazón de nuestra investigación como un virus informático toma el control de un ordenador!

Me había brindado su ayuda para colaborar de forma voluntaria con la investigación. Había orientado las fuerzas de la policía hacia las poderosas mandíbulas de BDSM4Y, había transformado nuestras pesquisas en un fantástico despilfarro de energía. Y luego, ¡el telefonazo en el momento preciso en que me encontraba en su casa! Era fácil accionar una llamada de efecto retardado. ¡Había previsto que mandaría a hombres para vigilar a las víctimas potenciales! ¡Doudou Camelia y Elisabeth Williams! Y su Yennia, a la que jamás había visto nunca, que no existía. ¡Toda esa organización entorno a mi investigación para justificarse, para hallarse en el mismo corazón de la hoguera, para estar al corriente de los últimos descubrimientos! ¿Cómo? ¿Cómo había podido estar ciego hasta ese punto sobre aquel hombre que se pasaba la vida apostando, que únicamente vivía para el juego y el dinero, que controlaba los destinos de sus víctimas de la misma manera que manipulaba sus trenes?

¡Había estado jugando desde el principio! Aún podía verlo a mi lado cuando le había hablado de Suzanne, cuando le había confiado mis sentimientos sobre el asesino, sobre ese Hombre sin Rostro; en cada ocasión, le había explicado lo mal que estaba y él me había consolado, reconfortado... ¡Dios mío! Yo mismo había apretado el nudo corredizo alrededor del cuello de mi esposa y todas esas chicas.

No recibí respuesta del coche de guardia apostado delante de la casa de Serpetti. Desde el móvil, ordené al conjunto de equipos que se dirigiese a su granja y me lancé el primero en dirección a Boissy-le-Sec.

De camino, hice una llamada al móvil de Elisabeth, pero saltó el contestador. Entonces llamé al policía encargado de la vigilancia de la psicóloga. Una vez más, sólo obtuve el silencio de la radio. ¡Algo iba mal! Una oleada fulminante de angustia me oprimió la garganta.

Al querer adelantar un coche por la derecha en el arcén de la carretera de circunvalación, golpeé unos conos de obras; me incorporé a toda prisa y rasqué el lado izquierdo de un vehículo que se cruzó en mi trayectoria tumultuosa.

Por fin salí de la red urbana y me adentré en el campo como una bola de fuego

en el firmamento. Varias veces estuve a punto de meterme en un hoyo, atropellar a peatones o incluso de tumbar bicis.

Al fin me vi delante de la granja, el arma entre los muslos. Los dos plantones, en su coche, tenían el cuello degollado.

Me precipité a la entrada, empujé la puerta y penetré en la casa. Nadie...

Con sigilo, subí al piso de arriba, recorrí las habitaciones de un vistazo antes de volver a bajar y echar una ojeada a la planta baja. En la sala de detrás del comedor, los transformadores hervían, los trenes giraban a toda potencia en un aullido metálico, un estruendo de rabia. La mayoría había descarrilado y se había estrellado contra las paredes. *Thunder*, el gran tren negro, dominaba la red con su potencia de fundición, adelantando, saltándose los semáforos y las señales, en busca de las próximas víctimas que machacar con sus mandíbulas de hierro.

Con el arma en la mano, me lancé al patio interior y eché abajo de una patada violenta la puerta podrida del granero para la paja. Me abrí paso entre el montón de piezas viejas de metal, persianas rotas y madera muerta donde jugaban tonalidades uniformes de luz y corrí hasta la pared del fondo. Nada fuera de lo normal, ningún calor humano.

Entonces me dirigí hacia la vieja torre del agua de ladrillo. Un candado nuevo prohibía la entrada, pero ¡lo nuevo no encajaba en una ruina tambaleante! Lo hice saltar de un balazo protegiéndome el rostro y penetré en la oscuridad, sin olvidar encender una pequeña linterna que recogí en el granero. Mi zapato topó con otro candado. Las galerías subterráneas se desplegaban bajo mis pies, bajo la granja.

Bajé corriendo las escaleras de piedra, procurando no romperme la crisma en una mala caída. Las tinieblas se abalanzaron sobre mí como la hoja de una guillotina. La linterna resultaba ridícula. Tuve que ir a buscar la Maglite al maletero del coche.

Bajo el chorro del potente haz, avancé bajo las bóvedas de las que a veces perlaban gotas de humedad que morían sobre la piedra con un «flop» chocante. Delante de mí, un agujero se sumió en el negro sobrecogedor y la galería se bifurcó en forma de Y. Tenía la impresión de avanzar por el interior de la barriga de un monstruo gigantesco de piedra. La luz natural desaparecía al ritmo de mi progresión, como si aquella negrura hambrienta la hubiese digerido. Decidí seguir con método la pared de la derecha, para desandar fácilmente mi camino en caso en que este lazo de intestinos subterráneos me desorientase. Una pequeña entrada en la roca me llevó hasta una especie de sala y, en el destello amarillo de los rayos, se recortaron huesos humanos. Costillas curvadas como las garras de gatos, fémures, tibias y cráneos, decenas de cráneos. Me acerqué al montículo calcificado y, al observar las fisuras en los huesos, me di cuenta de que esos esqueletos no eran recientes. Iluminé el arco bajo del techo, las paredes que rezumaban, preguntándome qué horribles secretos encerraba la historia de ese infierno bajo tierra. Salí de allí sin dejar de empuñar el arma con fuerza. Tuve la impresión de que la oscuridad me agujoneaba las mejillas y se intensificaba a mi alrededor. Las cinco pilas encajadas en el mango de la Maglite empezaban a presentar señales de debilidad. Aún disponía, como mucho, de media hora de luz antes de que se apagasen del todo las luces.

A mayor profundidad, me topé con otra cavidad, un nuevo osario, y luego caí en la trampa de un callejón sin salida.

Di media vuelta, sin dejar de tantear la pared de la izquierda. Una galería más ancha se adentró en una abertura practicada en la pared, donde me metí acelerando el paso. Los parpadeos en la intensidad luminosa del haz de mi linterna eran prueba irrefutable de que las tinieblas no tardarían en recobrar el protagonismo.

El laberinto subterráneo debía de extenderse varios centenares de metros, incluso kilómetros; se abrían sin cesar en lo desconocido nuevas bocas y túneles sin fin. Seguía todas las vías que se presentaban ante mí, con cuidado de anotar mentalmente cada vez el itinerario escogido. Me había convertido, yo también, en un juguete de Serpetti, una marioneta, un tren eléctrico atrapado en una red de tamaño natural...

En el hueco de ninguna parte, me atreví a hacer un llamamiento.

—¡Suzanne! ¡Suzanne!

Mi voz tropezó con múltiples paredes antes de desaparecer, como si se la hubiese engullido la nada. Ninguna respuesta; tan sólo ecos glaciales. La Maglite empezó a apagarse y a encenderse ante mis golpes secos en la parte trasera. Había sobreestimado la duración de las pilas. Tenía que volver a subir y esperar los refuerzos que supuestamente llegarían en cualquier momento. Tanteando esta vez la pared situada a mi izquierda, volví sobre mis pasos hasta, por fin, alcanzar la escalera, en el momento en que la linterna se apagaba definitivamente. Me llegó el sonido de unas voces exteriores.

—¡Aquí! —vociferé.

Oí alzarse el tono y luego una caballería de pasos.

—¡Soy yo, Sharko! —Acudí hasta la entrada de la torre del agua—. ¿Cuántos sois?

Sibersky contestó.

—Somos ocho, hemos venido en cuatro coches. Un coche se ha marchado a casa de la criminóloga. ¡Están por llegar más equipos!

—¡Id a buscar linternas! ¡Proyectores, rápido! ¡Y venid! ¡Tenemos que registrar estos subterráneos!

—¿Cree que tiene a Williams?

—¡Sí! ¡Deprisa!

—¿Y su mujer?

—¡Está encerrada ahí dentro, estoy seguro! Centenares y centenares de metros de galerías se despliegan bajo nuestros pies. Pedid más refuerzos, muchos más. ¡Quiero el mayor número de gente posible en los registros! ¡Poneos en contacto con todas las comisarias de los alrededores! ¡Que vengan! Y sobre todo, ¡lo quiero vivo! ¡Vivo! ¡Quiero vivo a ese hijo de puta!

—¡A sus órdenes!

Cogí uno de los proyectores de batería y me lancé a los túneles, bordeando esta vez la parte izquierda de la red subterránea.

—¡Seguidme! Cada vez que los túneles se bifurquen, nos separaremos de la misma manera para cubrir la mayor superficie posible. ¡Si descubris algo, dad un grito!

Enseguida, el laberinto nos alejó a los unos de los otros. Tan sólo Sibersky seguía acompañándome. El potente proyector nos ofrecía un espectáculo digno de una serie de terror. Zonas de sombras a causa del relieve irregular se dibujaban encima de nuestras cabezas como las manos descarnadas de fantasmas. El agua chorreaba con más fuerza en algunas cavidades, y tuvimos que cruzar grandes charcos estancados en el suelo sin duda alguna desde hacía años. Un nuevo túnel obligó a Sibersky a seguir por la izquierda.

En cuanto a mí, me fiaba de mi intuición y me dirigía donde me llevaran mis pasos. Las voces de los colegas ascendían a lo largo de las bóvedas y rebotaban en todas las direcciones hasta perderse. El túnel se estrechó de repente hasta tal punto que tuve que desrizarme de perfil metiendo barriga. Y avanzaba, avanzaba, avanzaba...

De repente, fui presa de la angustia. Empecé a temblar de manera incontrolable y las piernas no pudieron sostener más tiempo la masa de mi cuerpo. El sudor me quemó los ojos. Me vi obligado a sentarme. La cabeza se me tambaleó hacia atrás una primera vez, y luego otra: estaba a punto de desmayarme. La voz de Sibersky me llegó a trompicones, como si se hubiese roto en fragmentos de cristal al entrar en contacto con la roca.

—... misario... ontrado... enga... árido...

Sacudí la cabeza, preguntándome si no estaría soñando. Tenía escarcha pegada a los labios. Estaba congelado. Tuve que hacer acopio de toda la voluntad del mundo para levantarme con gran esfuerzo del suelo y recuperar la sensibilidad en las piernas.

—... misario... está... uert... árido...

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —No conseguía encontrar el camino. Había perdido las referencias, la noción del espacio y el tiempo. Grité—: ¡Habla! ¡Habla para que me guíe el sonido de tu voz!

—... iams... Dios... misario...

Me precipité hacia el lugar de donde parecían provenir los sonidos.

—... misario... omisario...

De repente, cuando me metía en un túnel perpendicular, las emisiones sonoras me llegaron nítidas.

—¡Comisario! ¡Comisario! ¡Dios mío! ¡Dese prisa!

Ahora corría con la espalda encorvada, pues el techo de la bóveda era cada vez más bajo. Un fuerte resplandor salpicó la oscuridad a unos diez metros delante de mí. Pero antes de llegar, tuve que atravesar un paso tan estrecho que me vi obligado a ponerme de cuclillas para poder pasar.

Un olor intenso de carne quemada se me agarró de repente a las aletas de la nariz. Sibersky iluminaba un cuerpo desnudo tumbado de lado, las rodillas dobladas sobre el pecho y el rostro girado hacia la parte trasera de la cavidad, por lo que no lo vi al llegar. La cabellera descansaba sobre la roca, los cabellos cuidadosamente desplegados de manera que cubriesen la mayor superficie posible. Sibersky orientó la linterna en mi dirección, y luego se tapó el rostro porque yo le enviaba el haz del proyector a la cara. Dejé la máquina en el suelo y avancé lentamente hacia el cuerpo acurrucado. Cuando llegué a su altura, un olor pestilente me dobló en dos y fui a vomitar en un rincón.

«—Cuénteme por qué ejerce este oficio...

»—Es una tontería. Tenía trece años y, una mañana de otoño, fui a dar de comer a los patos, a orillas del lago Scale, en Florida. Estaba prohibido aventurarse allí en aquel período del año, porque era plena temporada de caza, pero me importaba un comino. Esos pobres animales venían a buscar el pan hasta mi mano; estaban hambrientos. Y un disparo les hizo alzar el vuelo. Los patos salieron volando. Vi cómo los abatían uno tras otro, en pleno cielo. Asistía a una serie de asesinatos... Me rompió el corazón de tal modo que me prometí que no dejaría ese tipo de matanzas impunes, que había que hacer algo para detener la masacre. Eso fue lo que, más adelante, me orientó hacia mi oficio. ¿Curioso, verdad?»

Sueros, serosidades rosáceas, aguas parecidas a los vinos grises de Marruecos supuraban de los senos quemados de Elisabeth Williams. Cerca de la pelvis, habían desaparecido trozos de carne, seguramente extraídos con la ayuda de un instrumento cortante, y la sangre se había endurecido en coágulos colgados de los flecos de piel.

«—¿Y nunca ha pensado en casarse?

»—No. Los hombres no entienden lo que hago. Nunca me he compenetrado de

verdad con los que he conocido. Me hacían infeliz, prefería la compañía de las mujeres. Así es, Franck, ¡soy homosexual! Pero supongo que se lo imaginaba. ¿Me equivoco?»

Los genitales también habían sido quemados. Le habían depositado una perita llena de gasolina en el fondo de la vagina, y la habían encendido sirviéndose de una mecha de algodón y un mechero.

«¿Sabe lo que más me gustaría en el mundo, comisario? Regresar a orillas de ese lago, ver otra vez esos patos nadar delante de mí y tirarles migas de pan. Algún día regresaré allí, me lo he prometido a mí misma.»

Sibersky orientó la linterna hacia la izquierda de la entrada.

—Ha utilizado... este mechero y este aerosol para quemarle los pechos. Y... ha escrito eso... —dijo, apuntando el haz hacia el techo.

Leí: «¡Hola, Franck!», escrito con tiza.

Me sequé la boca con un pañuelo y saqué el móvil del bolsillo, pero la falta de cobertura lo hacía inservible. Me precipité en el estrechamiento, arrancándome al pasar la parte trasera de la chaqueta, corrí por el túnel, bordeé otro, a la derecha, y otra vez a la derecha hasta que la luz del día me iluminó el rostro.

Con dedo tembloroso, con el estómago en la boca, marqué el número personal de Serpetti. Habló antes de darme tiempo a decir nada.

—¡Hola, amigo mío! ¿Qué, te ha gustado mi sorpresita?

—¡Hijo de puta! ¡Devuélveme a mi mujer!

—No está muy lejos de mí, ¿sabes? Pero estoy un poco preocupado, porque últimamente ha tenido un número impresionante de contracciones. Parece que el bebé quiere salir.

—¡Basta, Thomas, te lo suplico! ¡Detén la masacre!

—¡No debe salir! ¡Ahora no! Tu mujer tiene que llegar hasta el final. Estoy recogiendo un poco de material. Tengo que arreglar todo eso. Después, todo irá mejor, mucho mejor... De hecho, no es que me molestes, pero, mira, tengo cosas que hacer, como siempre. Ah, deberás cuidar bien a *Reine de Romance*, porque creo que no volveré a verla durante mucho tiempo —dijo, y colgó.

—¡Noooooo! ¡No cuelgues! ¡Noooo!

Volví a marcar el número, sin respuesta. Me desmoroné, hincado de rodillas en el suelo, las manos en la tierra húmeda del patio interior. Otros vehículos, con las sirenas encendidas, se agolpaban a la entrada.

De repente, me levanté y entré en la vivienda, donde ya habían empezado los registros. Subí sin respirar los tramos de escalones que llevaban al piso de arriba. En el despacho donde ronroneaban sin cesar los ordenadores, el poster seguía ahí, colgado de la pared frontal: las marismas del Tetre Blanc. Y la cabaña, al fondo.

Crombez, que acababa de llegar, me llamó en el momento en que me disponía a coger la carretera.

—¿Comisario? ¿Adónde va?

—¡Aparta! ¡Tengo que comprobar una cosa!

Cerré la portezuela de golpe ante sus narices e hice chirriar los neumáticos al arrancar en la gravilla.

La tensión nerviosa me ponía los músculos duros como barras de hierro. Un dolor agudo me destruía el hombro y la espalda, y las articulaciones cansadas empezaban a lancinarse. Pero tenía que matarlo. Matarlo con mis propias manos, sin nadie que me lo impidiese. Tenía que ver sus ojos cuando el proyectil hendiera su carne.

«¡Aguanta, Suzanne, aguanta, te lo suplico!»

Una parte de mis pensamientos se centraba en Elisabeth Williams, en la





terrible muerte que le había infligido. ¡Debería haberlo pensado! ¡Debería haber previsto que llegaría hasta ese extremo! ¡Dios mío! ¿Cuántas personas habían muerto por mi culpa? ¿A cuántas había salvado de las garras de Thomas Serpetti, el Hombre sin Rostro, aquel rostro que era tan familiar que ni conseguía verlo? A ninguna.

Conducía para enfrentarme al Ángel Rojo en un último combate, un duelo que esperaba desde hacía más de seis meses. Conducía hacia la cúpula rielante del sol poniente, conducía hacia el lugar donde me esperaba mi destino.



## Capítulo 17

El olor de aguas estancadas penetró en mi interior y se materializó por fin, como si se desprendiese de la propia sustancia de mis sueños. El camino fangoso que destripaba las marismas desde varios kilómetros se cerró sobre las ruedas de mi vehículo como una mandíbula de hierro. Di un aceleren, pero la goma patinó. Me vi obligado a seguir a pie.

Los últimos mosquitos antes de las crudezas invernales bailaban en la superficie, rozando a veces las ondas con la punta de la pata antes de desaparecer detrás de los rastrojales llenos de cañas. Cuanto más avanzaba, más se espesaba la marisma. El lúgubre decorado que me rodeaba ya no tenía nada que ver con el poster de Serpetti, y buscaba desesperadamente una isla, un islote o una extensión de hierba en que debía erguirse la cabaña. Los rayos oblicuos del sol tachonaban de una sucia claridad las pocas extensiones de tonalidades uniformes donde el agua conseguía traspasar la capa espesa de los nenúfares, y me pareció que habría podido caminar sobre la superficie de la marisma, dada la generosidad con que se desplegaba la flora. Cañas gigantes de más de dos metros, erguidas como lanzas de guerreros, me impedían distinguir otra cosa que el universo restringido de esa celda de vegetación por la que avanzaba.

Seguí aventurándome por el estrecho camino que navegaba entre las marismas, preguntándome si aquel sendero no terminaría acabándose de repente o si las arenas movedizas me arrastrarían hacia el fondo. Me agarraba a las ramas arqueadas por la humedad y casi desnudas de los alisos, sorteando sus raíces, que se hundían en las profundidades del agua como gigantescas anacondas.

A la vuelta de un tronco cuya corteza se pudría, por fin divisé la cabaña, posada en una isla invadida de árboles y helechos, en pleno centro del manto caqui del agua. Había una barca amarrada a uno de los flancos de la isla y una lucecita angustiosa se filtraba a través de las persianas cerradas. Me agaché, me acerqué a la orilla de la marisma y miré alrededor con desesperación en busca de una embarcación o de algún medio de llegar hasta la isla, perdida a unos cincuenta metros en la sopa de nenúfares.

Me resigné a quitarme la chaqueta y los zapatos y me deslicé a lo largo de la ribera, apretando los dientes. El agua me llegó hasta las pantorrillas, y luego acometió los muslos y la pelvis. El légamo, los juncos, cuanto estaba podrido, se me agarraba a los miembros. El agua estaba helada, quizás a siete u ocho grados, no más. Debía avanzar muy rápido si no quería hundirme en el fondo, fulminado por una hipotermia. Levanté los brazos, con el arma por encima de la cabeza. De repente, mientras la superficie se me enrollaba alrededor del torso, caí en un agujero de cieno. El instinto de la respiración me hizo tragar un sorbo de agua y volví a subir al aire libre ahogándome, con lentejas acuáticas en las aletas de la nariz, la boca y los ojos. Bajo el efecto de la sorpresa, había soltado el arma; intenté en vano recuperarla a tientas con la punta de los dedos de los pies, hundiéndome de forma voluntaria, pero sólo conseguía palpar aquella mezcla en descomposición que se estancaba en el fondo del agua.

Me puse a nadar a braza, frenado por los tallos de los nenúfares que se

enmarañaban con mis movimientos. El frío empezó a causar estragos. Los labios, las pantorrillas, los bíceps y los pectorales se endurecieron como la madera. Los dedos de las manos y los pies me empezaron a cosquillear y me pareció que iban a romperse. Y el hombro, como si lo hubiese alcanzado una segunda bala, gritaba de dolor.

Por fin conseguí llegar a la orilla, extenuado, congelado, sin arma, más pesado por el peso del agua, el cieno y la vegetación pegados a la ropa. La oscuridad bajaba de la bóveda del cielo a una velocidad espeluznante y croares de sapos perforaban el silencio acuático. Cogí uno de los bastones gordos que cubrían el suelo; escogí uno macizo pero lo suficientemente ligero para poder manipularlo fácilmente. Raíces y ramas podridas me torturaron la planta de los pies. Una ramita puntiaguda se rompió limpiamente en la punta de mi dedo gordo. Grité en silencio, levanté el pie y me arranqué al intruso apretando los dientes. Los músculos agarrotados por el frío parecieron recobrar una ligera elasticidad, en proporciones muy relativas. Por fin llegué a las inmediaciones de la cabaña. La hierba alta relevó al suelo pantanoso y ayudó, gracias a Dios, a que mi avance pasara un poco más inadvertido.

Persianas cerradas. Di la vuelta a la cabaña, pegué la oreja contra la pared y me detuve. El ronroneo de una radio llegó hasta mí, pero ningún ruido más. Me arriesgué a echar una mirada, mas los listones inclinados me impedían ver el interior. Un viento fresco se levantó con el crepúsculo, penetrante hasta el punto de paralizarme las articulaciones.

Me preguntaba de qué manera podría introducirme allí. Al mirar por la cerradura sólo vi el vacío, pues la llave estaba echada. Con sumo cuidado así la manilla, di un empujón y, ante mi gran sorpresa, la puerta se abrió sin oponer resistencia. Me precipité en la boca del lobo, blandiendo el palo por encima de la cabeza.

Y entonces descubrí a mi mujer, los ojos vendados, atada en cruz sobre una mesa, el pecho ofrecido a una desnudez ofensiva. Adiviné en el interior de su vientre redondo la presencia del pequeño ser y no pude reprimir las lágrimas, que me inundaron de tristeza. Un impulso proveniente de mis entrañas, un flujo imprevisto de las sensaciones más puras me paralizó, y luego me hizo vacilar y caer al suelo. Me levanté con dificultad y volví a desplomarme cuando el rostro de Suzanne se orientó en mi dirección. Palabras de desamparo se me colgaron al borde de la garganta y, por un instante que me pareció una eternidad, se me cortó la respiración.

Sólo pensaba en quitarle la venda, estrecharla entre mis brazos, besarla, cubrirla de amor, acariciarle el cabello, el vientre, aunque solamente fuese durante algunos segundos. Pero antes, mis últimas pulsiones de poli me obligaron a escudriñar la cocina americana y el lavabo. Serpetti no estaba a la vista. Sin tratar de reflexionar, me abalancé sobre la puerta de entrada y giré la llave para cerrar la salida. Me acerqué a mi amor, a mi futuro bebé, a quien ya quería más que nada en el mundo, y, sin tocarlos siquiera, sentí que el calor de sus cuerpos, el latido de sus corazones me inflamaban el alma.

Suzanne no hablaba. Las cuerdas que le apretaban los puños hacían palidecer sus manos. La parte superior de su cuerpo, cubierto de salitre, agrietado de estrías profundas y aureolas más o menos pronunciadas, se erigía como testigo aullador de su suplicio. Me incliné por fin hacia ella, anegado por las lágrimas. Los dedos, las manos, las piernas se estremecieron, temblaron, de frío, de miedo, de una emoción de intensidad solar. Me agarré a un ángulo de la mesa y, haciendo acopio de toda mi energía, ahuyentando los dolores que me asaltaban de todas partes, le retiré la venda. Que ese gesto, ese instante, se fijen para siempre en mi memoria, hasta la

muerte...

Su labio inferior se movió y un grito puro emergió del fondo de la garganta. Se puso a chillar de manera incontrolable, infligiendo tales movimientos de torsión a sus puños y tobillos que la cuerda le rasgó la piel. Los músculos ahusados de las piernas le temblaron, su cuerpo entero ondulaba como si estuviese bajo el efecto de una descarga eléctrica. Y sus chillidos se elevaron arriba, muy arriba en las profundidades del anochecer.

—¡Cariño! ¡Amor mío! ¡Suzanne!

Algo le impuso una calma repentina. Mi voz. Había reconocido mi voz, la de su marido, un ser que venía a aportarle amor, consuelo, algo que no fuesen insultos y golpes. Por un brevísimo instante, nuestras miradas se cruzaron. Volví a leer en sus ojos nuestro encuentro, nuestros días felices, la lucha de nuestras dos vidas. Discerní en ella la sensibilidad increíble de una madre hacia su bebé.

—¡Cariño! ¡Cariño! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

Repetía hasta hacerme daño en la garganta esas mismas palabras, me acercaba a su oreja, le pasaba una mano por el cabello, sobre la barriga. ¡Oh, aquella barriga! ¡Mi bebé, nuestro bebé! Y la estrechaba entre mis brazos, con fuerza...

Una fina espuma se deslizó de sus labios, y sus pupilas dilatadas miraron fijamente una de las vigas del techo.

—¡Suzanne! ¡Quédate conmigo, Suzanne, te lo suplico! ¡Suzanne! ¡No me dejes!

Con enorme dificultad, conseguí desatarle las manos. Deshice finalmente las trabas de los tobillos y mi propia mujer se hizo un ovillo en un rincón, el pelo en la boca, el pelo en los ojos, el pelo cubriéndole todo el rostro. El aire húmedo arrastró consigo un olor repugnante de orina, y se formó un charquito bajo sus pies. El balanceo de su tripa, sus nalgas, sus piernas dobladas contra el pecho, se aceleró. Y oscilaba, oscilaba, oscilaba...

Sabía que ella podía volver a mí, que, en la mecánica intransigente de la conciencia, en algún lugar, una puertecita se había quedado abierta a la luz.

Cuando mis brazos se tendían hacia ella, una voz me llamó. Una voz distorsionada, como las que ya había oído por teléfono.

—¡Bienvenido, Franck!

Thomas Serpetti apuntaba un arma en mi dirección, una vieja Colt que parecía estar aún en perfecto estado. Emergió de una trampilla disimulada bajo la alfombra y subió los últimos peldaños de una escalera. Dejó el distorsionador de voz en el suelo antes de lanzarme una sonrisa de una maldad increíble.

—¡Tenía que ver esto, Franck! El reencuentro con tu mujer, después de más de seis meses de espera. ¿Has visto qué bien la he cuidado?

Efectuó movimientos con la Colt que me incitaban a soltar el palo que acababa de coger. Obedecí y levanté las manos. Suzanne se sobresaltó, lanzó una mirada vacía y volvió a balancearse como un caballo de madera, la cabeza hundida entre las rodillas, contra la barriga.

—Dios mío, Thomas. ¿Qué le has hecho?

—Tu mujer ha perdido un tornillo, Franck. Después de cuatro meses, así, sin motivo. ¡De la noche a la mañana! Podría haberme deshecho de ella, me habría facilitado tanto las cosas... Pero preferí llegar hasta el final, por el juego, por la celebridad, por la pasta. Como un desafío... hacia ti.

—¡Por el juego! Pero... ¿cómo te atreves?

Sus ojos resplandecieron de negro, las pupilas se le agrandaron como las de un animal salvaje acorralado, dispuesto a matar para preservar la vida.

—¿Te lo imaginas, Franck? ¿Acaso conoces a algún ser con mi inteligencia? ¿Has visto hasta qué punto os he camelado? La vida, la muerte, todo eso no es más que un inmenso juego. ¡Si pudieses saber lo bien que me lo he pasado! ¡Oh, querido amigo! ¡Nadie, absolutamente nadie podrá superar la obra que he orquestado! Lo he controlado todo, Franck, desde el principio. El cruce de los destinos, la parada definitiva de sus vidas... ¡Como trenes en miniatura!

Bajé los brazos, pero hizo un movimiento con el arma y volví a levantarlos. Bajo mis pies se formaban charcos de agua de las marismas y los músculos cansados y heridos de los hombros me quemaban.

—Explícamelo. Necesito saber lo de Suzanne. ¿Cómo supiste que estaba embarazada?

Reflexionó durante un largo rato.

—Me lo dijo después del secuestro, en un último arranque de esperanza, quizá creyendo que la soltaría. ¡Y pensar que deseaba darte una sorpresa! ¿A que es encantador? —Se sentó en el borde de la mesa—. Tenía en mente la idea de la peli por episodios. Envié un primer fichero por internet a ese tiburón de Torpinelli. Sabría que picaría, que ese tipo de película se vendería a precio de oro en los mercados ilegales, ambientes que te he facilitado descubrir. Luego aumentaron las demandas, cada vez más numerosas, con deseos muy, muy peculiares. ¡Y me di cuenta de que me encantaba! Me excitaba hasta tal punto que no puedes imaginártelo. ¡Era el amo absoluto de mis víctimas, pero también de esos hombres que se hacían pajas de diez en diez ante mis obras de arte!

—Eres... eres...

—Pero antes de acometer mi recorrido, necesitaba un guión, algo con que haceros currar, a vosotros, psicólogos, policías y científicos. Para eso, internet es una mina de oro. Uno encuentra informes de autopsia, las guías completas que utiliza la policía científica, los aparatos, los medios desplegados para acosar a los asesinos... Toda la batería necesaria para analizar vuestros fallos, vuestras maneras de trabajar, avanzar, el propio jugo de vuestras tripas... Regresé a Bretaña para tomar una muestra de esa agua en particular, para colocarla en el estómago de Prieur. No está nada mal, ¿verdad? ¡Y esos psicocriminólogos! ¡Me lo he pasado teta! He jugado con vosotros como un marionetista con sus muñecos de madera. Os orienté, con éxito, hacia las fauces afiladas de BDSM4Y. Habéis sufrido unas cuantas pérdidas ¿no? —Se sentó en una silla—. Al principio, di con documentos que hablaban de ese padre Michaélis. Su carrera me pareció... interesante. Porque además todo cuadraba, como por arte de magia, con el nacimiento de tu hijo y el nombre de tu mujer. Parecía, no sé, que todo eso estaba escrito.

Movió los dedos en el aire, como el mago que tira polvos de la madre Celestina. Yo buscaba un medio para acercarme a él. Le pregunté, dando un paso adelante:

—¿Y a Gad? ¿Por qué la mataste?

—¡Yo no la maté, Franck! ¡Esa estúpida bretona tuvo un accidente de verdad! Gracias a ella, rodé mis primeras películas. ¡Oh! ¡Era más que consentidora! ¡Y tendrías que haber visto cómo se agolpaban a las puertas de mis sitios piratas, para ver esos vídeos! De hecho, creo que fue entonces cuando se me ocurrió llevar el experimento un poco más lejos.

—¿Y esas chicas que asesinaste? ¿Las encontrabas por internet?

—¿Te das cuenta de que esa puta de Prieur se había jactado de haber mutilado cadáveres en la facultad? ¡Lo exponía como un trofeo, una gloria personal, a un montón de imbéciles que se emocionaban ante sus confesiones! ¿Y Marival? ¿Esa guarra de Marival, bien escondida al fondo de su bosque? ¿Creía que podía

enseñar su coño, hacer cosas a esos animales sin recibir un castigo? Le hice comprender que internet podía ser peligroso, que no había que provocar a la gente masturbándose delante de las cámaras. Que uno nunca está protegido, esté donde esté... Creo que después de más de un mes y medio vegetando en el sótano de un matadero... aprendió bien la lección. ¡Esas mujeres se merecían lo que les ocurrió! ¡No maté a inocentes!

—Todo se desarrolló de forma perfecta según tus planes hasta Manchini, ¿no? Un rictus le contrajo el rostro.

—Ese idiota de Torpinelli no fue lo suficientemente prudente. Supongo que el cretino de su primo metió las narices en sus cosas, concretamente en los datos de su ordenador. Un pequeño frustrado sexual, ese Manchini. Tuvo que experimentar por él mismo. Esas películas no están hechas para los aficionados como él. Debería haberme ocupado personalmente de eso. Te habría evitado joder bien la marrana en Le Touquet.

—Tu hermano esquizofrénico, Yennia, tu viaje a Italia durante el primer asesinato... ¿Todo eso era mentira?

—¡Fue tan fácil manipular a tu mujer! El pobre Thomas con un hermano esquizofrénico por un lado, y por otro, una esposa abandonada que descargaba sus desgracias en foros de internet. Bah... Tan fácil, pero tan fácil... ¿Eres poli, no? ¿Acaso no te han enseñado nunca a ser desconfiado con la gente que no conoces? ¡Es tan fácil inventarse una vida gracias a internet, inmiscuirse en la intimidad de las parejas, los solteros, los niños, sin que ni siquiera se den cuenta! Estamos en la era del cibercrimen, Franck, ¡y eso te lo tendrías que haber metido en tu pequeña cabeza de chorlito!

Serpetti no perdía de vista a Suzanne, que deliraba, echando un mar de espuma por sus piernas abiertas.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Nos vas a ejecutar? ¿A cuántos inocentes más piensas matar? —le pregunté abriendo las palmas hacia el cielo.

—Casi he terminado mi obra, Franck. Después, ya veré. Hay un novato que tengo que acabar de formar. Le gustan mucho mis vídeos y estoy convencido de que algún día será capaz de hacer lo mismo. ¡Pégate a la pared! ¡Ahí, detrás! ¡Y siéntate en el rincón! —me ordenó, moviendo el revólver hacia los lados.

Me atreví a dar otro paso en su dirección, pero mi celo le hizo orientar el cañón hacia mi mujer.

—Cuento hasta tres. Uno, dos...

—¡Está bien! No dispaes. Haré lo que me pides.

Retrocedí y me resbalé en el ángulo hasta sentarme en el suelo, las manos encima de la cabeza.

—Bien, muy bien —Sonrió—. ¡Vuelves a estar en primera fila para asistir al espectáculo, al igual que en el caso de la mujer del matadero! Salvo que esta vez, te daré permiso para mirar.

Sin dejar de apuntarme, sacó de un bolso un kit quirúrgico estéril que contenía el material necesario para una intervención de urgencia: escalpelos, compresas, hojas, agujas curvadas e hilo de seda.

Volvió a colocar la mesa y dispuso los aperos en el borde.

—Todo está preparado para el nacimiento de tu hijo. Ya sólo falta... —cogió el aparato del mismo bolso— la cámara.

Puse las manos en el suelo para levantarme, pero disparó una bala a dos centímetros de mis pies. Suzanne gritó.

—¡Otro gesto más y te mato! ¡Muévete! ¡Intenta tan sólo moverte! ¡Levanta las manos, levanta bien las manos!

Se me acercó con la prudencia de un conejo que saca la cabeza fuera de su madriguera y pegó el arma humeante a las aletas de mi nariz. El olor de la pólvora se me subió a la cabeza.

—¡Cierra los ojos, gilipollas!

—¡Dispara! ¡Dispara! ¿A qué esperas?

Sentí que un calor intenso me ascendía por el cuello. Cuando abrí los ojos, me mostraba una jeringuilla vacía.

—Quetamina; creo que ya la conoces. Te tranquilizará un poco. La he dosificado para que puedas asistir al espectáculo de sonidos y luces con total serenidad, sin miedo de que te... hagas daño.

Avanzó hacia Suzanne, le administró una dosis del producto y la arrastró hasta la mesa improvisada como campo de operaciones.

—Ya está... Es sólo para que estés un poco tranquila, Suzanne. —Se volvió hacia mí—. Tu mujer ya no es más que la sombra de lo que era. Ya está muerta, Franck. ¿No te das cuenta? ¡Mírala! ¡Mírale los ojos!

La mandíbula inferior de Suzanne acumulaba borbotones de saliva que, luego, le rodaban por la barbilla. Se había marchado a otro lugar, a otro planeta. Sin embargo, nos habíamos vuelto a encontrar, por una fracción de segundo. Poco... Tan poco...

Como la primera vez, pero de manera menos intensa, mis miembros se volvieron pesados y mi cuerpo entero pareció sumirse en el hormigón. Mis dedos se descolgaron de mis manos, mis manos de mis brazos y mis brazos de mi cuerpo. Mi envoltura corporal se heló.

Serpetti tumbó sobre la mesa a Suzanne, que obedeció sin formular ninguna queja. Sus pupilas eclipsaban el blanco de sus ojos, su boca continuaba clamando como si se dispusiese a lanzar una plegaria al cielo.

—Suzanne... Suzanne... Te... quiero... —balbucí, y cuando Thomas Serpetti se inclinó para recoger las cuerdas enrolladas en el suelo, ella se irguió, se arqueó como si una corriente eléctrica de una intensidad increíble la atravesase, y le clavó un escalpelo en el cuello con un grito atroz, con un sobresalto de rabia que fermentaba desde hacía meses y meses. La hoja penetró por la derecha de la tráquea y salió por el otro lado. La Colt se deslizó hasta mis pies.

Serpetti abrió los labios y emitió un grito ahogado al llevarse ambas manos al cuello de donde se escapaba un pequeño geiser de sangre. Sus rodillas golpearon el suelo, se desplomó y volvió a levantarse, los ojos fijos en el arma, animado por la rabia, las ganas insaciables de matar. La lengua, los dientes, las encías se le cubrieron de sangre y una mezcla de gran agresividad que le salía directamente de las entrañas. Iba a alcanzar el revólver. ¡Iba a alcanzarlo y disparar antes de morir!

Suzanne yacía en el suelo, petrificada ella también por el aflujo de quetamina en las arterias. Serpetti avanzó, se arrastró, se arrancó las uñas contra el suelo, estirándose en un último esfuerzo antes de quedar inmóvil, la mano a pocos centímetros del arma. Sus ojos permanecieron abiertos un instante, durante el que tuve tiempo de mover los labios para susurrar:

—Has... perdido. Mi hijo nacerá... mientras que tú... te pudrirás en el infierno.

Soltó el último diez por ciento de aire en una burbuja de sangre, la mirada fulminante de una rabia inhumana.

Cuando su alma negra echó a volar, los cabellos de Suzanne se apartaron los unos de los otros, como si estuviesen electrificados. Entonces supe que Elisabeth



Williams y Doudou Camelia flotaban en el éter, no muy lejos de allí...





## Epílogo

El aire es extremadamente caliente para tratarse del mes de mayo. Un viento venido del Sahara, afirman en la radio. Mi hija se lanza delante de mí con andares inseguros, traqueteante, y sus manitas se hunden en la arena cuando tropieza con un castillo derruido por la marea creciente. Sus carcajadas hacen alzar el vuelo a una colonia de gaviotas que se complace en el agua entibiada por el sol de primavera y los pájaros, en una coreografía aérea grandiosa, cantan y bailan sobre nuestras cabezas.

Suzanne está a mi lado.

Mira fijamente el ojo azul del mar, indiferente a cuanto ocurre a su alrededor, como si alguien, en su cabeza, hubiese construido una pared que le oculta las cosas bellas de la vida. A su mirada se aferran aún las heridas del pasado, y creo que se quedarán agarradas allí hasta el final de nuestras vidas.

Antes de nuestra gran aventura a orillas del mar del Norte, le di sus pastillas y su jarabe. Los médicos afirman que no existe otra forma de acallar las largas quejas que gemían en su interior tanto de día como de noche. Las medicinas la llevan lejos de nosotros, pero sé que cuando nuestra hijita se desliza entre sus brazos, se siente bien, reconfortada en algún lugar en el fondo del corazón. A veces, la sorprendo dedicándole una sonrisa a nuestra pequeña y, entonces, siento que no todo está perdido, que un día redescubriré a mi Suzanne de antaño.

Lo he dejado todo. París, mi oficio, mi círculo restringido de amigos y aquella vida de locos. Vivimos los tres a orillas del mar en los rociones fríos del norte de Francia, lejos de esos territorios de sangre. He arreglado un viejo negocio. Vendo juguetes a unos cincuenta metros del lugar donde vivimos. La pensión por invalidez de Suzanne me permite pagar los servicios de una enfermera a domicilio y una niñera para nuestro bebé. En cuanto a *Poupette*, mi pequeña locomotora mágica, no tuve ánimos para conservarla conmigo. Ahora forma parte de las cosas muertas, de un pasado demasiado doloroso que soportar.

Nunca estoy muy lejos de mis dos amores. Cada vez que puedo, corro a reunirme con ellas, apoyo la cabeza de mi mujer en mi regazo y acaricio a mi hija con la otra mano. Ya no soy comisario de la policía criminal. He vuelto a ser un hombre como los demás.

Ayer por la noche, descubrieron dos cadáveres desnudos, tumbados en una barca a orillas de un lago. Un chico y una chica, cada uno con una moneda en la boca. Lo vi por la televisión. Apagué y subí a acostarme.

Soñé con un inmenso campo de trigo donde bailaban dos mujeres que conocí antaño...



\* \* \*



## RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

### FRANCK THILLIEZ

Nacido en 1973 en Annecy, Francia, este ingeniero en nuevas tecnologías decidió en 2002 coger la pluma y plasmar sobre el papel una historia que le rondaba la mente: *Conscience animale*, que colgó en internet.

Un año después, publicaba *El Ángel Rojo*, que apareció en la colección de narrativa de misterio «Rail noir» y fue finalista del premio SNCF du Polar. Posteriormente, publicó *La chambre des morts*, obra adaptada al cine y que le hizo reorientar por completo su trayectoria profesional para decantarse definitivamente por la escritura, decisión plasmada en otras tres



novelas: *Deuils de miel* (2006), premiada con el Sang d'Encre y con la que retoma el personaje del comisario Sharko, *La memoir e fantôme* (2007) y *L'Anneau de Moebius* (2008).

Vive actualmente en Pas-de-Calais.

### EL ÁNGEL ROJO

Al verlo, supo que el horror no tiene nombre. La visión de ese cuerpo resultaba escalofriante; aquella mujer había sido mutilada de una forma espantosa, tras horas de horribles tormentos. A pesar de su dilatada experiencia con algunos de los sucesos más dantescos de la criminología parisina, para el comisario Sharko todos aquellos indicios no encajaban con ningún perfil que hubiera conocido jamás. Las pistas apuntaban directamente a algún elaborado crimen ritual. Sin embargo, y a pesar de los análisis forenses y las pesquisas policiales, Sharko no encontrará la principal pista sobre el terreno, sino en su hogar.

En efecto, un correo electrónico que el propio asesino se encarga de enviar al comisario le abrirá a éste las puertas de un mundo de crueldad gratuita. En el curso de su investigación, Sharko contará con una pista: los métodos del criminal recuerdan a un fanático religioso, el padre Michaélis, conocido también como el Ángel Rojo, quien hace muchos siglos dio rienda suelta a su obsesión por castigar en nombre de Dios a decenas de infortunadas pecadoras.

### SHARKO

1. Train d'enfer pour Ange rouge (2003) / El ángel rojo (2008)
2. Deuils de miel (2006)

\* \* \*



© Editions La Vie du Rail, 2003

Título de la edición original *Train d'enfer pour Ange rouge*

Traducción del francés Martine Fernandez Castaner,

© Licencia editorial para Circulo de Lectores  
por cortesía de Edhasa, 2008

Diseño Winfried Bahrle

Ilustración de la sobrecubierta Anna Grau Roig

Foto del autor © Les pictographistes/Opale

Depósito legal B 30084 2008

Fotocomposicion Manuel Rodríguez

Impreso en España

ISBN: 978-84-672-3163-2